
AE
&I
El despertar de la señorita Prim
NATALIA SANMARTIN FENOLLERA
Planeta

Atraída por un sugestivo anuncio en un periódico, la señorita Prim, una mujer independiente, exquisita e "intensamente titulada", llega a San Ireneo de Arnois, un encantador pueblecito galo donde nada resulta ser lo que parece. Pese a que en un principio el sorprendente estilo de vida que impera en el lugar despierta el asombro, la perplejidad e incluso el desdén de la recién llegada, poco a poco sus peculiares y nada convencionales habitantes pondrán a prueba su visión del mundo, sus ideas y temores más íntimos y sus más profundas convicciones.

Natalia Sanmartin Fenollera

El despertar de la señorita Prim

Natalia Sanmartin Fenollera, 2013.

Diseño portada: Grupo Planeta

La llegada

En San Ireneo de Arnois todo el mundo comentó la llegada de la señorita Prim. La tarde en que la vieron cruzar el pueblo era tan solo una postulante camino de una entrevista, pero los habitantes del lugar se conocían lo suficiente como para saber que una vacante allí era un bien efímero. Muchos de ellos todavía recordaban lo ocurrido años atrás con la maestra de la escuela infantil. Hasta ocho candidatas acudieron entonces, pero solamente a tres de ellas les fue permitido exponer sus talentos. Ello no revelaba desinterés por la educación —en San Ireneo de Arnois el nivel educativo era exquisito—, sino el convencimiento de sus habitantes de que no por mucho escoger hay más posibilidades de acertar. La propietaria de la papelería, una mujer capaz de destinar toda una tarde a decorar un simple pliego de papel, no dudó en calificar de extravagancia la posibilidad de dedicar más de una mañana a la selección de una maestra. Todos se mostraron de acuerdo. En aquella comunidad eran las familias, cada una en función de su perfil, su ambición y sus posibilidades, las encargadas de formar intelectualmente a sus hijos. La escuela era vista como un elemento subsidiario —indeseable, pero necesario— en el que se apoyaban buena parte de los padres de familia. Buena parte, pero no todos. Así que, ¿por qué dedicarle tanto tiempo?

A los ojos de los visitantes, San Ireneo de Arnois parecía un lugar anclado en el pasado. Rodeadas de jardines repletos de rosas, las antiguas casas de piedra se alzaban orgullosas en torno a un puñado de calles que desembocaban en una bulliciosa plaza. Allí reinaban pequeños establecimientos y comercios que compraban y vendían con el ritmo regular de un corazón sano. Los alrededores del pueblo estaban salpicados de minúsculas granjas y talleres que aprovisionaban de bienes las tiendas del lugar. Era una sociedad reducida. En la villa residía un labo-

rioso grupo de agricultores, artesanos, comerciantes y profesionales, un recogido y selecto círculo de académicos y la sobria comunidad monacal de la abadía de San Ireneo. Aquellas vidas entrelazadas formaban todo un universo. Eran los engranajes de una comunidad de pequeños propietarios que se enorgullecía de autoabastecerse a través del comercio, la producción artesanal de bienes y servicios y el encanto de la cortesía vecinal. Probablemente tenían razón los que decían que parecía un lugar anclado en el pasado. Y sin embargo, apenas unos años atrás, nadie hubiese vislumbrado allí ni un ligero atisbo del vivo y alegre mercado que ahora recibía a los visitantes.

¿Qué había ocurrido en aquel intervalo? Si la señorita Prim de camino a su nuevo empleo hubiese preguntado a la dueña de la papelería, ésta le habría explicado que aquel misterio de prosperidad era fruto de la tenacidad de un hombre joven y de la sabiduría de un viejo monje. Pero, como la señorita Prim, en su apresurado paseo rumbo a la casa, no reparó en el hermoso establecimiento, su dueña no pudo revelarle con orgullo que San Ireneo de Arnois era, en realidad, una floreciente colonia de exiliados del mundo moderno en busca de una vida sencilla y rural.

I

El hombre del sillón

Exactamente en el mismo momento en que el pequeño Septimus se desperezaba tras su siesta, metía sus dos pies de once años en unas zapatillas para unos pies de catorce y se acercaba a la ventana de su cuarto, la señorita Prim cruzaba la oxidada verja del jardín. El niño la miró con curiosidad. A primera vista no mostraba aspecto de estar nerviosa, ni siquiera un poco asustada. Tampoco tenía aquel aire amenazador que poseía el anterior encargado, ese aparentar saber perfectamente qué clase de libro iba a pedir cualquiera que se atreviese a pedir uno.

—A lo mejor nos gusta —se dijo frotándose los ojos con las dos manos. Después se alejó de la ventana, se abrochó con prisas la chaqueta y bajó las escaleras dispuesto a abrir la puerta.

La señorita Prim, que en aquel momento avanzaba tranquilamente entre macizos de hortensias azules, había comenzado la jornada convencida de que aquél era el día que había esperado toda su vida. A lo largo de los años había fantaseado sobre una oportunidad como aquélla. La había dibujado, la había imaginado, había reflexionado sobre cada uno de sus detalles. Y sin embargo, aquella mañana, mientras avanzaba a través del jardín, Prudencia Prim tuvo que reconocer que en su corazón no había ni la más remota aceleración, ni la más leve agitación que indicase que el gran día había llegado.

La observarían con curiosidad, eso lo sabía. La gente solía mirarla así, era muy consciente de ello. Como también sabía que no se parecía en nada a quienes acostumbraban a examinarla de aquel modo hostil. No todo el mundo era capaz de admitir haber sido víctima de un fatal error histórico, se decía a sí

misma con orgullo. No todo el mundo vivía, como ella lo hacía, con la permanente sensación de haber nacido en un momento y un ambiente equivocados. Ni siquiera todo el mundo podía ser consciente, como ella lo era, de que todo lo que valía la pena admirar, todo lo hermoso, todo lo excelso, parecía estar desapareciendo sin apenas dejar rastro. El mundo, se quejaba Prudencia Prim, había perdido el gusto por la armonía, el equilibrio y la belleza. Y no todos podían ver esa verdad; como tampoco podían sentir todos en su interior la firme resolución de resistir.

Fue precisamente esa férrea decisión lo que impulsó a la señorita Prim, tres días antes de atravesar el paseo de hortensias, a contestar un breve anuncio publicado en el periódico:

Se busca espíritu femenino en absoluto subyugado por el mundo. Capaz de ejercer de bibliotecaria para un caballero y sus libros. Con facilidad para convivir con perros y niños. Mejor sin experiencia laboral. Abstenerse tituladas superiores y posgraduadas.

La señorita Prim solo respondía en parte a aquel perfil. No estaba en absoluto subyugada por el mundo, eso era claro. Como también lo era su indudable capacidad para ejercer de bibliotecaria de un caballero y sus libros. Pero no tenía experiencia en tratar con niños y con perros, y mucho menos en convivir con ellos. Sin embargo, siendo sincera, lo que más le preocupaba era la dificultad de hacer encajar su perfil en aquel «abstenerse tituladas superiores y posgraduadas».

La señorita Prim se consideraba a sí misma una mujer intensamente titulada. Licenciada en Relaciones Internacionales, Ciencias Políticas y Antropología, era doctora en Sociología y especialista en biblioteconomía y arte ruso medieval. La gente que la conocía miraba con curiosidad aquel currículo extraordinario, más aún cuando su titular era una sencilla administrativa sin ambiciones conocidas. Ellos no entendían, se decía a sí misma con displicencia; no entendían la idea de excelencia. ¿Cómo

podían hacerlo en un mundo en el que nada significaba ya lo que debía significar?

—¿Es usted su nueva bibliotecaria?

La aspirante inclinó la cabeza sorprendida. Allí, bajo el porche de lo que parecía ser la entrada principal de la casa, se encontró con la mirada de un niño de cabello rubio y gesto ceñudo.

—¿Es usted o no lo es? —insistió el pequeño.

—Supongo que aún es pronto para decirlo —respondió ella—. Estoy aquí por el anuncio que ha puesto tu padre.

—Él no es ningún padre —dijo únicamente el niño antes de dar media vuelta y precipitarse corriendo al interior de la casa.

La señorita Prim contempló desconcertada el umbral de la puerta. Estaba completamente segura de haber leído en el anuncio una mención explícita a un caballero con niños. Naturalmente, no era necesario que un caballero tuviese hijos, ella había conocido a lo largo de su vida a algunos sin ellos; pero cuando una frase unía la palabra caballero con la palabra niños, ¿qué otra cosa cabía pensar?

Fue en ese momento cuando levantó la vista y se fijó por vez primera en la casa. Había cruzado el jardín tan embebida en sus pensamientos que ni siquiera había reparado en ella. Era un edificio viejo, de descolorida fachada roja, lleno de ventanas y puertaventanas que comunicaban con el jardín. Una pesada construcción desconchada, con los muros cubiertos de rosales trepadores que no parecían haber conocido jamás un jardinero, repleta de grietas y rendijas. El porche delantero, formado por cuatro viejas columnas sobre las que pendía una enorme glicinia, ofrecía un aspecto imponente y desolador.

—Debe de ser helada en invierno —murmuró.

Entonces consultó su reloj; ya era casi media tarde. Todas las ventanas estaban abiertas de par en par y el fresco viento de septiembre movía caprichosamente las cortinas, blancas y ligeras como velas. «Parece un buque —pensó—, un viejo buque encallado». Y dando un rodeo, se acercó a la primera ventana, dispuesta a encontrar a un anfitrión que hubiese alcanzado, al menos, la mayoría de edad.

Nada más acercarse a la ventana, la señorita Prim descubrió una habitación grande, muy desordenada, repleta de libros y niños. Había más libros que niños, muchos más, pero por alguna razón el reparto de fuerzas producía la impresión de estar equilibrado. La aspirante contó treinta brazos, treinta piernas y quince cabezas. Sus propietarios se encontraban desperdigados sobre la alfombra, tumbados en viejos sofás, acurrucados en desvencijadas butacas de cuero. También observó dos enormes perros echados a cada uno de los lados de un sillón colocado frente a la chimenea, de espaldas a la ventana. El niño que la había recibido en el porche estaba allí, sobre la alfombra, concienzudamente inclinado sobre un cuaderno. Los demás levantaban la cabeza de vez en cuando para responder a un interlocutor cuya voz parecía brotar directamente del sillón frente a la chimenea.

—Vamos a empezar —dijo el hombre del sillón.

—¿Nos dejas pedir pistas? —preguntó uno de los pequeños.

Por toda respuesta, la voz masculina se limitó a recitar:

Ultima Cumaei venit iam carminis aetas;
magnus ab integro saeclorum nascitur ordo:
iam redit et Virgo, redeunt Saturnia regna;
iam nova progenies caelo demittitur alto.

—¿Y bien? —preguntó al finalizar. Los niños guardaron silencio.

—¿Podría ser Horacio? —preguntó uno de ellos con timidez.

—Podría ser Horacio —respondió el hombre—, pero no lo es. Vamos, intentadlo otra vez. ¿Quién se atreve a traducirlo?

La aspirante, que contemplaba la escena agazapada tras los gruesos cortinones que enmarcaban los visillos, pensó para sí que la pregunta era excesiva. Aquellos niños eran demasiado pequeños para reconocer una obra a través de una única cita, más aún si esa cita era en latín. Pese a haber leído a Virgilio con placer, la señorita Prim no aprobaba aquel juego, no lo aprobaba en absoluto.

—Voy a ayudaros un poco —continuó la voz desde el sillón—. Estos versos fueron dedicados a un político romano de comienzos del Imperio. Un político que llegó a ser amigo de grandes poetas que ya hemos estudiado, como Horacio. Uno de esos amigos le dedicó estas líneas por haber mediado en la Paz de Brundisium, que, como sabéis —o deberíais saber—, puso fin a un enfrentamiento entre Antonio y Octavio.

El hombre calló y miró a los niños, o eso imaginó la señorita Prim desde su escondite, en un gesto de muda interrogación que no obtuvo respuesta. Solamente uno de los perros, como si quisiera dar testimonio de su interés por aquel evento histórico, se incorporó lenta y perezosamente, se acercó a la chimenea y se tumbó de nuevo sobre la alfombra.

—Estudiamos todo esto, absolutamente todo, la primavera pasada —se lamentó el hombre entonces.

Los niños, sin levantar la cabeza, mordisqueaban pensativamente los bolígrafos, balanceaban despreocupadamente los pies, apoyaban las mejillas en las manos.

—Pandilla de bestias ignorantes —insistió la voz con irritación—, ¿qué demonios os pasa hoy?

La señorita Prim sintió que una ola de calor le subía al rostro. Ella no tenía experiencia alguna con criaturas, eso era cierto, pero era maestra en un arte llamado delicadeza. La señorita Prim creía firmemente que la delicadeza era la fuerza que movía el universo. Allí donde faltaba, lo sabía por experiencia, el mundo se volvía oscuro y tenebroso. Indignada por la escena y algo entumecida, trató de moverse con cuidado en su escondrijo, pero el inesperado gruñido de uno de los perros la hizo desistir del intento.

—Está bien. —El tono del hombre se suavizó—. Vamos a probar con otro mucho más fácil.

—¿Del mismo autor? —preguntó una niña.

—Exactamente del mismo. ¿Estáis preparados? Solo voy a recitar media línea:

facilis descensus Averno.

Una inesperada ola de brazos levantados y de ruidosas exclamaciones de triunfo hizo evidente que esta vez los pupilos conocían la respuesta.

—¡Virgilio! —gritaron a una en un coro estridente—. ¡Es la Eneida!

—Eso es, eso es —rió el hombre satisfecho—. Y lo que antes os recitaba eran las Églogas, la IV Egloga. Por lo tanto, el estadista romano que fue amigo de Virgilio y de Horacio es.

Antes de que ninguno de los niños pudiera contestar, la voz clara y musical de la señorita Prim emergió de las cortinas y llenó la habitación.

—Asinio Polión, naturalmente.

Quince cabezas infantiles se giraron al unísono hacia la ventana. Sorprendida por su propia audacia, la aspirante dio un paso atrás de forma instintiva. Solo la conciencia de su pro-

pia dignidad y la importancia del motivo de su presencia le impidieron salir corriendo.

—Lamento infinitamente haber entrado de esta manera —dijo mientras se adelantaba despacio hasta el centro de la habitación—. Sé que debería haber llamado, pero el pequeño que me abrió la puerta me dejó sola en el porche. Así que se me ocurrió acercarme a la ventana y fue entonces cuando les escuché hablar de Virgilio y Polión. Lo siento mucho, muchísimo, señor.

—¿Es usted la solicitante del puesto de bibliotecaria?

El hombre se puso en pie e hizo la pregunta con suavidad, como si no se hubiese dado cuenta de que una desconocida acababa de irrumpir en su salón a través de una ventana. «Es un caballero —pensó la señorita Prim con admiración—, un verdadero caballero». Tal vez le había juzgado con precipitación; probablemente había sido demasiado osada.

—Sí, señor. Llamé esta mañana. He venido en respuesta al anuncio.

El hombre del sillón la contempló unos segundos, los justos para darse cuenta de que la mujer que tenía ante sus ojos era demasiado joven para el puesto.

—¿Ha traído usted su currículo, señorita. ?

—Prim, señorita Prudencia Prim —contestó ella.

E inmediatamente añadió a modo de disculpa:

—Sé que no es un nombre convencional.

—Yo diría que es un nombre con carácter. Pero si no le importa, vayamos antes de nada a su currículo. ¿Lo ha traído con usted?

—En el anuncio decía que la candidata no debía tener titulaciones, así que pensé que no me lo pedirían.

—Entiendo que no tiene titulaciones superiores, entonces. Me refiero a ninguna titulación fuera de ciertas nociones de biblioteconomía, ¿no es así?

La señorita Prim guardó silencio. Por alguna razón, una razón que desconocía, la conversación no discurría por los derroteros que ella había imaginado.

—En realidad, tengo algunas titulaciones —dijo tras una pausa—. Unas cuantas. bastantes, quizá.

—¿Bastantes? —El hombre del sillón endureció ligeramente el tono de su voz—. Señorita Prim, me parece que el anuncio era muy claro.

—Sí que lo era —dijo ella con rapidez—, por supuesto que lo era. Pero permítame explicarle que yo no soy una persona convencional desde el punto de vista académico. Nunca he pretendido sacar partido profesional a mis titulaciones, no las utilizo, no hablo nunca de ellas y, desde luego —hizo una pausa

para respirar—, puede usted estar seguro de que no interferirán en mi trabajo.

Cuando terminó de hablar, la bibliotecaria advirtió que los niños y los perros llevaban un buen rato contemplándola en silencio. Recordó entonces lo que el pequeño del porche había dicho sobre el hombre con el que estaba hablando. ¿Era posible que entre todo aquel ejército de criaturas no hubiese ni un solo hijo suyo?

—Dígame —insistió él—, ¿de qué titulaciones estamos hablando? Es más: ¿de cuántas?

La aspirante tragó saliva mientras pensaba cuál podía ser la mejor forma de afrontar aquella espinosa cuestión.

—Si me deja un papel, señor, puedo hacerle un breve esquema.

—¿Hacerme un breve esquema? — exclamó él con estupor—. ¿Pero ha perdido usted el juicio? ¿Por qué una persona cuyas titulaciones requieren exponerse en un breve esquema se presenta a un puesto que excluye titulaciones?

La señorita Prim dudó un instante antes de contestar. Naturalmente, quería decir la verdad, debía decir la verdad, deseaba urgentemente hacerlo; pero sabía que si lo hacía no conseguiría el empleo. No podía decir que había sentido un pálpito al leer el anuncio. No podía explicar que se le había acelerado el pulso, que se le había nublado la vista, que en aquellas pocas líneas había vislumbrado un repentino amanecer. Mentir, por otra parte, estaba descartado. Aunque quisiese, y definitivamente ella no quería, estaba aquel penoso asunto del enrojecimiento de su nariz. La señorita Prim poseía una nariz dotada de gran sensibilidad moral. No enrojecía ante los cumplidos, tampoco lo hacía ante los gritos, no había retrocedido jamás frente a un desplante, ni siquiera lo había hecho ante un insulto. Pero ante la mentira, ante la mentira no había nada que hacer. Una involuntaria inexactitud, una sola exageración, algún inocente engaño y su nariz se encendía espléndida como una llama.

—¿Y bien? —la interrogó el hombre del sillón.

—Buscaba un refugio —dijo ella bruscamente.

—¿Un refugio? ¿Quiere decir un lugar donde vivir? —El hombre se miró los zapatos con gesto inquieto—. Señorita Prim, le ruego de antemano que me perdone por lo que voy a decir. La pregunta que voy a hacerle es delicada y me resulta muy difícil formularla, pero tengo el deber de hacerlo. ¿Tal vez está usted en dificultades? ¿Algún malentendido? ¿Un incidente desgraciado? ¿Quizá una pequeña irregularidad legal?

La bibliotecaria, que provenía de una familia reciamente entrenada en la grandeza de la virtud civil, reaccionó viva y calurosamente ante aquella acusación.

—¡Por supuesto que no, señor, absolutamente no! Soy una persona honorable, pago mis impuestos, abono las multas de tráfico, realizo pequeñas donaciones a la beneficencia. Nunca he cometido un acto delictivo, tampoco una falta. No hay un solo borrón en mi historial ni en el de mi familia. Si usted quiere comprobar.

—No hace falta, señorita Prim —respondió él desconcertado—. Permítame que le pida disculpas, es evidente que he malinterpretado sus palabras.

La aspirante, perfectamente compuesta unos minutos antes, parecía ahora profundamente alterada. Los niños la observaban sin decir palabra.

—No comprendo cómo ha podido usted pensar algo así —se lamentó.

—Perdóneme, se lo ruego —insistió el hombre de nuevo—. ¿Cómo puedo compensarla por esta grosería?

—Podemos contratarla. —La voz del desgreñado niño del porche brotó inesperadamente desde las profundidades de la alfombra—. Tú siempre dices que hay que hacer lo que en justicia hay que hacer. Tú siempre lo dices.

El hombre del sillón pareció desconcertado durante un instante. Después sonrió al pequeño, asintió suavemente con un gesto y se acercó a la candidata con aire compungido.

—Señorita Prim, creo que una mujer que soporta una grosería como la que yo acabo de cometer sin dar media vuelta e irse tiene toda mi confianza, sea cual sea la tarea que le sea encomendada. ¿Haría usted el favor de aceptar el empleo?

La aspirante abrió la boca para decir no, pero inmediatamente tuvo una visión fugaz. Contempló las largas y oscuras jornadas de trabajo en su oficina, escuchó tediosas conversaciones sobre deportes, recordó sonrisas burlonas y miradas maledicentes, rememoró groserías dichas casi a media voz. Después

volvió en sí y tomó una decisión. Al fin y al cabo, él era un caballero. ¿Y quién no querría trabajar para un caballero?

—¿Cuándo empezamos, señor? —Y sin esperar respuesta, dio media vuelta y salió por la ventana dispuesta a recoger sus maletas.

Nada más entrar en el que habría de ser su dormitorio durante los próximos meses, la bibliotecaria se sentó en la cama y contempló los ventanales abiertos sobre la terraza. No había muchos muebles, pero los que había eran exactamente aquello que debían ser. Una otomana tapizada en viejo damasco azul, un enorme espejo veneciano, una chimenea georgiana de hierro, un armario pintado de aguamarina y dos antiguas alfombras de Wilton. «Demasiado lujo para una bibliotecaria», pensó. Aunque, en realidad, la palabra exacta no era lujo. Todo lo que allí había parecía haber sido usado. Todo había sido vivido, remendado, gastado. Todo rezumaba experiencia. «Esto es lo que hace un siglo se consideraba confort», suspiró la señorita Prim al comenzar a deshacer las maletas.

Un crujido en la madera hizo que levantase la vista y la posase en una pequeña pintura apoyada sobre la chimenea. Era una tablilla que representaba tres figuras realizadas por la mano de un niño. El trazo no era malo, magnífico para una criatura, reflexionó mientras admiraba con placer las pinceladas del pequeño artista.

—Es la Santísima Trinidad de Rublev —dijo una voz infantil ya familiar a sus espaldas.

—Ya lo sé, muchas gracias, caballero. Por cierto, ¿no deberíais llamar antes de entrar? —contestó al ver que el niño no estaba solo.

—Es que la puerta estaba abierta, ¿verdad? —preguntó el pequeño a los tres niños que se agolpaban tras él, quienes sacudieron afirmativamente la cabeza—. Ésta es mi hermana Téseris, tiene diez años. Éste es Deka, tiene nueve, y Eksi es la

pequeña y solo tiene siete y medio. Yo me llamo Septimus. Pero no son nuestros nombres verdaderos —explicó con aire confidencial.

La señorita Prim contempló a los cuatro hermanos y se asombró de lo diferentes que eran. Aunque el pequeño Deka compartía el mismo cabello rubio y desordenado de su hermano mayor, la expresión traviesa y, al tiempo, perfectamente inocente de su rostro no tenía nada que ver con el aire reflexivo del niño que la había recibido en el porche. Tampoco era fácil adivinar que las pequeñas eran hermanas. Una poseía una belleza serena y suave, la otra derrochaba encanto por su vivacidad.

Téseris cuchicheó de pronto algo al oído de su hermano mayor y a continuación preguntó con voz baja y suave:

—Señorita Prim, ¿usted cree que es posible atravesar un espejo?

La bibliotecaria la miró desconcertada, pero pronto cayó en la cuenta de lo que la niña quería decir.

—Recuerdo que mi padre solía leerme esa historia antes de dormir —contestó con una sonrisa.

La pequeña miró a su hermano de soslayo.

—Te dije que no lo entendería —dijo el niño con suficiencia.

En lugar de replicar, la señorita Prim abrió la segunda de sus maletas y sacó un kimono de seda natural color verde jade que colgó con descuido en el armario. Así que aquello era tratar con niños, pensó algo molesta. A eso y no a otra cosa se refería el anuncio. No se trataba de travesuras, de dulces y de cuentos de hadas; se trataba, quién lo iba a decir, de misterios y acertijos.

—¿Le gusta el icono de Rublev? —preguntó el niño, ocupado ahora en ojear un puñado de libros que asomaban de una maleta.

—Mucho —dijo la bibliotecaria con seriedad mientras colocaba cada prenda en su lugar—. Es una obra magnífica.

La pequeña Téseris levantó la cabeza al oír la respuesta.

—Los iconos no son obras, señorita Prim; los iconos son ventanas.

La bibliotecaria dejó de colgar vestidos y contempló a la niña con aprensión. Definitivamente, el hombre que gobernaba aquella casa se había excedido con los pequeños. A los diez años no había por qué tener aquellas nociones absurdas sobre iconos y ventanas. No es que fuese malo, por supuesto que no era malo; pero no era natural. Hadas y princesas, dragones y caballeros, rimas de Stevenson, pasteles de manzana; eso era lo que a su juicio debía conocer una criatura a esa edad.

—Entonces ¿has pintado tú esta ventana? —preguntó aparentando desinterés.

La niña asintió con un gesto de cabeza.

—La pintó de memoria —añadió su hermano—. La vio en la Galería Tretriakov hace dos años, se sentó delante y ya no quiso ver nada más. Cuando volvimos a casa, empezó a pintarla por todas partes. Hay de esas ventanas en todas las habitaciones.

—Eso es imposible —respondió secamente la señorita Prim—. Nadie puede pintar de memoria una obra como ésa. Y menos una niña de ocho años, como tendría tu hermana entonces; no puede ser.

—¡Pero si usted no estaba allí! —protestó el pequeño Deka con inesperada brusquedad—. ¿Cómo puede saberlo?

En lugar de contestar, la bibliotecaria se acercó despacio a la imagen, abrió su bolso y sacó una regla y un compás. Allí estaban, no había duda: la división octogonal, el círculo exterior e interior, la forma del cáliz entre las figuras.

—¿Cómo has hecho esto, Téseris? Es imposible que lo hayas hecho sola, incluso aunque hayas tenido una lámina al lado. Tienen que haberte ayudado. Dime la verdad, ¿ha sido tu padre, o tu tío, o quien quiera que sea la persona que cuida de vosotros?

—No me ha ayudado nadie —dijo la niña en voz baja, pero firme. Después se dirigió a su hermana menor—: ¿A que no, Eksi?

—No la ha ayudado nadie. Ella siempre hace sola las cosas —ratificó ésta con solemnidad mientras hacía esfuerzos por mantenerse en equilibrio sobre un solo pie.

Perpleja ante aquella resistencia fraterna, la señorita Prim no insistió. Si aquellas criaturas hubiesen sido adultas, sus dotes de interrogación habrían resuelto el engaño sin esfuerzo. Pero un niño no era un adulto; existía una gran diferencia entre un niño y un adulto. Un niño podía gritar, podía llorar ruidosamente, podía reaccionar de un modo absurdo. ¿Y qué ocurriría entonces? Una empleada que en su primer día de trabajo enfurece a los miembros más vulnerables de la familia no puede contar con buenas perspectivas. Más aún —se estremeció— después de haber sufrido el percance de entrar en la casa de forma irregular.

—¿Y qué hacían unos niños tan pequeños como vosotros en la Galería Tretriakov? Moscú está muy lejos.

—Fuimos allí a estudiar arte —respondió Septimus.

—¿Quieres decir con la escuela?

Los niños se miraron con regocijo.

—¡Oh, no! —dijo el pequeño—. Nosotros nunca hemos ido a la escuela.

La frase, dicha con toda naturalidad, cayó como una losa sobre la mente ya algo sobreexcitada de la bibliotecaria. Unos niños sin escolarizar, no podía ser verdad. Un grupo de niños posiblemente medio salvajes y sin escolarizar, ¿pero adónde había ido a parar? La señorita Prim recordó su primera impresión sobre el hombre que la había contratado. Un individuo extraño, sin duda alguna. Un extravagante, un anacoreta, quién sabe si incluso un loco.

—Señorita Prim —la voz baja y educada del hombre del sillón llegó a la habitación a través de las escaleras—, en cuanto haya tenido tiempo de instalarse me gustaría verla en la biblioteca, si hace el favor.

La bibliotecaria se vanagloriaba secretamente de una cualidad personal: su tenacidad para llevar a cabo lo que consideraba correcto en cada momento. Y en el caso presente, reflexionó, lo correcto era excusarse y abandonar la casa de inmediato. Animada por esa idea, cerró rápidamente sus maletas, retocó su peinado en el espejo, echó un último vistazo al icono de Rublev y se dispuso a cumplir con su deber.

—Por supuesto —contestó en voz alta—. Ahora mismo bajo.

El hombre del sillón la recibió de pie con las manos detrás de la espalda. Mientras la bibliotecaria deshacía su equipaje, se había dedicado a ensayar la mejor forma de explicarle cuáles iban a ser sus atribuciones. No era una tarea fácil, porque lo que él necesitaba no era una bibliotecaria al uso. Tras la marcha del anterior encargado, su biblioteca precisaba de una recatalogación y organización completas. Los títulos de novela, ensayo e historia estaban llenos de polvo, y los de teología poblaban todas las habitaciones de la casa en mayor o menor medida. El día anterior había encontrado las homilías de san Juan Crisóstomo

en la despensa, entre los tarros de mermelada y los paquetes de lentejas. ¿Cómo habían llegado hasta allí? Era difícil saberlo. Podían haber sido los niños, trataban los libros como si fuesen cuadernos o cajas de lápices; pero también podía haber sido él. No era la primera vez, probablemente no sería la última. Y en el fondo tenía que reconocer que aquéllos eran los resultados de sus propias normas.

Recordaba muy bien cómo su padre había prohibido siempre sacar los libros de la biblioteca. Ello había obligado a todos sus hermanos a elegir entre el aire libre y la lectura. Las tardes de su infancia transcurrieron así junto a Julio Verne, Alejandro Dumas, Stevenson, Homero, Walter Scott. Fuera, bajo el sol, el resto de los niños gritaban y alborotaban, pero él estaba siempre dentro, leyendo, con la mente sumergida en mundos que los demás apenas intuían. Años después, cuando regresó a casa tras un largo período de ausencia, él mismo cambió aquellas normas. Le encantaba ver a los niños leer al sol, tumbados en la hierba del jardín, sentados en las viejas y confortables ramas de algún árbol, mordisqueando manzanas, engullendo tostadas con mantequilla, dejando las huellas pringosas de sus dedos en aquellos volúmenes que tanto amaba.

—¿Se ha instalado usted bien? —preguntó cortésmente para tratar de romper el hielo.

—Perfectamente, gracias —respondió la bibliotecaria—. Pero me temo que no voy a permanecer.

—¿Permanecer?

—Hay demasiados interrogantes en el ambiente. —La señorita Prim levantó ligeramente la barbilla.

—No entiendo a qué se refiere —dijo él con amabilidad—. Pero si puedo satisfacer su curiosidad, aquí me tiene. Pensaba que habíamos llegado a un acuerdo.

Al escuchar la palabra curiosidad, el rostro de la bibliotecaria se endureció.

—No es una cuestión de curiosidad, pero no sé qué clase de familia es ésta. He visto a varios niños sin escolarizar. Varios niños en general es un reto importante para cualquiera, pero varios niños en estado silvestre creo que es una temeridad.

—Ya veo, le ha llamado la atención lo del colegio —murmuró él frunciendo ligeramente el ceño—. Bien, señorita Prim, tiene usted razón; si va a trabajar aquí tiene derecho a saber qué clase de hogar es éste, aunque debo recordarle que los niños no estarán a su cargo. No forman parte de sus atribuciones.

—Lo sé, señor, pero los niños, cómo decirlo, existen.

—Existen, desde luego, y a medida que pasen los días se hará usted más y más consciente de su existencia.

—¿Quiere decir con eso que están mal educados?

—Quiero decir con eso que los niños son mi vida.

La bibliotecaria se sorprendió ante aquella respuesta. Pese a su primera impresión, en aquel hombre parecía haber inesperados destellos de delicadeza, mucha más delicadeza de la que ella había imaginado, una extraña, sobria y concentrada delicadeza.

—¿Son. son suyos los niños? Quiero decir. ¿son algunos suyos?

—¿Se refiere a si son hijos míos? No, no lo son. Cuatro de los niños que ha visto son hijos de mi hermana, pero están bajo mi tutela desde que ella murió, hará unos cinco años. El resto son chicos de San Ireneo que vienen a recibir clases aquí dos o tres veces por semana.

La señorita Prim bajó los ojos con discreción: ahora lo entendía todo. Ahora comprendía por qué aquellas criaturas se educaban en casa en vez de ir al colegio. Se hallaba ante un caso

evidente de lo que la psicología moderna denomina síndrome de duelo prolongado. Una circunstancia ciertamente terrible, pero que no justificaba en absoluto aquel comportamiento. Ser educados en casa no era bueno para los niños y, aunque fuese difícil, y hasta embarazoso hablar de ello, sabía que era su deber decirlo.

—Siento mucho su pérdida —dijo con un tono similar al que podría haber empleado para hablar con un animal herido—, pero no debe usted encerrarse en su dolor. Tiene que pensar en sus sobrinos, ha de pensar en ellos y en su futuro. No puede pretender que su pena los encierre en esta casa y los prive de una educación decente.

Él la contempló un momento como si no comprendiese. Después bajó la mirada, sacudió a ambos lados la cabeza y esbozó una sonrisa rápida. La bibliotecaria, que no era propensa al romanticismo, se sorprendió a sí misma pensando en lo mucho que una sonrisa inesperada puede iluminar una habitación oscura.

—¿Una educación decente? Lo que usted piensa de mí es que soy un hombre triste que retiene a sus sobrinos y no los deja ir al colegio para no sentirse solo, ¿no es así?

—¿No lo es? —respondió ella con cautela.

—No, no lo es.

El hombre se dirigió al mueble bar que había junto a una de las ventanas, donde una docena de finas copas de cristal y seis pesados vasos de whisky compartían espacio con una amplia variedad de vinos y licores.

—¿Quiere beber algo, señorita Prim? A estas horas suelo tomar un aperitivo. ¿Le apetece un oporto?

—Gracias, señor, pero no bebo nunca.

—¿Le importa que lo haga yo?

—En absoluto, está usted en su casa.

El hombre se volvió y la contempló con curiosidad mientras trataba de adivinar si había sarcasmo tras aquellas palabras. Luego bebió un sorbo y dejó el vaso directamente sobre la mesa, lo que provocó un involuntario gesto de reprobación, casi imperceptible, en el sereno rostro de la bibliotecaria.

—La verdad es que mi opinión sobre la educación reglada es muy particular. Pero si decide quedarse a trabajar aquí, le bastará con saber que educo a mis sobrinos personalmente porque estoy decidido a darles la mejor formación posible. No tengo esas excusas románticas que me atribuye, señorita Prim No estoy herido, no me siento deprimido, ni siquiera puedo decir que me encuentre solo. Mi única intención es que los niños puedan convertirse algún día en todo aquello que la escuela moderna se ve incapaz de producir.

—¿Producir?

—Es la palabra exacta, en mi opinión —contestó él con un brillo divertido en los ojos.

La bibliotecaria guardó silencio. ¿Realmente era aquella casa el lugar adecuado para una mujer como ella? No se podía decir que aquel hombre fuese desagradable. No era grosero, ni insultante, ni se advertía en sus ojos rastro alguno de aquella mirada apreciativa que había tenido que soportar durante años en su antiguo jefe, pero no había delicadeza en la forma en que hablaba a los niños y tampoco sensibilidad en aquel tono franco, aunque cortés, con el que se dirigía a ella. La señorita Prim tuvo que reconocer que en su corazón aún perduraba cierto resquemor por la torpe insinuación que él había hecho sobre su persona apenas media hora antes. Y sin embargo, no era únicamente eso. Había una inquietante energía soterrada en aquel rostro, un algo indefinible que emulaba trofeos de caza, antiguas gestas y batallas.

—Entonces ¿está decidida a marcharse? —preguntó él sacándola bruscamente de sus pensamientos.

—No, no lo estoy. Quería una explicación y he tenido una explicación. No puedo decir que comparta su oscura visión sobre el sistema educativo, pero comprendo su temor a que la brutalidad del mundo moderno aniquile la delicadeza de espíritu de los niños. Ahora bien, si me permite hablarle con franqueza.

—Por favor, hágalo.

—Creo que es usted algo extremista en sus planteamientos, aunque me parece que lo hace guiado por sus convicciones y eso es más que suficiente para mí.

—Entonces, cree que exagero.

—Sí, creo que exagera.

El hombre se acercó a la biblioteca, recorrió varios volúmenes con los dedos, se detuvo en un viejo y grueso tomo encuadernado en cuero y lo sacó cuidadosamente de la estantería.

—¿Sabe qué es esto?

—Me temo que no.

—De Trinitate Libri.

—¿San Agustín?

—Veo que hace honor a su currículo. ¿O tal vez tiene usted, digamos, ciertas inquietudes espirituales?

La bibliotecaria, incómoda ante la pregunta, comenzó a juguetear con la sortija de amatistas que llevaba en la mano derecha.

—Ésa es una cuestión delicada y, si no le molesta, preferiría no responderla. Creo que estoy en mi derecho.

—Una cuestión delicada —repitió él en voz baja mientras contemplaba el libro—. Por supuesto, tiene usted razón. Discúlpeme de nuevo.

La señorita Prim se mordió el labio antes de añadir:

—Espero que no haya ningún problema en cuanto a mis convicciones personales, porque de haberlo me parece que por el bien de ambos debería usted decírmelo ahora.

—Ninguno en absoluto. No ha sido usted contratada para dar clases de teología.

—Es un alivio saberlo.

—Estoy seguro de ello —dijo él con una sonrisa.

Se hizo un largo silencio en la habitación, roto únicamente por las risueñas y lejanas voces de los niños que llegaban desde el jardín.

—Quisiera comentarle que me han sorprendido mucho esos nombres numéricos de los pequeños

—dijo al fin la bibliotecaria en un titánico intento de avanzar hacia aguas menos conflictivas.

—En realidad son apodos —se rió él— y tienen mucho que ver con mi incapacidad para recordar cumpleaños. Septimus nació en septiembre; su hermano Deka, en octubre; Téseris, en abril, y Eksi, la pequeña, en junio. Soy un amante de las lenguas clásicas y este sistema me ha ayudado más de una vez a salir de un apuro.

Mientras hablaba, señaló con un gesto el desorden de la habitación. Una ingente cantidad de libros se apiñaba sobre mesas y estanterías en dobles, triples y hasta cuádruples filas entre enormes fajos de papeles, viejos mapas, fósiles, minerales y conchas marinas.

—Me temo que el estado de mi biblioteca le dirá todo lo que debe saber sobre mi capacidad organizativa.

—No se preocupe, no me impresiona el desorden.

—Lo celebro, pero apuesto a que le molesta.

La señorita Prim no supo qué contestar y una vez más optó por cambiar de tema.

—La pequeña Téseris dice que pinta iconos de memoria.

—Y usted no lo cree, por supuesto.

—¿Insinúa que debo creerlo?

En lugar de responder, el hombre volvió a acercarse a la biblioteca para guardar el pesado tomo encuadernado en cuero. Después se dirigió a la chimenea, cogió un cuaderno que había sobre la repisa y se lo entregó a la bibliotecaria.

—Ésta es la lista de todas las obras que hay en la biblioteca. Está ordenada por autores; la completó el anterior encargado. Me gustaría que esta noche, si no está demasiado cansada, le echase un vistazo. Así mañana estará en condiciones de que le explique cuál es la labor que quiero que haga con este viejo y polvoriento caos. ¿Le parece bien?

La señorita Prim deseaba seguir hablando, pero comprendió que para su nuevo jefe la conversación no daba más de sí.

—Me parece perfecto.

—Estupendo. La cena es a las nueve y el desayuno, a las ocho.

—Si le parece bien, preferiría hacer las comidas principales en mi cuarto. Puedo cocinar cualquier cosa y subírmela yo misma.

—Le subirán las comidas desde la cocina, señorita Prim Tenemos una buena logística en casa. Espero que descanse bien en su primera noche aquí —dijo él tendiéndole la mano.

La bibliotecaria se sintió tentada a protestar. No le gustaba la idea de que un hombre prácticamente desconocido se

arrogase el poder de decidir cómo, cuándo o qué debía comer. No le gustaba en absoluto aquella dominante forma de dar las cosas por hecho.

—Buenas noches, señor —dijo dócilmente antes de subir.

La señorita Prim no supo con certeza si la había despertado el gallo o si su sobresalto fue el resultado natural de un sueño agitado. Llevaba casi tres semanas en la casa y todavía seguía sintiéndose desorientada cada vez que se despertaba. Somnolienta, se estiró perezosamente bajo las sábanas y a continuación miró el reloj. Disponía de dos horas antes de tener que levantarse y comenzar a trabajar para él. Allí arriba estaba a salvo, suspiró con alivio. A salvo de órdenes extrañas y sin sentido, de sonrisas inesperadas que preludiaban aún más órdenes, de miradas desconcertantes, de preguntas cuyo último significado no acertaba a desentrañar. ¿Se burlaba de ella? Más bien parecía que la estudiaba, lo cual resultaba casi más irritante.

Todavía adormilada, echó otro vistazo al reloj. No quería coincidir con él y con los niños de camino a la abadía. La señorita Prim se había considerado siempre una mujer abierta, pero no aprobaba aquella costumbre de obligar a cuatro criaturas a acudir todos los días andando a un monasterio antes de desayunar. Es verdad que al regresar parecían extraordinariamente alegres, pese a la larga caminata, el fresco de la mañana y el ayuno. Pero, naturalmente, ella sabía que había formas y formas de influenciar a los niños.

Cuando media hora después salió de la casa, el sol ya comenzaba a calentar. Cruzó rápidamente el jardín y abrió la verja de hierro, que chirrió larga y ruidosamente. ¿Por qué aquel hombre se negaba a restaurar las cosas? La señorita Prim amaba la pulcritud, amaba la belleza, y porque la amaba le molestaba ver aquella verja envejecida, le entristecían los cuadros sin res-

taurar, le indignaba encontrar incunables manchados de mantequilla en los estantes del invernadero.

—Este hombre es un desastre —murmuró malhumorada.

En lugar de seguir la carretera, decidió girar hacia la derecha y tomar un estrecho camino rural que atravesaba los campos de labor, cruzaba el bosque y llegaba hasta el pueblo. Aquella mañana necesitaba urgentemente comprar cuadernos y etiquetas. El día anterior había tenido un pequeño conflicto con su jefe, el quinto desde su llegada a la casa. Éste había entrado en la biblioteca y le había dicho con firme claridad que no quería que utilizase ficheros informáticos para clasificar sus libros.

—Muy bien, si ése es su deseo, no los utilizaré —respondió la señorita Prim con forzada docilidad.

A continuación, había añadido que tampoco estaba a favor de las máquinas de escribir, por muy antiguas y polvorientas que fuesen.

—No seré yo quien las reclame —murmuró la bibliotecaria con los labios apretados.

Y fue entonces cuando no pudo resistirse a decir:

—¿Desea tal vez que catalogue los libros con pluma de ave?

Él había celebrado aquella ironía con una agradable sonrisa, lo había hecho con una caballerosidad exquisita, con una delicadeza admirable. Pero después de tres semanas en la casa, la señorita Prim era ya perfectamente consciente de que aquella hipnotizante cortesía masculina no servía sino para obligarla a hacer cosas.

—Si insiste usted tanto en ese absurdo arcaísmo lo haré a mano, pero le advierto que necesitaré etiquetas. No voy a tran-

sigir en este punto. Es una cuestión de método, y una bibliotecaria sin método no es una bibliotecaria.

—Mi querida señorita Prim —le había dicho él entonces—, puede usted usar todas las etiquetas que desee, naturalmente que puede usarlas. Lo único que le pido es que no utilice de esa clase que brilla en la penumbra. No tengo nada en contra de las etiquetas de colores, nada en absoluto, excepto mi total convencimiento de que no pueden catalogarse los sermones de san Buenaventura en verde limón ni las obras de Virgilio en rosa fluorescente.

La bibliotecaria se había sentido profundamente ultrajada ante aquella respuesta. Con la mirada encendida y su noble nariz apuntando al cielo, se vio obligada a explicar que ella nunca había utilizado etiquetas fluorescentes, no era la clase de profesional que manejaba aquel material, no necesitaba que nadie le dijese que una biblioteca como aquélla no admitía marcadores de color chillón. Y entonces él se había reído de ella y le había dicho algo todavía más ofensivo:

—Vamos, Prudencia, solo estaba bromeando, no se ponga tan majestuosa. Parece usted la viva imagen de La Libertad guiando al pueblo.

Acalorada por el recuerdo de aquella escena, la señorita Prim interrumpió sus pensamientos para apartar vigorosamente unas zarzas que obstaculizaban el sendero. Se disponía ya a dejar atrás el último grupo de árboles cuando llegó hasta ella el sonido de varias voces familiares. En medio de una gran explanada, sentadas sobre la hierba, las pequeñas de la casa contemplaban animadamente cómo sus dos hermanos peleaban entre sí con algo similar a unos remos o unos palos de madera. La bibliotecaria se agazapó detrás de los matorrales para poder observar sin ser vista. Los niños llevaban viejas máscaras de esgrima, pero aquello no era garantía alguna de protección en caso de recibir un golpe. Una vez más se preguntó si el hombre que

la había contratado estaba en su sano juicio. De pie, en medio de la explanada, se ocupaba en dar instrucciones precisas sobre estrategia militar a ambos contendientes.

—Típico de él —murmuró con desprecio desde su escondite—: enseñar primero a los niños a combatir y llevarlos a la iglesia después.

—No está loco, si es eso lo que está pensando. Y no debe preocuparse, nunca pondría en peligro a los niños.

La señorita Prim se giró sobresaltada y se encontró con un hombre mayor, de elevada estatura, que la miraba sonriendo.

—¿Quién es usted? —preguntó mientras decidía si debía salir de la espesura o era más seguro permanecer donde estaba.

—Discúlpeme si la he asustado. Está usted en la casa para organizar la biblioteca, ¿verdad? La señorita Prim, si no me equivoco.

La bibliotecaria asintió con la cabeza y observó disimuladamente al visitante.

—Soy un viejo amigo de la familia. Los conozco a todos prácticamente desde que vinieron al mundo. Si él es para ellos como un padre, yo soy como un abuelo.

—Encantada de conocerle, señor.

—Horacio Delás, Horacio para usted.

La señorita Prim agradeció la cortesía y después señaló a los pequeños.

—Dígame una cosa, Horacio, ¿qué se supone que está haciendo con ellos? ¿Entrenándolos para una guerra?

—Mi querida amiga, había oído decir que era usted una persona repleta de títulos —respondió el recién llegado con afable ironía—. Fíjese bien, está explicándoles cómo luchaban los

antiguos caballeros. La mayoría de los niños de hoy en día no saben cómo se empuña una espada, una lanza o un lucio, desconocen siquiera qué es un caballero. Observe, si no me equivoco, ahora les recordará las seis grandes reglas de Godofredo de Preuilly.

—¿Godofredo de Preuilly?

—Usted no es de por aquí y no tiene por qué saberlo, pero fue un caballero que murió a mediados del siglo xi. A él se le atribuye nada menos que la paternidad de los torneos. Hay quien asegura que redactó las primeras normas para regular las competiciones. No hay datos históricos muy claros al respecto, pero son unos hermosos y nobles consejos.

La voz baja y clara del hombre del sillón interrumpió la conversación:

—Primera regla, no herir nunca en punta al caballero contrario. Segunda, no luchar fuera de filas. Tercera, no atacar jamás varios hombres a uno solo. Cuarta, no herir al caballo del rival. Quinta, golpear únicamente en pecho y rostro.

»Sexta y última —el caminante se volvió hacia la señorita Prim y se llevó triunfante la mano al ala de su sombrero—, no embestir nunca cuando el contrario tiene alzada la visera de su armadura. No es ninguna tontería, amiga mía, así murió Enrique II de Francia. Recordará usted que la lanza de Gabriel de Montgomery le atravesó un ojo durante un torneo.

La bibliotecaria asintió sonriendo, alargó la mano para coger una mora tardía y después echó un vistazo a su reloj.

—Perdóneme, Horacio, pero debo irme ya. Tengo que hacer un recado en el pueblo y estar de vuelta antes de mediodía. Supongo que terminarán de jugar a las justas y se irán ya a la abadía.

—Entonces ¿no se une usted a ellos?

—Me temo que no soy demasiado espiritual.

—No se preocupe, tampoco yo lo soy. Vuelvo a casa después de mi paseo de la mañana; así que, si me lo permite, la acompañaré encantado.

El caminante le ofreció un brazo que ella aceptó agradecida. Por primera vez desde su llegada a la casa se sentía a gusto y relajada. Tenía la sensación de haber encontrado un aliado. Un hombre razonable, sensato, equilibrado; una persona con la cual se podía hablar. «Es un caballero», se dijo contenta mientras caminaban juntos bajo el agradable sol de la mañana. ¿Y quién no querría tener por aliado a un caballero?

Tres horas después de aquel agradable encuentro, la señorita Prim emprendió de nuevo el camino a casa. Llegaba un poco tarde, pero estaba segura de que la elegancia de las etiquetas blancas y de los cuadernos de piel azul marino constituiría un salvoconducto eficaz para justificar su retraso. ¿No creía que su patrón era un hombre encantador?, le había preguntado la dueña de la papelería al saber que trabajaba en la casa. La señorita Prim no lo creía. Era un hombre diferente, eso lo admitía. Había sido muy generoso al volcarse de aquella forma con los niños de su hermana y al ejercer de profesor de lenguas clásicas con los de medio San Ireneo, tampoco tenía objeción alguna en reconocerlo. Pero no era encantador, no al menos cuando se trataba de defender sus ideas. No era encantador en las discusiones, tampoco lo era en los debates; no cedía un ápice en lo que consideraba que era cierto y no tenía compasión alguna con sus oponentes cuando descubría que éstos no estaban a su altura. La señorita Prim llevaba poco tiempo en la casa, pero había tenido ocasión de verle ya en acción. Podía ser el hombre más amable del mundo, pero también era capaz de ser el más duro.

—¡Qué extraordinario resulta escucharla hablar así! —exclamó la dueña de la papelería—. Nunca he oído decir nada

semejante sobre él a ninguna otra mujer. ¿Duro? Debe de estar usted equivocada.

Desde luego, no lo era con los niños, reflexionó mientras salía del establecimiento; aunque los educaba con disciplina —afectuosa disciplina, pero disciplina al fin y al cabo— y les exigía mucho como amo y señor de aquella peculiar escuela doméstica. La señorita Prim había trabajado algunas mañanas en la biblioteca mientras los pequeños seguían sus clases. Amparada por las enormes hileras de libros que tenía que clasificar, había contemplado la pasión que había en él cuando explicaba a los chicos las cuestiones más complejas, la claridad con la que se expresaba, el modo en que les enseñaba a pensar. Pero también le había observado cuando hacía preguntas. No se podía decir que los niños le temiesen, aunque resultaba evidente que ansiaban su reconocimiento y buscaban a toda costa su aprobación. Era enternecedor verles bromear y jugar con él entre risas y gritos, pero no lo era tanto contemplar cómo se acercaban compungidos cuando fallaban una conjugación griega y veían que su mentor, desalentado, fruncía el ceño y bajaba la cabeza.

—¿No cree que es demasiado riguroso? —preguntó aquella mañana la bibliotecaria a su nuevo amigo, tras haberla invitado éste a desayunar en su jardín como colofón del paseo hasta el pueblo.

—¿Que si es riguroso? Soy un enamorado del método escolástico, señorita Prim, no espere de mí que critique la exigencia académica. No tengo demasiada buena opinión de la educación de los últimos cincuenta años, no voy a mentirle.

—Pero se trata de algo más que de exigencia, Horacio. Sus métodos son arcaicos y extravagantes, él mismo lo es. Supongo que sabrá usted que cuando no da clase a los niños o no juega con ellos a torneos medievales permanece muchas horas enclaustrado. A veces se encierra casi todo el día, no es raro que

se le pase la hora del almuerzo o de la cena. ¿Cree realmente que todo eso forma parte de alguna estrategia pedagógica?

Su anfitrión se rió complacido mientras se levantaba, entraba en la casa y regresaba con dos libros en la mano. Tras sentarse de nuevo a la mesa, se sirvió una segunda taza de café y abrió uno de ellos.

—Mi querida señorita Prim, voy a explicarle una cosa. Seguramente habrá leído usted la historia de Pantagruel, de Rabelais.

—Naturalmente.

—Pues bien, lo que quiero que entienda es que nuestro hombre del sillón, como usted le llama, tiene mucho de Gargantúa en su modo de educar a los niños.

—¿A qué se refiere?

—Deje que le explique. Hay un pasaje de Pantagruel en el que Gargantúa le señala a su hijo todo lo que quiere que aprenda, seguro que lo conoce. A ver, sí, aquí está. ¿Quiere leerlo a ver si le recuerda algo?

La señorita Prim tomó el libro y comenzó a leer en voz alta:

Dispongo y quiero que aprendas las lenguas a la perfección: la primera de todas, la griega, como lo manda Quintiliano. Y la segunda, la latina. Y, después, la hebrea, para las Sagradas Escrituras; y la caldea y la arábiga también.

—¿No me dirá que está enseñando hebreo, árabe y caldeo a los niños? —se interrumpió con gesto de asombro.

—Oh, no, aunque es un gran políglota, especialmente en lenguas muertas. No, no les enseña árabe, pero sí griego, latín y algo de arameo, este último por razones más sentimentales que académicas. Pero siga leyendo, siga leyendo.

La señorita Prim retomó el libro, obediente:

Y en la griega has de formarte en el estilo de Platón; y con el de Cicerón en la latina. Que no haya historia que no tengas presente en la memoria, para lo cual te servirá de ayuda la cosmografía de los que de eso escribieron. De artes liberales, de geometría, de aritmética y de música algún gusto ya te hice coger cuando tenías cinco o seis años. Sigue con lo que te falta y aprende todos los cánones de astronomía.

—No quiero cansarla, permítame que le resuma el resto. Del derecho civil, quiere Gargantúa que su hijo aprenda los textos hermosos y los compare con la filosofía. Y respecto a la naturaleza, le enseña que el mundo es una gran escuela. Quiere que no exista mar, río o manantial cuyos peces desconozca; que reconozca todas las aves del cielo, todos los árboles, arbustos y frutales, todas las hierbas de la tierra, todos los metales escondidos en los abismos, todas las piedras preciosas de Oriente y Medio Oriente. —Es impresionante —murmuró la bibliotecaria.

—Sí que lo es. Le exige que aprenda sobre la medicina y el hombre; quiere ver en su hijo un abismo de ciencia.

—¿Y eso es lo que quiere ver él en los niños? Pero eso es ridículo, son demasiado pequeños.

—Yo lo considero magnífico, no voy a engañarla. Es una aventura académica que me entusiasma. Pero deje que le enseñe otro de los textos que han inspirado esta escuela doméstica y comprenderá un poco más de qué se trata. Éste quizá no lo conozca. Es la carta de Jerónimo de Estridón a Leta. Jerónimo, como sabrá, hizo esa grandiosa traducción.

—La Vulgata.

—Eso es. Vivió muchos años como eremita en el desierto estudiando las Sagradas Escrituras, después volvió a Roma y finalmente se instaló en Belén. No hay duda de que era un gigante intelectual, un hombre de mente prodigiosa, con un temperamento y una voluntad de hierro. Tremendamente estricto consigo mismo, muy exigente. Pues bien, en un momento dado

de su estancia en Belén recibe una carta de una mujer llamada Leta que le pide consejo sobre la educación de su pequeña hija.

—¿Y le recomendó castigarla de rodillas con los brazos en cruz? —preguntó con una sonrisa la señorita Prim

—En absoluto —respondió animadamente su anfitrión—. En mi opinión, le dio una serie de consejos admirables. En su carta explica a Leta que considera fundamental aprender idiomas extranjeros, especialmente latín y griego, desde la más tierna infancia porque, escribe, «si los tiernos labios no se forman desde el principio en esto, la lengua se estropea por un acento extranjero». Ésa es ni más ni menos una de las tesis de su joven empleador, querida. San Jerónimo recomienda, cómo no, la lectura diaria de las Escrituras.

—Realmente, entonces. ¿todo tiene un propósito?

—Algún día hablaremos de propósitos. Mientras tanto, disfrute usted de lo que vea. y participe. Estoy seguro de que puede responder a las preguntas de la pequeña Eksi sobre los defectos de carácter de las heroínas de la literatura inglesa mucho mejor que él.

De vuelta a casa, la señorita Prim abrió la verja del jardín y recorrió el viejo y otoñal paseo de hortensias con aire distraído. Nunca se había planteado la posibilidad de enseñar nada a ningún niño. En realidad, tampoco se lo había planteado jamás con ningún adulto. No sabía siquiera si sería capaz y, además, él no se lo había pedido y probablemente ni siquiera lo aprobaría. Todavía no había olvidado la expresión de decepción que vio en su rostro la tarde de su llegada, cuando le confesó que era una mujer intensamente titulada.

—Allá él y su maldita prepotencia —murmuró indignada.

No iba a preocuparse por los niños. Bastante tenía ya con su propio trabajo.

Fue algo más de un mes después de aquel encuentro cuando la señorita Prim comenzó a percibir los primeros intentos de atentar contra su soltería. En un principio no dio demasiada importancia al hecho; al fin y al cabo resultaba halagador saberse el centro de las habladurías del pueblo. Aquélla era una sociedad extraordinariamente tradicional y, como tal, probablemente se preguntaba por qué una mujer joven y bien parecida como ella no estaba casada o, al menos, comprometida. Así que cuando una mañana la señora Oeillet, propietaria de la principal floristería del pueblo, le preguntó con un guiño dónde había dejado su alianza, la señorita Prim no se sorprendió.

—No estoy casada, si se refiere usted a eso —contestó con una sonrisa mientras examinaba una maceta de Papaver rhoeas, que era el modo en que la bibliotecaria denominaba esas flores que el resto del mundo llama amapolas.

La señora Oeillet confirmó que se refería a eso, exactamente a eso. Las mujeres solían tener un esposo en San Ireneo de Arnois. No era obligatorio, pero resultaba conveniente. Las mujeres como ella parecían, además, naturalmente dotadas para el matrimonio. Un rostro agraciado, una buena figura, maneras delicadas, amplia cultura; todos aquellos dones apuntaban a que el fin para el que había sido creada la señorita Prim, la razón última de su existencia, no era otra que el matrimonio.

—Es usted muy amable, pero no tengo intención de casarme —contestó ésta con firmeza—. No estoy a favor del matrimonio, para mí no tiene sentido alguno.

La florista sonrió con extraordinaria dulzura, lo cual sorprendió a la bibliotecaria. No esperaba una sonrisa por respuesta. Un gesto airado, una exclamación de asombro, un exabrupto escandalizado; ésa habría sido la reacción adecuada. Las mujeres como la señora Oeillet, que superaban la madurez con creces y avanzaban hacia la ancianidad con la sólida dignidad de un barco a vapor, solían escandalizarse cuando presenciaban

declaraciones públicas en contra del matrimonio. Era la respuesta natural, la reacción decente en aquellas situaciones. Ya la señorita Prim, que había sido educada en un hogar duramente modelado por la disciplina, le gustaba que la gente reaccionase siempre como era debido.

—¡Estoy tan de acuerdo con usted! —exclamó finalmente la propietaria de la floristería tras un largo suspiro—. El matrimonio hoy en día se ha convertido en un simple acuerdo legal, con todos esos papeleos, esas frías oficinas y registros, esas separaciones de bienes y esas leyes que lo desnaturalizan todo. Si yo fuera usted y tuviera que contraer matrimonio en estos tiempos, no firmaría eso, naturalmente que no.

La señorita Prim, que concentraba ahora su atención en un centro de mesa de Zinnias elegans, se preguntó si su interlocutora estaría en su sano juicio. ¿No acababa de decirle que parecía hecha para el matrimonio? ¿No se había referido a su evidente vocación para la vida conyugal? ¿No había alabado su rostro agraciado, su vasta cultura y sus buenos modales?

—Espero que no se ofenda —continuó la florista con exquisita cortesía—, pero a menudo me pregunto cómo se puede llegar a pensar que un funcionario tiene algo que hacer en medio de un matrimonio. ¡Si parece casi una contradicción! Un matrimonio puede ser muchas cosas, unas buenas y otras malas, pero convendrá usted conmigo en que ninguna de ellas tiene mucho que ver con la burocracia.

La señorita Prim, que no acababa de decidirse tampoco por las zinnias, convino en que ciertamente burocracia y matrimonio eran realidades excluyentes. Mientras pagaba el tiesto de Papaver rhoeas, reflexionó sobre el hecho extraordinario de que tanto la señora Oeillet como ella estaban completamente de acuerdo en aquel asunto, pese a que ambas abordaban el problema desde ángulos divergentes. Ni una ni otra pensaban lo mismo sobre el matrimonio, eso era evidente. Pero también lo

era el hecho de que las dos coincidían plenamente sobre lo que la unión matrimonial no era ni podría nunca llegar a ser.

La bibliotecaria acababa de salir de la floristería cuando se topó prácticamente de bruces con el hombre del sillón. Sorprendida y contrariada, barruntó algo sobre la necesidad de hacer unas gestiones en la oficina de correos, observación que éste aparentemente resolvió ignorar.

—La señorita Prim entre amapolas. pero si parece el título de un cuadro. Permítame que la ayude con la planta, ¿puedo acompañarla?

—Es usted muy amable —contestó ella con frialdad.

El hombre del sillón cogió la maceta y comenzó a caminar a su lado en silencio.

—Por lo que veo, ha estado hablando con Hortensia Oeillet. Y naturalmente, le habrá preguntado por qué no está usted casada, ¿me equivoco? —dijo con una sonrisa.

—Esa mujer tiene unas extrañas ideas sobre el matrimonio —replicó la bibliotecaria.

—Lo que quiere usted decir con esa frase críptica es que son diferentes a las suyas, supongo.

—Desde luego que lo son. Yo estoy totalmente en contra del matrimonio.

—¿En serio?

—Lo considero una institución inútil y en retroceso.

—Es interesante que diga usted eso —reflexionó él—, porque yo tengo la impresión opuesta. Me da la sensación de que hoy en día todo el mundo quiere casarse. No sé si se habrá dado cuenta de que hay grandes reivindicaciones en todas partes por ese asunto, por no hablar de todas esas personas que proclaman su confianza en el matrimonio al acumular a lo largo de sus vidas tantas bodas como les es posible. No deja de ser

interesante que esté usted en contra. En mi opinión, demuestra una conmovedora inocencia de espíritu.

—Usted está a favor, por supuesto.

—Completamente a favor. Yo soy un gran defensor del matrimonio, por eso me opongo rotundamente a incluir a las autoridades civiles en su celebración. Soy de la escuela de Hortensia, me resulta sorprendente ver a un funcionario en una boda. A no ser, claro está, que se trate de uno de los contrayentes o que acuda como invitado.

La señorita Prim bajó la cabeza para disimular una sonrisa.

—¿Y todos piensan igual que la señora Oeillet y usted por aquí?

—Yo diría que todos están aquí porque piensan igual que la señora Oeillet y yo, que es algo diferente.

La bibliotecaria no entendió el significado de aquella respuesta, pero contuvo el deseo de replicar. No quería comenzar otra discusión. El instinto de conservación le decía que cuando comenzaba una disputa con su jefe, llevaba las de perder. Siempre se había considerado a sí misma una gran polemista, la gente solía temerla por ello, pero ahora tenía enfrente a alguien que la superaba ampliamente en aquel terreno. Alguien irritante, que sabía retorcer los argumentos hasta extremos inverosímiles y llevar las discusiones a terrenos pantanosos que la hacían sentirse insegura y ridícula.

— leyó en voz alta en un pequeño cartel situado junto a una casa casi oculta por una maraña de hiedra—. Me sorprende que haya feministas en San Ireneo. Es algo demasiado moderno para este lugar, ¿no cree? —dijo con aire burlón.

En lugar de contestar, su acompañante se detuvo, bajó la cabeza para poder mirarla a los ojos y a continuación soltó una carcajada.

—¿De verdad cree eso? ¿Cree de verdad que el feminismo es algo moderno? —preguntó risueño—. Realmente, Prudencia, es usted encantadora.

La señorita Prim abrió la boca dispuesta a dejar claro que una respuesta como aquélla era una falta de respeto, pero finalmente lo pensó mejor.

—Depende de con qué se compare —contestó malhumorada—. Hay movimientos más modernos, pero no me negará que el feminismo en sus inicios fue algo liberador. Y que conste que le digo esto sin formar parte de sus filas, no me verá usted nunca bajo esa bandera.

—Es un alivio saberlo.

La bibliotecaria enrojeció, pero no dijo nada.

—Aun así he de decirle que no comparto en absoluto lo de ese supuesto origen liberador del movimiento —continuó él—. Es evidente que nunca ha oído hablar del hacha de Carrie Nation.

La señorita Prim se mordió el labio. Sabía perfectamente lo que venía a continuación. Conocía ya lo suficiente a aquel hombre como para saberlo. Sabía que la alusión a aquella hacha y a su dueña era tan solo un señuelo para que él pudiese impartir una de sus brillantes clases magistrales. No quería darle esa satisfacción, deseaba fervientemente no dársela, estaba absolutamente decidida a no hacerlo. Pero, al final, la curiosidad pudo más que ella.

—¿Carrie Nation y su hacha?

—¿No sabe quién es?

—En absoluto. ¿Se lo está usted inventando?

—¿Inventármelo? ¿Cómo puede pensar algo así? —protestó él con tono ofendido—. Para su información, Carrie Nation fue la fundadora del Movimiento de la Templanza, un gru-

púsculo que se opuso al consumo de alcohol antes de la Ley Seca. Seguramente era una anciana entrañable, pero tenía la mala costumbre de irrumpir en los bares con un hacha en la mano y una banda de amigas con el noble fin de destrozar todas las botellas que encontraba en su camino. Los cronistas de la época cuentan que medía un metro ochenta y pesaba casi ochenta kilos, así que puede usted imaginarse lo liberador de la escena. Se dice que cuando murió, sus seguidoras pusieron sobre su tumba este epitafio conmovedor: fiel a la CAUSA DE LA ABSTINENCIA, HIZO LO QUE PUDO.

—¿Y qué tiene que ver todo eso con el feminismo? —preguntó la señorita Prim con brusquedad, tras advertir en su interior que estaba comenzando a disfrutar con la conversación.

—Déjeme seguir, tiene usted la endiablada costumbre de interrumpir a sus mayores. El movimiento de la señora Nation sostenía que el alcoholismo fomentaba la violencia en el hogar y por ello estuvo muy unido a las primeras ligas de defensa de los derechos de la mujer. Muchas de aquellas fanáticas destructoras de bares eran feministas convencidas, de esas que usted llama liberadoras. Y que conste que considero a la señora Nation como una antepasada noble del movimiento. La estupidez, definitivamente, llegó bastante después.

La señorita Prim, indignada, volvió a morderse el labio.

—¿Y aun así permiten ustedes que haya feministas en este pueblo encantador? —preguntó con fría ironía al llegar a la puerta de la oficina de correos.

El hombre del sillón frunció el ceño para protegerse del sol y sacudió pensativamente la cabeza.

—¿Le gustaría conocerlas? Le advierto que no son exactamente el tipo de feministas que usted probablemente espera que sean.

—¿Y cómo sabe usted lo que yo espero? Si no le importa, sí me gustaría. Estoy convencida de que será una experiencia interesante —contestó ella mientras se ponía de puntillas para arrebatarle con firmeza las amapolas.

—Por cierto —dijo él antes de decidirse a cruzar al otro lado de la calle—, creo que hoy ha tenido el honor de conocer a su presidenta. Es nuestra común amiga, la amable y sonriente Hortensia Oeillet.

Hortensia Oeillet no tardó en enviar una invitación formal dirigida a la señorita Prim En la nota aseguraba que la Liga Feminista de San Ireneo se complacía muchísimo en incluirla en su próxima reunión, a celebrar el martes siguiente. La mañana en que llegó la invitación sorprendió, sin embargo, a la bibliotecaria ocupada en otro asunto. Hacía poco más de tres décadas, aunque nadie sabía realmente cuánto más, que su cumpleaños se celebraba exactamente en aquella fecha. Era una celebración solemne, porque Prudencia Prim era de la opinión de que solo los vivos celebran cumpleaños y de que esa ventaja sobre los muertos debía ser festejada adecuadamente. El día de su cumpleaños la señorita Prim se levantaba puntualmente a las siete de la mañana y comenzaba los preparativos de su pastel. Se anudaba un delantal en la cintura, se recogía el cabello con severidad y seguía fielmente la vieja receta que su abuela había dejado en herencia a su madre y que ésta, convencida de que tenía ante sí un futuro extraordinariamente longevo, había optado por legar en vida a su hija.

El pastel de la señorita Prim gozaba de gran popularidad entre el reducido círculo de sus amigos, compañeros y conocidos. Pese a ello, nadie había podido averiguar nunca con qué ingredientes conseguía crear aquel sabor delicioso y suave. Era una cuestión de cariño, decía ella para quitarse importancia. Y sin embargo, todos sospechaban que no era tanto una cuestión de cariño como de saber mezclar sabiamente cierto ingrediente silvestre con la masa. «Si no lo identifican, no merecen saberlo»,

se justificaba la bibliotecaria cuando en ocasiones, muy pocas, se sentía asaltada por oleadas de remordimientos por guardar tan severamente su secreto.

—Señorita Prim, ¿usted sabía que Emily Bronte estudiaba alemán mientras vigilaba el horno en la cocina de su casa? —preguntó inesperadamente aquella mañana la pequeña Eksi, afanada en dar forma a una diminuta porción separada de la masa del pastel principal.

—No, querida, no tenía ni idea, pero parece muy interesante. Supongo que te lo ha contado tu tío, ¿verdad?

—No, él no sabe mucho de eso. Me lo ha contado el tío Horacio. Dice que paseaba por la cocina con el libro de alemán en la mano mientras vigilaba el pan en el horno. ¿No es muy bonito?

La señorita Prim no creía que estudiar idiomas frente a un horno de carbón en una helada cocina decimonónica fuese muy bonito, pero se abstuvo de decirlo. Aquella mañana se sentía extraordinariamente contenta. En un gesto inesperado, el hombre del sillón había dado el día libre a los niños para que la ayudasen a preparar el pastel. Los tres mayores estaban en aquel momento en el jardín recogiendo hojas de plantas aromáticas para adornarlo, mientras la pequeña colaboraba a su modo elaborando una versión reducida de la tarta. También la cocinera había estado varias horas trajinando, ocupada en presentar un menú de cumpleaños que dejase claro ante aquella intrusa quién mandaba en los fogones de la casa.

La bibliotecaria, con los brazos embadurnados de harina hasta los codos y las mejillas encendidas por el esfuerzo, contempló con satisfacción la vieja y hermosa cocina, decrépita, como todo en aquel hogar. Aquella cocina le sugería una infancia perfecta. Una infancia que olía a pan recién hecho, a buñuelos, a pastel de chocolate, a galletas y rosquillas. La clase de infancia que ella no había vivido nunca, pero que en aquella

desordenada casa, debía reconocerlo, era una realidad cotidiana.

—Señorita Prim, ¿usted cree que existe de verdad en el mundo alguna persona como el señor Darcy? —preguntó esta vez Eksi, que a sus siete años y medio escribía historias por entregas para sus hermanos.

La bibliotecaria, que unas semanas antes se habría sorprendido al saber que una niña tan pequeña leía ya aquella clase de literatura, dejó el rodillo, se limpió las manos en el delantal y se volvió hacia ella.

—Yo creo, Eksi, que Jane Austen merece toda nuestra admiración por haber creado al hombre perfecto. Pero como tú eres una niña muy lista sabrás que no existe ninguna persona perfecta, es decir que.

—No hay nadie en el mundo como el señor Darcy —respondió alegremente la niña.

—Pues yo no diría eso con tanta seguridad. —La inesperada entrada del hombre del sillón en la

cocina sorprendió violentamente a la señorita Prim, aunque ésta lo disimuló con maestría.

—Entonces ¿existe alguien así? —preguntó la pequeña a su tío, que la saludó cariñosamente mientras le embadurnaba la nariz con un poco de harina.

—No tengo ni idea, Eks, y confieso que estoy aburrido de oír hablar de esa historia. Lo que yo quería decir en realidad es que dudo mucho que el tal Darcy sea un hombre perfecto. Es más, dudo que su autora llegase a pensar en algún momento que el personaje era alguien ni remotamente perfecto.

La señorita Prim, que había comenzado a estrujar frenéticamente la masa, levantó la cabeza y se armó de valor para intervenir.

—Me temo que está usted ligeramente confundido. Es posible que no pueda entender con claridad el personaje, puesto que es de su mismo sexo y todo el mundo sabe que esa circunstancia acentúa la miopía, pero cualquier mujer se da cuenta sin dificultad de que Darcy es un hombre que dice exactamente lo que hay que decir en todo momento.

—Lo cual es perfectamente natural —respondió él—, si tenemos en cuenta que es un personaje literario y que hay una mano detrás que escribe sus diálogos.

—Exactamente. Y por eso le decía a Eksi que no existe, no puede existir, ningún hombre así en el mundo —exclamó triunfante y con la nariz más elevada que nunca la señorita Prim

—Mi querida Prudencia, no haga usted trampas —replicó el hombre del sillón mientras probaba un trozo de la masa de la niña, que se había sentado en su regazo—. Ya he dicho que no discuto el hecho de que no exista en el mundo un hombre como Darcy, lo que yo discuto es que el personaje de Darcy represente a un hombre perfecto. La novela, seguro que lo recordará, se llama Orgullo y prejuicio porque el señor Darcy es orgulloso y la señorita Elizabeth Bennet tiene prejuicios. Ergo, señorita Prim,

Darcy no es perfecto, porque el orgullo es el mayor de los defectos de carácter y un hombre orgulloso es profundamente imperfecto.

—Como usted, sin duda alguna, debe de saber por experiencia —respondió la bibliotecaria antes de llevarse la mano a la boca, horrorizada por lo que acababa de decir.

Se hizo un silencio gélido en la cocina que ni siquiera la pequeña Eksi, que contemplaba fascinada aquel duelo cruzado, se atrevió a romper.

—Yo. no quería decir eso, discúlpeme, por favor. No sé cómo he podido decirlo —se excusó la bibliotecaria con voz temblorosa.

El hombre del sillón dejó a su sobrina en el suelo antes de levantar la cabeza para dirigirse a su empleada.

—Es posible que me haya merecido esa respuesta, señorita Prim —dijo con calma—. Y si es así, me disculpo por ello.

—¡Oh, no, por favor! No se disculpe, se lo ruego —enrojeció la bibliotecaria—. No quería decir eso. No pretendía decirlo, créame.

Él la contempló fijamente en silencio.

—En realidad, la creo —dijo finalmente—. Lo que seguramente pretendía usted decir es que soy dominante, soberbio y testarudo, ¿verdad? Y es posible que tenga razón, no lo niego.

La señorita Prim se llevó la mano a la frente y tragó saliva antes de volver a hablar.

—Por favor, le ruego que no siga. ¿Qué puedo hacer para disculparme?

El hombre del sillón no contestó. Rodeó la enorme mesa de madera de la cocina y se acercó despacio a su empleada.

—Vamos, Prudencia, sé perfectamente que no ha querido ofenderme; no mucho, al menos. Solo hay que ver la expresión de horror de su cara para estar seguro de ello. Hagamos una cosa: ¿qué le parece si olvidamos este desagradable desencuentro y firmamos una tregua? —dijo tendiéndole la mano.

La bibliotecaria, con la cabeza baja, limpió la suya en el delantal antes de dársela.

—Es usted muy generoso. Pero, dígame, ¿de verdad cree que podrá olvidar esto? Tiene todo el

derecho del mundo a despedirme después de un comentario como ése.

—Tengo todo el derecho del mundo, desde luego, pero no pienso hacerlo. Es usted demasiado buena con los libros. Además, algo me dice que no será ésta la última vez que deba perdonarla —dijo él mientras aprovechaba la confusión del momento para meter rápidamente una cuchara en la masa del pastel y llevársela a la boca.

»La felicito, está francamente bueno. ¿Semillas de amapola?

La señorita Prim, todavía apesadumbrada, abrió desmesuradamente los ojos.

—¿Cómo ha sido capaz de adivinarlo?

En lugar de responder, el hombre del sillón cogió resueltamente una manzana y, tras guiñar un ojo a su

sobrina, se dirigió hacia la puerta de la cocina.

—Debería estar satisfecha de que haya descubierto su secreto —dijo antes de salir—. Así podremos decir que estamos realmente en paz.

Cuando la puerta se cerró, la bibliotecaria suspiró larga y profundamente. Miró un instante por la ventana, volvió a meter las manos en harina y continuó amasando el pastel.

—Señorita Prim —preguntó la pequeña Eksi desde el otro lado de la mesa—, ¿no cree usted que nuestro tío dice siempre lo que hay que decir?

—Es posible, querida, es posible —murmuró ésta muy acalorada. Después se acercó al horno, lo abrió con cuidado y metió dentro con cierto ímpetu, podría decirse incluso que hasta con una pizca de euforia, su maravilloso pastel.

A la sede de la Liga Feminista de San Ireneo se accedía a través de un pequeño camino adornado por macizos de crisantemos. A las cinco en punto de la tarde del martes, hora y fecha de la invitación, la grácil figura de la señorita Prim llamaba a la puerta dispuesta a encontrarse por fin con el corazón del poder femenino del lugar. Lo primero que le sorprendió fue ser recibida por una diminuta doncella de tez sonrosada, delantal almidonado e inmaculada cofia blanca. La señorita Prim habría esperado que una reunión feminista hubiese prescindido de tales convencionalismos. Cierto que no tenía experiencia alguna en la materia, pero la idea de un club como aquél atendido por doncellas como aquélla no dejaba de resultarle extraña. Pese a todo, su sentido de la belleza antigua apreció la sonrisa de bienvenida, la cortesía con que fue conducida escaleras arriba y el modo en que, casi por arte de magia, se encontró en medio del salón.

—Mi querida amiga, ¡qué alegría es para nosotras tenerla aquí!

Hortensia Oeillet se acercó a ella seguida de un grupo de mujeres —la bibliotecaria contó diez— que se arremolinaron a su alrededor, la ayudaron a acomodarse en una silla y pusieron en su mano con rapidez pasmosa una taza de chocolate y dos bizcochos de nata. La señorita Prim dio las gracias por la invitación, pero rechazó con habilidad el honor de pronunciar unas palabras antes de que la presidenta de la liga abriese la sesión. Mientras era presentada a unas y a otras, pudo constatar que muchas de las invitadas eran mujeres profesionales, algo que consideró muy natural en una reunión femenina que abogaba por la liberación de su sexo. Muy pronto, sin embargo, percibió algo peculiar. La bibliotecaria estaba acostumbrada a ese viejo uso social según el cual, cuando una persona pregunta a otra a qué se dedica, ésta acostumbra a responder con una alusión a su título académico, ya se trate de la medicina, la abogacía, las finanzas o la docencia universitaria. Pero en el salón de la Liga

Feminista las conversaciones seguían un derrotero diferente. Cuando la señorita Prim preguntaba a alguna de las invitadas a qué se dedicaba, la respuesta que obtenía no tenía nada que ver con lo que esperaba.

—Así que es usted farmacéutica —comentó en un aparte a una de las asistentes—. ¿Dónde tiene la farmacia? Me parece haber visto una en la plaza.

—Oh, soy farmacéutica, sí, pero no tengo una farmacia. Dirijo una pequeña academia de pintura. En San Ireneo tenemos suficiente con una farmacia, pero cuando yo llegué no había nadie capaz de enseñar pintura, ¿me comprende usted?

La señorita Prim, que ciertamente no comprendía, se dirigió a continuación a una elegante mujer, tras ser informada de que había dirigido años atrás una de las clínicas de adelgazamiento más caras y selectas del país.

—Dígame —se interesó amablemente—, ¿cómo es que una profesional de su experiencia ha decidido establecerse en un lugar tan pequeño como éste?

—En realidad, es muy sencillo —contestó su interlocutora con una sonrisa—. Aunque me parece que no se lo han contado con completa exactitud. Hace tiempo que cerré esa etapa profesional. Seguramente habrá visto mi panadería: está en la plaza, al lado de la floristería de Hortensia. Sí, ya veo que le sorprende. Dejé la clínica hace cinco años, justo antes de trasladarme aquí. Lo había conseguido casi todo, no me quedaba demasiado por hacer y en aquel momento necesitaba un poco de sencillez. ¿Y qué hay más sencillo que el pan? Debo decir que he tenido la inmensa suerte de que aquí, en San Ireneo, se me haya permitido ser dueña de mi tiempo. Verá, yo hago solo y exclusivamente el pan de la tarde, el de la merienda. Me dedico a los bollos, los buñuelos, los pasteles, las exquisiteces.

—Supongo que hace falta una gran valentía para un cambio de vida tan extraordinario —murmuró sin mucho convenci-

miento la señorita Prim antes de decidir volver a sentarse junto a la chimenea.

Acababa de acomodarse en su asiento cuando fue abordada por una mujer rubia, alta y corpulenta que le estrechó enérgicamente la mano.

—Permítame que me presente. Me llamo Clarissa Waste, propietaria de La Gaceta de San Ireneo. Tal vez haya conocido ya a mi socia, Herminia.

La bibliotecaria contestó que todavía no había tenido el gusto de conocer a ninguna invitada llamada Herminia y comentó que aquélla era su primera oportunidad de hablar con una periodista.

—Pues me parece que tendrá que esperar un poco más. No soy periodista, digamos más bien que soy una pequeña empresaria. Emma Giovanacci, esa mujer regordeta que está ahora con Hortensia, sí lo es; o, mejor, lo era antes de llegar aquí. Ahora está concentrada en la aventura de poner en marcha nuestro Instituto de Investigación de Iconografía Medieval y de educar en casa a una veintena de críos del pueblo. No me pregunte cómo lo consigue, es un misterio.

La señorita Prim convino en que la capacidad de desdoblamiento de algunos miembros de su sexo era una incógnita que, a su juicio, todavía debía ser estudiada a fondo por la ciencia. A continuación, preguntó a la invitada qué hacía antes de dedicarse al negocio editorial.

—Era una atareada madre de familia. Ahora sigo siéndolo, no es algo de lo que una quiera desprenderse, pero lo compagino con el periódico. Antes de venir a vivir aquí habría sido impensable poder hacer algo así. ¡Oh, pero ya veo que no lo sabe! El nuestro es un periódico de tarde. Lo hacemos cada mañana, mientras los niños están en la escuela de la señorita Mott o en esas maravillosas clases sobre Homero y Esquilo que

imparte su jefe. Verá, nuestra filosofía aquí es que todo lo importante ocurre siempre por la mañana.

—¿Y si ocurriese algo importante por la tarde? —preguntó con sorpresa la bibliotecaria.

—Tendríamos que contarlo la tarde del día siguiente, ¿qué otra cosa podríamos hacer?

Intrigada por aquellas respuestas, la señorita Prim continuó circulando por el salón. Así descubrió que numerosas familias de San Ireneo invertían todo su tiempo y formación, en algunos casos una exquisita y especialísima formación, en dirigir personalmente la educación de sus hijos y en dar clases a los de los demás, una actividad que contaba con un enorme prestigio social. Muchas de aquellas mujeres eran propietarias de sus propios negocios, pequeños establecimientos que casi siempre se ubicaban en el piso inferior de las casas para no perturbar en exceso el ritmo de la vida familiar. Los horarios no parecían ser un problema. Todo el mundo compartía la idea de que las mujeres, incluso en mayor medida que los hombres, debían tener la posibilidad de organizar libremente su tiempo. Por ello a nadie le extrañaba que la librería abriese de diez a dos, la notaría lo hiciese de once a tres o la clínica dental comenzase la jornada a las doce de la mañana y la terminase puntualmente a las cinco de la tarde.

Cuando la señorita Prim terminó de servirse su tercera taza de chocolate, la voz de Hortensia Oeillet se impuso sobre el jolgorio.

—¡Señoras, señoras, siéntense! Debemos iniciar la sesión, son casi las cinco y media.

Todas las invitadas, la bibliotecaria contó unas treinta, tomaron asiento y se dispusieron a escuchar a la presidenta, que con un papel en la mano comenzó a presentar el orden del día.

—El primer asunto que debemos abordar es la insostenible situación de nuestra querida Amelia y el juez Basett.

Un murmullo de asentimiento recorrió el salón. La mujer que estaba sentada al lado de la señorita Prim explicó a ésta en voz baja que la joven Amelia se hallaba en una situación de semiesclavitud en casa de un magistrado retirado al que ayudaba desde hacía seis años a terminar sus memorias.

—Figúrese, la chica trabaja más de ocho horas al día. Es anacrónico e intolerable.

Al escuchar estas palabras, la bibliotecaria cayó por primera vez en la cuenta de que ella misma, en casa del hombre del sillón, no prolongaba su jornada nunca más allá de cinco o seis horas diarias. En un principio había atribuido aquel horario relajado a las extravagancias de su jefe, pero ahora comenzaba a darse cuenta de que se trataba de un valor innegociable en San Ireneo.

—Nuestra amiga Amelia —decía en aquel momento Hortensia Oeillet— se ve obligada a cumplir un horario inaceptable para los principios que defendemos en San Ireneo. El juez ha sido varias veces advertido de este hecho, pero hace oídos sordos. Como sabéis, la chica va a celebrar su boda en abril del año que viene —otro murmullo, esta vez de felicitación, recorrió la sala— y es probable que no tarde mucho en convertirse en madre. Resulta, pues, urgente que hagamos lo posible para resolver esta situación.

Un aplauso acompañado de varios vítores coronó las palabras de la presidenta. A continuación, una mujer menuda, de ojos grandes y rostro extraordinariamente expresivo, se levantó y tomó la palabra.

—Es Herminia Treaumont —susurró a la señorita Prim su vecina de silla—. Es la directora de La Gaceta de San Ireneo. Antes de venir a vivir aquí dirigía una cátedra de poesía isabelina en la Universidad de Pensilvania.

Herminia Treaumont habló con voz alta, serena y bien modulada.

—Mis queridas amigas: creo que nuestra presidenta ha explicado con claridad la situación laboral de Amelia. Algunas de vosotras sabéis que a menudo he sido su confidente y que conozco muy de cerca las dificultades a las que se enfrenta en casa del juez, pese a que sé también que le aprecia mucho. No solo le está resultando imposible preparar cualquier clase de evento sujeta a ese horario, sino que lleva mucho tiempo sin poder dedicar horas al estudio y la lectura que, como sabéis, son dos de los pilares de nuestra pequeña comunidad.

La ponente hizo una pausa para beber un sorbo de agua e inmediatamente continuó.

—Cuando Amelia llegó aquí, seguro que muchas lo recordáis, era una jovencita con una alta opinión de sí misma y de su afición a la literatura. Todo ello cambió cuando a los pocos meses de vivir en este pueblo descubrió que lo que el mundo llamaba literatura, San Ireneo lo llamaba perder el tiempo. Todavía recuerdo la mañana en que entró en mi despacho con los ojos brillantes de emoción y una vieja antología de poemas de John Donne en la mano. Fue aquí donde descubrió que la inteligencia, ese maravilloso don, crece en el silencio y no en el ruido. Fue aquí también donde aprendió que la mente humana, verdaderamente humana, se nutre de tiempo, de trabajo y disciplina.

Otro aplauso, ruidoso y animado, sacudió el salón.

—Es maravillosa, ¿no cree? —comentó en un susurro la mujer sentada junto a la señorita Prim—. Yo nunca me pierdo su columna de los martes. No deje de leerla, le encantará.

—La propuesta que la dirección presenta a la Liga Feminista —continuó Herminia Treaumont— es la siguiente. Como sabéis, Amelia tiene un gusto extraordinario. Si se le entrega un viejo retal, una tetera, media docena de rosas y un espejo desconchado hace de ellos una obra de arte. Por eso hemos pen-

sado que esta asociación podría realizar una colecta para ayudarla a abrir un pequeño negocio de decoración (en San Ireneo no hay nada parecido y creo que nos beneficiaría a todos que lo hubiese), y liberarla así de las limitaciones de todo asalariado. Me temo que su futuro marido está demostrando no tener mucho talento para la jardinería. No podrán vivir con un único sueldo, no por el momento.

—Pero ¿y quién ayudará al juez a terminar sus memorias? —objetó con tono preocupado una de las asistentes.

—¿Sus memorias? ¿Sus memorias? ¡Al diablo con sus memorias! —respondió con inesperada energía la ponente, secundada de inmediato por un coro de aplausos.

Una vez celebrada la votación, que respaldó por unanimidad la propuesta de realizar la colecta, la reunión continuó sin sobresaltos. El siguiente punto del día, presentado por Hortensia Oeillet, abordó la conveniencia de impulsar la creación de una compañía de teatro que completase la educación literaria de los pequeños del pueblo. Todas las asistentes estuvieron de acuerdo. No se podía estudiar a Shakespeare, a Racine o a Moliere sin salir de las páginas de un libro, explicó con firmeza la presidenta. No se podía entender a Esquilo o a Sófocles sin moverse de las estrecheces de un pupitre (en este punto, la señorita Prim, absolutamente entusiasmada, no pudo evitar murmurar con pasión: «¿Quién sabe si en el Hades mi acción se considera santa?»). Era inimaginable poder llegar a amar a Corneille o a Schiller —continuó con energía Hortensia Oeillet— sin haber tenido la oportunidad de presenciar sobre las tablas la violenta belleza y el heroísmo de sus personajes.

—¡Bravo, bravo! —exclamó puesta en pie la bibliotecaria en medio de un estruendo de aplausos, taconeos y frenéticos golpes con cucharillas. Minutos después, la señorita Prim degustaba su cuarta taza de chocolate cuando una mujer regordeta y sonriente, que su vecina de silla identificó como Emma

Giovanacci, se levantó para presentar el último punto del orden del día.

—La tercera y última propuesta de esta reunión se refiere a la conveniencia de buscar un esposo para nuestra nueva residente en San Ireneo, la joven señorita Prim

La bibliotecaria se sobresaltó violentamente. Pálida y temblorosa, se puso en pie, dejó su taza sobre la mesa y buscó con la mirada a la presidenta de la reunión.

—Perdóneme, Hortensia —dijo con enojada frialdad—, pero no entiendo qué significa todo esto.

Un silencio espeso se adueñó de la habitación.

—Querida Emma, ¿cómo se te ocurre.? —balbuceó la presidenta mirando a la mujer que había

leído el último punto del día—. ¿No ves que la señorita Prim está aquí, aquí, con nosotras?

Horrorizada, la ponente miró la hoja que tenía entre las manos.

—¡Pero si estaba en el orden del día! —gimió, tras ser informada de que la aludida era aquella joven bien parecida que había estado sentada durante toda la velada junto a la chimenea y que ahora buscaba con desesperación su bolso de mano.

Cuando encontró lo que buscaba, la bibliotecaria se dirigió precipitadamente a la puerta del salón dispuesta a abandonar aquel lugar sin esperar a ser escoltada por la sonrosada doncella de cofia blanca, que como muchas otras mujeres del pueblo ocupaba una silla en la reunión. De nada sirvieron las disculpas de Emma Giovanacci y los dolorosos ruegos de Hortensia Oeillet. De nada tampoco las palabras tranquilizadoras de Clarissa Waste, que explicó a la señorita Prim que la búsqueda de marido era una actividad habitual entre las damas feministas de San Ireneo.

—¿Y ustedes se llaman feministas? —exclamó indignada la bibliotecaria encarándose con ellas—. ¿Es que a estas alturas todavía creen que una mujer debe depender de un hombre?

—Pero, querida, mírese un momento. —La voz clara y suave de Herminia Treaumont paralizó a la señorita Prim—. Vive usted en casa de un hombre, trabaja toda una jornada sometida a las órdenes de un hombre y recibe un salario de ese mismo hombre que cada primero de mes paga puntualmente todos sus gastos. ¿De verdad se había hecho usted la ilusión de haberse librado de la dependencia masculina?

—Eso no es lo mismo y usted lo sabe —respondió con voz ronca la bibliotecaria.

—Naturalmente que no es lo mismo. La mayoría de las mujeres casadas de este pueblo no dependen ni remotamente de sus maridos en la medida en que usted depende de su jefe. Como dueñas de sus negocios, algunas de ellas son la primera fuente de ingresos de su hogar y muchas otras, su principal fuente de ahorro, ya que forman intelectualmente a sus hijos y transforman en renta disponible el presupuesto que el resto del mundo malgasta en colegios mediocres. Ninguna de ellas se ve obligada a pedir permiso si desea realizar alguna gestión personal, como me atrevo a adivinar que debe de hacer usted en su trabajo. Ninguna ha de guardarse sus opiniones, como estoy segura de que hace usted a menudo en las conversaciones con su jefe.

La señorita Prim abrió la boca para protestar, pero algo en la mirada de su oponente hizo que volviese a cerrarla.

—A ninguna —continuó Herminia Treaumont— se le ocurriría llevar un certificado médico cada vez que está enferma ni esperaría soportar miradas condescendientes cuando anuncia algo tan natural como un nacimiento. ¿Ve ese pequeño cuadro con una leyenda escrita sobre la chimenea?

La bibliotecaria dirigió a regañadientes la mirada hacia la pared.

—Lo escribió hace muchos años el hombre al que más gratitud debo en mi vida, después de mi mentor académico y de mi propio padre. Y lamentablemente, creo que es la mayor verdad que se ha dicho nunca sobre este asunto. Léalo, léalo bien y atrévase a decirme que no es cierto.

La señorita Prim leyó en silencio:

Diez mil mujeres desfilaron un día por las calles de Londres al grito de «¡No queremos que se nos dicte!» y poco después se convirtieron en mecanógrafas. [1]

—Créanme, señoras, si desease realmente un marido, yo misma buscaría un marido —dijo la bibliotecaria antes de salir de la habitación con un portazo y la nariz más elevada que nunca.

—Vamos, Prudencia, no se disguste tanto, realmente no vale la pena.

Horacio Delás sirvió a la señorita Prim una humeante taza de tila que ella rechazó con suavidad.

—No puede imaginarse lo desagradable que ha sido para mí —murmuró—, no se imagina lo avergonzada que me sentí.

Tras su violenta y apresurada salida de la Liga Feminista, la bibliotecaria había acudido a la casa del único habitante masculino, fuera de su propio jefe, que conocía en el pueblo.

—Éste es un lugar extraño, lleno de gente rara —dijo con un suspiro.

—Espero que no me considere usted así, no olvide que soy uno de ellos —respondió su anfitrión mientras le ofrecía una copa de coñac que esta vez aceptó agradecida.

---

1 G. K. Chesterton.

La señorita Prim le aseguró que no se refería a él. Desde su llegada a San Ireneo había intentado integrarse en el pueblo, pero sus esfuerzos habían sido inútiles. Había muchos, demasiados interrogantes pendientes de resolver; el primero de ellos, su propio jefe. ¿Quién era? ¿A qué se dedicaba? ¿Por qué iba siempre a la abadía de madrugada? ¿Por qué buceaba entre viejos libros durante días enteros sin reparar siquiera en que había llegado la hora del almuerzo o de la cena? ¿Era un eremita urbano? La señorita Prim había oído hablar de los eremitas urbanos. Locos dedicados a la oración, místicos que vivían en las ciudades en adoración constante al modo de los primeros ermitaños del desierto o de los misteriosos staretz rusos. ¿Era acaso el hombre del sillón un eremita urbano?

—Y que conste que no tengo nada en contra de los eremitas y mucho menos de los urbanos. Siempre he respetado todas las formas de espiritualidad —puntualizó.

—Por supuesto que sí, amiga mía. Pero, créame, él no es un eremita.

—Entonces ¿qué es? Porque no me negará que su celo religioso está por encima de la media.

—Claro que está por encima de la media. No puedo creer que sea usted tan poco perspicaz. ¿Es que no se ha dado cuenta de que trabaja a las órdenes de un converso?

—¿Un converso?

—Estaba convencido de que lo sabía.

—En absoluto. ¿Converso de qué?

—Del escepticismo, naturalmente. ¿De qué otra cosa podría ser? Convendrá usted en que de haber un dragón, ése es el único del que vale la pena huir.

Perpleja, la bibliotecaria se preguntó si no estaría empezando a marearse por el coñac.

—Al menos habrá advertido que no se trata de un hombre común —insistió su anfitrión.

La señorita Prim convino en que no era fácil considerar al hombre del sillón un hombre común.

—¿A qué se dedica? —preguntó antes de llevarse la copa de nuevo a los labios.

—Al estudio.

—Nadie puede vivir del estudio.

—También es profesor.

—De quince niños a los que no cobra ni siquiera la merienda.

—Cierto, pero es una de sus ocupaciones. Si lo que quiere preguntarme es cuál es su principal fuente de ingresos, le diré que tiene un gran prestigio como especialista en lenguas muertas, colabora en numerosas publicaciones y una o dos veces al año imparte ciclos de conferencias en distintas universidades. Además de todo eso, que proporciona más prestigio que dinero, administra una buena parte del patrimonio de su familia. En realidad, no necesita mucho para vivir. Es un hombre austero, como seguramente habrá podido comprobar.

—¿Ciclos de conferencias? No sabía que el latín y el griego diesen para tanto —comentó la señorita Prim con una risita.

Horacio Delás la miró con una mezcla de sorpresa y consternación.

—¿Latín y griego, dice usted? Mi querida Prudencia, me deja otra vez sin habla. Su hombre del sillón domina alrededor de una veintena de lenguas, la mitad de ellas muertas. Y cuando digo muertas no me refiero simplemente al arameo o al sánscrito; me refiero al ugarítico, al sirocaldeo, al púnico cartaginés o a viejos dialectos del copto, como el sahídico y el fayúmico. Ya le he dicho que está usted a las órdenes de un individuo poco

común. Le ve acudir a esa abadía cada mañana porque es un enamorado fiel de la vieja liturgia romana. Y vive atrincherado en este pequeño lugar, ocupado en vulgares deberes vecinales, porque fue él, bajo la inspiración de ese anciano que apenas sale ya de la abadía, quien impulsó esta especie de colonia.

—¿Colonia? ¿Qué quiere decir con eso?

Por segunda vez, Horacio Delás contempló a su invitada con estupor.

—Pero, Prudencia, ¿me va a decir ahora que ignora que San Ireneo es un pequeño reducto para exiliados de la confusión y agitación modernas? ¡Pero si precisamente es eso lo que atrae aquí a gente tan diversa y de tantos lugares! Empiezo a pensar que aceptó usted esa oferta de trabajo absolutamente a ciegas. ¿No me dirá que no había notado nada inusual hasta ahora en nuestro estilo de vida?

Animada por los efectos del coñac, la señorita Prim confesó que algo había notado. Llevaba ya el suficiente tiempo allí como para haberse hecho una composición de lugar, un juicio, un retrato, aunque se tratase de una obra impresionista. Pero si era sincera consigo misma, tenía que admitir que apenas había logrado elaborar un boceto. Había advertido, sin embargo, alguna que otra peculiaridad. En aquella recóndita población se asentaban familias de muy diversos orígenes. Todas ellas contaban con una vivienda propia, un pequeño negocio o un terreno de cultivo. Los bienes primarios se producían en el pueblo y daban lugar a un floreciente y próspero comercio local. No había reparado en ello al principio, entre otras cosas porque no había necesitado comprar demasiados objetos. Cuando le hacían falta medias, zapatos o cualquier otro producto de uso personal, lo anotaba en una pequeña libreta a la espera de su visita quincenal a la ciudad, donde satisfacía todas sus necesidades. Ventilaba su piso, regaba sus plantas, hablaba con su madre, tomaba café con sus amigos, iba de compras y al anochecer regresaba.

Poco a poco, sin embargo, fue cayendo en la cuenta de que allí había algo oculto. En los alrededores de San Ireneo de Arnois no existían industrias, grandes empresas u oficinas. Todos los establecimientos vendían productos de gran calidad elaborados artesanalmente en diminutas granjas y talleres de la comarca. La ropa llevaba la firma de tres o cuatro sastres; el calzado, la de otros tantos zapateros; la pequeña papelería tenía el encanto del producto hecho a medida; las tiendas de comestibles eran acogedores establecimientos repletos de productos frescos, conservas caseras, leche del día y pan recién hecho en la panadería de la esquina. Pese a que la señorita Prim juzgó aquello al principio como una muestra de fervor ecologista, muy pronto cayó en la cuenta de su error. Fuese lo que fuese lo que nutría aquella aldea, estaba lejos de tener color verde. Una tranquila y pacífica comunidad de propietarios, de eso se trataba. La escala de vida en San Ireneo resultaba muy pequeña y la señorita Prim reconoció para sí que también extrañamente armónica.

—¿Son una especie de distributistas?

—Lo son, además de otras muchas cosas. Realmente me sorprende, Prudencia. Pensé que se habría informado antes de venirse aquí —insistió su anfitrión.

—Pero ¿aún existe gente que defiende eso? Creía que esas viejas ideas de volver a una economía tradicional, simple y familiar habían desaparecido hace mucho tiempo.

—Desde luego que existen, está usted en el lugar en el que viven casi todos en este país. Y no solo de este país, ¿o es que tampoco ha notado la sugerente variedad de apellidos que tenemos aquí?

—Lo que me extraña es que usted sea uno de ellos. No imaginaba que fuese amigo de las utopías.

Su anfitrión bebió un largo sorbo de coñac y después la miró con afecto.

—Utopía sería pensar que el mundo puede dar marcha atrás y reorganizarse de nuevo en su totalidad. Pero no hay nada de utopía en este pequeño pueblo, Prudencia, lo que hay es un enorme privilegio. Hoy en día para vivir de una forma tranquila y sencilla hay que refugiarse en una pequeña comunidad, en una aldea, en un pueblecito adonde no lleguen el estruendo y la hostilidad de esas urbes desmesuradas. En un rincón como éste, donde uno sabe que a doscientos kilómetros de distancia respira por si acaso —sonrió

—una vigorosa y exuberante urbe desmesurada.

La señorita Prim, pensativa, dejó la copa vacía sobre la mesa.

—Lo cierto es que parece un lugar muy próspero.

—Lo es, en todos los sentidos.

—Supongo que se puede decir que han huido ustedes de la ciudad. Son una especie de forajidos románticos, ¿no es cierto?

—Hemos huido de la ciudad, en eso tiene razón, pero no todos lo hemos hecho por los mismos motivos. Algunos, como el viejo juez Basett y yo, tomamos la decisión después de haber sacado todo el jugo posible a la vida, porque sabemos bien que encontrar un ambiente tranquilo y cultivado como el que se ha formado aquí es un raro privilegio. Otros, como Herminia Treaumont, son reformistas, ni más ni menos. Han llegado a la conclusión de que el estilo de vida actual desgasta a las mujeres, desnaturaliza a las familias y pulveriza la capacidad de reflexión humana, y desean probar otras fórmulas. Y hay un tercer grupo, al que pertenece su hombre del sillón, cuyo objetivo es huir, literalmente, del dragón. Quieren proteger a sus hijos del influjo del mundo, volver a la pureza de costumbres, recuperar el esplendor de la vieja cultura.

Horacio Delás hizo una pausa para servirse otra copa.

—A ver si entiende lo que trato de decirle, Prudencia: uno no puede construirse un mundo a medida, pero lo que sí puede hacer es construirse un pueblo. Aquí todos pertenecemos, por decirlo así, a un club de refugiados. Su patrón es uno de los escasos habitantes que tiene raíces familiares en San Ireneo. Él volvió aquí hace unos años y puso en marcha la idea. No sé si sabrá que su familia paterna ha vivido en este lugar durante siglos.

La señorita Prim, que había escuchado con mucha atención la explicación de su amigo, suspiró con resignación.

—Dígame, Horacio. ¿hay algo más que yo debiera saber sobre este pueblo?

—Desde luego que lo hay, querida —contestó él con un guiño mientras se disponía a apurar su bebida —. Pero no pienso decírselo.

—¿Y bien? ¿Por qué se decidió a aceptar este trabajo? —preguntó días después el hombre del sillón a la señorita Prim al tiempo que devoraba despreocupadamente una porción de piña.

La bibliotecaria no contestó. Afanada como estaba en limpiar y etiquetar una edición en cinco tomos de la Historia eclesiástica del pueblo de los anglos de Beda el Venerable, hizo como si no hubiera oído la pregunta. Hacía un día luminoso y los rayos del sol resaltaban la gruesa capa de polvo que recubría los libros y los suaves tonos color miel de su cabello.

—Vamos, Prudencia, me ha oído perfectamente. Dígame, ¿por qué una mujer con su preparación decidió aceptar un oscuro trabajo como éste?

La señorita Prim levantó la cabeza consciente de que no iba a poder eludir el diálogo. No había vuelto a hablar con su jefe desde el incidente que ambos mantuvieran el día de su

cumpleaños en la cocina, exceptuando lo imprescindible para llevar a cabo sus tareas de bibliotecaria. No quería hablar con él, no deseaba hacerlo, sentía en su interior el firme convencimiento de que no debía hacerlo. Por alguna razón se ponía absurdamente nerviosa y apenas era capaz de disimular su irritación cuando ambos coincidían en alguna habitación o se cruzaban en medio de un pasillo. La bibliotecaria le observó a hurtadillas mientras comía fruta tranquilamente bajo el sol de noviembre. Después bajó los ojos y se decidió a responder a su pregunta.

—Creo que fue para huir del ruido.

El hombre del sillón no pudo disimular una sonrisa.

—Señorita Prim, desde que la conozco jamás me ha defraudado con una respuesta. Es maravilloso interrogarla, no hay ni rastro de conversación de ascensor en usted. Así que fue el ruido. ¿Se refiere al ruido de la ciudad?

La bibliotecaria, todavía con la obra de san Beda entre las manos, le miró con compasión.

—Me refiero al ruido de la mente, al fragor.

Él la observó interesado.

—¿Al fragor?

—Eso es.

—¿Podría ser tan amable y precisar algo más? —preguntó mientras le ofrecía una rodaja de piña.

La señorita Prim se desató el delantal, dejó el tomo y el plumero y aceptó el trozo de fruta. Entretanto, el hombre del sillón acercó dos viejas butacas a una de las ventanas de la biblioteca y solicitó cortésmente que se sentara.

—Hábleme del fragor, señorita Prim Nunca habría imaginado que una cabeza tan pulcra y delicada como la suya albergase una tormenta, créame.

—¿Nunca ha sentido esa especie de ruido interior?

Antes de contestar, él cortó con cuidado otro trozo de fruta, lo dividió en dos y le ofreció uno.

—Lo he oído casi durante toda mi vida, si he de serle sincero.

La bibliotecaria dejó de comer sorprendida.

—¿De verdad? Pero usted no parece ese tipo de persona. ¿Cómo ha conseguido apagarlo?

Cegado por la claridad del sol, el hombre del sillón cerró los ojos y apoyó los pies en una vieja maceta.

—No lo he conseguido.

—Entonces ¿sigue oyéndolo?

—Yo no he dicho eso. He dicho solo que yo no lo he conseguido.

—Pero si no lo ha conseguido es que sigue oyéndolo —insistió la señorita Prim desconcertada.

—Digamos que he dejado de oírlo en buena medida, pero que no es una hazaña que pueda atribuir a mi esfuerzo. Una mujer tan instruida como usted debería saber de qué clase de distinción estoy hablando.

—Aprovecha usted todas las ocasiones que se le presentan para criticar mi formación, ¿no es cierto? —repuso ella con aspereza—. ¿Por qué lo hace?

Él giró la cabeza y la contempló un momento antes de contestar.

—¿No lo adivina? Es usted un perfecto producto del sistema educativo moderno, Prudencia, y para alguien en permanente guerra con ese sistema, como es mi caso, resulta una provocación irresistible. Además —añadió burlonamente—, le recuerdo que soy bastante mayor que usted.

La señorita Prim cogió otro trozo de piña y miró maliciosamente el rostro del hombre que tenía a su lado.

—Calculo que debe de tener, por lo menos, la edad de Beda el Venerable.

—Pongamos que le llevo a usted unos cuantos años de ventaja.

—Pongamos que me lleva cinco años y seis meses de ventaja, para ser exactos.

El hombre del sillón abrió los ojos justo a tiempo de ver a la bibliotecaria levantarse atropelladamente de la silla y dirigirse de nuevo al interior de la habitación. Allí la siguió, con media piña en una mano y el cuchillo en la otra.

—Hábleme del ruido, señorita Prim

—¿Por qué habría de hacerlo? —protestó ella acalorada.

—Porque quiero conocerla. Lleva aquí casi dos meses y apenas sé nada de usted.

La bibliotecaria le dio la espalda, se subió a una vieja escalera de madera y comenzó a colocar la Historia eclesiástica del pueblo de los anglos de Beda el Venerable en una de las estanterías.

—No creo que pueda decirle mucho.

—Puede al menos intentar decirme algo.

—Pero si lo hago, ¿me dejará seguir trabajando en paz?

—Tiene usted mi palabra.

Tras exhalar un suspiro, la señorita Prim se dio la vuelta y se sentó con cuidado en el tercer peldaño de la escalera.

—Le advierto que no sé cómo explicarlo del todo —comenzó—. Digamos que hay días, aunque afortunadamente son pocos, en que tengo la sensación de que el interior de mi cabe-

za se mueve como una centrifugadora. No soy una compañera muy agradable entonces, tampoco duermo demasiado bien. Siento como si hubiese un hueco en el centro de mi cabeza, un hueco donde debería haber algo, pero donde no hay nada, absolutamente nada, excepto un ruido ensordecedor. —Hizo una pausa, miró el rostro preocupado de su jefe y sonrió con una suave mueca—. No ponga esa cara, no es nada grave; le pasa a mucha gente, se doma con pastillas. Pero si usted dice haberlo sentido, debería saber lo que es.

—¿Por qué cree que no desaparece?

—No lo sé.

—¿No lo sabe?

La bibliotecaria se recogió el pelo cuidadosamente en la nuca antes de volver a hablar.

—A veces he pensado que tiene que ver con la pérdida.

Al llegar a ese punto vaciló, pero la expresión seriamente interesada del rostro de él la decidió a continuar.

—Veamos cómo se lo explico. En cierto sentido siempre me he considerado a mí misma una mujer moderna; una mujer libre, independiente, llena de títulos académicos. Usted lo sabe y ambos sabemos que me desprecia por ello. —El hombre del sillón esbozó un gesto de educada protesta que fue ignorado con displicencia—. Pero tengo que reconocer que, al mismo tiempo, cargo siempre con una pesada sensación de nostalgia sobre los hombros, con un deseo de parar el paso del tiempo, de recuperar cosas perdidas. Con la conciencia de que todo, absolutamente todo, es parte de un sendero que no tiene vuelta atrás.

—¿Qué significa para usted todo?

—Lo mismo que para usted, supongo. La vida entera, la belleza, el amor, la amistad, incluso la infancia; sobre todo la

infancia. Antes, no hace demasiado tiempo, solía pensar que tenía una sensibilidad propia de otro siglo, estaba convencida de que había nacido en el momento equivocado y de que por eso me molestaba tanto la vulgaridad, la fealdad, la falta de delicadeza. Creía que esa nostalgia tenía que ver con el anhelo de una belleza que ya no existe, de una época que un buen día nos dijo adiós y desapareció.

—¿Y ahora?

—Ahora trabajo para alguien que efectivamente vive inmerso en otro siglo y he podido constatar que ése no es mi problema.

El hombre del sillón soltó una carcajada alegre y contagiosa que hizo a la bibliotecaria ruborizarse de satisfacción.

—Debería despedirla por eso. Sabía lo que hacía cuando le advertí que tendría que perdonarla en más de una ocasión.

La señorita Prim se levantó sonriendo y comenzó a limpiar cuidadosamente una deteriorada edición del Monologio de Anselmo de Canterbury.

—Ahora le toca a usted —dijo—. ¿Por qué lo escuchaba usted?

Él tardó unos instantes en hablar.

—Por lo mismo que todos, supongo. Es el sonido de una guerra.

—Ésa es una metáfora muy pero que muy típica de usted —le interrumpió ella riéndose—. ¿Pero qué desencadenaba su guerra? Tiene que reconocer que siempre hay un motivo. A veces es un carácter indómito o una personalidad inestable. Puede ser la enfermedad, una debilidad moral, el miedo a la muerte, al paso del tiempo. ¿Cuál es su excusa?

—Se equivoca, Prudencia, no son muchas cosas, solo es una. En realidad lo que desencadena la guerra no es tanto algo

como la ausencia de algo, es la falta de una pieza. Y cuando falta una pieza (en un puzle, por ejemplo), cuando falta la pieza maestra, nada funciona. ¿Le gustan los puzles?

—Me ocurre con ellos lo que a la mayoría de la gente con todo lo que se les resiste; no disfruto de lo que no consigo dominar.

—La gente que ama los puzles —continuó él— puede pasarse noches enteras tratando de hacer encajar una sola pieza. Mi hermana lo hacía, podía despertarse uno de madrugada y encontrarla ensimismada sobre un puzle. Naturalmente, no me refiero a un pequeño entretenimiento infantil, hablo de esos cuadros grandiosos que incluyen miles y miles de pequeñas piezas. ¿Sabe lo que quiero decir?

—Claro que sí.

—Pues bien, lo que trato de explicar es que hay personas, Prudencia, que un buen día se hacen conscientes de que les falta la pieza principal de un puzle que no pueden completar. Solo sienten que algo no funciona o que nada en absoluto funciona, hasta que descubren, o mejor, hasta que se les permite descubrir, la pieza que falta.

—Eso suena a esoterismo o a gnosticismo —murmuró la bibliotecaria.

—En absoluto, no se trata de un conocimiento oscuro, no es una sabiduría para iniciados. Es más bien la clase de descubrimiento que Edgar Allan Poe describe en La carta robada. ¿Lo ha leído? Sí, por supuesto que lo ha leído. Pues bien, como en el cuento de Poe, la pieza que falta o la carta robada está ahí, en la misma habitación que uno, ante los ojos de uno, pero uno no puede verla, no es consciente de su presencia. Hasta que un buen día.

La señorita Prim se movió, incómoda, en el peldaño de la escalera.

—Tengo que continuar con el Monologio —dijo recuperando su sereno y distante tono profesional.

El hombre del sillón la miró con curiosidad.

—Como siempre, la señorita Prim huye a su caparazón cuando siente la amenaza de lo sobrenatural. ¿Por qué le preocupa tanto hablar de cosas en las que no cree? No resulta muy razonable.

Ocupada ya en limpiar un nuevo tomo, la bibliotecaria guardó silencio. ¿Qué podía decir? No le preocupaba en absoluto discutir sobre cosas en las que no creía; no tenía ninguna duda de que algo que no existía no podía tener efecto alguno sobre ella; no era a lo sobrenatural a lo que temía. Era a la influencia que la conversación y la convicción del hombre del sillón pudiesen ejercer sobre ella. ¿Cómo explicarle que lo que temía era acabar creyendo en algo que no existía solamente porque él sí creía?

—Tranquilícese, Prudencia. Ningún hombre puede convertirse a sí mismo o a otro con la propia voluntad como única herramienta, no se inquiete por ello. Somos causas segundas, ¿recuerda? Por mucho que nos empeñemos, la iniciativa no es nuestra.

—No soy tomista —respondió la bibliotecaria con sequedad, contrariada por la sensación de haber dejado traslucir sus temores.

Sorprendido, él la miró como un padre mira a una niña que se enorgullece de no saber leer.

—Ése, señorita Prim, es su gran problema.

Las disculpas de la Liga Feminista llegaron días después a manos de la bibliotecaria en forma de doce rosas comte de Chambord. Una docena de rosas habría bastado como medio formal de presentación de excusas, pero una docena de comte de Chambord era algo más que excusas: era un exquisito trata-

do de paz. La bibliotecaria advirtió inmediatamente la experta mano de Hortensia Oeillet en la elección de las flores, de la misma forma que detectó la de Herminia Treaumont —quién si no ella— en los versos isabelinos que encabezaban la tarjeta.

Ve y coge una estrella fugaz. Fecunda la raíz de la mandrágora. Dime dónde se ha ido el pasado o quién hendió la pezuña del diablo. Enséñame a escuchar el canto de la sirena a apartar el aguijón de la envidia y descubre cuál es el viento que impulsa una mente honesta.

Debajo del poema, leyó:

> Queridísima Prudencia:
>
> ¿Podrá perdonarnos algún día? No la culparíamos si no pudiese. Desoladas, arrepentidas y profundamente avergonzadas, le enviamos un poco de vieja bellezza envuelta en nuestras más sinceras disculpas.
>
> Hortensia Oeillet
>
> P.D.: A Herminia le pareció que los versos de John Donne le alegrarían el día. ¿No son maravillosos?

—Desde luego que sí —murmuró satisfecha la bibliotecaria mientras sumergía su delicada nariz en el ramo.

Desde el día de aquel desgraciado incidente, la señorita Prim no había dejado de pensar en la peculiar idiosincrasia del grupo femenino que la había acogido en San Ireneo. Y cuanto más pensaba, menos grave le parecía la ofensa de que había sido objeto. Ello no significaba que aprobase aquel comportamiento, pero de alguna forma una pequeña dosis de indulgencia se había colado en el cuadro que aquellas mujeres ofrecían ahora a sus ojos. Es cierto que había sido una actuación desconsiderada y grosera, cierto también que la delicadeza y el tacto habían brillado por su ausencia, pero de algún modo la bibliotecaria había

comenzado a sospechar que bajo aquel burdo complot subyacía cierta forma de amor.

¿Amor? La primera vez que se le ocurrió aquella idea no pudo evitar sobresaltarse. Ella no era una mujer sentimental, pero a decir verdad era difícil no percibir cierto amor —amor ruidoso, amor torpe y maternal— en el modo en que aquellas mujeres se habían propuesto equiparla con un marido. Mientras colocaba con manos expertas el ramo de rosas en un jarrón de cristal, se dijo a sí misma que si las damas de San Ireneo consideraban un marido como el mayor bien al que puede aspirar una mujer y estaban decididas a trabajar para proporcionárselo, ¿quién era ella para juzgarlas? Si estaban dispuestas a perder su tiempo y a consumir sus desvelos en aquel fin, ¿quién era ella para recibir como un insulto lo que no era, lo que no podía ser de ningún modo, más que un sincero y caluroso regalo?

Por otra parte, debía reconocer que no le repugnaba del todo la idea del matrimonio. Ciertamente en público había dicho siempre lo contrario, pero como muchas mujeres de su especie, la señorita Prim solía despreciar aquello que secretamente temía no llegar nunca a obtener. Una vez más volvió la vista atrás y recordó los acalorados rostros de Hortensia Oeillet y Emma Giovanacci y el sereno discurso de Herminia Treaumont. Si una mujer de la exquisitez y la inteligencia de Herminia consideraba que el matrimonio era un tesoro incalculable para el bienestar de una mujer, ¿quién era ella para ponerlo en duda de un modo tan tajante? ¿Acaso había estudiado el tema en profundidad alguna vez? ¿Se había sentado en alguna ocasión armada de lápiz y papel a enumerar los pros y los contras de aquel estado de vida? ¿Lo había hecho? La señorita Prim tuvo que reconocer que no.

Al mismo tiempo, tampoco podía decir que su postura fuese abiertamente favorable al matrimonio. La unión conyugal —se dijo mientras se envolvía en una manta de lana dispuesta a disfrutar de la puesta de sol en la terraza de su dormitorio—

era sin duda para otro tipo de mujeres. Mujeres con cierta flexibilidad de carácter, mujeres dadas al conformismo, mujeres a las que no parecía importarles tener que asumir conceptos tales como transacción o compromiso. La señorita Prim, definitivamente, no era una de ellas. No se veía a sí misma transigiendo sobre nada. No se trataba de que no quisiera —siempre había valorado positivamente el concepto en abstracto—, pero no se veía capaz de llevarlo a cabo en concreto. Había una cierta resistencia en ella —lo había comprobado en diferentes situaciones a lo largo de su vida— a renunciar, siquiera en parte, a sus juicios sobre las cosas.

Pese a que encontraba aquella resistencia fastidiosa, en cierto modo también se sentía secretamente orgullosa de ella. ¿Por qué debería decir que cierto compositor era superior a otro —se dijo al recordar una acalorada discusión musical en casa de unos amigos— cuando estaba absolutamente convencida de que no era cierto? ¿Por qué debería aceptar, en forma de amable solución de compromiso, que probablemente eran talentos difíciles de comparar si los consideraba absolutamente comparables? ¿Por qué debería fingir, en un modo todavía más servil de transacción, que la primacía de uno o de otro dependía en buena parte del estado de ánimo del oyente? La señorita Prim consideraba que esa clase de compromisos constituían una suerte de indecencia intelectual. Y pese a que a veces se animaba a sí misma a practicarlos por el bien de sus relaciones sociales, lo cierto es que le repugnaba hacerlo.

El cielo comenzaba a teñirse de rosa cuando sintió llamar a la puerta.

—Prudencia —oyó decir al hombre del sillón—, tengo que salir a hacer unas gestiones en el pueblo y me temo que hoy es el día libre del servicio. ¿Sería tan amable de echar un vistazo a los niños? Están jugando en el jardín. Siento tener que pedírselo, pero no tengo otra opción.

Consciente de que su puesta de sol acababa de arruinarse, la bibliotecaria aseguró amablemente que se ocuparía de los niños.

Aquéllas no eran unas criaturas naturales, reflexionó mientras bajaba las escaleras. No leían cosas naturales, nunca jugaban a cosas naturales, no decían siquiera cosas naturales. Ello no significaba que fuesen desagradables o maleducados —en realidad, tenía que reconocer que los pequeños eran encantadores—, pero no se parecían en nada a los niños que solía ver en casa de sus amigos, en la calle o en los restaurantes. Cuando hablaba con ellos, la mayoría de las veces tenía la extraña sensación de estar siendo interrogada. Eran los niños quienes llevaban el peso de la conversación. Eran ellos también los que salpicaban las charlas con extrañas informaciones que la bibliotecaria consideraba profundamente inadecuadas para su edad.

—Hoy hemos aprendido cosas de los archimandritas y de los staretz rusos, señorita Prim. ¿Conoce usted la historia del staretz Ambrosio y las pavas? —le había preguntado una mañana Téseris en la cocina mientras se preparaba unas tostadas de queso fundido.

La señorita Prim, muy seria, confesó que sabía un poco de los staretz, pero que nunca había oído hablar de aquel tal Ambrosio y mucho menos de unas pavas. Nada más concluir esa sincera declaración de ignorancia, la bibliotecaria fue testigo de una extraña disertación infantil sobre temas tan diversos como el staretz Ambrosio y el monasterio de Optina, las similitudes entre éste y el staretz Zósima y cierta historia de unas pavas que se negaban rotundamente a comer.

—Un día una campesina que cuidaba pavas para un terrateniente fue a ver al staretz —le explicó la niña—. Estaba muy triste porque las pavas se morían y el terrateniente quería echarla. Cuando los peregrinos que estaban en el monasterio oyeron sus quejas, empezaron a reírse y le dijeron que no mo-

lestase al monje con tonterías tan poco elevadas. Pero el staretz Ambrosio se acercó a ella, la escuchó con mucha atención y al terminar le preguntó qué le daba de comer a las pavas. Después le aconsejó cambiarles la comida y la bendijo. Cuando la mujer se fue, todos preguntaron al monje por qué perdía el tiempo con unas pavas. ¿Sabe qué les dijo?

—No tengo ni idea —contestó abrumada la señorita Prim

—Les dijo que todos estaban ciegos, tan ciegos que no eran capaces de ver que toda la vida de aquella mujer estaba en esas pobres pavas. El staretz Ambrosio no dividía los problemas en grandes o pequeños, como hace todo el mundo. Decía siempre que los ángeles están en las cosas sencillas, que nunca hay ángeles donde las cosas son complicadas. Él pensaba que lo pequeño es importante.

No, no se podía decir que fuesen niños normales, suspiró la bibliotecaria mientras se dirigía con paso rápido al jardín. Tras cruzar el desnudo paseo de hortensias, torció a la derecha para adentrarse en un cenador formado por las copas de seis grandes plátanos cuyas hojas habían comenzado a caer. Allí, sobre dos viejos bancos de hierro, estaba el cuartel general infantil de la casa. Cuando vieron a la señorita Prim entrar en su santuario, los niños se separaron inmediatamente.

—Vuestro tío me ha pedido que no os pierda de vista, así que he venido a ver qué estabais haciendo —les dijo con franqueza.

—No estamos haciendo nada, solo leíamos un libro de cuando éramos pequeños —respondió Septimus.

—Ah, ¿y qué leíais? —dijo la bibliotecaria mientras observaba disimuladamente un pequeño libro de color amarillo que el niño tenía en la mano.

—La historia de un sapo al que le encantaba conducir —contestó éste con el aire de superioridad de

quien cree tener un secreto imposible de adivinar.

La señorita Prim sonrió con benevolencia.

—¿Un sapo amigo de un topo, una rata y un tejón?

Sorprendidos, los niños asintieron con la cabeza.

—¿Lo conoce? Es un viejo libro, bastante viejo. Ya existía cuando la abuela era pequeña. Es bastante antiguo —dijo Septimus con infinita seriedad.

La bibliotecaria ahogó otra sonrisa.

—Lo he leído y también lo he estudiado.

—¿Estudiarlo? ¿Por qué? ¡Si solo es un libro de niños! —exclamó Téseris con los ojos muy abiertos.

La señorita Prim se cruzó de brazos y miró al horizonte sobre las cabezas de los pequeños.

—Porque es algo más que un libro de niños: es literatura. Y la literatura se estudia, se analiza, se buscan sus influencias, se investiga qué se quiso decir con ella.

Los niños la miraron fijamente mientras la suave luz de la tarde, que se filtraba a través de las amarillentas hojas de los árboles, dibujaba sombras vacilantes en sus rostros.

—Nuestro tío dice que hacer eso con los libros es estropearlos —señaló por fin Septimus—. Él odia todo eso de los análisis de textos, nunca nos ha obligado a hacerlo.

Una oleada de fría indignación recorrió el ánimo de la bibliotecaria.

—¿Ah, sí? —murmuró con acritud—. ¿Así que dice eso? Me cuesta creer entonces que haya conseguido que reconozcáis a Virgilio a partir de un solo verso. ¿Es posible hacer eso sin estudiar o analizar? ¿Acaso no os sabéis partes de la Eneida de memoria? Creo recordar que fue eso lo que presencié la tarde en que llegué aquí.

—Sabemos muchas partes de poemas e historias de memoria; es lo primero que hacemos con todos los libros —dijo Téseris con su suave voz—. Pero él dice que así se aprende a amar los libros, que tiene mucho que ver con la memoria. Dice que cuando los hombres se enamoran de las mujeres, aprenden de memoria su cara para poder recordarla después; se fijan en el color de sus ojos, en el color de su pelo, en si les gusta la música, si prefieren el chocolate o las galletas, cómo se llaman sus hermanos, si escriben un diario, si tienen un gato.

La señorita Prim dulcificó un poco su expresión. Allí estaba otra vez aquella extraña, oscura y concentrada delicadeza, aquel irritante ego masculino mezclado con inesperados retazos de delicadeza.

—Con los libros es igual —continuó Téseris—. En clase aprendemos partes de memoria y las decimos en voz alta. Y luego leemos los libros, los discutimos y después los volvemos a leer.

La bibliotecaria se quitó cuidadosamente la chaqueta y se sentó en el banco.

—Así que vuestro tío cree que hay que disfrutar los libros, no analizarlos.

—Sí, pero no solo lo dice de los libros. También de la música y de los cuadros. ¿Recuerda el día en que usted llegó? Vio el icono de Rublev y lo midió con un compás, ¿se acuerda? —preguntó Téseris.

La señorita Prim enrojeció ante la sospecha de que aquella criatura estuviese a punto de cuestionar su forma de aproximarse al arte.

—Me acuerdo —dijo secamente.

—Usted no me hizo caso cuando le dije que ningún mayor me había ayudado a pintar el icono. Los mayores me habrían dicho que utilizase el compás. Mi tío me dijo que un icono

es una ventana entre este mundo y el otro, que así lo aprendió él de los viejos staretz, que así lo enseñan también los ancianos

athonitas y que así se han pintado siempre.

La señorita Prim se movió nerviosamente en su banco. Había algo perturbador en aquellos niños, aunque no podía explicar muy bien qué era. Algo inquietante, que convivía con una luminosa y soleada inocencia y con aquella ternura con la que veneraban cada una de las palabras que salían de la boca del hombre del sillón.

—Le queréis mucho, ¿verdad? Me refiero a vuestro tío.

—Sí —dijo el pequeño Deka, al tiempo que sus hermanos asentían con la cabeza. E inmediatamente añadió—: Él siempre dice la verdad.

—¿Es que el resto de la gente miente? —preguntó la bibliotecaria sorprendida por aquella respuesta.

—La gente miente a los niños —dijo Septimus con gravedad—. Lo hace todo el mundo y nadie cree que esté mal. Cuando murió nuestra madre, todos nos dijeron que se había convertido en un ángel.

—¿Y no es así? —murmuró conmovida la señorita Prim

Septimus miró a su hermana, que sacudió la cabeza a ambos lados con firmeza.

—Ningún hombre puede convertirse en un ángel, señorita Prim. Los hombres son hombres y los ángeles son ángeles, son cosas distintas. Fíjese en los árboles y en los ciervos. ¿Cree usted que un árbol podría convertirse en ciervo?

La bibliotecaria negó con un gesto.

—A lo mejor es una forma de explicarlo o quizá una leyenda. ¿Y qué tienen de malo las leyendas? ¿Qué me decís de los cuentos de hadas? ¿No os gustan los cuentos de hadas? —preguntó haciendo un esfuerzo por cambiar de tema.

—Sí que nos gustan —contestó tímidamente Eksi—, nos gustan muchísimo.

—¿Y cuál es vuestro favorito?

—La historia de la Redención —respondió con sencillez su hermana mayor.

La señorita Prim, atónita ante la respuesta, no supo qué contestar. Aquella extraña afirmación revelaba que pese a sus titánicos esfuerzos, pese a su insistencia y su arrogancia, el hombre del sillón no había conseguido transmitir a los niños ni siquiera los rudimentos más básicos de una creencia tan importante para él. No había logrado explicar el trasfondo histórico de su religión. ¿Cómo era posible? Tantas caminatas matutinas a la abadía, tantas lecturas teológicas, tanta vieja liturgia en latín, tantos juegos medievales y ¿qué había conseguido? Cuatro niños pequeños convencidos de que aquellos textos que tanto amaba eran únicamente cuentos de hadas.

—Pero Tes, eso no es exactamente un cuento de hadas. Los cuentos de hadas son historias llenas de fantasía y aventura, están hechos para entretener. No están fechados en una época determinada ni hablan de personas y lugares que existieron.

—Oh, pero eso ya lo sabemos —dijo la niña—. Sabemos que no se trata de un cuento de hadas normal. Sabemos que es un cuento de hadas real.

La bibliotecaria se acomodó, pensativa, en el viejo banco de hierro.

—¿Lo que quieres decir es que se parece a los cuentos de hadas? ¿Es eso? —preguntó intrigada.

—No, claro que no. La Redención no se parece en nada a los cuentos de hadas, señorita Prim Son los cuentos de hadas y las viejas leyendas los que se parecen a la Redención. ¿No se ha fijado usted nunca? Es como cuando copias un árbol del jardín en un papel. El árbol del jardín no se parece al dibujo, ¿no es

cierto? Es el dibujo el que se parece un poco, solo un poquito, al árbol de verdad.

La señorita Prim, que había comenzado a sentir calor, un calor febril y agobiante, permaneció sentada

en silencio un largo rato.

El sol casi se había puesto ya en la lejanía cuando al fin se levantó, dio permiso a los niños para ir a jugar un rato al estanque de las carpas y emprendió lentamente el camino de regreso a su habitación

II

Es invierno en la Estepa rusa

A mediados de noviembre, la señorita Prim tuvo la oportunidad de conocer a la madre de su jefe. Llegó sin anunciarse, tocada con un elegante sombrero y seguida por una doncella cargada de maletas. Los niños la recibieron con alborozo, lo que reveló a la bibliotecaria que bajo aquel aspecto imponente se ocultaba una atenta y entregada abuela. Un juicio que mantuvo, pese a observar que gran parte de la alegría de los pequeños tenía que ver con la llegada del bulldog que la acompañaba y con los abundantes regalos que traía consigo. Lo primero que la señorita Prim pudo constatar fue su extrema belleza. Una mujer hermosa y elegante es una obra de arte, había oído decir siempre a su padre. Si aquel principio era cierto, y la bibliotecaria creía que lo era, la dama que acababa de llegar a la casa era un Botticelli, un Leonardo, incluso un Rafael.

—¿Dónde está mi hijo? —preguntó ásperamente mientras su doncella la ayudaba a quitarse una imponente estola de zorro siberiano.

—Me temo que en la abadía —respondió la bibliotecaria.

—La abadía —repitió con tono agrio la anciana al tiempo que se acomodaba en una vieja y confortable butaca—. Si se ocupase menos de la abadía y más de los muros de esta casa, todo marcharía mucho mejor. ¿Y usted. es?

—Discúlpeme, debería haberme presentado. Me llamo Prudencia Prim; estoy en la casa para poner orden en la biblioteca.

La dama la miró durante unos instantes sin pronunciar palabra. Observó atentamente su rostro, examinó con detalle su figura, detuvo su mirada en su impecable cabello y a continuación pidió a su doncella que le trajera una taza de café.

—¿Y en él? ¿Ha venido también a poner algo de orden en él?

La bibliotecaria enrojeció intensamente. Pese a que la recién llegada era una mujer hermosa y la señorita Prim amaba la belleza, no estaba dispuesta a pasar por alto ciertas insinuaciones. Y de todas las insinuaciones posibles, aquélla era la que estaba menos dispuesta a tolerar.

—No sé a qué se refiere —contestó con sequedad.

La recién llegada levantó la vista de nuevo para mirarla y sonrió con ironía.

—Antes de nada, señorita Prim, debo decirle que no me gusta tener que estirar el cuello para mantener una conversación. Haga usted el favor de sentarse. En tiempos de mi padre un bibliotecario no se consideraba exactamente un empleado, era un puesto de confianza, y no era costumbre que mantuviesen esa rigidez cuando una hablaba con ellos. Soy una mujer pasada de moda, no me gusta cambiar de costumbres.

La señorita Prim, obediente, se sentó en una butaca. Había interrumpido su trabajo y era dolorosamente consciente de que Los nueve libros de la historia de Herodoto la aguardaban en la biblioteca.

—No he querido ofenderla, pero no me negará que tiene usted un jefe peculiar. ¿O es que no se había dado cuenta? No tema hablar con libertad, querida, es mi hijo. Si hay una mujer en el mundo que le conoce a fondo soy yo, señorita Print.

La bibliotecaria abrió la boca para aclarar la ortografía de su apellido, pero lo pensó mejor y decidió callarse. Era evidente que aquella dama no había nacido para ser interrumpida y

mucho menos rebatida. Probablemente jamás en su vida había vivido la sana experiencia de ser interrumpida o rebatida.

—Es un jefe agradable y generoso, no tengo motivo alguno para quejarme. Y respecto a su carácter, me comprenderá usted si le digo que no considero correcto ni adecuado pronunciarme al respecto.

Su compañera guardó silencio mientras se quitaba los guantes.

—Es un alivio oír eso, señorita Prim. Me alegra comprobar que es usted exactamente lo que dicen que es. Quiero hacerle una confesión: tengo la mala costumbre de someter a prueba a las personas antes de depositar en ellas ni un ápice de confianza. Seguramente se habrá dado cuenta de que en el intervalo de medio minuto he hecho una malévola insinuación sobre sus intenciones en esta casa, la he invitado a murmurar sobre los defectos de carácter de su jefe y he pronunciado deliberadamente mal su apellido. Usted, sin embargo, ha respondido con dignidad a mi insinuación, ha rechazado cortésmente mi invitación y ha pasado por alto mi error. Verdaderamente es tan impecable como asegura mi hijo, sin duda alguna lo es.

Al escuchar estas palabras, la bibliotecaria se sintió confusa. La perspectiva de haber sido sometida a prueba por una mujer desconocida no era halagadora. Y sin embargo, no se sentía ofendida. No solo por su evidente victoria en el examen, sino porque pese a sus desagradables prejuicios hacia las personas intensamente tituladas, su jefe la había calificado ante su propia madre de impecable.

—Es usted muy amable —balbuceó.

—Simplemente estoy siendo sincera.

Mientras la anciana se disponía a saborear el primer sorbo de su taza de café, la doncella entró de nuevo en el salón, encen-

dió la chimenea y corrió las cortinas para ocultar un exterior gris y mortecino.

—¿Le gusta el otoño? —preguntó inesperadamente la dama.

—Me parece romántico —contestó la señorita Prim, que volvió a sonrojarse ante el pensamiento de que aquella mujer pudiese malinterpretar sus palabras—. Me refiero al romanticismo como movimiento artístico, claro está, no al sentimiento.

En lugar de contestar, la madre del hombre del sillón le ofreció una humeante taza de café.

—Yo lo detesto. Siempre he pensado que ese poeta, Eliot, se equivocó completamente con ese verso. No es abril el mes más cruel, es noviembre, sin duda alguna. Abril es un mes maravilloso, lleno de sol, de luz y de glicinias en flor. ¿Conoce usted Italia?

Desconcertada por los giros de la conversación, la bibliotecaria respondió que, efectivamente, conocía Italia.

—¿Quiere decir que ha vivido usted allí?

La señorita Prim aclaró que no había vivido allí.

—Entonces debería hacerlo. Debería hacerlo ya, antes de que sea tarde.

—No creo que sea posible por el momento —respondió, inquieta ante la posibilidad de que aquella repentina invitación ocultase el deseo de librarse de sus servicios.

La risa de la forastera, alegre y cristalina, rompió la calma que reinaba en la habitación.

—Cuando llegue usted a mi edad sabrá que todo es posible. Mire a mi hijo, hace unos años tenía por delante una brillantísima carrera académica, era un hombre inteligente y encantador, con un futuro deslumbrante. ¿Y qué ha quedado de eso? Aquí le tiene, enterrado en este minúsculo pueblo, atrincherado

en la vieja casa de su familia paterna, con cuatro niños a su cargo y empeñado en caminar tres kilómetros todos los días hasta un viejo monasterio antes de desayunar. Créame cuando le digo que todo es posible, vaya si lo es.

—Pero él parece muy feliz aquí —se atrevió a aventurar la señorita Prim

—Lo es, desde luego que lo es. Eso es lo más irritante de todo. Y debo reconocer que ha hecho un gran trabajo en este lugar. Usted no se imagina lo que era esto hace tan solo unos años.

La bibliotecaria, que había olvidado hacía rato la dolorosa imagen de los volúmenes de Herodoto sobre la mesa, se acomodó en el sillón dispuesta a satisfacer su nunca del todo saciada curiosidad respecto al pueblo y su jefe.

—¿Cómo se le ocurrió crear la colonia? No todo el mundo se decide a acometer una empresa tan extraordinaria.

La anciana dejó su taza sobre la mesa, echó la cabeza hacia atrás y entrecerró los ojos como si hiciera un profundo esfuerzo por recordar.

—Ojalá lo supiera. En realidad, no creo que hubiese un único factor. Evidentemente tuvo que ver con su encuentro con ese viejo benedictino nonagenario, del que imagino que ya habrá oído hablar.

La señorita Prim se recostó en la butaca y degustó otro sorbo de la bebida que le había servido la dama.

—Recuerdo que acababa de terminar de dar un ciclo de conferencias —continuó ésta—, así que se tomó un descanso para asistir a un seminario universitario en Kansas. Algo descubrió allí, no me pregunte qué. Ese verano viajó a Egipto; después visitó Simonos Petras, en Athos, y también estuvo en Barroux, con los benedictinos. Al regresar me dijo que había decidido vivir unos meses en la abadía de San Ireneo. Figúrese,

en un monasterio de benedictinos tradicionalistas; él, que no había pisado una iglesia en veinte años. Creí que no aguantaría; pero un año después me pidió permiso para reabrir la casa, y así empezó esta larga historia. Pero no se extrañe, la vida es sorprendente.

La bibliotecaria, pensativa, guardó silencio.

—Pero ¿y los niños? —preguntó—. ¿No le preocupa que tenga demasiada influencia sobre los niños?

—¿Preocuparme? —exclamó la anciana con sorpresa—. Mi querida señorita Prim, mis nietos son los únicos niños que conozco que pueden recitar a Dante, a Virgilio o a Racine, que leen textos clásicos en lengua original, que reconocen la mayoría de las grandes piezas musicales con solo unos cuantos acordes. No solo no estoy preocupada, sino que estoy orgullosa, francamente orgullosa. Es una de las pocas cosas que apruebo de este retiro eremítico que ha elegido mi hijo y que, no le voy a mentir, detesto profundamente.

—No me refería a la cultura, sino a la religión. ¿No le preocupa que sean, por así decirlo, demasiado religiosos, precozmente religiosos? Ya sabe lo que quiero decir.

La mujer volvió a mirar con incredulidad a la bibliotecaria y, sin mediar respuesta, soltó una alegre carcajada.

—Pero, querida, veo que sabe muy poco sobre la casa en la que vive —dijo con los ojos brillantes por la risa.

La señorita Prim la miró sin comprender.

—¿Qué quiere decir?

La dama la contempló sonriendo.

—Lo que quiero decir es que no fue mi hijo el que inculcó sus creencias en esas criaturas. Ya había dado algún que otro paso cuando se hizo cargo de ellos tras la muerte de mi hija. Había descubierto la profundidad del pensamiento y la cultu-

ra cristiana y disfrutaba extraordinariamente de la belleza del culto. Pero no había dado todavía el paso final; se encontraba, por así decirlo, en el umbral. ¿No comprende lo que trato de decirle? No fue él quien lo hizo, fueron ellos. Fueron los niños, precisamente los niños, los que le guiaron hasta donde hoy está.

La llegada de la madre del hombre del sillón marcó un antes y un después en la existencia de la señorita Prim Desde el día de su primer encuentro, la vida social de la bibliotecaria se enriqueció considerablemente. La anciana la adoptó de inmediato como una inseparable señorita de compañía y muy pronto consideró del todo natural llevarla consigo a las citas sociales que cada día llenaban su agenda.

—Hoy debemos ir a visitar a la pobre señorita Mott —dijo una tarde mientras ambas se acercaban al pueblo—. Usted no la conoce, por supuesto, pero es nuestra maestra de escuela. Yo misma participé en su selección hace ya varios años y siento una cierta responsabilidad hacia ella, por eso la visito cada vez que vengo a San Ireneo. Éste es el lugar. Naturalmente, en primavera es mucho más hermoso que ahora, pero dígame: ¿no es encantador?

La señorita Prim reconoció que no había visto nunca una escuela como aquélla. Situada en el centro del pueblo, justo en la plaza principal, el colegio de Eugenia Mott estaba rodeado por una valla de madera literalmente aplastada por el peso de abundantes rosales cuya frondosidad el otoño había conseguido ya domar. A ambos lados del edificio, dos enormes plátanos enmarcaban la puerta de entrada. Sobre el dintel colgaba un cartel que retaba orgullosamente a los pequeños alumnos con una vieja máxima latina: «sapere aude».

Eran las cinco de la tarde. Hacía rato que los niños habían terminado sus clases y la señorita Mott se hallaba ocupada en sacar brillo a la antigua placa de latón que la escuela conservaba como recuerdo de épocas gloriosas. Era una mujer madura, de

unos sesenta años, de figura regordeta y sonrisa afable. Recibió a ambas visitantes con las mejillas sonrosadas y las manos embadurnadas de limpiametales e inmediatamente las condujo solícita al interior de la escuela. ¿Le gustaba a la señorita Prim el colegio?, preguntó mientras introducía a las dos mujeres en la amplia aula donde impartía las clases. ¡Qué amable resultaba por su parte! No era mérito suyo, por supuesto; la escuela llevaba muchos años en pie. Pero ahora que la señorita Prim lo mencionaba, debía reconocer que todo el mundo le preguntaba cómo conseguía aquellas rosas perfectas en un jardín plagado de niños ruidosos.

Naturalmente, contaba con un truco; una maestra no podía salir adelante en la vida sin un truco. El suyo consistía en asignar a cada niño un rosal a principios de curso. Esa pequeña distinción estimulaba el orgullo del pequeño, le hacía sentirse importante y le impulsaba a desarrollar el sentido de la responsabilidad. Ella solo tenía a los alumnos tres años; les enseñaba a poco más que a leer y a escribir, algo de geometría, un poco de aritmética y quizá hasta unas nociones de retórica.

Mientras la perorata de la señorita Mott llenaba el silencio de la escuela y aturdía la delicada sensibilidad de la bibliotecaria, la madre del hombre del sillón se mantuvo en silencio. Aparentemente ensimismada en sus pensamientos, recorrió la estancia con pasos lentos hasta detenerse frente al viejo colgador de madera atiborrado de mandilones llenos de manchas de acuarela. Después se dio la vuelta y levantó sus hermosos y experimentados ojos hasta el rostro de la maestra.

—¿Es usted feliz aquí, Eugenia?

La pregunta cogió desprevenida a la señorita Mott, que enrojeció levemente y tuvo que aclararse la garganta antes de responder.

—¡Qué pregunta tan peculiar! Yo diría que sí, naturalmente que sí. ¿Por qué no había de serlo?

La madre del hombre del sillón se sentó en uno de los pupitres y observó interesada una breve inscripción grabada en la madera.

—Yo diría que lo que resulta peculiar no es mi pregunta, sino su respuesta. ¿Que por qué no había de serlo? Podría darle muchos motivos. En primer lugar, porque el estado natural del ser humano no es la felicidad. Quizá porque educar año tras año a tantas criaturas puede agotar a cualquiera. O incluso —la dama bajó casi imperceptiblemente su tono de voz— porque, al fin y al cabo, él no ha regresado.

La bibliotecaria se sintió súbitamente incómoda. El comentario de la madre de su jefe parecía hacer referencia a cierta clase de desamor. La señorita Prim desaprobaba tanto el desamor como sus consecuencias. No le gustaba lo que hacía con las personas, no le agradaba contemplar sus estragos, no disfrutaba de la visión de sus victorias. Por ello y antes de que la maestra se decidiese a contestar, se apresuró a manifestar su deseo de salir a pasear entre crisantemos y laureles.

—¡Qué delicada es usted, Prudencia! Pero no se preocupe, es una vieja historia y no me molesta en absoluto compartirla. En realidad debo reconocer que he aprendido a vivir con ello y a ser razonablemente feliz. No, mi marido no ha vuelto, desde luego que no ha vuelto; pero ya no le espero. No podría vivir si siguiera esperando.

—Me alegra oír eso —sentenció con dureza la anciana—. Hay algo siniestro en la idea de esperar. Yo nunca he esperado a nadie. Mi hijo, sin embargo, lo considera una virtud.

—¿Considera la espera una virtud? —preguntó la señorita Prim interesada—. ¿En qué sentido?

—Oh, él se refiere a otra cosa —exclamó la maestra con tristeza—, no a algo tan tonto y tan sentimental como el amor de una mujer abandonada.

—No sé si él se refiere a otra cosa, pero lo que sí sé es que usted ha hecho bien en dejar de esperar —la interrumpió severamente la madre del hombre del sillón—. Y ahora dígame, Eugenia, ¿conoce Italia?

La bibliotecaria se sobresaltó al escuchar estas palabras. Aquella mujer, era imposible no darse cuenta, parecía tener una insistente fijación en lograr que la gente conociese Italia. La señorita Prim no tenía nada en contra de Italia, un país maravilloso en todos los aspectos, pero ¿por qué aquel empeño? Desde su punto de vista, había algo casi descortés en la idea de enviar continuamente a todo el mundo a cruzar Europa.

—Como le dije a Prudencia el día en que la conocí, considero que la educación de una mujer no está de ningún modo completa si no se vive algún tiempo en Italia. Hay cierta tosquedad en la mente de las mujeres que no han pasado por esa experiencia. Es algo vital para la formación intelectual femenina.

—¿Solo femenina? ¿Y qué me dice de los hombres? —preguntó la bibliotecaria.

La anciana la miró con expresión de sorna.

—¿Los hombres? Dejemos que los hombres se ocupen de sí mismos. Tenemos ya bastante con lo nuestro, ¿no le parece? Es usted muy joven y muy inexperta, Prudencia, pero voy a decirle algo. El día en que gran parte de las cenas entre hombres y mujeres dejen de estar divididas en dos guetos (uno masculino, en el que se habla de política y economía, y otro femenino, donde triunfan los chascarrillos y las murmuraciones), ese día tendremos autoridad para decir algo sobre la formación de los hombres. Lo que voy a decirle ahora la escandalizará, sin duda, pero voy a decirlo de todas formas: la mayoría de las mujeres no tienen conversación. Y no la tienen, esto es lo más grave, no porque no puedan, sino porque no se molestan en intentar tenerla.

La bibliotecaria cruzó una mirada de resignada inteligencia con la señorita Mott, que se apresuró a cambiar de tema y a explicar que, en su opinión, los clásicos grecorromanos eran la piedra angular de cualquier educación, masculina o femenina.

—Permítame que le pregunte sobre su hijo. ¿Dónde completó sus estudios? —interrogó la señorita Prim.

—Me gusta pensar que mi hijo se educó a sí mismo. Claro que nosotros le dimos todas las herramientas, herramientas de primera calidad: grandes colegios, buenos profesores. Pero es mérito suyo haberlas utilizado como lo hizo.

—Es un hombre brillante —dijo la señorita Mott.

—Es un hombre brillante que ha desperdiciado su talento —sentenció con amargura la anciana mientras se levantaba para despedirse de la maestra, que acompañó a ambas mujeres hasta la puerta del jardín y les dijo adiós con una sonrisa.

La dama y la bibliotecaria caminaron un buen rato, una al lado de la otra, sumidas en sus pensamientos. Pese a que la señorita Prim ardía en deseos de seguir preguntando sobre el modo en que su jefe había sido educado, no se atrevió a importunar el mutismo de su compañera. Fue ésta la que inició de nuevo la conversación al explicar que el marido de Eugenia Mott la había abandonado una mañana, tres meses antes de trasladarse a San Ireneo, sin decir una sola palabra. Después preguntó a la bibliotecaria su opinión sobre la maestra.

—Da la impresión de ser una mujer buena y sencilla, aunque no me parece excesivamente brillante. Me sorprende que la eligiesen como profesora; creía que en San Ireneo la educación era un gran valor.

—¿Quiere decir que la encuentra vulgar?

La bibliotecaria miró consternada a la anciana. ¿Cómo era posible que una mujer tan elegante se dirigiese a sus semejantes con tal falta de respeto y delicadeza? Por muchas vueltas que

le diese, no lograba entenderlo. No conseguía acostumbrarse a la frialdad de sus comentarios, a su brusca sinceridad, a su costumbre de hablar, mirar e incluso escuchar con aquel halo de indiscutible autoridad.

—Lo que quiero decir es que esperaba a alguien... menos sencillo. ¿Está bien preparada académicamente? —contestó con sutileza.

—En absoluto, es una simple maestra, extremadamente simple.

—Pero esa educación basada en los clásicos que se imparte en San Ireneo. No todo el mundo está preparado para enseñar eso.

La vieja dama se volvió a la bibliotecaria con gesto fatigado.

—Mi querida señorita Prim, ¿todavía no ha comprendido usted cómo funcionan las cosas aquí? Eugenia Mott es una maestra sencilla, extremadamente sencilla, porque lo que deseaba contratar San Ireneo para sus hijos era exactamente eso: una maestra sin pretensiones intelectuales.

—Discúlpeme que insista —dijo la bibliotecaria desconcertada—, pero no consigo entender por qué un lugar en el que los niños representan Antígona en griego puede querer una maestra de escuela sin aspiraciones intelectuales.

Por segunda vez, la anciana se detuvo y miró a su acompañante al rostro con gravedad.

—Porque en realidad no necesitan a nadie que enseñe nada a los niños. Porque son ellos los que educan personalmente a sus hijos; son ellos los que les enseñan a recitar poemas de Ariosto antes de aprender a leer; ellos, los que les explican la geometría de Euclides con Los elementos como libro de texto; ellos, los que juegan a hacerles escuchar un fragmento de un motete de Palestrina para que adivinen cuál es. Son ellos, que-

rida, los que cruzan media Europa periódicamente para sentar a sus pequeños frente al Noli me tangere de Fra Angelico, para mostrarles el altar mayor de San Juan de Letrán, para enfrentarlos al capitel del Templo de Afrodita.

—Pero, entonces, ¿para qué quieren una maestra?

—Para que cuide todo ese trabajo, para que lo conserve, para que lo proteja. O para que lo entienda usted mejor: para que no lo estropee. ¿Se escandaliza? Si contrataran a una maestra repleta de teorías sobre pedagogía, sociología, psicología infantil y todas esas ciencias modernistas, tendrían al zorro dentro del gallinero. Piénselo de esta forma: si usted estuviese convencida de que el mundo ha olvidado cómo pensar y educar, si creyese que ha arrinconado la belleza de la literatura y el arte, si pensase que ha ahogado la fuerza de la verdad, ¿permitiría que ese mundo enseñase algo a sus hijos?

—Ahora entiendo por qué su hijo no quería una persona posgraduada para su biblioteca —murmuró la señorita Prim con tristeza.

La dama la miró y sonrió con dulzura.

—Ah, pero la ha contratado, ¿verdad? Ha debido de haber visto en usted algo especial para hacerlo, ¿no es cierto? Dígame, ¿qué cree que fue?

La señorita Prim contestó que no lo sabía, aunque sospechaba que había tenido que ver con cierto malentendido producido el día de su llegada a la casa.

—No se engañe, querida —insistió la anciana—. Él no es un sentimental. Créame cuando le digo que ha debido ver realmente algo interesante en usted.

Y con su habitual brusquedad añadió:

—Me pregunto qué fue lo que vio.

La señorita Prim llevaba diez días sin cruzar apenas un par de frases con el hombre del sillón. Ocupado con los niños, las clases, las visitas a la abadía y la compañía de su madre, había resultado una presencia esquiva durante las últimas fechas. Mientras mordisqueaba una tostada en el desayuno, la bibliotecaria se dijo a sí misma que no necesitaba su compañía. Y era cierto. Una mujer como ella, que disfrutaba de buena salud psicológica y de una gloriosa independencia, era perfectamente capaz de entretenerse sin necesidad de conversar. Pese a ello, debía reconocer que extrañaba un poco aquel sentido del humor masculino que aligeraba el trabajo y las enormes hileras de libros a clasificar.

Por la tarde, la señorita Prim recibió una nota de Herminia Treaumont en la que ésta le rogaba que aceptase una invitación para unirse al grupo encargado de organizar las festividades navideñas de San Ireneo. Mientras terminaba el café, leyó la misiva en silencio y en vista de que el trabajo previsto para la jornada era ligero, decidió coger su abrigo y su sombrero y acudir a la reunión en el salón de té del pueblo.

El día era frío y la bibliotecaria apuró el paso rumbo a la verja del jardín.

—¿Va usted hacia el pueblo, Prudencia? Puedo llevarla, si no tiene inconveniente.

El hombre del sillón hizo el ofrecimiento desde el interior de su automóvil. La señorita Prim titubeó, pero un vistazo al cielo bajo y gris la decidió a aceptar la oferta.

—Gracias —dijo mientras se acomodaba en el asiento del copiloto—. Estoy convencida de que va a empezar a nevar de un momento a otro.

Él sonrió amablemente, pero no respondió nada.

—¿Quiere que eleve la calefacción? —preguntó.

La bibliotecaria aseguró que la temperatura del coche era perfecta.

—Y dígame, si no es una indiscreción, ¿por qué se dirige al pueblo en una tarde tan fría?

—Voy a reunirme con Herminia Treaumont y con otros vecinos de San Ireneo para hablar sobre las fiestas navideñas.

—Ya veo, parece que se ha integrado usted plenamente en nuestra pequeña comunidad. Entonces. ¿las ha perdonado ya?

La señorita Prim, que había tenido especial cuidado en tratar de evitar que el incidente de la Liga Feminista llegase a oídos de su jefe, se sonrojó.

—No sabía que supiese usted tanto sobre mis peripecias en San Ireneo. Supongo que ha sido su amigo, el señor Delás.

—Me temo que confía usted excesivamente en la discreción de treinta testigos. Me han contado esa historia unas cinco veces y debo decir que en todas ellas su reacción me ha parecido magnífica.

La bibliotecaria se rió agradecida, pero rechazó con un gesto la alabanza.

—No estoy muy orgullosa, créame. Me he dado cuenta de que lo que ocurrió, aunque bochornoso para mí, fue hecho con la mejor intención. No fue muy cortés por mi parte comportarme así, especialmente con la señorita Treaumont, una mujer maravillosa.

—Espléndida —respondió únicamente el hombre del sillón.

La bibliotecaria, acurrucada en el asiento delantero del coche, sintió de pronto un extraño malestar.

—Es una mujer muy hermosa, ¿no cree? —preguntó mientras miraba de reojo el perfil de su jefe, que seguía concentrado en la carretera.

—Ya lo creo, una de las mujeres más atractivas que he conocido. Y muy inteligente, además.

Durante un momento, ninguno de los dos dijo nada. La señorita Prim se limitó a mirar por la ventanilla en silencio. Los viejos árboles desnudos que bordeaban la carretera y la luz fría y gris daban al paisaje un aspecto dramático y sombrío.

—Ha debido de ser una gran belleza —dijo por fin con una extraña opresión en el estómago.

—¿Cómo dice?

—Decía —repitió con paciencia— que ha debido de ser una gran belleza.

—¿Se refiere usted a mi madre?

—¿A su madre? En absoluto, ¿por qué habría de referirme ahora a su madre? Me refiero a la señorita Treaumont.

—No es tan mayor —respondió él sorprendido—, no lo suficiente como para decir de ella que ha debido de ser una gran belleza.

—¿Usted cree?

—Claro que lo creo. Es más joven que yo y probablemente solo un poco mayor que usted.

—Oh —dijo la bibliotecaria.

Él la miró intrigado y después volvió a poner los ojos en la carretera.

—¿No me cree? Realmente es así.

—Le creo, naturalmente —dijo ella—, aunque es sorprendente.

—¿Qué es sorprendente?

La bibliotecaria, que había comenzado a sentirse mejor y ya no notaba aquella extraña opresión en la boca del estómago, bajó un poco la ventanilla, que dejó entrar una ráfaga de aire helado.

—Hay mujeres que tienen la desgracia de marchitarse antes de tiempo —murmuró.

—¿Marchitarse antes de tiempo? Qué tontería. En mi opinión, Herminia es una mujer joven y atractiva.

La señorita Prim, que súbitamente había comenzado a sentir de nuevo la misma y fastidiosa opresión estomacal, no dijo nada.

—¿Por qué no dice usted nada?

—¿Y qué podría decir?

—Supongo que podría hacer alguna observación sobre lo que acaba de comentar.

—Preferiría no hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque no sería delicado.

—¿Qué es lo que no sería delicado?

—No sería delicado continuar hablando de otra mujer ante un hombre, especialmente sobre aspectos que éste no domina.

—Así que es eso —dijo él intentando ocultar una sonrisa.

Ambos siguieron el viaje sin decir una palabra hasta que el automóvil se detuvo delante del salón de té, donde el comité de festejos navideños esperaba a la bibliotecaria.

—¿Quiere que la recoja cuando termine? —preguntó él cortésmente mientras se inclinaba sobre el asiento para abrirle la puerta.

—No es necesario, muchas gracias —contestó ella con frialdad—. Pienso volver caminando.

—Señorita Prim, mire al cielo; va a caer una gran nevada.

—Soy perfectamente consciente de ello, gracias.

—Pues si es usted perfectamente consciente de ello, no tengo nada que decir. Espero que pase una buena tarde —dijo él con el ceño fruncido antes de arrancar.

La bibliotecaria se enderezó el sombrero delante del escaparate del salón de té. Se sentía irritada, no podía ocultarlo. Le habían molestado profundamente aquellas alabanzas desmesuradas hacia Herminia Treaumont, era absurdo negarlo. Pero ¿a qué mujer no le habrían molestado? ¿A qué mujer no le habría resultado desagradable viajar en compañía de un hombre que no hace otra cosa que deshacerse en halagos hacia otra persona? ¿Qué clase de caballero insiste una y otra vez en la extrema belleza de una mujer delante de otra? Era una intolerable falta de cortesía. Y la señorita Prim había abandonado su empleo, había dejado su vida en la ciudad, su trabajo y su familia, precisamente por la falta de cortesía. Si la cortesía desaparecía de un grupo humano, todo podía darse por perdido. Lo sabía bien porque lo había visto en su propio hogar. Había contemplado año tras año cómo la cortesía desaparecía de la relación de sus padres. Había experimentado en su propia piel los efectos de la ausencia de cortesía en sus relaciones con su hermana. Y ahora, cuando parecía que había llegado a un lugar donde lo formal todavía tenía una razón de ser, precisamente ahora, acababa de sufrir la experiencia de ser transportada en automóvil por un hombre que no había cesado de hablar en todo el viaje de las excelsas cualidades y la belleza deslumbrante de otra mujer.

Era una mujer interesante, ¿y qué? ¿Acaso ella misma no lo era? Era atractiva, muy bien; ¿no se podía decir lo mismo de ella? Él era muy libre de sentirse hechizado por aquella mujer si quería, no tenía objeción alguna contra eso, ¿pero era necesario exhibirlo de un modo tan obvio? La señorita Prim había estado siempre en contra de las manifestaciones sentimentales en público. A su modo de ver, las sociedades civilizadas contaban con viviendas para permitir a los individuos dar rienda suelta a sus sentimientos sin que los demás se sintiesen obligados a contemplarlos. Los excesos sentimentales — razonó mientras se retocaba el cuello del abrigo— eran propios de sociedades primitivas y de individuos igualmente primitivos. Además, ¿no era ella una empleada? ¿Era necesario someter a una empleada a una exhibición de sentimientos como la que él acababa de realizar en el automóvil? La señorita Prim creía que no era necesario. Y no solamente lo creía, sino que estaba convencida de que probablemente existía algún tipo de normativa que proscribía aquella conducta.

Todavía molesta por el incidente, entró en el establecimiento, donde el cálido ambiente del salón, iluminado por pequeñas lámparas en las mesas, le dio la bienvenida.

—¡Señorita Prim, qué alegría volver a verla! —La voz suave y tranquila de Herminia Treaumont, que se había levantado de la mesa para recibirla, la hizo volver a la realidad.

—Yo también me alegro de verla, señorita Treaumont.

—Llámeme Herminia, por favor, y permítame llamarla Prudencia. Ninguna de las dos tenemos suficiente edad como para mantener un trato tan formal. ¿No es cierto?

—Desde luego —contestó la bibliotecaria sonrojándose hasta la raíz del cabello.

Pese a su alterado estado de ánimo, la señorita Prim se hizo muy pronto un hueco en la conversación. Además de la anfitriona, en la mesa se encontraban otras tres mujeres y dos

caballeros. Uno de ellos le fue presentado como el juez Basett, un hombre bajo, fornido, con cejas y bigote bien poblados y una mirada que solo enfocaba cuando el tema de conversación resultaba de su interés. El otro era un hombre joven que respondía al nombre de François Flavel y ejercía como único veterinario de la zona. Las mujeres se identificaron como la señora Von Larstrom, propietaria del hotel San Ireneo; la anciana señorita Miles, una enciclopedia viviente en lo que a tradiciones se refiere, y la joven Amelia Lime, secretaria del juez. Tras debatir uno a uno los principales asuntos que concernían a los preparativos navideños y que incluían desde los himnos del coro hasta la decoración de las calles con guirnaldas hechas de ramas, frutos silvestres y una espléndida iluminación de cirios, el comité abordó la organización de los platos fuertes de los festejos. Durante más de una hora se anotaron todos los detalles pendientes de resolución. Después, la conversación giró en torno a temas más personales. Fue entonces cuando la señorita Prim acercó su silla a la del veterinario, y con el recuerdo todavía doloroso del comportamiento del hombre del sillón en la retina, se dispuso a desplegar todo su encanto.

—Adoro los animales —dijo con la mejor de sus sonrisas.

El destinatario del comentario sonrió a su vez e iba ya a responder amablemente cuando la gruesa voz del juez Basett interrumpió la incipiente conversación.

—Eso se debe a que no ha estado usted nunca en una granja, ¿verdad? Apuesto a que no ha visto nunca el parto de una vaca. Pregúntele, pregúntele a nuestro veterinario si resulta agradable meter el brazo hasta el hombro en las partes pudendas de una vaca. Dígame, querida, ¿ha tenido ocasión alguna vez de ver parir a una vaca?

La señorita Prim enderezó la espalda y cuadró la mandíbula.

—Por supuesto que no, pero entiendo que se puede amar a los animales sin haber presenciado un espectáculo como ése.

El joven veterinario se apresuró a confirmar el punto de vista de la bibliotecaria. Desde luego que se podía amar a los animales sin tener que pasar por la experiencia de explorar su aparato reproductor. Millones de personas lo habían hecho así a lo largo de la historia.

—Es posible que ambos tengan razón, pero creo que es importante diferenciar el afecto a los animales, que es una cosa noble y recia, de ese empalago sentimental que algunas personas toman por tal. Doy por hecho que ése no es su caso, jovencita, naturalmente.

—Naturalmente —corroboró el veterinario con simpatía.

La bibliotecaria no dijo nada.

—¿Tiene usted perro? —preguntó a continuación el juez.

La señorita Prim contestó que, desgraciadamente, no tenía perro.

—¿Gato tal vez? Tiene usted cara de ser propietaria de un gato, lo pensé en el mismo instante en que la vi.

—A mí también se me había ocurrido esa idea —comentó alegremente el joven—. Hay algo felino en usted, si me permite decírselo.

La señorita Prim aseguró calurosamente que aceptaba encantada el cumplido, pero su sentido del

honor la obligó a dejar claro que, pese a las apariencias, no había tenido jamás un gato.

—¿Un canario? —continuó el magistrado.

La bibliotecaria negó con la cabeza.

—¿Una tortuga? —apuntó el veterinario.

La señorita Prim hubo de confesar que no había convivido jamás con un animal de caparazón.

—¿Quizá un pez? —insistió el juez, al que empezaba a notársele un ligero deje de impaciencia en la voz.

—Jamás he tenido un animal —contestó la bibliotecaria en un intento de parar aquella escalada interrogatoria—. Siempre he sido de la opinión de que la ausencia del objeto amado purifica el amor.

—Es una buena teoría —farfulló el magistrado con satisfacción—. Si la mayoría de los caballeros la siguiesen, probablemente no existiría el divorcio y, si me apura un poco, ni siquiera el matrimonio.

El veterinario de San Ireneo contempló en silencio a la señorita Prim.

—¿Quiere usted decir que ama a los perros en abstracto?

—Exactamente —dijo ella con una sonrisa.

—¿Y a los gatos?

—Exactamente igual.

—¿Y a los peces, los canarios y los hámsteres?

La bibliotecaria, que comenzaba a irritarse, agradeció la rápida y tajante intervención del juez, quien ordenó al joven François que hiciese cesar el interrogatorio.

—Pero eso es casi inhumano —dijo entonces éste—. No puedo creer que una mujer tan dulce como usted ame en abstracto.

La señorita Prim se recolocó un mechón de cabello rebelde y bajó los ojos.

—Yo no he dicho eso —murmuró.

—Sí que lo ha dicho —terció de nuevo el magistrado—. Ha dicho que la ausencia del objeto amado purifica el amor. Es una teoría espléndida, ya se lo he dicho, no la estropee ahora por falta de agallas.

La bibliotecaria cambió de postura en su silla. A su lado, el resto de las mujeres discutían sobre cómo proteger del viento los cirios que decorarían el árbol de Navidad. Las contempló con envidia antes de volver a la carga.

—Si hay algo de lo que presumo, juez Basett, es de tener agallas. Pero he de decir que cuando hablaba de la ausencia del objeto amado hacía referencia al amor cortés. Era una licencia poética, no me refería al amor real.

El joven veterinario la miró a los ojos antes de hablar.

—¿Quiere usted decir que el amor a los animales es como el amor cortés? ¿Un amor sublimado?

—Quiero decir que el amor a los animales no es amor.

El magistrado recibió esta declaración con una enorme carcajada.

—Sí, señor —dijo con su gruesa voz—. Sí, señor. Es usted toda una mujer. Es la mayor verdad sobre este asunto que he oído decir en mucho tiempo. Ahora bien, dígame una cosa: si cree que el amor a los animales no es amor ni ha tenido nunca un animal en casa, ¿por qué diablos ha dicho que le encantan los animales?

La bibliotecaria miró al veterinario y lo que vio en sus ojos la decidió a ser sincera. Era inútil seguir fingiendo. Aquel flujo de simpatía que se había establecido entre ambos nada más ser presentados había desaparecido completamente. ¿Y qué otra cosa se podía esperar? La tarde había comenzado mal con aquella desagradable conversación con su jefe; no debía sorprenderle que continuase en la misma tónica.

—Solo pretendía ser amable —dijo dirigiéndose al veterinario, que desvió inmediatamente la mirada hacia las tostadas con mantequilla y miel que había sobre la mesa.

—En este pueblo tenemos la costumbre de ser francos, ¿sabe? Es una de las razones por las que algunos hemos venido aquí, para huir de las conversaciones de salón —señaló con sequedad el anciano magistrado.

La espalda de la señorita Prim se envaró al oír sus palabras.

—Permítame que le diga, juez Basett, que ser amable no es lo mismo que mantener una conversación de salón.

—Tiene usted razón —intervino el veterinario mirándola de frente—. Se puede ser amable y decir la verdad, no hay nada que lo impida.

La bibliotecaria enrojeció, y nada más hacerlo se percató de algo que la llenó de estupor: había dicho una mentira sin ser consciente de ello. Ella, que presumía de ser incapaz de mentir, había mentido sin inmutarse. No había enrojecido, no se había alterado, no había experimentado taquicardia. Había intentado impresionar a aquel joven con una estúpida, ridícula mentira, y lo había hecho sin temblarle el pulso. ¿Era la primera vez que ocurría? Profundamente avergonzada, tuvo que confesarse a sí misma que no. Y entonces, en su interior, se dibujó una enorme y silenciosa interrogación: ¿era posible que todo lo que ella había denominado con orgullo a lo largo de su vida su delicadeza fuese únicamente una eficiente y discreta tapadera para mentir? Jamás había transigido con el engaño en cuanto a sus opiniones firmes sobre las cosas, eso era cierto. ¿Pero no lo era también que a la hora de complacer en temas que no eran para ella vitales, que no comprometían su sentido de las cosas, había sido falsa?

—Discúlpenme —dijo mientras se levantaba apresuradamente—. Pero creo que debo irme.

Todos sus compañeros de mesa se pusieron en pie.

—No la habrá ofendido lo que le he dicho, ¿verdad? —preguntó inquieto el veterinario, que ante el azoramiento de la bibliotecaria parecía haber recuperado su simpatía hacia ella.

—¿Ofenderse? ¿Por qué? —intervino Herminia Treaumont.

—No se preocupe, Herminia, solo bromeábamos —contestó con dulzura la señorita Prim—. Hablábamos de animales y conversaciones de salón, nada que pueda ofender a nadie.

—Nuestra huésped es un descubrimiento, Herminia, nos ha entusiasmado con su conversación —dijo el juez—. Me pregunto si querría trabajar para mí, ahora que la pequeña Amelia piensa dejarme y se me acusa de ser un esclavizador de jovencitas.

—Vamos, vamos, no diga tonterías —contestó la aludida con afecto.

La bibliotecaria se rió con placer.

—Es una oferta tentadora —dijo—, pero me temo que tengo un trabajo que me encanta.

—Muy bien, muy bien, pero piénselo. Me gustan las mujeres con la cabeza bien puesta.

Tras despedirse de todos y acordar con Herminia Treaumont que visitaría el periódico el miércoles siguiente, la señorita Prim abandonó el salón de té. Antes de salir, se subió el cuello del abrigo, se ajustó los guantes y se dispuso a emprender el camino de vuelta.

Fuera, las calles comenzaban a teñirse lentamente de blanco.

Apenas había recorrido un kilómetro antes de adentrarse en el bosque cuando oyó el sonido de un automóvil a sus espaldas.

—Prudencia, debo advertirle que si se mete en el bosque con esos zapatos corre el riesgo de perder los pies y tendremos que ir a rescatarla. ¿Me permite que la lleve a casa? Prometo no decir nada que pueda importunarla. Es más, prometo no decir nada de nada.

La bibliotecaria miró al hombre del sillón con una mezcla de alivio y agradecimiento. Había calculado mal la resistencia de sus zapatos frente a la nieve. Le dolían los pies, apenas los sentía ya, no deseaba perderlos y mucho menos ser rescatada.

—Se lo agradecería mucho. Tengo que reconocer que tenía usted razón cuando me advirtió de que no debía volver a casa andando.

—La señorita Prim dándome la razón, no puedo creerlo. Debe de estar usted enferma, seguramente es el efecto del frío —dijo él mientras se inclinaba para abrirle la puerta y le ofrecía una manta para las rodillas—. Está usted helada. ¿Un trago de coñac? Ya sé que piensa que soy un alcohólico sin remedio, pero deje a un lado por esta vez esos despiadados juicios suyos y beba un poco. La ayudará a entrar en calor.

La bibliotecaria obedeció sin decir una palabra, mientras él ponía el coche en marcha y elevaba la temperatura. Tenía demasiado frío para ponerse a discutir, aunque algo en aquellas palabras la impulsó a hablar.

—¿Juicios despiadados? ¿De verdad cree usted que yo hago juicios despiadados? Y yo que pensaba que era su propia religión la que estaba en contra de la bebida. Resulta sorprendente que me acuse a mí de hacer juicios despiadados; siempre me he considerado una persona tolerante.

—¿Una persona tolerante? —se rió él—. Vamos, Prudencia, yo diría más bien que es usted una persona extremadamente estricta. Le concedo que es una virtud maravillosa para su trabajo y yo soy el primero en beneficiarme de ella, pero debe

de resultar una carga muy dura para unas espaldas tan frágiles como las suyas.

La bibliotecaria se mordió el labio al recordar la velada en el salón de té y su angustia ante el descubrimiento de su facilidad para la mentira social.

—Y respecto a mi religión y la bebida, está usted un poco confusa en este asunto, aunque debo decir en su defensa que es una confusión común. La bebida, como el resto de los dones de la creación, es buena, Prudencia. Es de su mal uso o de su abuso de donde provienen sus efectos negativos.

La señorita Prim, por segunda vez en el día, reconoció que su interlocutor podía tener razón. Pero no era la bebida y la religión el tema que rondaba en aquel momento por su mente.

—Así que piensa usted que soy estricta. Eso creía yo también, pero hoy he descubierto no solo que no es cierto, sino que soy una mujer profundamente hipócrita y con tendencia a la mentira.

El hombre del sillón la miró con sorpresa.

—He estado tentado a hacer un comentario jocoso sobre eso que acaba de decir, pero ya veo que está usted preocupada. ¿Puedo preguntarle qué ha pasado? Prometo ser delicado, si es que eso es posible en mí.

Tras dudar un instante, la bibliotecaria se decidió a hablar. Estaba muy cansada, anhelaba desahogarse con alguien, descargar en otras espaldas la desazón que sentía en su interior. Una mujer virtuosa como ella, que había invertido a lo largo de su vida enormes dosis de buena voluntad en dominar sus defectos y había salido victoriosa en no pocas batallas, tenía que rendirse ahora y reconocer que su delicadeza, esa cualidad que ella había elevado a la categoría de arte, no era más que un disfraz para la hipocresía y la mentira social.

—Ya ve —dijo tras narrar la historia de su amor a los animales, el veterinario y el juez Basett—. Soy una vulgar hipócrita. Una mentirosa.

—Yo diría más bien que es usted una tonta —fue la sencilla y escueta respuesta de su interlocutor.

La señorita Prim le miró con estupor y a continuación se desabrochó con gesto brusco el cinturón de seguridad.

—Pare inmediatamente el coche —dijo con ira apenas contenida.

—¿Cómo dice?

—Que pare inmediatamente el coche. No pienso seguir un solo instante con usted.

El hombre del sillón detuvo el coche y levantó ambas manos del volante.

—¿Por qué diablos es usted tan exagerada?

—¿Exagerada? ¿Cree que exagero? Me pide que le abra mi corazón, me promete ser delicado, y una vez que caigo en la trampa y le confío mis preocupaciones, su respuesta es un insulto. ¿Tengo que recordarle que me ha llamado usted tonta? Usted, que presume de caballerosidad; usted, precisamente usted.

—Sí, yo, precisamente yo —replicó él con brusquedad—. No se equivoque conmigo, Prudencia, soy un hombre exactamente igual que los demás, incluso puede que peor que los demás. Espero que eso no sea una sorpresa para usted, porque, desde luego, no lo es para mí.

La bibliotecaria hizo un gesto para salir del coche, pero él la detuvo con firmeza.

—Escúcheme bien. La he llamado tonta porque me parece que acongojarse de esa forma por lo que me ha contado es comportarse como una tonta. Soy un hombre franco, segura-

mente demasiado franco, y tiene usted razón: no soy delicado. Pero creo que a estas alturas ya debería saber lo suficiente sobre mí como para comprender que aunque no sea un ejemplo de delicadeza, soy una persona decente. Si le digo que me cuente algo es porque me interesa ayudarla. Así que déjeme hablar y escuche lo que tengo que decir.

—No lo haré a menos que retire su insulto —dijo ella con sequedad.

—Está bien, retiro lo dicho. Pero que conste que no era un insulto; calificaba su forma de comportarse, no la calificaba a usted.

—No empiece otra vez con sus distinciones teológicas, no va a embaucarme de nuevo.

—¿Puede hacer el favor de escucharme? —insistió él espaciando deliberada y lentamente las palabras.

La bibliotecaria levantó los ojos y le miró. El día había comenzado mal. Había sido un error aceptar la invitación para acudir al salón de té. También lo había sido permitir que él la llevase al pueblo en coche. De no haber aceptado su ofrecimiento, no habría tenido que escuchar aquellos gruesos halagos sobre una belleza que no era la suya. Tampoco se habría dejado llevar por el flirteo con el veterinario, y mucho menos habría dicho aquella tontería sobre lo mucho que le gustaban los animales. A ella, que siempre había sentido miedo por los perros y asco por los gatos. ¿Cómo había podido ser tan estúpida?

—Tiene usted razón, soy una tonta —dijo con lágrimas en los ojos.

Él le cogió suavemente una mano y la miró con una expresión que la bibliotecaria no supo interpretar.

—Vamos, no es usted tonta, Prudencia, solo se comporta como tal. No llore, por favor, ya ve que los individuos como yo no sabemos manejar las lágrimas, no se nos ha concedido

ese don. Escúcheme bien: lo que le ocurre es que hay un par de cosas que la hacen sufrir, y la hacen sufrir porque no las comprende bien, simplemente.

Ella se secó las lágrimas y sonrió.

—Entre usted y yo todo se reduce siempre a que yo no comprendo las cosas y usted sí, ¿no es cierto?

—No, no es exactamente cierto, no del todo, al menos. ¿Me va a escuchar ahora?

La señorita Prim le aseguró que estaba dispuesta a hacerlo. Él le ofreció otro sorbo de coñac y se acomodó en el asiento antes de hablar.

—En primer lugar, no existe la victoria definitiva de uno solo sobre los propios defectos, Prudencia, no es un campo en el que funcione la mera fuerza de voluntad. Tenemos una naturaleza defectuosa, una especie de vieja locomotora herida, y como consecuencia de ello, por mucho que nos empeñemos tendemos siempre a fallar. Angustiarse por ello es absurdo y aunque se enfade un poco al oír esto, también soberbio. Lo que hay que hacer, aunque sé que esta respuesta no le gusta, es pedir ayuda a quien hizo la máquina cada vez que uno falla. Y en todo caso dejar que la mejore poco a poco inyectándole de vez en cuando una buena dosis de aceite.

—Ésa es una explicación religiosa y yo no soy religiosa. No utilice ese argumento conmigo, por favor, no sirve —dijo ella con la nariz enrojecida por el frío y el llanto.

Él apoyó la nuca en el reposacabezas del asiento y se rió.

—Esa respuesta no es digna de una mente lúcida, Prudencia. Y es uno de los frutos de esa educación antitomista de la que tan orgullosa está. La cuestión aquí o en cualquier otra discusión no es si mi respuesta es o no religiosa, sino si es o no cierta. ¿Es que no ve la diferencia? Contraargumente, Prudencia, dígame que cree que no es cierto lo que digo, explíqueme

por qué no es cierto, pero no me responda que mi argumento no sirve porque es religioso. La única razón por la que mi argumento puede no servir aquí o en el fin del mundo es simplemente porque resulte falso.

—Está bien, pues le digo que no sirve porque es falso.

—¿De verdad? Eso quiere decir que cree usted que el ser humano es capaz de alcanzar la perfección y mantenerse en ese nivel de excelencia moral por sus propias fuerzas. ¿No cree entonces que errar es humano? ¿Cree que el hombre no falla?

—Por supuesto que no creo eso, sé perfectamente que equivocarse es humano y que nadie es perfecto.

—Es decir, que en el fondo cree que buena parte de lo que yo he dicho es cierto. Lo que ocurre es que usted solo reconoce la verdad cuando ésta se viste con ropa secular.

La señorita Prim miró al hombre del sillón a través de la penumbra y se preguntó con amargura por qué, incluso en momentos sombríos como aquél, sus conversaciones con él eran mucho más interesantes que las que tenía con el resto del mundo. Por qué el único hombre con el que hablar era una actividad tan estimulante tenía que ser también el más terco y odioso de su especie.

—Tengo frío. ¿Le importaría llevarme ya a casa?

—¿Importarme? Yo siempre estoy dispuesto a llevarla a casa, Prudencia.

Los martes y los viernes por la mañana los pequeños acudían a la escuela de la señorita Mott. Sus hermanos, aunque demasiado avanzados ya para las clases de la maestra, también recibían parte de su instrucción fuera de su hogar. Tres veces por semana asistían a clases de lengua en casa de Herminia Treaumont; otras dos aprendían biología en la consulta del mé-

dico del pueblo; en casa de Horacio Delás se estudiaba historia; botánica en la de Hortensia Oeillet; música en la de Emma Giovanacci, y así sucesivamente. Fue precisamente un martes por la mañana cuando los dos pequeños irrumpieron en el salón cargados de noticias.

—¡Abuela! ¡Señorita Prim! ¡El marido de la señorita Mott ha vuelto! —gritó Eksi nada más cruzar la puerta de la sala en la que ambas mujeres se dedicaban a sus tareas, una a despachar su correspondencia y la otra a catalogar las obras de Swift.

—¡Y ha traído caramelos para todos los niños! —continuó Deka, que llegaba a la carrera cargado con los libros de su hermana.

La madre del hombre del sillón levantó la ceja derecha y siguió escribiendo mientras indicaba a sus nietos que esperasen a que terminara lo que en ese momento estaba ocupada en hacer. Fue la señorita Prim la que se volvió y celebró con ellos las novedades. Pese a su inexperiencia con los niños, la bibliotecaria no entendía del todo la comedida frialdad de aquella abuela y su capacidad para anteponer las normas y los modales a la espontaneidad de sus nietos. Aunque al mismo tiempo algo en su interior le decía que probablemente aquellas criaturas eran tan encantadoras y educadas debido, en parte, a la disciplina marcial que habían recibido de ésta.

—¿El marido de la señorita Mott? ¿Estáis seguros? ¡Pero qué noticia tan emocionante! —exclamó mientras cerraba cuidadosamente una tercera edición de La batalla entre los libros antiguos y modernos.

—Eso es, eso es, contádselo a la señorita Prim y dejad a vuestra pobre abuela terminar de despachar su correspondencia —aprobó la anciana tras dirigir una mirada a la bibliotecaria.

Los pequeños no pudieron dar muchos detalles sobre lo acontecido en la escuela. A la hora del

recreo, mientras jugaban en el jardín, habían oído a su profesora musitar:

—Dios mío, ha vuelto.

Todos se giraron hacia la puerta y allí vieron a un hombre alto y corpulento, con un abrigo viejo y

unas botas llenas de barro, que sonreía con emoción.

—Tenía los ojos atrasados en lágrimas —explicó Eksi, cuya precoz afición por la lectura sobrepasaba ampliamente su fluidez verbal.

—Querrás decir arrasados, querida mía —puntualizó su abuela mirándola con afecto por encima de los anteojos que utilizaba para leer.

—El marido de la señorita Mott es tan grande como un gigante de los de Gulliver, abuela —dijo Deka.

La anciana señaló a su nieto que esperaba que las disculpas del señor Mott a su esposa por aquellos años de ausencia fueran, al menos, la mitad de grandes que los gigantes de Swift, y que la penitencia que recibiese de sus manos tampoco se quedase atrás.

—Abuela, si la señorita Mott está casada. ¿por qué no se llama señora Mott? —preguntó Eksi.

—Pues porque el señor Mott dejó un día su casa y nunca más volvió. Tú eres muy pequeña para saberlo, pero si hay algo peor que estar viuda es estar casada con un hombre desaparecido. La pobre Eugenia Mott —la madre del hombre del sillón miró a la señorita Prim— no podía soportar que la gente le preguntase continuamente dónde estaba su esposo, así que un buen día decidió convertirse en señorita, empezar una nueva vida y olvidarse de las explicaciones.

—Una decisión muy sensata —respondió la bibliotecaria.

—Eso mismo pienso yo.

A medida que pasaban las semanas, la señorita Prim comenzaba a sentirse más y más a gusto en compañía de la anciana. No aprobaba su aristocrática rudeza —hacerlo hubiese sido contrario a su naturaleza y la señorita Prim no hacía nunca nada contrario a su naturaleza—, pero comenzaba a apreciar aquella áspera sinceridad que se manifestaba tanto en forma de inmisericordes juicios como de halagos deliciosamente sinceros.

La bibliotecaria había descubierto en la severidad de aquel carácter una explicación a la asombrosa fortaleza que siempre había admirado en las viejas dinastías. Esa férrea capacidad de mantener las costumbres y los juicios propios a través de guerras, reveses y revoluciones. Esa virtud de recordar siempre y en todo momento quién era uno y de dónde venía más que de ocuparse, como hacían los modernos, de adivinar hacia dónde iba.

—Prudencia —dijo la anciana—, tal vez deberíamos ir a visitar a Eugenia, ¿no le parece? Las mujeres como ella a menudo no saben cómo reaccionar ante estos avatares. No quisiera que ese canalla volviese a burlarse de ella.

La señorita Prim convino en que la posibilidad de que Eugenia Mott fuese burlada de nuevo era algo a tener en cuenta y aceptó de buen grado la sugerencia de la anciana. Ambas se levantaron, dejaron sus respectivas ocupaciones y se prepararon para salir a la fría tarde invernal con la doncella como conductora.

La casa de Eugenia Mott estaba a las afueras de San Ireneo. Era una pequeña construcción de piedra con los marcos de las ventanas encalados, en la que destacaban como pinceladas al óleo una pequeña puerta y unas contraventanas de alegre color rojo. Hermosos macizos de crisantemos invernales daban al edificio el viejo encanto que caracterizaba la mayor parte de los hogares de San Ireneo. Mientras se acercaban a la casa, la seño-

rita Prim se perdió en sus pensamientos y una frase vino inesperadamente a su memoria: «¿Qué belleza salvará al mundo?»

«¿Quién había dicho aquello?» Seguramente había sido un ruso, sonaba exactamente a la clase de reflexiones que hacían los rusos. Desde luego no era una sentencia desconocida, estaba segura de haberla leído y escuchado en innumerables ocasiones y en diferentes versiones, pero no conseguía recordar su origen. Mientras observaba a la doncella luchar con el cerrojo de la valla del jardín, pensó que seguramente el hombre del sillón lo sabría.

—La puerta está abierta, señora. ¿Qué hacemos? Tal vez deberíamos entrar.

—Naturalmente que debemos entrar. La pobre mujer debe de haberse dejado ir en brazos del dolor —respondió con firmeza la anciana mientras empujaba la puerta y se adentraba en el estrecho recibidor.

«¿Qué belleza salvará al mundo?», repitió en silencio la bibliotecaria mientras seguía a la vieja dama hasta la puerta del salón de la señorita Mott. Él sabría de quién era la cita; se lo preguntaría tan pronto como regresase a casa.

—¡Por el amor de Dios, Eugenia!

Alarmada por la exclamación, la señorita Prim se asomó por encima del hombro de la anciana, cuya figura ocupaba la estrecha puerta e impedía ver lo que ocurría dentro de la habitación. En el centro de la estancia, la señorita Mott se hallaba refugiada en unos brazos. Unos brazos que no se parecían en nada a lo que la bibliotecaria entendía por dolor y que rodeaban a la maestra en un intento de consolarla en la aflicción.

—Hola, madre, me alegro de que hayáis llegado —dijo con una sonrisa su propietario, mientras separaba suavemente de su cuello los brazos de una llorosa señorita Mott.

La bibliotecaria se sintió incapaz de reaccionar cuando vio a la señorita Mott en brazos del hombre del sillón. Naturalmente, no se alarmó; era una mujer poco proclive a experimentar alarma. Tampoco sacó conclusiones precipitadas; la madurez de Eugenia Mott unida a su torpeza natural impedían imaginar siquiera un atisbo de romance entre ambas partes. Pero lo que sí hizo fue experimentar. Desde luego no fueron celos lo que experimentó; la señorita Prim despreciaba íntimamente a las personas que se atormentaban con los celos. Tampoco fue rechazo; si era sincera consigo misma, no había nada en el hombre del sillón que inspirase ni remotamente algún tipo de rechazo. Tenía que admitir incluso que, desde un punto de vista estético, su jefe era una clase de ser humano que resultaba agradable a la vista. La señorita Prim no se avergonzaba de ese juicio ni sacaba conclusión alguna sobre ello. Su arraigado sentido de la belleza le permitía pronunciarlo con la misma soltura con la que podría haber hecho una observación similar de un cisne o de un caballo.

¿Qué experimentó entonces? La respuesta llegó a ella mientras observaba en silencio las tranquilas explicaciones del hombre del sillón y los severos intentos de su madre por consolar a la atribulada profesora: había experimentado envidia. ¿Envidia de la madura maestra del pueblo? La señorita Prim tuvo que admitir que así era. No había sentido envidia al verla refugiada en los brazos de su jefe, la había sentido al contemplar cómo él le dedicaba una atención y una delicadeza que jamás había mostrado con ella. La bibliotecaria se avergonzó ante la mera posibilidad de que alguien pudiese leer en sus ojos lo que estaba pensando. Y al mismo tiempo y por primera vez, se preguntó si no habría llegado el momento de pedir a las damas de San Ireneo que la ayudasen a buscar un marido. Al fin y al cabo, una reacción como aquélla no podía ser sino fruto de lo que los psicólogos denominaban un proceso de transferencia. Quizá sí necesitase un marido. Quizá lo necesitase urgentemente.

—Eugenia, supongo que no irá a decirle que sí. —La dura voz de la madre del hombre del sillón sacó a la señorita Prim de sus ensoñaciones maritales.

—Madre —la interrumpió su hijo en tono de advertencia.

—¿Cree que no debo perdonarlo? —se lamentó la maestra—. Tal vez no debería, pero he soñado tantas veces con su regreso y parece estar tan arrepentido...

—Tonterías —respondió agriamente la anciana—. Naturalmente que está arrepentido. Cuando se marchó aún era joven y vital, el mundo era apasionante entonces. Ahora está acercándose a esa edad en la que todos sabemos que deja de serlo.

—Basta, madre, déjalo.

—¿Usted cree que debo decir que no? —lloriqueó Eugenia Mott.

El hombre del sillón se acercó a su madre antes de que ésta pudiera contestar y le dijo en voz baja, pero audible:

—Te recuerdo que es una decisión suya. No es tu vida ni es la mía.

—Ella no tiene experiencia en esto y tú tampoco; sé perfectamente cómo resolver una situación como

ésta. No debe permitirle volver, no debe dejar que ese hombre vuelva a poner jamás los pies en su casa.

—¿Por qué? —dijo él entonces con un tono de voz bajo y severo que la señorita Prim nunca antes le había oído utilizar—. ¿Quizá porque tú tampoco lo permitiste?

La mirada que la anciana dama dirigió a su hijo fue tan terrible que la bibliotecaria pensó que se

había abierto la puerta de pronto y una corriente de aire frío había entrado en la habitación.

—¿Cómo te atreves.? —exclamó entre dientes antes de levantarse, coger su abrigo y salir de la habitación seguida de su doncella.

El hombre del sillón no intentó detenerla. Pero cuando la puerta se cerró, se sentó en el sofá y apoyó la frente entre las manos.

—Es todo culpa mía —gimió la señorita Mott mientras retorcía nerviosamente el cinturón de su vestido—, no debería haberle llamado, no debería haberle involucrado en esto. Ahora su madre se ha enfadado. Soy una estúpida, no tengo carácter ni lo he tenido nunca, pero no debería permitir que mis problemas.

—Por favor, Eugenia, no se preocupe por eso. Todo esto no es culpa suya y, en cualquier caso, no tiene importancia alguna. Ahora debemos hablar sobre cómo resolver esto, sobre lo que usted quiere hacer con su vida y sobre si en esa vida hay un lugar para su marido.

En ese punto de la conversación, la bibliotecaria carraspeó ligeramente.

—¿Sí, señorita Prim? —dijo él levantando la cabeza y mirándola por vez primera desde que había entrado en la habitación.

—¿Quiere que salga a buscar a su madre?

—Se lo agradecería mucho. No puedo dejar a la señorita Mott en este estado, pero he sido un poco brusco con ella. Lamento que haya tenido que presenciarlo.

La bibliotecaria volvió a sentir una punzada de envidia, una envidia extraña e inoportuna mezclada a partes iguales con algo muy parecido a la compasión.

—No se preocupe —respondió—. Iré a hablar con ella.

Cuando salió de la casa no tardó en divisar a la anciana. Acompañada de su doncella, estaba sentada en un banco situado bajo un camelio. La señorita Prim se acercó despacio y se sentó a su lado en silencio, momento que aprovechó la conductora para levantarse e ir a buscar el coche. Una vez a solas, la dama no tardó en hablar.

—Se preguntará usted por qué mi hijo ha dicho lo que ha dicho, ¿no es cierto?

—En absoluto —respondió la bibliotecaria—. Son asuntos de familia.

—Lo son, en efecto.

—Sin embargo, y ya que usted me lo pregunta, hay algo que no entiendo.

La dama se volvió hacia ella interesada.

—Dígame, ¿qué no entiende?

—Es solo que me sorprende que su hijo haya hablado de temas tan personales en público. No es propio de él hacer algo así.

La anciana cogió una camelia rosa pálida del suelo y comenzó a deshojarla con tristeza.

—No, no es propio de él. Pero no ha podido evitarlo.

—¿Por qué? No he conocido nunca a nadie tan capaz de evitar una descortesía como él.

—¿Por qué? Porque me culpa, querida, y cuando un hijo culpa a una madre, por mucho que quiera evitarlo, ese sentimiento aflora antes o después.

La señorita Prim cogió a su vez otra camelia y la contempló mientras la hacía girar entre sus dedos. Comenzaba a anochecer y el aire era cada vez más frío. De pronto, se quitó la bufanda y la puso sobre los hombros de la anciana.

—A veces se dicen cosas sin pensar. No expresan lo que uno siente, sino más bien la tensión del momento o incluso el deseo de ganar la discusión. No me pareció que su hijo expresase dolor o rencor cuando le dijo eso, creo que simplemente pretendía zanjar la conversación.

La anciana se estremeció con una ráfaga de aire frío y después miró fijamente a los ojos a la bibliotecaria.

—Mi querida Prudencia, hay momentos en la vida en que a todos se nos presentan dilemas que no quisiéramos tener que resolver. Aunque en cada vida ese dilema aparece disfrazado con ropajes diferentes, su esencia es siempre la misma. Hay un sacrificio y hay que escoger una víctima: uno mismo o los demás.

La bibliotecaria comenzó a deshojar lentamente la camelia.

—Naturalmente, cuando se trata de los hijos no debería haber dificultad alguna. Ellos están siempre en primer lugar. Se vive, se vigila, se escucha, se juega, se enseña, se hace todo pensando en ellos. Ah, pero un buen día llega el gran dilema, ese que toca el corazón, que maltrata el espíritu, que amenaza la propia estima. Llega un día ante una y pone sobre la mesa la posibilidad de elegir entre dos caminos, al final de cada uno de los cuales aguarda un sacrificio. Si se toma el de la derecha, el sacrificio recae sobre una misma; si se toma el de la izquierda, son ellos los que cargan con él. ¿Me sigue?

—Continúe, por favor.

—Dicho así parece muy crudo, ¿no es cierto? Se preguntará usted cómo se puede escoger el camino de la izquierda y dejar que sean ellos los que soporten la carga. Pero no es tan sencillo, querida, porque cuando una decide tomar el segundo camino nunca se permite a sí misma ver la realidad tal cual es y sin excusas. Una se dice que si no persigue su propia felicidad, ellos también sufrirán. Se dice que tiene derecho a ser feliz y

que solo existe una vida. Se dice que ellos están mejor así; que son pequeños, que tarde o temprano lo superarán. Pero lo cierto es que se escoge y lo cierto también es que esa elección siempre tiene un precio.

La señorita Prim se volvió a la anciana y tomó sus frías manos entre las suyas. Después la miró y, por primera vez, la vio encogida, pequeña y frágil.

—A mí se me presentó ese dilema, Prudencia. No importan ahora los detalles, basta con que sepa que pude elegir el camino de la derecha. Pero escogí el de la izquierda, ése fue el que escogí.

El sonido del claxon del automóvil que la doncella había aparcado junto a la casa interrumpió la conversación de ambas mujeres. La bibliotecaria se levantó y ayudó a su compañera a acercarse al coche mientras pequeños copos de nieve comenzaban a caer sobre el jardín.

—Es mejor que vuelva a casa, está usted helada. Yo me quedaré esperando a su hijo, no se preocupe.

—No me preocupo, querida mía, hace mucho tiempo que he dejado de hacerlo —respondió la anciana mientras la señorita Prim la ayudaba a acomodarse en el coche.

Cuando el automóvil se alejó, la bibliotecaria se reunió con el hombre del sillón, que en aquel momento se despedía de una sonriente y relajada señorita Mott. Mientras ambos se dirigían al coche, la señorita Prim preguntó suavemente:

—Entonces ¿ya está todo arreglado?

El hombre del sillón se quitó el abrigo y lo puso sobre los hombros de su empleada, que lo agradeció en silencio.

—Todo arreglado.

—¿Va a volver con él?

—Lo hará si cumple ciertas condiciones que asegura estar dispuesto a cumplir. Hemos hablado por teléfono y creo que es sincero, aunque quiero verlo en persona y explicarle mejor el plan.

—¿El plan? Pero ¿hay un plan?

—Desde luego que hay un plan.

—Aunque usted no va a contármelo, ¿no es cierto?

—Muy cierto.

Siguieron caminando en silencio. Los senderos de San Ireneo comenzaban a desdibujarse bajo la nieve cuando él volvió a hablar.

—¿Ella está bien?

La señorita Prim buscó las palabras antes de contestar.

—Supongo que sí, pero creo que se siente muy triste. Piensa que usted la culpa de algo que ocurrió hace muchos años.

El hombre del sillón guardó silencio unos instantes.

—No es cierto, la perdoné hace también muchos años, cuando todavía era un muchacho. Es ella la que se culpa a sí misma, pero no puede reconocerlo. Es más fácil proyectar la culpa en los ojos de los demás y defenderse de ello que encontrarla en el interior de uno mismo, donde no hay defensa posible.

—Pero usted le dijo algo muy duro esta tarde. Yo misma me sorprendí de que fuese capaz de decir algo así delante de todos.

Mientras su jefe sacaba las llaves del coche y le abría la puerta, la bibliotecaria se preguntó si no habría ido demasiado lejos con aquellas palabras. Una vez que él arrancó el coche y puso el climatizador a máxima temperatura, se volvió hacia ella y le dijo:

—El problema de mi madre es que no hay nadie a cuya autoridad pueda someterse. Perdió a sus padres hace muchos años, perdió también a su marido. No tiene en cuenta la opinión de sus parientes, nunca lo ha hecho, y mucho menos la de sus hijos. No hay disciplina humana o espiritual a la que someta su voluntad, se guía únicamente por sus juicios y son sus juicios también el único tribunal encargado de reprenderla cuando comete un error. ¿Se imagina cómo sería usted si no tuviese personas cerca con capacidad para influenciarla? ¿Nadie para señalarle sus defectos, nadie para hacerle frente cuando se excede en su carácter, nadie para corregirla cuando se equivoca?

La señorita Prim dijo que, ciertamente, no lo imaginaba.

—Mi madre no tiene a esa persona o personas que son una bendición para la propia vida y cuya función consiste en decir lo que uno de ninguna manera quiere oír. Esta noche ha estado a punto de cometer un error que habría pagado una persona débil e inocente y yo no he podido permitirlo, eso es todo. No hay rencor, ni culpa ni acusación alguna por mi parte. Todo lo contrario, soy un hijo que quiere profundamente a su madre, créame.

La bibliotecaria volvió a experimentar la insistente sensación de envidia que la había acompañado toda la tarde. Estaban ya llegando a casa cuando recordó que había algo que debía preguntar.

—¿Qué belleza salvará al mundo? —murmuró.

El hombre del sillón la contempló con curiosidad a través de la penumbra del coche.

—¿Dostoievski, Prudencia? ¿Dostoievski? Yo que usted empezaría a preocuparme.

La señorita Prim, cálidamente arrebujada en el abrigo de su jefe, sonrió feliz al amparo de la oscuridad.

Durante las siguientes semanas los habitantes de San Ireneo de Arnois fueron descubriendo los entresijos del plan que habría de transformar al esposo de la señorita Mott en un marido sedentario. A medida que comenzaron a conocerse los detalles, el entusiasmo se extendió por el vecindario. La solución arbitrada por el hombre del sillón y aprobada por ambos cónyuges tenía como eje conseguir ayudar a la maestra de San Ireneo a superar el mayor y más grave obstáculo para la restauración de su matrimonio: la desconfianza. Dos premisas se consideraron imprescindibles para lograr ese objetivo. La primera, buscar un empleo para el arrepentido señor Mott; la segunda, que ese empleo permitiese a su esposa sentirse segura y dejar de temer que él volviese a abandonar su hogar. ¿Cómo lograrlo? La respuesta sorprendió a la señorita Prim por su simplicidad. San Ireneo de Arnois no tenía un quiosco. No disponía de un lugar donde comprar periódicos, revistas, cuentos infantiles, coleccionables, enciclopedias por fascículos, cromos, lápices de colores y golosinas. Y el lugar adecuado para instalarlo era la plaza del pueblo, cerca de los principales establecimientos y a pocos metros de la escuela infantil.

Al principio la bibliotecaria no comprendió la clave del plan. Estaba de acuerdo en que un empleo digno era la principal necesidad de cualquier hombre, más aún de un hombre profundamente arrepentido que quiere rehacer su vida, pero no entendía por qué un sencillo quiosco era tan importante para el éxito de aquella empresa. Fue Hortensia Oeillet quien le abrió los ojos sobre la verdadera naturaleza de la idea.

—Es para que ella pueda verlo, Prudencia. ¿No se da cuenta? Está justo a unos metros de la ventana de la escuela. No tiene más que acercarse un poco y ahí lo tiene, frente a ella, despachando La Gaceta de San Ireneo, novelas policíacas, dulces y patrones de costura. ¿No cree que es perfecto?

La señorita Prim no creía que lo fuera. No pensaba que fuese digno para un hombre permanecer enjaulado en un ha-

bitáculo de cuatro paredes con el único objeto de que su mujer comprobase que seguía allí. No creía que resultase saludable para una esposa ser consciente de que quizá su marido no huía por la sencilla razón de que le resultaba imposible huir. No consideraba apropiado para un matrimonio ver expuestas sus intimidades en la plaza principal del pueblo y ante los ojos de todos sus vecinos. Muy pronto, sin embargo, cambió de opinión. El paso de los días reveló a los habitantes de San Ireneo que entre el quiosco y la escuela había comenzado a establecerse una corriente de amor. A nadie se le escapaban las sonrisas distraídas con que el señor Mott obsequiaba a sus clientes cuando su esposa se acercaba a la ventana de la escuela o salía al jardín. Ninguno pudo dejar de advertir tampoco el cambio de peinado de la maestra, el progresivo entallamiento de sus vestidos, la forma en que sustituyó sus cómodas botas de suela de goma por unos esbeltos zapatos de tacón. Y así floreció el amor conyugal en San Ireneo, ante los ojos de todos, arropado por esos días fríos y soleados que en la región preceden siempre a la Navidad.

Fue precisamente en ese ambiente cuando la señorita Prim se reafirmó en su idea de dejar en manos de las mujeres del pueblo su futuro matrimonial.

—¿Está segura, querida? —le preguntó Hortensia Oeillet la mañana en que la bibliotecaria le comunicó sus intenciones ante una taza de té en la trastienda de la floristería.

—Supongo que no, ¿quién puede estarlo? Pero creo que si hasta ahora no he encontrado al hombre adecuado, tal vez se deba a mi negligencia.

—Oh, pero eso no es culpa suya, no funciona así —protestó Emma Giovanacci, que también había sido invitada a compartir el refrigerio.

—Emma tiene razón, Prudencia, no es una cuestión de negligencia, no del todo al menos. Es más bien como. ¿ha leído usted La carta robada de Edgar Allan Poe?

—¿Otra vez? ¿No me irá a decir que ese relato puede aplicarse también al enamoramiento? No entiendo qué ocurre en este lugar con ese cuento, lo aplican ustedes a todo.

—¿A todo? Oh, bueno, no sé a qué se refiere —respondió sorprendida la florista—, pero lo que sí sé es que esa pequeña historia describe perfectamente el descubrimiento del amor. ¿No es cierto, Emma?

Su amiga se apresuró a confirmar que era cierto. Ella misma había experimentado la fuerza de esa afirmación. Dos años después de morir su primer esposo, había iniciado una incipiente amistad con un viejo compañero de éste llamado Edmundo Giovanacci, un hombre afable y tranquilo con el que solía tomar una taza de café de vez en cuando.

—Fue hace muchos años. En aquel momento yo todavía era joven y no vivía en San Ireneo, estaba muy ocupada labrándome un futuro. Tuve que trabajar muy duro, porque mi primer marido, que Dios le haya perdonado, derrochó nuestro dinero a mis espaldas. Edmundo sabía lo agotador que era todo aquello para mí, las pocas ganas que tenía de vivir. Él simplemente me llevaba a algún lugar agradable y pedía dos tazas de café. Así lo hizo, semana tras semana, durante ocho años.

—¿Ocho años? Pero eso es mucho tiempo —comentó la señorita Prim

—Claro que es mucho tiempo, Emma siempre ha sido una mujer perezosa. —Hortensia se rió y le dio un pellizco a su amiga.

—La verdad es que nunca me han gustado los cambios —respondió ésta algo molesta—. Por eso vine a vivir aquí.

La florista sirvió dos grandes trozos de pastel de manzana a sus invitadas y después llenó las tazas de humeante té chino.

—Pero finalmente cambió, ¿no es cierto? —preguntó la bibliotecaria.

—Oh, sí, no tuve más remedio.

—¿Por qué? ¿Le puso un ultimátum?

—No exactamente. Edmundo se vino aquí, a San Ireneo, y finalmente yo vine a buscarle. No crea que fue algo inmediato, las cosas en la vida real rara vez son inmediatas. Pasé muchas semanas sin verle, muchas, hasta que un día me levanté y me di cuenta de que en mi vida faltaba algo aparentemente minúsculo que tenía una importancia enorme. Faltaba aquel café, faltaban las charlas y los paseos, faltaban aquellos agradables encuentros por la tarde. Le parecerá una tontería, pero no sabe usted lo importantes que son las pequeñas cosas cuando una se va haciendo mayor.

La señorita Prim bebió un sorbo de su té y se acomodó en el sillón de la trastienda. Ella también creía en el valor de las pequeñas cosas. El primer café de la mañana bebido en su taza de Limoges. La luz del sol cuando se filtraba a través de las contraventanas de su cuarto y dibujaba sombras en el piso. Las lecturas de verano interrumpidas por la siesta. La expresión de los ojos de los niños cuando cuentan algo que acaban de aprender. Las cosas pequeñas construían las grandes, desde luego que lo hacían. Y de pronto, no supo muy bien por qué, pensó en el staretz Ambrosio y las pavas.

—Es como una novela de detectives, Prudencia, exactamente así —decía en aquel momento la florista.

—¿A qué se refiere? —respondió la bibliotecaria.

—Al amor, me refiero al amor. Ya existe, no lo dude usted. Solo debe descubrir dónde está, seguir el rastro, investigar. Exactamente como hace un detective.

La señorita Prim se rió antes de contestar.

—¡Pero eso es absurdo! Lo que trata usted de decir es que ya existe un candidato, el Candidato, y que yo solo tengo que descubrir cuál es, ¿no es cierto?

Las dos mujeres la miraron con indulgencia y le dijeron que era cierto.

—Muy bien, nunca había oído nada semejante, pero supongamos por un momento que es así,

supongámoslo por un momento. ¿Cómo podría descubrirlo? ¿Cuáles son las pistas?

—Ah, las pistas. Solo hay una pista, una sola pista —contestó Hortensia.

La bibliotecaria se recogió el cabello en la nuca y acercó su silla a la mesa.

—¿Y es.? —preguntó.

—La armonía, desde luego. La ἁρμονια de los griegos, la harmonía de los romanos. Herminia se lo explicaría mejor, ella sabe tanto de estas cosas. En fin, ¿cómo expresarlo? Creo que la definición clásica alude al equilibrio de las proporciones entre las partes de un todo. Como en la escultura de un cuerpo o un rostro humano hermoso, como en el modo en que una coloca flores en un jarrón y las combina de diez formas diferentes hasta alcanzar ese punto en que el alma se siente satisfecha. Usted, que es una mujer tan titulada, sabrá seguramente que armonía viene de ἁρμόζω,, que significa «ajustarse», «conectarse». Ésa es la pista definitiva, querida, lo que la ayudará a descubrir la clave de su novela policíaca.

La señorita Prim reflexionó mientras mordisqueaba un pedazo de tarta.

—Pero ¿no será aburrido? ¿No será monótono casarse con la armonía?

Ambas amigas la contemplaron con benevolencia.

—Me parece que no nos hemos explicado nada bien, Prudencia —dijo Hortensia—. No es el marido lo que debe ser armónico, no es en él donde debe buscar la armonía, no. Es en el matrimonio, es en la combinación de ambos donde debe hallarla.

—Y no solo eso —añadió su amiga—, sino también en la rutina, especialmente en la rutina. ¿No es cierto?

—Desde luego que lo es. Por supuesto que en ese sentido el pobre Balzac no tenía razón alguna, no sabía nada del asunto —dijo la florista mientras llenaba de nuevo la tetera.

—¿Balzac? —preguntó la señorita Prim algo confusa.

—Es curioso que quienes vomitan palabras más ácidas contra el matrimonio son precisamente quienes saben menos de él. Toda su vida persiguiéndolo, suspirando por él. ¿y para qué? Para conseguirlo al final, cuando ya estaba enfermo y sin esperanza. Una mujer espantosa, la condesa Hanska, siempre me ha parecido de lo peor de nuestro sexo. Así que, dígame, ¿cómo podía saber él nada sobre el matrimonio?

—Pero ¿qué decía Balzac sobre el matrimonio? —insistió la bibliotecaria.

—Decía que el matrimonio debe luchar siempre contra un oscuro monstruo —señaló Emma con un guiño.

—Se refería a la rutina —apuntó su amiga.

—¿Y no es cierto?

—En absoluto. No solo no es cierto, sino que es el mayor engaño del mundo, Prudencia. La causa de mucho sufrimiento, créame.

Emma Giovanacci carraspeó ligeramente y, acercando su silla a la mesita de té, se dispuso de nuevo a hablar:

—¿Ha visto usted alguna vez las flores que crecen en la estepa rusa?

La señorita Prim contestó que, lamentablemente, jamás había visitado la estepa rusa.

—Pues debería usted hacerlo. La estepa calmuca, cerca de Stalingrado, es un lugar triste, árido y monótono. Si viaja usted allí en invierno resulta desolador para el alma. Pero pruebe a llegar allí en primavera y verá lo que encuentra.

La bibliotecaria levantó las cejas en espera de una respuesta.

—Tulipanes —susurró Emma Giovanacci.

—¿Tulipanes?

—Tulipanes. Frescos y delicados tulipanes silvestres. Tulipanes que nacen cada año y cubren la estepa sin que nadie los plante. Pues de eso exactamente se trata, Prudencia. La rutina es como la estepa; no es ningún monstruo, es un alimento. Si logra usted hacer que algo crezca allí, puede estar segura de que ese algo será fuerte y verdadero. Son las pequeñas cosas de cada día de las que hablábamos antes. Pero el pobre Balzac, con todo su sentimentalismo romántico y sombrío, no podía saberlo, ¿verdad?

—Las pequeñas cosas. —repitió la señorita Prim—. Y bien, imaginemos que sigo sus consejos. ¿Pueden ayudarme ustedes en la investigación? ¿O es que debo hacerlo todo sola?

Ambas mujeres se miraron divertidas, pero fue la florista la que habló.

—La investigación es cosa suya, nosotras solo podemos orientarla un poco. Para empezar, podría usted confeccionar una lista de todos los hombres que conoce y que reúnen unas mínimas condiciones objetivas para convertirse en maridos. A esa lista nosotras añadiremos algún nombre más, siempre hay candidatos que pasan inadvertidos a los ojos de una, y en eso nosotras dos, por edad, tenemos más experiencia que usted. A partir de ahí, podrá empezar a trabajar, ¿le parece bien?

La bibliotecaria, que había comenzado a experimentar una efervescente excitación ante la idea de desentrañar aquel anticuado misterio detectivesco, aseguró que le parecía bien, maravillosamente bien.

El primer nombre que vino a la cabeza de la señorita Prim fue el de su antiguo jefe, Augusto Oliver. Pese a que su primera reacción fue un desagradable escalofrío, tuvo que reconocer que si de lo que se trataba era de aplicar un método de investigación científico, no podía hacer una lista de posibles maridos en la que él no figurase. ¿Había querido casarse con ella alguna vez? La señorita Prim sostenía que no. Augusto Oliver era la clase de hombre que disfruta prometiendo cosas que no piensa cumplir. Durante tres largos años fingió comprender la preocupación de su empleada por tener un horario más razonable —la señorita Prim trabajaba de diez a diez—, y se comprometió una y otra vez a hacer todo lo posible por cambiarlo. Pero muy pronto fue evidente que cumplir aquella promesa no estaba entre sus propósitos. Al señor Oliver le gustaba quedarse a solas con su empleada más eficiente a última hora del día.

Entonces solía salir de su despacho y quedarse de pie detrás de ella mientras fingía leer por encima de su hombro. A veces, cuando había tenido una comida de trabajo y había bebido algún licor, daba un paso más y se inclinaba para hablarle casi al oído, lo que provocaba en ella un sobresalto inmediato. Era un hombre de apariencia atractiva, al menos podría haberlo

sido de no desprender aquella desagradable impresión de prepotencia.

Muy pronto lo que comenzó como una pequeña incomodidad, la que experimenta una empleada cuando se da cuenta de que atrae a su jefe, terminó convirtiéndose en una situación insostenible. Los halagos se vieron sucedidos por invitaciones a salir y las invitaciones a salir, siempre cortésmente rechazadas, terminaron abriendo paso a las tensiones. ¿Habría sido distinto si ella hubiese aceptado alguna de aquellas cenas? Era difícil decirlo. ¿Se habrían casado jefe y empleada si la señorita Prim hubiese respondido afirmativamente a la absurda proposición matrimonial que él le hizo el día que anunció que dejaba el trabajo?

—Pero, entonces, ¿ese canalla estaba realmente enamorado de usted? —preguntó la madre del hombre del sillón, que escuchaba atentamente las reflexiones de la bibliotecaria mientras ambas desembalaban y sacaban de grandes cajas de cartón blanco los adornos de Navidad.

—Claro que no. Fue un impulso de caza, la clase de instinto que hace que un gato impida escapar a un ratón, aunque después ni siquiera se moleste en hincarle el diente. No, no creo que quisiera casarse conmigo, quería ganar la partida, eso es todo.

La madre del hombre del sillón desenrolló, pensativa, una brillante cinta de terciopelo carmesí.

—¿Era atractivo?

—Supongo que sí.

—¿Inteligente?

—No de forma excepcional. —La señorita Prim pensó fugazmente en el hombre del sillón.

—¿Honesto?

—Lo justo.

—¿Divertido?

—A su modo.

—¿Y al suyo?

—Me temo que no.

—¿Con fortuna?

—Mucha.

—Entonces ya puede tacharlo —señaló resueltamente la dama—. Un hombre no demasiado honesto puede mantenerse en los límites de la decencia si tiene la fortuna de ser poco agraciado y de escasos recursos. Pero si a ese mismo hombre le añadimos dinero y atractivo físico, tiene trazado el camino a la ruina.

La bibliotecaria asintió y tachó el primer nombre de la lista.

—Vamos, querida mía, no perdamos el tiempo. ¿Quién es el siguiente?

El siguiente, explicó con nostalgia, había sido su gran amor durante varios años, el primer hombre del que se había enamorado y el primero que la había amado. Por aquel entonces, él era solo un joven profesor, callado y discreto, que leía a Husserl con devoción, practicaba algo de esgrima y enseñaba alemán.

—No se lo recomiendo, conozco bien el tipo. ¿Cree realmente que podría volver a apreciarle? — preguntó despectivamente la madre del hombre del sillón.

La señorita Prim tenía el convencimiento de que no, aunque al mismo tiempo debía reconocer que no era la primera vez que se había hecho a sí misma aquella pregunta.

—¿Por qué se terminó? —preguntó la anciana.

—Supongo que porque lo que había entre nosotros no era amor —contestó la bibliotecaria con una estrella de Navidad en la mano.

—¿Y por qué sabe que no lo era?

—Porque yo pensaba más en mi propio bienestar que en el suyo. Y me parece que él, a su modo, hacía lo mismo.

—¡Cuánto altruismo! Empieza usted a parecerse a mi hijo —dijo la dama con ironía.

La señorita Prim se sonrojó, pero no replicó.

—Entonces ¿damos por perdido también al admirador de Husserl?

—Lo damos por perdido.

La doncella de la anciana entró en la biblioteca para dejar la bandeja de la merienda, encender las luces, correr los cortinones y avivar el fuego. Sus silenciosos y metódicos movimientos pasaron casi inadvertidos para ambas mujeres, ocupadas en el desembalaje de las frágiles figuras navideñas y en invocar fantasmas de hombres del pasado.

—Me parece que debería tachar a los tres siguientes —dijo la bibliotecaria pensativa cuando la puerta se cerró tras la doncella.

—Eso creo yo también, Prudencia. El mero hecho de que los denomine así, los tres siguientes, en bloque y sin rastro de individualización, debería darle una pista sobre lo que significan para usted. Hágame caso: ninguna mujer debería casarse con un hombre al que identifica como parte de un grupo, es un detalle que en sí mismo no augura nada bueno.

La señorita Prim se rió con ganas y reconoció que ninguno de aquellos hombres tenía la más mínima posibilidad de convertirse en marido. Tachó los tres nombres y cuando pasó al

sexto candidato de la lista, advirtió que era uno de los incluidos por Hortensia y Emma.

—¿El veterinario? —La señorita Prim se echó a reír—. ¿El veterinario? ¿Pero cómo se les puede haber ocurrido incluir al veterinario?

—Por lo que sé, fue una sugerencia de Herminia. Al parecer la vio ligeramente interesada en él el día en que los presentaron.

La bibliotecaria recordó su flirteo en el salón de té y volvió a enrojecer. ¿Es que no se podía hacer nada en aquel pueblo que pasara inadvertido a los ojos de los vecinos? Tenía que reconocer que le había atraído el joven veterinario, pero de ahí a pasar a ser la comidilla del pueblo había un gran trecho. Era cierto que le había sonreído, le había prestado atención y había intentado (sin éxito) agradarle, pero ¿acaso no era ésa una prerrogativa que cualquier persona debería poder ejercer sin que se comentara públicamente? Además, lo que ninguna de las damas de San Ireneo sabía era que parte de la atracción que el veterinario había suscitado en ella aquella tarde se debió a su profundo enfado con el hombre del sillón. ¿Habría despertado aquel hombre su atención si no hubiese estado absolutamente indignada con el comportamiento descortés de su jefe? ¿Habría sonreído tanto? La señorita Prim sabía perfectamente cuál era la respuesta.

—¿No quiere darle una oportunidad? —preguntó curiosa la anciana—. Conozco lo suficiente a Hortensia como para saber que le arreglará una cita sin esfuerzo y hará que el pobre hombre crea, además, que la idea ha sido suya.

—Me temo que el pobre hombre, como usted lo llama, no querrá saber nada de una mujer que piensa que el amor a los animales no es amor. No fui muy oportuna en mi conversación el día en que Herminia nos presentó. Me temo que herí sus sentimientos.

La madre del hombre del sillón la miró con sorpresa por encima de sus gafas.

—¿Herir sus sentimientos? Por el amor de Dios, ¿qué les pasa a los hombres de hoy en día? En tiempos de mi esposo, de mi padre, de mis hermanos, la idea de que la charla de una mujer pudiese herir los sentimientos de un hombre se habría considerado ridícula. Un hombre que se siente herido por una

conversación en un salón de té es un inconsistente. La verdad es que no imagino qué vio usted en él esa tarde.

La bibliotecaria guardó silencio mientras desenvolvía cuidadosamente las figuras que cada mes de diciembre adornaban el salón de la casa.

—Son maravillosas —dijo admirada.

—Tienen más de cuatro siglos, fueron hechas a mano por monjes irlandeses. Mi esposo, que no tuvo hermanas, las heredó de su madre y su madre de la suya y ésta, a su vez, de la suya, y así durante varias generaciones. Yo pensaba dejar las figuras a mi única hija, pero no ha podido ser. Serán para Téseris, naturalmente —dijo con cierta tristeza en la voz.

La señorita Prim guardó un respetuoso silencio.

—Y bien, ¿qué va a hacer con el veterinario herido? —preguntó la anciana haciendo un esfuerzo por salir de su ensimismamiento—. ¿Saldrá finalmente con él?

—Es posible, depende de cómo me lo pida —respondió risueña la bibliotecaria—. Veamos, aquí hay dos nombres más que no conozco y. ¿una interrogación? ¿Qué significa esto?

La madre del hombre del sillón carraspeó y redobló su interés por los adornos de Navidad.

—Debe de ser un error, no lleva ningún nombre aparejado, es solo un signo —murmuró la señorita Prim.

—Yo diría que no es ningún error. Me parece que nuestras queridas Hortensia y Emma no dan una puntada sin hilo —dijo la anciana con una sonrisa.

—¿Qué quiere decir? ¿Qué representa esa interrogación? ¿Es algún hombre en concreto?

—A veces tiene usted una forma de expresarse muy extravagante, Prudencia. ¿Existe, acaso, algún hombre en abstracto? ¿Alguno al menos con quien salir?

La bibliotecaria no contestó.

—Naturalmente que ese signo se corresponde con un hombre en concreto. Es evidente que nuestras amigas de San Ireneo conocen a un candidato a marido que usted todavía no ha detectado.

—¿Quiere decir que aún no lo conozco?

—¿Cree que si no lo conociera se molestarían en ocultar su nombre bajo un signo de interrogación? Por supuesto que lo conoce, querida mía, de eso se trata. De ocultar a sus ojos un candidato en el que usted todavía no ha pensado o incluso en el que se niega a pensar. ¿Se le ocurre algún caballero de esas características? —preguntó la dama mirándola inquisitivamente a los ojos.

La señorita Prim bajó los suyos y comenzó a rebuscar nerviosamente en la caja de las figuritas

navideñas hasta hacerse con un pastorcillo cargado con una oveja.

—Me gustaría que no pusiese usted tanto empeño al manipular esas figuras —dijo fríamente la anciana—. Un esposo es para toda una vida, pero esas figuras han sobrevivido a varias. Y sería de agradecer que siguiesen haciéndolo, ¿no le parece?

La Gaceta de San Ireneo ocupaba uno de los escasos edificios del pueblo, si se podía denominar así a una antigua construcción de piedra y madera de tres alturas. Era una casa estrecha cuya escalera interior ocupaba casi la mitad de cada planta. Como todos los establecimientos comerciales de la villa, contaba con un cuidado cartel de hierro y un pequeño jardín, pero todo el mundo en San Ireneo coincidía en que lo más valioso de La Gaceta era, sin duda alguna, su directora. La señorita Prim llegó a su cita a primera hora de la tarde acompañada por una bandeja de pasteles recién hechos. Tras casi tres meses de estancia, era perfectamente consciente de que el té, café o chocolate, una fina repostería y un buen licor eran elementos imprescindibles en las reuniones sociales de San Ireneo.

—Al principio a mí también me sorprendió un poco, pero he acabado dándome cuenta de que es un elemento de civilización —comentó Herminia Treaumont tras agradecer a la bibliotecaria su detalle gastronómico e invitarla a recorrer las diminutas instalaciones del diario.

—¿Civilización? A mí me parece una reliquia del pasado —dijo ésta—. ¿Quién tiene tiempo hoy en día para estas meriendas nuestras?

La directora le mostraba en ese momento la vieja rotativa de hierro con la que se imprimían los cuatrocientos ejemplares diarios del periódico.

—¡Qué preciosidad! ¿Todavía funciona?

—Naturalmente que funciona. Es una reliquia del pasado, como usted dice, pero la civilización lleva implícita en sí misma la idea de memoria. Los salvajes apenas perpetúan más de un puñado de tradiciones, no pueden plasmar por escrito su historia, no tienen vocación de permanencia.

—Y eso puede aplicarse al té, las galletas de nata y los bizcochos.

—Y a una conversación, sí, naturalmente. Los salvajes modernos tenemos también nuestras limitaciones. Ya no encontramos tiempo para sentarnos a una mesa a charlar sobre lo divino y lo humano.

Y no solo no encontramos tiempo, sino que tampoco sabemos cómo hacerlo.

La señorita Prim examinó con interés un ejemplar del periódico de aquella tarde.

—Lo que quiere usted decir, Herminia, es que las tradiciones son un muro de contención frente a la degradación y la incultura, ¿no es cierto? —preguntó—. Estoy de acuerdo, pero nunca se me hubiera ocurrido aplicar ese principio a las toneladas de repostería que se consumen en las reuniones de San Ireneo.

Ambas se echaron a reír mientras cruzaban la puerta del despacho de la directora, separado por un panel de cristal de la minúscula redacción del diario. En la estancia, a dos pasos de un escritorio abarrotado de libros y papeles, había una mesa de té con un inmaculado mantel y, sobre él, una bandeja de dulces, una jarra de café, una lechera con nata y una fuente de fruta.

—Es usted una mujer extremadamente civilizada —dijo la bibliotecaria con una sonrisa—. Dígame, ¿de qué escriben aquí? ¿Hay noticias en San Ireneo? ¿O tal vez las inventan?

—Por supuesto que hay noticias en San Ireneo —respondió su anfitriona—, donde hay un grupo humano siempre hay noticias. Otra cosa es qué considera uno noticia y cuál es el filtro que aplica para determinarlo. Esto es un periódico a la antigua usanza, Prudencia, no solo contamos los pequeños acontecimientos de la comunidad, sino que también los debatimos.

—¿Debatir? ¿Quiénes? ¿Y sobre qué?

—Todos nosotros y sobre cualquier cosa. Sobre política, economía, arte, educación, literatura, religión. ¿Le sorprende?

Mire a su alrededor, fíjese en su propia vida, examine sus relaciones. ¿No le parece que la vida es un debate continuo?

La señorita Prim se contempló durante un instante en la biblioteca mientras discutía sobre el fragor con el hombre del sillón. A continuación se visualizó debatiendo sobre el matrimonio con Hortensia Oeillet, sobre el feminismo con las damas feministas, sobre educación con la madre de su jefe, sobre cuentos de hadas con los pequeños de la casa. Sí, en cierto modo la vida era un debate continuo, desde luego que lo era.

—De vez en cuando, en realidad una o dos veces al mes, organizamos debates públicos en nuestro club socrático, y después los publicamos.

La bibliotecaria cogió una galleta de nata y la mordisqueó suavemente.

—¿Un club socrático? ¿Se refiere a un club de debates?

—No se puede imaginar el éxito que tiene, viene gente de todos los alrededores. Otras veces no es un debate en vivo, sino por entregas. Un buen día alguien publica un artículo, una segunda persona responde, luego escribe un tercero, un cuarto, hasta un quinto, y todos los demás asistimos al duelo de espadas.

La señorita Prim preguntó si su jefe participaba en aquellas batallas.

—Por supuesto que sí. Y gana muy a menudo.

La bibliotecaria replicó que no le extrañaba en absoluto.

—Pues dudo mucho que haya utilizado alguna vez toda su artillería contra usted. Verle discutir con Horacio Delás es todo un espectáculo.

—Horacio es un hombre encantador —dijo la señorita Prim

—Celebro mucho que lo haya advertido.

La bibliotecaria observó a su anfitriona con interés. La directora de La Gaceta de San Ireneo tenía ese encanto indefinible de las personas que callan más de lo que dicen. La señorita Prim había tenido siempre la sensación de que ese tipo de personas contaba con una importante ventaja sobre los demás. Jamás decían inconveniencias, no se les ocurrían ridiculeces, nunca tenían que arrepentirse de sus palabras o matizar sus comentarios. Ella siempre había tratado de comportarse así, había intentado no decir nada que pudiese dañar a otra persona o a sí misma, pero no era fácil conseguirlo. Herminia Treaumont, sin embargo, dominaba aquel arte. Aunque le pesase, la bibliotecaria podía comprender ahora el atractivo del que había hablado el hombre del sillón.

—Me preocupan las niñas —dijo de pronto al recordar un asunto del que quería hablar desde hacía tiempo.

La directora del periódico la miró asombrada.

—¿A qué se refiere?

—Me refiero a su educación. No, no hablo de sus creencias, eso es un tema demasiado extraordinario como para preocuparme. Hablo de la delicadeza.

—¿Cree acaso que no están siendo criadas con delicadeza? Su tío es un caballero, un hombre maravillosamente sensible y cortés, puedo dar fe de ello.

La señorita Prim sintió un malestar en el estómago que le hizo preguntarse si los pasteles estarían en buenas condiciones.

—No dudo de que sea extremadamente sensible y sumamente cortés, pero usted lo ha dicho: es un hombre. Está rodeando a esas niñas únicamente de clásicos griegos y latinos, de literatura medieval y poesía renacentista, de pintura y escultura barroca.

—Tiene gracia que diga usted eso, porque él detesta el barroco. Dicho esto, a mí me parece fantástico —dijo Herminia Treaumont mientras se servía un poco de fruta.

La señorita Prim hizo un esfuerzo por buscar las palabras adecuadas. Si hubiera sido una de esas personas que callan más de lo que hablan las habría encontrado, pero no lo era. Y como no lo era, probablemente la mejor opción fuera ser directa.

—No he visto ni rastro de Mujercitas en la casa.

Su anfitriona la contempló con sorpresa.

—¿Mujercitas?

—Mujercitas.

—Pero eso es imposible, no puedo creerlo.

La bibliotecaria sonrió aliviada. Por un momento había temido que Herminia Treaumont perteneciese a ese grupo de almas toscas incapaces de comprender el valor radical de una vieja edición de Mujercitas en un plan de educación.

—Tiene que ser un error, Prudencia. Probablemente haya una biblioteca para las niñas, no puedo creer que no haya caído en eso. Por lo que sé, Eksi ya ha leído a Jane Austen.

—Cierto, pero Jane Austen es Jane Austen. Ni siquiera él puede ignorarla, es demasiado importante para olvidarla. Pero debo decir que la única vez que le he oído hablar sobre Jane Austen fue para criticar a Darcy.

La directora del periódico se sirvió una taza de chocolate y ofreció otra a la señorita Prim.

—Todos los hombres que conozco critican a Darcy. Lo consideran molesto e impertinente.

—¿Por qué? —preguntó la bibliotecaria intrigada.

—Supongo que son conscientes de que pierden brillo de forma abrumadora cuando se les compara con él.

La señorita Prim guardó silencio mientras rememoraba cierta discusión en la cocina.

—Tendremos que hablar de esto con él —dijo su anfitriona.

—Desde mi humilde punto de vista, lo de Mujercitas es lo más grave —insistió la bibliotecaria—. Siempre he pensado que la infancia de una niña sin ese libro debe de ser como un páramo.

—Yo también lo creo.

Ambas permanecieron calladas. Una de las redactoras del periódico llamó a la puerta. Herminia Treaumont le dio unas instrucciones breves y precisas antes de volver a cerrar y sentarse de nuevo con su invitada.

—Déjeme decirle algo, Prudencia. Esas niñas están extraordinariamente educadas, tienen una formación única. Quisiera dejarlo claro, en honor a la verdad.

La señorita Prim acercó su silla a la mesa y habló con decisión.

—Ninguna formación está completa si falta ese trocito de Concord. Ya sé que su valor literario no es comparable al de otras muchas obras, no se trata de eso, ambas lo sabemos. Se trata de belleza, de delicadeza, de seguridad. Cuando se hagan mayores y la vida las golpee (y tenga por seguro que la vida las golpeará), siempre podrán volver la vista atrás y refugiarse unas horas en esa vieja historia sentimental. Llegarán cansadas del trabajo, agobiadas por el tráfico, doloridas por la tensión y los problemas y allí, en el fondo de sus cerebros, encontrarán una puerta que les permitirá trasladarse al viejo salón de Orchard House, con su trascendentalismo puritano y dulzón, su piano, su alegre chimenea y su bendito árbol de Navidad.

—Yo siempre quise ser como Jo March —murmuró con nostalgia Herminia Treaumont.

—Pues es mejor que no le diga quién quise ser yo.

—¿Por qué?

—Porque demuestra la clase de infancia que tuve.

—Vamos, Prudencia. ¿Meg?

—No.

—¿Amy?

—No.

—¿La pobre Beth?

—No.

—¿No será la tía March?

—No, la tía March no. La señora March.

—¿La señora March? ¿De verdad? ¿Por qué?

La señorita Prim reflexionó un momento sobre el porqué. Tenía que ver con el carácter de su propia madre, una mujer sensitiva y artística, pero en modo alguno parecida a la progenitora de las March. No había en ella ni rastro de aquella mujer sólida y fuerte, pero también dulce y comprensiva, que encerraban las páginas del libro. La bibliotecaria había pensado muchas veces que si hubiese tenido que elegir un adjetivo para describir a su madre, éste habría sido consolable.

—¿Consolable?

—Mi madre siempre ha sido un personaje eminentemente dramático. Pertenece a esa clase de mujeres que exigen apoyo incluso cuando la desgracia no se abate sobre ellas, sino sobre los demás. Cuando mi padre perdió su trabajo hace unos años, la que se encerró durante días a llorar y lamentarse fue ella. Él se quedó solo en el salón, callado y cabizbajo. Cuando perdí la beca de la universidad, pasó dos semanas sin sentarse a la mesa. Ocurrió lo mismo cuando mi hermana mayor fue abandonada

por su marido. Virginia no pudo llorar, porque a su lado había una mujer vestida de saco y ceniza que no cesaba de lamentarse por su suerte.

Herminia Treaumont puso sus manos sobre las de la señorita Prim.

—Lo siento mucho, Prudencia. Pero ¿por qué la señora March? ¿No habría sido más lógico identificarse con una de sus hijas?

La señorita Prim apretó las manos de su anfitriona.

—Siempre he sido una mujer realista, Herminia, y las mujeres realistas fueron antes niñas realistas. Era bastante pequeña cuando leí el libro. Entonces no me gustaba mi madre, pero sabía que tenía una madre. No podía fingir que no la tenía. Lo que sí podía hacer era imaginar la clase de madre que sería yo cuando me hiciese mayor. Y esa madre era la querida Marmee March.

La directora del periódico de San Ireneo se puso en pie, se acercó a una de las estanterías de su despacho y sacó un pequeño libro marrón con el título grabado en dorado.

—Tengo el convencimiento de que tiene que haber alguna explicación razonable para todo esto — suspiró.

—Sí que la hay —respondió la señorita Prim—. No existe ninguna mujer en la casa, ninguna en absoluto.

Tras meditar un momento, Herminia Treaumont se acercó a la bibliotecaria y le tendió con decisión el libro, una edición de Mujercitas de 1893.

—¿Dice usted que no existe ninguna mujer en la casa? Ya lo creo que existe, Prudencia. Ahora sí existe.

La señorita Prim acababa de dejar a Herminia Treaumont en el periódico cuando escuchó una voz agradable y familiar a sus espaldas:

—Prudencia, hace días que quería llamarla. ¿Cómo está? Por increíble que pueda parecer en un lugar tan pequeño como éste, le he perdido completamente la pista.

La bibliotecaria se volvió y se encontró con la sonrisa de Horacio Delás. Arropado con una bufanda roja y un desgastado abrigo azul marino, llevaba los brazos repletos de paquetes.

—Esperaba que me besase la mano, Horacio, pero veo que es un imposible —bromeó ella.

Él se inclinó cortésmente y después señaló los paquetes con un gesto.

—Nada me gustaría más, querida. Lo haría si no estuviese apabullado por esta infernal tarea.

—¿Tarea?

—¿Cómo llamaría a la labor de comprar objetos inútiles para quince niños y una docena de adultos?

La bibliotecaria sonrió. Le gustaba aquel hombre, había algo en sus modales, algo cálido y confortable, que la hacía sentirse a sus anchas.

—¿Tal vez arte?

—¿Arte? Espere a ver el suyo antes de ser tan generosa.

—¿Pero es posible que me haya comprado un regalo a mí también? —dijo ella conmovida.

—Naturalmente que le he comprado un regalo. No esperaría usted que llegase la Navidad y la dejásemos abandonada como a una criatura que se ha portado mal. No debe sorprenderse si recibe varios obsequios estas fiestas. Me consta que se ha hecho usted muy popular en esta extraña colonia nuestra.

La señorita Prim se estremeció, más de satisfacción que de frío, bajo su suave abrigo de cachemira.

—Discúlpeme, Prudencia, soy un verdadero canalla al tenerla parada en la calle con esta temperatura. ¿Me acompaña a la librería? Tengo que comprar algo para ese anciano benedictino que se esconde de nosotros en su celda.

La señorita Prim se mostró encantada ante la perspectiva de disfrutar de un rato de compras. Las calles de San Ireneo mostraban ya la iluminación de Navidad. Escaparates adornados con guirnaldas de brezo y acebo, velas encendidas, escenas del Nacimiento y flores de Pascua animaban a los viandantes a curiosear en las tiendas en busca de regalos. Dentro, los comerciantes ofrecían a los compradores tazas de té y chocolate caliente, galletas, buñuelos y pequeños pasteles cubiertos de azúcar glas a modo de nieve.

—¿Qué piensa comprarle? —preguntó la bibliotecaria cuando entraron en el establecimiento.

—Soy un viejo sentimental, ¿sabe? —suspiró su amigo—. El otro día fui a verle a la abadía y estuvimos hablando de la infancia. Me habló de sus tiempos escolares, de la ternura de su madre, del catecismo.

—¿Va a comprarle un catecismo? Imagino que el de Trento, naturalmente —le interrumpió ella con una sonrisa.

En lugar de contestar, Horacio Delás se acercó a una estantería y cogió un pequeño libro rojizo con las tapas muy desgastadas. La bibliotecaria se fijó en el lomo.

—¿El abate Fleury?

—El Catecismo histórico. Una primera edición de 1683, una joya.

—Ya lo creo —dijo una voz dulce y educada a espaldas de ambos—, no te imaginas lo que me ha costado conseguirla. Ha llegado esta misma mañana de Edimburgo.

La señorita Prim se dio la vuelta y descubrió a una mujer de aspecto severo, delgadez extrema y ojos maliciosos e inteligentes.

—Usted debe de ser nuestra famosa Prudencia Prim. Permítame que me presente, soy Virginia Pille, la librera de San Ireneo.

—Encantada de conocerla, señora Pille —respondió la bibliotecaria tendiéndole la mano.

—Llámeme Virginia, todo el mundo me llama así.

—Debería usted saber, Prudencia, que está hablando con la mujer más poderosa del pueblo —murmuró Horacio Delás.

La dueña de la librería se echó a reír y la señorita Prim se percató de lo limpia y cristalina que era su voz.

—Tonterías, Horacio, todo el mundo sabe que la mujer más poderosa de este pueblo es Herminia. No se mueve una hoja en San Ireneo sin que ella lo sepa.

—Es posible, pero todas las hojas que se mueven en esta villa pertenecen a alguno de tus libros — puntualizó él con afecto.

Virginia Pille volvió a reírse alegremente.

—Tiene una hermosa librería —dijo la bibliotecaria tras echar un vistazo a las viejas estanterías de madera pintadas de azul, las desvencijadas mesas repletas de libros e inscripciones hechas a navaja, las lámparas de estudio distribuidas por los rincones del establecimiento y el antiguo samovar de plata junto al mostrador.

—Gracias, yo también lo creo. ¿Les apetece una taza de té? —preguntó la librera.

Mientras ésta preparaba la infusión, la señorita Prim aspiró hondo y preguntó:

—¿Krasnodar?

Virginia Pille levantó la vista y la miró con curiosidad.

—Veo que tiene usted buen olfato. Recolectado, secado y envasado directamente para mí. Tengo buenos amigos en la vieja Rusia.

—¿En Sochi?

—Exactamente. Sabrá cómo se elabora, ¿verdad?

La bibliotecaria asintió sonriendo mientras disfrutaba del intenso olor del té que se esparcía por la habitación. Después de tomar asiento en torno a una pequeña mesa detrás del mostrador, admiró con placer el viejo servicio de Meissen y las cucharillas de plata armoniosamente desparejadas y pensó que, para una mujer como ella, aquello era muy parecido a la gloria.

—Me temo que son ustedes demasiado exquisitas para mí —suspiró Horacio Delás—. Ilustren a un pobre caballero que lleva bebiendo té a granel toda su vida.

—Por lo que sé, en Sochi se toman solo las tres hojas superiores de la planta y el resto se desecha. Es el secreto de su sabor —explicó la señorita Prim.

—Eso y que solo se cultiva de mayo a septiembre. El clima hace el resto —añadió la propietaria de la librería.

Horacio Delás bebió un sorbo y alabó calurosamente la calidad de la infusión. A continuación, señaló el antiguo catecismo.

—¿Te ha costado mucho conseguirlo?

—Para él nada es mucho —respondió la librera con sencillez.

La bibliotecaria, que se había entretenido ojeando una colección de cuentos infantiles troquelados, se volvió para preguntar:

—¿Qué tiene ese monje de particular? ¿Por qué es tan popular?

La dueña de la librería miró a su amigo en muda interrogación.

—¿No le conoce?

Él negó con la cabeza. Entonces Virginia Pille bajó la vista y jugueteó con la tapa del samovar antes de decidirse a contestar:

—La respuesta más evidente es que él, junto al hombre que la emplea a usted, fundó esta colonia.

—¿Y la menos evidente?

—La menos evidente es que es el único hombre que conozco que tiene un pie en este mundo y otro en el otro.

La señorita Prim se sobresaltó.

—¿Quiere decir que está muriéndose?

—¿Morirse? —Virginia Pille volvió a soltar otra de sus cristalinas carcajadas—. ¡No, espero que no! ¿Por qué se le ha ocurrido esa idea?

—A ver cómo se lo explicamos sin escandalizarla, Prudencia —intervino Horacio Delás—. Lo que quiere decir Virginia es que en ese monje benedictino se ha hecho realidad el viejo mito platónico de la caverna. Él es el audaz prisionero liberado de la cueva que regresa al desolado mundo de las sombras, junto a todos nosotros, después de haber visto el mundo real.

La librera de San Ireneo miró a la señorita Prim y le dijo en voz baja:

—Horacio lo dice todo de un modo muy poético, Prudencia, pero se trata de algo tan sencillo como esto: nuestro querido pater es un hombre capaz de ver lo que los demás no podemos ver.

Al escuchar estas palabras, la bibliotecaria sintió una oleada de cansina indignación. ¿Ver lo que los demás no pueden ver? En aquel pueblo, era imposible no percatarse de ello, habitaban más excéntricos de los que era posible imaginar. La señorita Prim desconfiaba por principio de la gente que afirmaba ver cosas invisibles. En el mundo que ella conocía, un mundo seguro, limpio y confortable, las cosas invisibles eran cosas invisibles. Si no se veían, no existían. Desde luego que no tenía nada que objetar a esa clase de muletas que hacen la vida más llevadera —las filosofías y creencias espirituales, los cuentos que se narran a los niños, las emociones, los sentimientos, las sensaciones —pero siempre que estuviese bien claro que aquellas realidades no existían o, si lo hacían, era únicamente en la mente o en el corazón de quien las experimentaba. En el mundo real, tal y como ella lo concebía, todo era susceptible de plasmarse o registrarse de algún modo. Ya fuese a través de la poesía o del arte, de la literatura o de la música, todo debía tener una traducción en el mundo visible. Las cosas invisibles, repitió para sí, solo existen en la imaginación. Y entonces, casi como en un destello, pensó en oscuros y enigmáticos espejos.

—¿Quiere decir que es un místico? —preguntó con frialdad.

—Si lo es, es demasiado humilde para reconocerlo —dijo Horacio Delás mientras rogaba con una mirada a la dueña de la librería que volviese a hacer uso del samovar y llenase su taza—. Pero hay que decir que de existir algo, y se lo dice un escéptico, él tiene una extraña familiaridad con ello, sea lo que sea.

La señorita Prim sonrió con suficiencia.

—¿Y por qué deduce usted eso? ¿Es algo en su mirada? ¿Hay un aura alrededor de su figura?

—No es tanto lo que uno ve en su mirada —intervino suavemente Virginia— como lo que él ve en la mirada de los demás.

—¿Quieren decir que adivina lo que uno piensa? —preguntó la bibliotecaria con un mohín de ironía.

—Queremos decir que sabe lo que uno es.

La señorita Prim se sintió repentinamente incómoda. La idea de un anciano que se conduce por el mundo adivinando lo que los demás son le parecía inquietante. Y no solo inquietante, sino también inadecuado. Era un modo sutil y misterioso de atentar contra la intimidad de una en el mejor de los casos, o una forma burda de engañar, en el peor. De un modo u otro, había algo incorrecto en aquello; incorrecto y desagradablemente morboso. La señorita Prim se negaba en redondo a ser adivinada en su esencia. Se negaba por principio y también por final.

—Y yo que creía que era usted un hombre científico —dijo con gesto de pesar.

—Ah, pero ¿no lo soy? —contestó su amigo fingidamente asombrado.

—No puede serlo y creer al mismo tiempo que ese hombre adivina cosas.

—Naturalmente que no puedo. Pero yo no he dicho eso; solo he dicho que ese hombre, como usted lo llama, sabe cosas.

Virginia Pille comenzó a retirar en silencio el servicio de té.

—¿Y no es lo mismo acaso? —insistió la señorita Prim

—Desde luego que no es lo mismo. La reto a que se acerque un día a hablar con él.

—No pienso hacerlo, gracias.

—¿Por qué? ¿Es que tiene miedo?

La bibliotecaria hizo una mueca de displicencia.

—¿Miedo? ¿A un pobre monje nonagenario?

Horacio miró a la propietaria de la librería antes de contestar.

—Dígame una cosa, Prudencia: ¿hay algún agujero negro en esa joven vida suya? ¿Algo con lo que deba vivir y de lo que querría deshacerse? ¿Una mancha en su conciencia? ¿Un temor sin resolver? ¿Un rumor de desesperación?

—¿Y qué, si lo hubiese? —respondió la bibliotecaria con la barbilla levantada—. Todo el mundo tiene no uno, sino muchos.

—Tiene usted razón, todo el mundo los tiene. Pero lo que yo trato de decirle es que él los conoce. Conoce lo que hay en las conciencias, lee en ellas como en un libro abierto.

—Eso es imposible.

—No tiene más que ir a verlo. Tal vez no le diga nada revelador, no lo hace siempre. Pero lo que le diga, sea lo que sea, dará en el blanco, se lo aseguro.

Tras pagar el libro y agradecer a la dueña de la librería el té y la conversación, ambos salieron del establecimiento a la noche fría e iluminada de San Ireneo.

—Sigo insistiendo en que me sorprende oír eso de un hombre que no se caracteriza por ser crédulo precisamente —dijo la señorita Prim.

Horacio Delás, cargado con un paquete más —el catecismo del abad Fleury—, sonrió a la bibliotecaria con afabilidad.

—Ése es precisamente el quid de la cuestión, Prudencia. El mío no es un escepticismo al modo pirrónico, sino científico. Acepto todo presupuesto que cuente con una evidencia empírica que lo respalde.

—¿Ah, sí? —respondió la bibliotecaria—. ¿Y hay una evidencia empírica que respalde esa facultad a la que usted alude y según la cual ese anciano monje sabe lo que uno es?

Su acompañante se detuvo para mirarla a los ojos.

—¿Que si la hay? Por supuesto que la hay.

—¿Y cuál es, si puede saberse?

La señorita Prim adivinó lo que Horacio Delás iba a decir exactamente un segundo antes de que éste lo dijese.

—Los agujeros negros de mi propia vida, naturalmente.

La noticia de la desaparición del señor Mott sacudió la placidez de San Ireneo con la violencia repentina de un puñetazo en el estómago. La señorita Prim se enteró en la carnicería, mientras elegía un enorme pavo que pensaba asar para la cena de Navidad a espaldas de la cocinera, aunque aún no sabía cómo.

—Dije que no me gustaba —se lamentaba el carnicero—. Lo dije en cuanto vi la forma en que atendía a la gente en el quiosco. Parecía mirar siempre un poco más allá de uno, como un león enjaulado ansioso por dejar atrás los barrotes. Pobre señorita Mott, hombres como ésos no cambian nunca.

La bibliotecaria salió del establecimiento apresuradamente y corrió hacia la escuela. Una vez allí, se detuvo sin aliento ante la puerta. No se atrevía a llamar. No se atrevía a hacer ninguna otra cosa excepto permanecer allí de pie, en silencio, con un enorme pavo entre los brazos. Unos movimientos tras los visillos, lentos y disimulados, le hicieron albergar esperanzas de que alguien hubiese detectado su presencia y la invitase a entrar. Minutos después se abría la puerta del colegio y el hombre del sillón, con expresión seria, le pedía que hiciese el favor de pasar.

—Entonces ¿se ha ido? —preguntó, todavía sin aliento por la carrera y el peso del pavo.

El aula estaba vacía. No había niños, pero tampoco había mandilones, ni cajas de lápices, ni tizas en la base de la pizarra, ni mapas, ni figuras de madera para enseñar geometría. Un escalofrío recorrió la espalda de la bibliotecaria. ¿Quién se había ido? ¿El señor o la señora Mott?

—Se han ido los dos —dijo despacio el hombre del sillón—, pero me temo que no juntos. Tal vez mi madre tuviese razón, después de todo. Lo siento mucho por Eugenia, no merecía un trato así.

La señorita Prim sintió lástima por la profesora, pero no entendía del todo aún qué había ocurrido.

—¿Adónde ha ido la señorita Mott? ¿Qué ha pasado?

—El señor Mott ha vuelto a hacerlo. No regresó a casa anoche, le dejó una nota diciéndole que lo había intentado, pero que se sentía atrapado. Ella ha hecho las maletas y se ha ido a casa de su hermana. Creo que no volverá.

La bibliotecaria contempló a su jefe con compasión. Se levantó suavemente y se sentó a su lado.

—Le creo demasiado inteligente para sentirse culpable por lo que ha pasado.

Él levantó la cabeza y sonrió distraídamente.

—No me siento culpable, pero sí responsable. Eugenia es una mujer muy frágil y romántica, toda sensibilidad, debí haber sido más prudente y aconsejarla mejor.

Al oír la expresión «toda sensibilidad», la señorita Prim sintió una punzada en su interior.

—¿Tiene usted algo en contra de la sensibilidad?

—Nada en absoluto, es una cualidad maravillosa, pero no es el instrumento adecuado para pensar.

—¿Quiere usted decir que las personas sensibles no sabemos pensar?

El hombre del sillón volvió a mirarla, esta vez con curiosidad.

—Ah, ¿pero estamos hablando de usted?

La bibliotecaria se sonrojó e hizo ademán de levantarse de la silla, pero él la detuvo con un gesto.

—Por supuesto que no hablamos de mí —dijo con la nariz elevada—. Es solo que no entiendo qué tiene que ver la sensibilidad con la imprudencia, la ingenuidad o la falta de juicio, que es lo que me parece que quiere usted apuntar cuando habla de la pobre señorita Mott.

—La sensibilidad es un don, Prudencia, soy perfectamente consciente de ello. Pero la sensibilidad no es el instrumento adecuado para pensar, y cuando se utiliza para pensar, no solo no lleva a buen puerto, sino que conduce al desastre. Ocurre igual que con las orejas y la comida. Un órgano admirable, la oreja; una maravilla de diseño pensada hasta el último de sus tejidos para facilitar la audición. Ah, pero pruebe usted a usarla para comer y verá qué resultado obtiene.

La bibliotecaria se rió y al hacerlo arrancó por primera vez una sonrisa en su interlocutor.

—Así que cree usted que Eugenia Mott pretendió comer con las orejas y que usted no fue lo suficientemente fuerte, hábil o responsable como para advertírselo. ¿No es así?

—Suena bastante poco halagador, pero supongo que sí, supongo que así es.

Tras meditar unos instantes en silencio, la señorita Prim se puso bruscamente en pie y se encaró con su jefe.

—Pues permítame decirle que es usted increíblemente soberbio.

Él la miró desde abajo, sorprendido por aquel arranque de energía y la sonrisa triunfante que ella mostraba en su rostro.

—¿Pretende usted comenzar una discusión? —dijo con tono de incredulidad—. Porque si es eso lo que pretende, debo advertirle que no es el día adecuado.

—En absoluto —respondió ella—, solo pretendo ayudarle. Debería usted saber que el mundo no actúa en función de sus consejos. Es posible que le parezca extraño, pero así son las cosas. Sí, puede ser que impresione a algunos y encandile a otros con esa sabiduría suya y esa cortesía que irradia incluso cuando es impertinente, pero no debe equivocarse. Las personas que le rodean le escuchan, pero eso no quiere decir que le obedezcan siempre ni que sigan en todo momento sus indicaciones.

El hombre del sillón parecía ahora confuso, una circunstancia que aprovechó la bibliotecaria para seguir hablando.

—No lo niegue, no sirve de nada negarlo. Esta mañana se ha levantado convencido de que el sufrimiento de Eugenia Mott se debe a usted y a su supuesta falta de responsabilidad. Eso no solo supone una carga enorme y gratuita sobre sus hombros, sino que demuestra un aprecio excesivo por el valor de sus juicios, si me permite decirlo.

—¿Serviría de algo que no se lo permitiera?

La señorita Prim hizo una pausa, aparentemente satisfecha con el efecto de sus palabras. Era consciente de que había conseguido cambiar el estado de ánimo de su interlocutor. La desgracia de la señorita Mott era un acontecimiento lamentable y ella lo sentía profundamente, pero en su fuero interno estaba convencida de que el hombre del sillón había actuado leal y correctamente al haberla aconsejado como lo hizo y no estaba dispuesta a permitir que se fustigase por ello. Ahora estaba ligeramente molesto con ella, pero ya no parecía cabizbajo y su voz había recobrado aquel matiz de tambores de guerra que tanto la había alarmado la primera vez que se encontró con él.

Sin embargo, no estaba satisfecha. Debía seguir hostigándole, era necesario hacerlo. Y ella, qué duda cabe, sabía muy bien cómo hacerlo.

—¿Por qué ha desterrado a Louise May Alcott de las vidas de Téseris y Eksi? —preguntó de pronto.

—¿Cómo dice? —Esta vez la expresión del hombre del sillón cambió radicalmente—. Prudencia, ¿qué le está pasando? ¿Ha desayunado bien?

—Perfectamente bien, gracias. Dígame, ¿por qué lo ha hecho?

Él la contempló un momento en silencio.

—Si no fuera porque soy un caballero, le tomaría la temperatura ahora mismo. ¿De qué diablos está hablando?

—Hablo de Mujercitas, naturalmente.

—¿Mujercitas? ¿Pero qué demonios tiene que ver Mujercitas con esto?

La bibliotecaria carraspeó para ganar tiempo.

—No tiene nada que ver directamente, pero sí indirectamente.

Él la contempló con creciente incredulidad.

—Estoy esperando a que me lo explique.

—Verá —la señorita Prim hizo acopio de toda la capacidad de improvisación de que fue capaz y miró seriamente al hombre del sillón—, en cierto modo, todos somos lo que leemos.

—¿Cómo dice?

—Digo que en cierto modo, somos fruto de nuestras lecturas.

—¿De verdad? Es muy interesante eso que dice, me sugiere alguna que otra idea sobre su persona.

La bibliotecaria envaró la espalda, decidida a no dejarse vencer en la discusión.

—No estamos hablando de mí, hablamos de la señorita Mott.

—Yo tenía la impresión de que hablábamos de Louise May Alcott.

—Usted no ve una conexión entre lo sucedido a Eugenia Mott y sus lecturas, ¿no es cierto?

—Tiene usted razón, no la veo. —El hombre del sillón bajó los ojos y sonrió—. Prudencia, si lo que está usted intentando hacer es distraerme con una conversación deliberadamente absurda para que no siga lamentándome de mi responsabilidad en la desgracia de Eugenia Mott, créame que se lo agradezco. Pero no trate de hacerme creer esa estupidez de que somos lo que leemos, no es digno de usted.

La bibliotecaria se levantó y comenzó a caminar nerviosamente por el aula.

—No creo que sea una estupidez. No puedo hablar por usted, pero en mi caso puedo decir que gran parte de mi personalidad tiene que ver con mis lecturas. Por eso —se retorció las manos— me preocupa observar ciertas ausencias en la formación literaria de las niñas. No digo que sean ausencias premeditadas, quizá me he precipitado al acusarle de ello, pero son ausencias. Y probablemente tienen que ver con el hecho de que, por mucho que lo intente, usted no es una mujer.

—¿Por mucho que lo intente. ?

La señorita Prim hizo una mueca.

—Lo que quiero decir.

—Sé perfectamente lo que ha querido decir. Mi querida Prudencia —el hombre del sillón se rió al advertir por primera vez la presencia del pavo—, si hay alguien preocupado por el lugar de las lecturas en la vida de estos niños, soy yo. He elegido cuidadosamente no solo cuáles, sino cuándo y cómo esas lecturas entrarían a formar parte de la existencia de mis sobrinos.

La bibliotecaria hizo ademán de volver a hablar, pero él la interrumpió firmemente con la mirada.

—Pese al caos que usted ve en mi biblioteca y en mi casa en general, ese desorden que le molesta tan profundamente, no hay una sola coma improvisada en la educación de los niños. Ni uno solo de los libros que pasan por sus manos ha dejado de pasar antes por las mías. No es casualidad que hayan leído antes a Carroll que a Dickens y a éste antes que a Homero. No hay nada fortuito en que hayan aprendido a rimar con Stevenson antes de llegar a Tennyson ni en que hayan llegado a Tennyson antes que a Virgilio. Han conocido a Blancanieves, Peter Rabbit y los niños perdidos antes que a Oliver Twist, Gulliver y Robinson Crusoe, y a éstos antes que a Ulises, don Quijote, Fausto o el rey Lear. Y lo han hecho así porque yo lo he querido así. Se están criando con buenas lecturas para que sean capaces de asimilar después grandes lecturas. Y por cierto que antes de que comience usted a exponerme sus sesudas e irritantes teorías pedagógicas, le diré que sé perfectamente que cada niño es diferente. Por esa razón el ritmo lo marcan ellos, no yo. Pero los peldaños de la escalera por la que ascienden han sido construidos por mí utilizando la experiencia acumulada durante muchos siglos por otros antes que yo. Otros a los que estoy profundamente agradecido.

La señorita Prim, que había escuchado atentamente las palabras de su interlocutor, carraspeó suavemente antes de hablar.

—¿Y Mujercitas? ¿Dónde encaja Mujercitas en ese plan? Ya imagino que no en el apartado de grandes lecturas, pero espero que haya un hueco para ella al menos dentro de las buenas lecturas.

—Pues tengo que reconocer que no lo hay.

—Pero ¿por qué? —protestó la bibliotecaria—. ¿No se da cuenta de que una cosa es la erudición y otra muy distinta la delicadeza? Usted sabe mucho de literatura, pero no sabe nada de femineidad.

—Por mucho que lo intento.

—No se lo tome a broma, esto es importante. Y para su información, le diré que Herminia piensa como yo. Nadie dice que Louise May Alcott sea Jane Austen, pero tampoco Stevenson es Dante.

El hombre del sillón la miró con atención.

—¿Sabe lo que me sorprende de todo esto, Prudencia? La miro a usted, una mujer hipertitulada, moderna y decidida, y no puedo imaginármela leyendo Mujercitas.

La señorita Prim levantó su respingona nariz con más fervor que de costumbre.

—¿Y puede saberse por qué?

—Porque es una obra cursi y almibarada, y si hay algo a lo que soy ciertamente hostil es al sentimentalismo azucarado. Celebro que Herminia y usted reconozcan que Louise May Alcott no es Jane Austen, porque, desde luego, no lo es.

—¿Lo ha leído? —preguntó la bibliotecaria—. Me refiero a Mujercitas.

—No, no lo he leído —respondió él con calma.

—Entonces, por una vez en su vida deje de pontificar y léalo antes de opinar.

El hombre del sillón se echó a reír y la miró con renovado interés.

—¿Me está pidiendo que lea Mujercitas? ¿Yo?

—Sí, usted. Lo menos que puede hacer antes de condenar una obra es leerla, ¿no cree?

—Pero ¿y qué me dice de la señorita Mott? ¿Nos hemos olvidado ya de la señorita Mott?

La bibliotecaria se levantó, se puso el abrigo y los guantes, cogió el pavo y mientras se dirigía a la puerta murmuró:

—Por supuesto que no nos hemos olvidado de la señorita Mott. Le apuesto lo que quiera a que ella tampoco lo leyó.

La cena de Nochebuena fue un éxito, pese a haber sido precedida de una dura discusión plagada de reproches, acusaciones y amagos de sollozos por parte de la cocinera. La señorita Prim logró imponerse a ella con habilidad y valentía. Al fin y al cabo, explicó cuidadosamente al celoso dragón que guardaba aquella cocina, la Navidad era una celebración familiar y fraternal, un momento para compartir y festejar. ¿Y qué mejor forma de compartir y festejar que cocinar juntas? La cocinera, desconcertada ante aquella elocuencia, había cedido por fin, no sin antes hacer notar a la bibliotecaria que la Navidad era bastante más que eso, mucho más que eso. Así lo había aprendido ella; así se lo había enseñado su madre y a ésta la suya; así lo explicaba también el viejo pater que habitaba en la abadía, y lo mismo decía el propio señor. No, aquello era solo un trocito de la Navidad, el menos importante, si se le permitía decirlo.

—Claro que se le permite decirlo, señora Rouan, porque es la verdad. Y la verdad no cambia, lo sabe usted de sobra.

La mirada desesperada de la señorita Prim detuvo el discurso del hombre del sillón, que acababa de entrar en la cocina atraído por el delicioso olor del pavo.

—Creo, sin embargo, que no es noche para discusiones y enfados —dijo al darse cuenta de la tensión entre ambas mujeres, y tras acercarse a la cocinera le susurró al oído—: déjela cocinar, señora Rouan, ese pavo nunca podrá competir con su exquisito roastbeef, de eso no hay duda.

La cocinera, henchida de orgullo, no dijo una palabra más y se aplicó a la tarea de terminar un suflé, mientras vigilaba los tres tipos de tartas que se cocían en el viejo horno de la cocina. Hora y media después la cena estaba lista; los niños, alborotados ante la idea de acostarse bastante más tarde que de costumbre; la mesa, vestida con un impecable mantel de hilo y una antiquísima vajilla familiar, y los invitados —Horacio Delás y el juez Basett, que desde hacía años cenaban durante esas fechas en la casa —, acomodados confortablemente en el salón. Mientras la señorita Prim se cambiaba para la cena, podía oír el trajín de visitas, de felicitaciones, risas, abrazos y canciones.

Media hora después, sentada a la enorme y larga mesa del comedor, mientras escuchaba la animada conversación de la cena y sonreía de vez en cuando al hombre del sillón, la señorita Prim sintió nostalgia, aunque sin poder decir exactamente de qué. Asistió a la lectura que la pequeña de la casa hizo del Evangelio de San Lucas y que todos allí, desde el primero hasta el último, escucharon en silencio. Caminó animadamente con ellos después de la cena, cuando armados de cirios, bufandas y abrigos se dirigieron bajo el frío helado de la noche a la misa del gallo en la vieja abadía. Pero allí los dejó, a las puertas del antiguo monasterio, cuyas vidrieras brillaban iluminadas como un faro en medio de la noche.

—¿Realmente no quiere venir? —la animó Horacio Delás—. Usted sabe que yo no soy creyente, pero asisto por respeto y aprecio. Hágame caso, al menos en una noche como ésta, vale la pena. La antigua liturgia romana es de una belleza incomparable.

—Gracias, Horacio, pero estoy muy cansada —respondió con amabilidad la bibliotecaria, mientras contemplaba cómo todo San Ireneo llegaba en grupos pequeños y grupos grandes, con numerosos niños abrigados hasta las cejas por el frío, aquel frío que se colaba entre la ropa y penetraba hasta los huesos.

Las estrellas brillaban en el cielo cuando la señorita Prim dio la vuelta y se dirigió de nuevo a casa. Cuando estaba a punto de tomar la bifurcación del camino, se paró súbitamente, miró el reloj y, tras vacilar unos instantes, tomó el sendero que llevaba al pueblo. Las alegres luces de los escaparates estaban apagadas, pero las ventanas de las casas, suavemente iluminadas, como a la espera de que sus habitantes regresasen del oficio religioso, daban a las calles un sabor cálido y acogedor. La bibliotecaria llegó a la plaza principal y con paso decidido se dirigió al viejo salón de té, que todavía permanecía abierto. Una ola de calor la recibió al abrir la puerta. Dentro, las mesas y la barra estaban vacías. Solo después de un momento divisó junto a una ventana a una mujer inclinada sobre una taza, con un libro en la mano.

—Creí que estaba usted con los demás en la abadía —dijo la señorita Prim.

La madre del hombre del sillón levantó la cabeza y con un gesto silencioso invitó a la bibliotecaria a sentarse.

—No voy nunca, es demasiado emotivo para mí. Salgo con ellos de casa, los acompaño todo el camino y al llegar les digo a los niños que la abuela prefiere sentarse en la parte de atrás. Lo he hecho así desde que tienen uso de razón. Pero ¿sabe qué?

—Que este año no ha funcionado —respondió la bibliotecaria con una sonrisa traviesa, mientras se quitaba la bufanda y los guantes y pedía al camarero una taza de chocolate caliente.

La anciana dama la miró con sorpresa.

—Es usted muy perspicaz.

La señorita Prim se rió y aseguró que su perspicacia no era otra cosa que un poco de experiencia.

—Se puede engañar a los niños un tiempo, pero la mayoría de los adultos no nos damos cuenta del momento en que expira ese período de gracia.

Su compañera asintió pensativa.

—Esta noche he ido con ellos, como siempre. He entrado con ellos, he esperado a que se sentasen con mi hijo en el banco de la familia, y cuando les he dicho que la abuela se iba a sentar detrás, como hace siempre, me han dicho algo inaudito.

—Deje que lo adivine.

—No creo que pueda. «Abrígate bien al salir, abuela», eso me han dicho. Nunca me había sentido tan asombrada, nunca en toda mi vida. No he sabido qué decir; he murmurado algo incoherente. Y luego, ¿qué otra cosa podía hacer?, he salido a toda prisa.

La señorita Prim sonrió con dulzura y amabilidad. Sabía que aquélla era la última noche de la anciana en la casa, como también sabía —o al menos, eso había supuesto— que aquél sería el lugar en el que podría encontrarla. Tras el desastre matrimonial de Eugenia Mott, la bibliotecaria apenas había podido cruzar alguna palabra con ella. Habían sido unos días complicados, repletos de compras, postales de Navidad, pequeños encargos y trabajo atrasado. Mientras la bibliotecaria mordisqueaba un pedazo de bizcocho de limón, observó en silencio a su compañera. Había aprendido a apreciar a aquella mujer, había aprendido a apreciarla y a respetarla. Pero desde el día de la conversación que ambas mantuvieran bajo el camelio de Eugenia Mott, la frágil confianza que se había establecido entre ellas parecía haberse evaporado. La señorita Prim solía pensar que quizá aquellas confidencias habían sido una suerte de en-

soñación romántica que no había existido jamás, excepto en su imaginación. ¿Volvería a ver a la anciana después de aquella noche? La bibliotecaria se estremeció. Probablemente, seguramente más bien, no volverían a verse.

—¿Recuerda la tarde en que me dijo que habían sido los niños los responsables de que su hijo hubiese hecho ese viaje vital del que usted tan descontenta está?

—Lo recuerdo, naturalmente.

La señorita Prim hizo una pausa para untar una tostada de grueso pan campesino con mantequilla y mermelada.

—¿Cómo ocurrió? —preguntó.

La madre del hombre del sillón no contestó, sino que se limitó a su vez a untar otra tostada.

—Lo que quiero decir es esto —continuó la bibliotecaria—: ¿Cómo es posible? ¿Cómo pueden unos niños tan pequeños provocar un cambio tan grande y tan profundo?

La anciana dama dejó de comer y levantó los ojos.

—Fue a través de Téseris.

—¿Téseris?

—Fueron esas sorprendentes y maravillosas intuiciones que tiene. ¿Le ha contado ya que la Redención es un cuento de hadas real? Es una idea inaudita para una niña de diez años, pero de ningún modo ha sido la primera en formularla. Hubo otros (Tolkien, por ejemplo) que lo hicieron antes que ella. ¿Ha hablado alguna vez un buen rato con mi nieta?

—Por supuesto —contestó la señorita Prim.

—Es una niña extraña, ¿no cree?

—Sí que lo es. Yo diría que es distinta a todos los niños que he conocido. A veces da la impresión de guardar un secreto.

La bibliotecaria se mordió el labio. Pese a su repugnancia natural hacia los discursos metafísicos, tenía que reconocer que aquella criatura daba siempre la impresión de habitar profundidades inalcanzables para los demás.

—Siempre ha sido diferente, desde que era muy pequeña.

—¿Diferente? ¿Qué quiere decir?

La dama se concentró en disolver el azucarillo que acababa de echar en su taza.

—Mi nieta tiene una sorprendente familiaridad con lo sobrenatural, la tiene desde que era muy niña.

Y lo más interesante de todo es que durante mucho tiempo le resultó imposible entender que a nosotros, que a los demás, no nos ocurriese lo mismo.

—¿Quiere usted decir.? —La señorita Prim tragó saliva—. ¿Quiere usted decir que Téseris es algo así como una pequeña mística? No puede usted hablar en serio.

La madre del hombre del sillón cortó pausadamente un pedazo de bizcocho, lo puso sobre el plato de la bibliotecaria y a continuación hizo lo mismo con otro pedazo, que depositó con cuidado en el suyo.

—No, Prudencia, no estoy diciendo que mi nieta sea una mística, no sé qué aspecto tienen los

místicos, aunque estoy convencida de que no se parecen a ella. Pero lo cierto es que yo no sospechaba hasta qué punto lo sobrenatural puede tocar lo natural hasta que lo he visto reflejado en ella.

La señorita Prim, que había olvidado su bizcocho, miraba ahora fijamente a la dama. Y mientras lo hacía, recordó la tarde de su llegada a la casa.

—La primera vez que vi a la niña me habló de un espejo. Pensé que se refería a Alicia.

La anciana sonrió con indulgencia.

—Téseris vuela muy por encima de Alicia. Videmus nunc per speculum in aenigmate[2]. ¿Sabe usted algo de latín? Ahora vemos como a través de un espejo, vemos oscuramente, como en enigma. Será después cuando veremos todo tal cual es, cuando conoceremos de la misma forma en que somos conocidos.

La señorita Prim carraspeó suavemente. Fuera había comenzado a nevar de nuevo.

—Pero si usted cree todo eso, ¿por qué no se ha quedado hoy en la abadía con su familia? ¿Por qué mantiene esa distancia?

La madre del hombre del sillón cogió la taza con sus delicadas manos y terminó su té. Luego miró severamente a la bibliotecaria y habló en voz baja, casi en un susurro.

—Porque no puedo. No estoy preparada aún, no me siento preparada.

—¿Preparada? ¿Preparada para qué?

—¿Preparada para qué? —La anciana sonrió con una mueca—. Preparada para deponer las armas, querida mía. Preparada para bajar esta vieja cabeza orgullosa y deponer las armas.

2 San Pablo, I Corintios.

III
Deshaciendo madejas

La marcha de la madre del hombre del sillón dejó un vacío extraño en la casa. Fuera, el tiempo seguía siendo frío, la nieve se acumulaba en el alféizar de las ventanas, atrancaba las puertas, se helaba sobre las ramas de los árboles. Dentro, el trabajo avanzaba, pese a las frecuentes interrupciones de los niños, que quemaban su inagotable energía corriendo, jugando y escondiéndose por las habitaciones, pasillos y escaleras de la casa. La bibliotecaria pasaba las tardes clasificando aquellos volúmenes pesados y polvorientos. Algunos, sin más valor que el haber permanecido en la casa durante largos y solitarios años. Otros, verdaderos supervivientes traídos por los antepasados de la familia cuando, mucho tiempo atrás, llegaron para establecerse en San Ireneo. A la señorita Prim le gustaban aquellos libros. Le conmovía la idea de que allí, en aquellas viejas estanterías, los volúmenes habían presenciado lenta y silenciosamente la llegada de las noches y el arribar de los días.

—Me maravilla no haberla oído estornudar jamás, Prudencia. Esos libros tienen más polvo del que la especie humana es capaz de soportar.

El hombre del sillón entró en la biblioteca resoplando y armado de un gorro, una bufanda que le cubría el rostro, un grueso abrigo y pesadas botas de nieve.

—¿Seguro que es usted el que está ahí debajo? —preguntó la bibliotecaria con sorna.

—Ríase si quiere, pero hace un frío endiablado ahí fuera. No se puede estar en el jardín más de media hora —contestó él mientras se quitaba la bufanda, el gorro, los guantes y el abrigo.

—Debería quitarse las botas y ponerse algo caliente. ¿Quiere que pida la merienda?

—Si fuese usted tan amable, se lo agradecería mucho. Maldita sea, tengo las manos tan frías que soy incapaz de desatarme los cordones —se quejó.

La señorita Prim se acercó silenciosamente. Se agachó, poniendo especial cuidado en no arrodillarse, y comenzó a desatarle los cordones.

—Es usted muy amable. Y créame, aprecio el gesto en lo que vale —dijo él con una sonrisa.

—¿Qué quiere decir con eso? —respondió ella con aspereza mientras luchaba por conservar el equilibrio en un intento de evitar arrodillarse y ganar la partida a la bota derecha.

—Que creo adivinar el significado jerárquico que da usted a determinadas actitudes y gestos.

—Si así fuese no estaría haciendo esto, ¿no le parece?

—Desde luego que lo haría. Su prusiano sentido del deber siempre puede con usted.

La bibliotecaria apretó los labios y siguió con su tarea.

—Creo que ya está.

—Gracias —respondió él suavemente.

La señorita Prim recogió la bandeja que la cocinera había dejado sobre la mesa del recibidor. Tras su última discusión, las dos mujeres habían acordado tácitamente evitarse y eludir también en lo posible cualquier tipo de conversación. Se saludaban cuando se cruzaban en los pasillos, coincidían en la cocina o se encontraban en el jardín, pero fuera de ese mínimo de urbanidad, la relación entre ambas era tan fría como aquel invierno. La bibliotecaria se sentía contenta con ese arreglo; al fin y al cabo, ella no formaba parte del servicio. Cuando necesitaba algo, se lo decía a una de las tres chicas del pueblo que trabajaban en

la casa como limpiadoras, niñeras improvisadas y chicas para todo. No necesitaba hablar con el dragón de los fogones, no lo necesitaba en absoluto. Y sin embargo, reflexionó mientras colocaba la merienda sobre la mesa frente a la chimenea, había que reconocer que la señora Rouan era una mujer eficiente. Sus buñuelos de crema, su esponjosa tarta de queso, el exquisito bizcocho de zanahoria y los finísimos sándwiches cortados en forma triangular y dispuestos en cuatro pequeños montones, cada uno de un sabor, eran insuperables. En las bandejas nunca faltaba el té chino, la leche con nata y las tostadas de pan casero untadas generosamente de mantequilla y miel. Todo aquello, en honor a la verdad, era mérito de la cocinera.

El hombre del sillón se frotó las manos y contempló en silencio el ritual con el que la señorita Prim servía la merienda. La casa estaba inusitadamente silenciosa, puesto que los niños se hallaban en el invernadero, observando cómo el jardinero hacía esquejes y cuidaba con mimo de los brotes que crecían en pequeños tiestos a la espera de poder ser trasplantados al jardín el año siguiente.

—Es fascinante la variedad de libros que hay acumulados en esta habitación —comentó la bibliotecaria—. He estado haciendo el ejercicio de intentar adivinar cuáles han pertenecido a hombres y cuáles a mujeres.

El hombre del sillón sonrió mientras revolvía lentamente su té.

—No me parece un ejercicio muy difícil. Yo creo que es bastante sencillo identificar la literatura dirigida a las mujeres: no hay más que fijarse en el sexo del autor. Es curioso que los hombres escriban mayoritariamente para ambos sexos, mientras que las autoras dirigen sus libros a las mujeres. Salvo honrosas excepciones, por supuesto.

La señorita Prim respiró hondo, se sirvió un emparedado de foie de oca y después levantó la mirada hacia el rostro de su interlocutor.

—Yo no creo que las escritoras hayan dirigido siempre sus libros a las mujeres —replicó—. Es un fenómeno sociológico bastante moderno. Hace menos de un siglo, los hombres leían a las escritoras con la misma naturalidad con la que leían a los autores.

—Aunque con menos placer —respondió riéndose el hombre del sillón.

La bibliotecaria dejó su emparedado sobre el plato.

—Dígame —dijo con tono glacial—, ¿de qué se ríe?

Él la contempló con tranquilo regocijo.

—De usted, naturalmente, ¿acaso no es lo que hago siempre?

—¿Y qué es lo que resulta gracioso en mí en este momento, si se me permite preguntarlo?

—El hecho de que siempre tiene usted una respuesta psicosociológica para todo. Debería aprender a mirar el mundo tal cual es, Prudencia, no como a usted le gustaría que fuera. No hay que ser muy perspicaz para darse cuenta de que cualquier chico disfruta enormemente leyendo La isla del tesoro, mientras que experimentaría mareos ante la sola idea de leer.

—¿Por ejemplo, Mujercitas?

Él sacudió la cabeza sonriendo.

—Por ejemplo, Mujercitas.

—Por cierto —la señorita Prim levantó la nariz con suficiencia—, ¿lo ha leído finalmente? ¿O es que

ha experimentado algún mareo que le ha impedido acometer la tarea?

El hombre del sillón alejó los pies de la chimenea, se enderezó en la butaca y la acercó a la mesa, inclinándose hacia delante como si se dispusiese a comenzar una partida de ajedrez. La bibliotecaria, por el contrario, se apoyó suavemente en el respaldo de su asiento y cruzó los brazos sobre el pecho a la espera de una explicación.

—Lo he leído.

La señorita Prim abrió los ojos sorprendida, pero inmediatamente se repuso y volvió a adoptar una actitud desafiante.

—¿Y bien?

—He de reconocer que tiene cierto encanto.

—Vaya.

—Y en ese sentido no tengo inconveniente en que lo lean las niñas, pero debo decir que tampoco tengo interés alguno en ello.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Quiero decir que es una novela menor, dulzona y sentimental.

La bibliotecaria separó su espalda del respaldo del asiento y su rostro se ensombreció.

—Lo cual es el mayor pecado en que puede incurrir el ser humano, ¿verdad? —exclamó con tono cortante—. Ser sentimental es para usted una forma de delincuencia o incluso una perversión, ¿no es cierto? Las personas heladas e inteligentes no tienen sentimientos. Eso es cosa del vulgo y, si acaso, de las mujeres de baja formación.

El hombre del sillón estiró las piernas y se recostó de nuevo en su butaca.

—Yo no diría que es cosa del vulgo —dijo lentamente—. Se sorprendería del buen gusto literario que ha mostrado el hombre común en algunas épocas de la historia.

—Épocas que se han ido para no volver jamás, por supuesto.

—No sé si jamás es la palabra adecuada, aunque lo sospecho. Pero ahora que lo menciona, debo decir que lo de las mujeres de baja formación y el sentimentalismo es una ecuación cierta. Claro que el mal en nuestros días alcanza también a las de formación elevada.

—Como es mi caso, claro está.

—Como es su caso, efectivamente.

La señorita Prim apretó la mandíbula hasta que pudo sentir rechinar la articulación bajo la piel de su rostro. No deseaba perder el control, lo peor que podía hacer ante alguien que la acusaba de sentimentalismo era perder el control. Tenía la obligación de demostrar a aquel hombre que los sentimientos no eran un obstáculo para razonar debidamente y, con ese objetivo, luchó consigo misma durante unos segundos que le parecieron eternos.

—Dígame —preguntó con forzada suavidad—, ¿cómo puede ser usted tan frío?

Él levantó la cabeza y la miró sorprendido.

—¿Frío? ¿Yo? ¿Cree usted que soy frío?

—Odia el sentimentalismo, acaba de decirlo.

—Es cierto, detesto el sentimentalismo, pero eso no me convierte en una persona fría. Una cosa es el sentimentalismo y otra el sentimiento, Prudencia. El sentimentalismo es una patología de la razón o, si lo prefiere usted, una patología de los sentimientos, que crecen, se exceden, ocupan un lugar que no les corresponde, se vuelven locos, oscurecen el juicio. No ser sen-

timental no significa carecer de sentimientos, sino únicamente saber encauzarlos. El ideal (seguro que en esto estaremos de acuerdo) es poseer una cabeza templada y un corazón sensible.

La bibliotecaria permaneció en silencio durante unos instantes, los justos para suavizar la tensión de su mandíbula. Como siempre que discutía con aquel hombre, le dolía la cabeza. No entendía la lógica de la conversación. ¿Cómo habían llegado a aquel punto de la discusión? ¿En qué momento habían pasado de la literatura femenina a la patología de los sentimientos?

—Dickens leía a Elizabeth Gaskell; su admirado Newman leía a Jane Austen, y Henry James, a Edith Wharton —dijo despacio.

—Tres buenas escritoras. Tres mujeres inteligentes y poco sentimentales.

—La cuestión no es si son buenas o malas escritoras o si son o no sentimentales. La cuestión es que hubo un tiempo en que los hombres, los grandes hombres, leían novelas escritas por mujeres.

—Cierto —dijo el hombre del sillón alejando un poco más su asiento de la chimenea—, pero en mi opinión hay que atribuirlo a dos buenas razones. Una, a que el hecho de que una mujer publicase tenía todavía el encanto de la audacia; y otra, a que las mujeres aportaban un punto de vista razonable, pero diferente sobre el mundo. Hoy en día la literatura femenina ha perdido esa capacidad de instarnos a desplazar el punto de mira, de hacernos girar la mirada. Cuando leo una novela femenina tengo la impresión de que la escritora no hace otra cosa que mirarse a sí misma.

La señorita Prim contempló fijamente a su jefe. Le indignaba la escandalosa naturalidad con que sostenía todo tipo de juicios incorrectos. La mayoría de la gente se avergonzaba de

pensar, ya no de decir, cosas como aquélla. Él las decía con tranquilidad, casi hasta con alegría.

—Tal vez las mujeres se miren a sí mismas porque han pasado demasiado tiempo mirando a otros — murmuró entre dientes.

—Vamos, Prudencia, eso es demasiado simple para usted.

—Se equivoca —replicó ella levantándose con brusquedad y dirigiéndose a la estantería en la que había estado trabajando—. Nada es demasiado simple para mí. Soy una mujer dominada por los sentimientos, ¿recuerda?

El hombre del sillón se puso en pie, recogió su gorro, su abrigo y su bufanda y se dirigió hacia la puerta de la biblioteca.

—Yo diría que es usted una mujer que se mira en exceso a sí misma.

—¿De verdad? —La bibliotecaria, sin darse la vuelta, se oyó a sí misma responder con voz temblorosa—. ¿Y qué me dice de usted? ¿Se mira a sí mismo también?

Él giró la cabeza y esbozó una media sonrisa desde la puerta.

—Yo tengo que confesar que encuentro mucho más interesante mirarla a usted.

Tan pronto como el hombre del sillón abandonó la habitación, el temblor de la señorita Prim se transformó en un haz de gruesos lagrimones que comenzaron a deslizarse en silencio sobre su rostro. Se sentía insultada, maltratada y burlada. Estaba harta de aquel juego dialéctico en el cual ella siempre hacía el papel de ratón y él desempeñaba el de gato. Y sin embargo, había algo que todavía la irritaba y lastimaba más que todo aquello: su convencimiento de que él no era consciente de ese maltrato ni había tenido nunca la menor intención de jugar

a nada con ella; la conciencia de que su drama, su pequeño y absurdo drama, no significaba nada para el causante de su congoja, y el hecho de que, aunque le pesase, el causante de esa congoja se había convertido en alguien importante para ella. Él era la respuesta a la interrogación que Hortensia y Emma habían introducido en la lista de candidatos; así era y resultaba inútil seguir ocultándoselo a sí misma. Conocía los síntomas, demasiado bien los conocía.

¿Qué pensaba realmente de ella? La señorita Prim confesaba abiertamente su ignorancia sobre aquella cuestión. En ocasiones parecía sentir cierta atracción hacia ella, era ridículo negarlo. Pero otras resultaba evidente que la consideraba portadora de todos los defectos y malformaciones de carácter presentes en la raza humana, lo que la hacía convencerse de que esa supuesta atracción solo existía en su mente. Una mente profundamente sentimental y algo calenturienta, como él se encargaba de recordarle periódicamente. También era posible que aquella actitud fuese fruto de su interés en convertirse en una suerte de Pigmalión y hacer de ella una representante perfecta de su sexo. La señorita Prim se estremecía ante la posibilidad de verse obligada a ejercer el papel de Galatea o, aún peor, de Eliza Doolittle, en aquel drama. Pero por doloroso que fuera, eso no era todo. Había todavía una tercera hipótesis aún más terrible, tan terrible que experimentaba escalofríos solo con pensarla. Quizá él dedicase su tiempo libre a debatir con ella sobre todo tipo de cuestiones simple y llanamente porque no tenía otra cosa mejor que hacer. Llegada a este punto, la angustia de la bibliotecaria creció hasta desbordarse y adoptar una feroz virulencia. Tenía que hacer algo para solucionar aquella duda, debía hacer algo.

Después de sonarse discretamente la nariz, miró hacia los ventanales que comunicaban la biblioteca con el jardín. La nieve continuaba cayendo en pesados y grandes copos. Parecía impensable acercarse hasta el pueblo con aquel tiempo, y sin embargo necesitaba urgentemente hacerlo. Había llegado

la hora de mantener una conversación profunda y sincera con las damas de San Ireneo; había llegado el momento de poner las cartas sobre la mesa en aquel absurdo juego detectivesco en busca de marido y consultar con ellas en qué situación se hallaba frente a su jefe y qué debía hacer en consecuencia. Mientras contemplaba tristemente caer la nieve, convencida de que la conversación se vería postergada hasta la mejoría del tiempo, observó al viejo jardinero salir del invernadero y dirigirse al garaje. Rauda como un rayo, se puso en pie, abandonó la habitación, cogió un grueso abrigo, una bufanda y un par de botas de goma y salió disparada en busca del conductor.

El trayecto fue lento y pesado, en parte por la nieve que cubría la carretera y obligaba a circular con extrema prudencia, en parte por la ausencia total de conversación en el jardinero, resignado a llevar a la bibliotecaria, pero fiel a los largos años de amistad con la cocinera de la casa. Finalmente, el coche se adentró en el pueblo y la señorita Prim fue depositada en casa de Hortensia Oeillet, quien la recibió con grandes muestras de alegría y sorpresa.

—Mi querida Prudencia, ¡qué inesperada visita en una tarde tan terrible como ésta! Pase, amiga mía, quítese el abrigo y siéntese mientras preparo un té —exclamó.

—No se moleste, Hortensia, acabo de tomarlo. Pero aceptaré una taza de chocolate caliente, me vendrá muy bien. Y le pediría, por favor, que haga usted un litro de café.

Hortensia Oeillet miró a su invitada con consternación.

—¿Café? Dios mío, ha debido de ocurrir algo grave, usted nunca toma café.

—No, no es grave, pero es importante. Acudo a usted porque necesito su consejo, el suyo y el de esas damas de tan buen juicio que la frecuentan. Lo que quiero decir es que necesito que celebremos una especie de.

—¿Cónclave extraordinario?

La señorita Prim suspiró aliviada.

—¿Es así como los llaman?

—Así los llamamos. Siéntese, querida, llamaré a Emma, a Virginia y a Herminia. Creo que con ellas será suficiente. No queremos que se entere todo San Ireneo, ¿verdad? —sonrió cariñosamente la florista mientras se dirigía a la cocina.

La señorita Prim se dejó caer en un sofá estratégicamente situado frente a la chimenea. El salón de Hortensia Oeillet era una habitación pequeña, pero armoniosa. Viejas fotografías, jarrones adornados con camelias, dibujos infantiles que representaban plantas —la bibliotecaria recordó que su anfitriona era la profesora de botánica de San Ireneo—, cuadros hechos con pétalos secos y libros, muchos libros, hacían que resultase muy difícil no sentirse a gusto allí.

—¡Qué habitación tan hermosa, Hortensia! —exclamó la bibliotecaria cuando su amiga regresó cargada con una jarra de chocolate caliente, un plato de bollos de mantequilla, pastas de limón y una tarta de crema, y dispuso todo sobre la mesa frente al fuego.

—¿Le gusta? Es un poco anticuada, pero en San Ireneo disfrutamos de lo antiguo. Vivimos con un pie siempre en el pasado, ya lo sabe usted, querida.

La señorita Prim le aseguró que lo sabía y también que había comenzado a apreciarlo.

—¡Ah, cómo me alegra oír eso! Temía que no llegase a adaptarse nunca a esto, es tan diferente. Al fin y al cabo, aquí vivimos un poco al margen del mundo.

—O incluso contra mundum —rió la bibliotecaria mientras aceptaba el chocolate.

—Cierto, cierto. ¿Qué iba yo a decir.? Nuestras invitadas ya están de camino, llegarán en cinco minutos y el café estará listo en tres. He invitado también a Lulú Thiberville, espero que no le importe.

—¿Lulú Thiberville?

—Es la mujer de más edad y mayor rango de San Ireneo, está a punto de cumplir noventa y cinco años. La he avisado porque es un pozo de sabiduría y porque. —Hortensia Oeillet vaciló y miró de reojo a la señorita Prim— ha enterrado nada menos que a tres maridos. No me ha dicho usted cuál es el motivo por el que precisa consejo, pero algo en su mirada me ha hecho imaginar que puede tratarse de un asunto, digamos, romántico, y por eso he pensado en ella.

La bibliotecaria enrojeció intensamente.

—Ha hecho usted bien. Creo que me encantará conocer a Lulú Thiberville —dijo con una sonrisa.

La señora Thiberville resultó ser una anciana fea, enjuta y pequeña, de voz baja e imperiosa y dotada del extraordinario arte de convertirse en el centro de cualquier reunión. Llegó envuelta en un viejo abrigo de astracán que desprendía un suave olor a naftalina y tocada con un pequeño sombrero gris adornado con una pluma.

—Así que es usted —dijo nada más entrar en el salón seguida por el resto de las invitadas, que la ayudaron a acomodarse frente al fuego, pusieron sus pies sobre un pequeño escabel y se distribuyeron a su alrededor como si de una abeja reina se tratase.

—¿Y bien? —preguntó la anciana—. ¿A qué debo el honor?

Hortensia Oeillet presentó brevemente a la bibliotecaria y en pocas palabras expuso lo que sabía del asunto. La señorita Prim se había presentado de improviso, indudablemente agi-

tada e intranquila, en busca de ayuda. Había solicitado la celebración de un cónclave extraordinario, reunión fuera de agenda

que las damas de San Ireneo celebraban cuando algún motivo urgente obligaba a ello.

—Mi querida Prudencia, si es usted tan amable, cuéntenos su problema.

Animada por la sonrisa de Herminia Treaumont, la señorita Prim comenzó a hablar. En deferencia a Lulú Thiberville, explicó antes de nada el estrafalario método que se había prestado a utilizar en su búsqueda de marido y cómo esa misma tarde había llegado a la conclusión de que el candidato oculto tras la interrogación era su propio jefe. Después describió las extrañas y tensas relaciones que mantenía con éste, las animadas conversaciones y confidencias, las sonrisas y cortesías, y los abruptos ejercicios de crítica. Haciendo un esfuerzo por aparentar serenidad, confesó que muy a su pesar debía admitir que sentía cierta atracción hacia él. No entendía el porqué, dado que se trataba de un hombre extraño, de creencias religiosas extremas, carente de cualquier atisbo de sensibilidad e intolerablemente dominante. Como toda mujer autosuficiente, la señorita Prim estaba en contra de cualquier clase de dominio. En su opinión, la relación marital debía basarse en la más exquisita y delicada igualdad.

—Empieza usted mal —interrumpió secamente desde su asiento la abeja reina.

—¿Por qué? —preguntó asombrada la bibliotecaria.

Herminia Treaumont, inquieta en su silla, abrió la boca dispuesta a intervenir, pero un gesto imperioso de la anciana la hizo callar.

—Todo ese discurso igualitario es una soberana estupidez —sentenció la dama con dureza.

—¿Pero por qué? —volvió a preguntar la señorita Prim.

—Mi querida Prudencia. —comenzó Hortensia Oeillet—, lo que Lulú quiere decir.

—Haz el favor de callarte, Hortensia —interrumpió la anciana—. No necesito que nadie explique lo que quiero decir. Estoy segura de que Emma y tú tenéis parte de responsabilidad en la agitación que vive esta criatura, siempre a vueltas con vuestras absurdas teorías orientales sobre la armonía, el todo y las partes. Le han hablado ya sobre la armonía, el todo y las partes, ¿no es cierto, querida?

La bibliotecaria pidió disculpas con la mirada a su anfitriona y a continuación contestó que, efectivamente, había sido instruida en la teoría de la armonía, el todo y las partes.

—Olvídese de eso también. Es otra estupidez.

—Lulú, por favor, me gustaría que. —Hortensia Oeillet habló con suavidad, pero con firmeza.

—Hortensia —dijo la anciana con voz fatigada—, supongo que si a mis noventa y cinco años me habéis invitado a un cónclave extraordinario será para permitirme dar mi opinión, ¿no es cierto?

—Desde luego que sí, querida.

—Claro que sí, Lulú —terció Herminia Treaumont con cautela—, es solo que en este tipo de cuestiones existe diversidad de enfoques. Estoy segura de que Hortensia y Emma tuvieron la mejor de las intenciones al.

—Por supuesto que la tuvieron, Herminia, no seas ridícula, eso nadie lo pone en duda. —La diminuta anciana se enderezó en el sillón y miró fijamente a la bibliotecaria—. Escúcheme bien, señorita Prim, está usted ante una mujer que ha enterrado a tres maridos. Eso, según creo, me da cierta autoridad para hablar sobre el tema, y desde esa autoridad debo decirle que la igualdad no tiene nada que ver con el matrimonio. La base de un buen matrimonio, de un matrimonio razonablemente feliz

(porque no existe, desengáñese, ninguno feliz por completo), es precisamente la desigualdad, que es algo indispensable para que entre dos personas pueda existir admiración mutua. Escuche con atención lo que voy a decirle: no debe usted aspirar a un esposo igual que usted, debe usted aspirar a un esposo absoluta y completamente mejor que usted.

La bibliotecaria abrió la boca para protestar, pero un brillo acerado en la mirada de la anciana la hizo desistir del intento. Junto a la chimenea, Virginia Pille ahogaba una sonrisa.

—Me pregunto si eso que sostiene sobre la admiración —apuntó la señorita Prim— puede aplicarse solo a las mujeres o si los hombres deben casarse también con mujeres a las que admiran.

—Por supuesto que deben hacerlo. Deben aspirar a mujeres que desde uno o varios puntos de vista sean mejores que ellos. Si repasa la historia verá que la mayoría de los grandes hombres, los verdaderamente grandes, han elegido siempre a mujeres admirables.

—Pero entonces esa admiración no excluye la igualdad, señora Thiberville. Si yo admiro a mi marido y mi marido me admira a mí, estamos en igualdad de condiciones —replicó la bibliotecaria elevando dos grados su nariz.

La anciana giró con dificultad la cabeza y miró a Virginia Pille, que volvió a sonreír en silencio.

—Mi querida señorita Prim, si se fija usted un poco se dará cuenta de que solo se puede admirar aquello que no se posee. No se admira en otro una cualidad que uno mismo tiene, se admira lo que uno no tiene y ve brillar en el otro en todo su esplendor. ¿Me sigue?

—Te seguimos, Lulú —dijo Herminia Treaumont, mientras la bibliotecaria y el resto de las damas asentían con la cabeza.

—Pues bien, y esto no es sabiduría sino lógica elemental, si dos personas se admiran mutuamente ello significa que no son iguales, porque si lo fuesen no se admirarían. Son diferentes, ya que cada uno admira en el otro lo que no encuentra en sí mismo. Es la diferencia y no la igualdad lo que alimenta la admiración entre dos personas, de ahí que la igualdad no tenga nada que ver con un buen matrimonio y sí lo tenga —y mucho— la diferencia. Decir lo contrario es pura charlatanería, muy frecuente en este tiempo y muy propia de personas a las que no se les ha enseñado a razonar.

La bibliotecaria bajó la cabeza y aceptó con mansedumbre la regañina.

—En cualquier caso, Lulú —la cristalina voz de Virginia Pille llenó el salón—, lo que la señorita Prim quiere preguntarnos es qué opinamos sobre su actual situación con su jefe y sobre el hecho de que se sienta atraída por él.

—¿Le admira usted, niña? —preguntó con repentina afectuosidad la anciana.

—Supongo que en muchos sentidos sí, aunque en otros le detesto profundamente.

—Ah, eso no es un impedimento, no lo es en absoluto. Yo detesté intensamente a todos mis maridos y eso no me impidió querer muchísimo a los tres.

En ese momento Herminia Treaumont carraspeó discretamente. La bibliotecaria se giró hacia ella mientras Lulú Thiberville se recostaba en el sillón y cerraba los ojos.

—Prudencia —dijo—, me gustaría contarle algo. La he observado más de una vez en compañía de su jefe y creo que es más que posible que esa atracción que usted siente hacia él sea mutua, lo creo sinceramente.

La señorita Prim cogió lentamente una pasta de limón y se inclinó hacia delante como si hiciese un esfuerzo para oír mejor.

—¿Lo dice en serio? —preguntó—. Sé que son ustedes buenos amigos.

Lulú Thiberville abrió los ojos y tosió ruidosamente, lo que provocó que la anfitriona se levantase rápidamente para traerle un vaso de agua de la cocina.

—Somos buenos amigos, pero eso es ahora. Hace algunos años fuimos bastante más que amigos.

La señorita Prim envaró la espalda y cuadró la mandíbula.

—¡Oh!

—Por supuesto, eso fue hace mucho tiempo, todo terminó ya.

—¡Oh! —volvió a decir la bibliotecaria. Y haciendo un esfuerzo titánico por controlar su desazón, preguntó—: ¿Qué ocurrió?

Herminia Treaumont acercó su silla al fuego y tras hacer una pausa, como si realizase un gran esfuerzo por escoger las palabras, comenzó a hablar:

—No voy a darle detalles de la relación que mantuvimos porque no vienen al caso, pero sí considero importante decirle por qué rompimos. Estuvimos juntos durante una maravillosa época, pero al cabo de ese tiempo, el hombre del que yo estaba enamorada entonces se convirtió en el hombre que usted conoce ahora, y todo cambió.

—¿Le dejó usted?

—Me dejó él a mí.

La señorita Prim exhaló un casi imperceptible suspiro de alivio.

—No debería sentirse aliviada —aseveró la abeja reina, a quien no se le escapaba detalle alguno—. Si fuese usted un poco más sensata le preguntaría a Herminia por qué él la dejó.

—¿Por qué la dejó? —preguntó mansamente la bibliotecaria.

Un ruido suave en la puerta, que crujió al ser abierta, hizo que todas, excepto Lulú Thiberville, cuya artritis la obligaba a mantener una posición perpetuamente solemne, volviesen la cabeza. Un enorme gato gris de pelo largo entró en el salón, se acercó a la mesa y de un salto se subió al regazo de la anfitriona de la reunión, que sonrió con dulzura y comenzó a acariciar al animal. Entonces la voz de Herminia Treaumont sonó lejana, como si proviniese de un sueño.

—Porque yo no creía en lo que él comenzó a creer.

Durante unos instantes nadie dijo nada. En la habitación no se oía nada más que el tictac lento y acompasado del reloj que enmarcaba los acontecimientos de aquella tarde en el salón de Hortensia Oeillet. Fuera, la nieve había comenzado a aligerar su caída. Los copos eran más pequeños y ligeros, tanto que a veces parecían revolotear caprichosamente en el aire, empujados por el frío viento de febrero.

—Pero no puedo creer que ése haya sido el motivo —balbuceó al fin la bibliotecaria—. ¿Quiere decir que dejó a la mujer que amaba solo por esa razón?

—Quiero decir que cuando esa puerta se abrió ante él, todo lo que le unía a mí desapareció. Fue algo que le cambió la vida de un modo inaudito y que yo no pude o quizá no quise compartir. Oh, claro que lo intentamos, Prudencia, doy fe de que lo intentamos. Pero era tan evidente que él vivía en un mundo y yo en otro, que él hablaba un idioma y yo otro, que él veía.

—Por favor —interrumpió la señorita Prim irritada—. Por favor, no vuelvan a soltarme todo eso de que él veía cosas que los demás no conseguían ver.

—No en un sentido físico, desde luego que no —explicó Herminia con lentitud—. Lo que trato de decirle simplemente es que llegamos a un punto en que si él no me hubiese dejado, probablemente lo habría hecho yo.

La bibliotecaria se puso en pie y se acercó a la chimenea para atizar el fuego. Al hacerlo sintió sobre su espalda las miradas de las mujeres de la habitación. Solo Lulú Thiberville, hundida en el sillón con los ojos cerrados, parecía mantenerse al margen de la conversación.

—¿Lo que quiere decirme es que el hecho de que yo no crea en lo que él cree hará que no logre enamorarme realmente de él?

Herminia Treaumont acarició al gato con suavidad antes de contestar.

—No, querida, no. Lo que quiero decirle es que el hecho de que usted no crea en lo que él cree hará que nunca, jamás, él consienta en enamorarse realmente de usted.

«No puede ser», murmuró entre dientes la señorita Prim mientras salía a toda prisa de casa de Hortensia Oeillet. La velada había terminado de un modo desagradable. Era evidente que todas aquellas mujeres, a excepción de la anciana Thiberville, la miraban con lástima. Era evidente también que todas creían a pies juntillas el relato de Herminia Treaumont. Todas excepto ella, que se negaba a creer que un hombre inteligente e ilustrado pudiese permitir que sus ideas le separasen de la persona a la que amaba. Mientras hacía penosos esfuerzos por caminar sobre la nieve, cayó en la cuenta de que en aquel mismo instante tenía un problema todavía más urgente que resolver.

¿Cómo regresaría a casa con un tiempo como aquél? Su anfitriona había insistido en avisar a alguien para que la recogiese, pero la señorita Prim había manifestado firmemente su intención de no ser recogida. Ahora se daba cuenta de que había sido una insensata al marcharse así de casa de Hortensia. Debería haber esperado al jardinero de Lulú Thiberville, que hacía las veces de chofer y había quedado en recoger a la anciana a las ocho de la tarde.

Se había sentido humillada por la confesión de Herminia. Había resultado una confidencia inesperada y un gesto de incomprensible mal gusto. La señorita Prim creía firmemente que había ciertas cosas en la vida que jamás debían ser reveladas. Pero en caso de que fuese necesario hacerlo, ¿no era una charla privada el mejor medio? ¿No habría sido más correcto que Herminia hubiese aprovechado su visita al periódico para confesarle que había tenido una relación amorosa con el hombre que la empleaba? La señorita Prim no tenía dudas al respecto, como tampoco las tenía sobre el papel que su anfitriona debería haber desempeñado en el incidente. ¿No podía haberla advertido de lo que se avecinaba? ¿No podía haberle dicho que hablase en privado con Herminia? Estaba segura de que ése habría sido el modo adecuado de hacer las cosas.

Toda aquella historia era una estupidez, meditó mientras hacía esfuerzos sobrehumanos por cruzar la calle. No podía creer que su jefe se hubiese comportado de un modo tan vil. En ningún momento había mostrado hostilidad hacia ella por el hecho de que él pensase de un modo y ella, de otro. Nunca había hecho la menor insinuación acerca de que eso pudiese constituir un problema entre los dos. Aunque la relación que mantenían se ceñía oficialmente al vínculo entre patrón y empleada, extraoficialmente su trato había ido más allá. Las discusiones y conversaciones, las confidencias y los debates, todo ello superaba la barrera de un contrato. Y en todo ese tiempo

nunca había experimentado la sensación de que él la despreciase o minusvalorase por el hecho de no profesar sus creencias.

Tal vez Herminia se había engañado a sí misma, reflexionó mientras trataba de protegerse de una ráfaga de viento helado. Era una mujer delicada, inteligente y sensible, pero eso no era un obstáculo frente al autoengaño. La señorita Prim tenía una teoría propia sobre el autoengaño según la cual éste se cebaba especialmente y con mayor crueldad en los miembros del sexo femenino. Ello no significaba que el hombre no pudiese caer en ese mecanismo psicológico, pero lo hacía de un modo mucho más superficial y considerablemente menos elaborado. El autoengaño en la mujer, meditó al tiempo que hacía esfuerzos por no resbalar en una cuesta del camino, era un arma introspectiva de enorme poder y sofisticación. Una suerte de monstruo marino con inmensos tentáculos que podían extenderse a lo largo de los años y envenenar no solo a su víctima, sino a otras muchas personas a su alrededor. Ella podía atestiguarlo; conocía el proceso por experiencia. Había visto cómo ese monstruo emergía de las profundidades de la mente de su madre y había contemplado cómo se había cernido, como un calamar gigante, sobre la vida de su padre.

—¿No es un día extraño para hacer turismo, mi imprudente Prudencia?

La bibliotecaria apreciaba sinceramente la amistad de Horacio Delás, pero nunca hasta esa noche había caído en la cuenta de hasta qué punto era cierto.

—¡Horacio, no puede imaginarse la alegría que me produce verle!

Su amigo se rió ruidosamente y a continuación le ofreció el brazo.

—No vaya a creer que acostumbro a pasear en noches como ésta. Hortensia me ha llamado y me ha dicho que a estas alturas probablemente estaría ya tirada en una cuneta.

La señorita Prim sonrió aliviada.

—Ha sido una estupidez por mi parte.

—Y por lo que me han contado, no es la primera vez que ocurre.

—No —contestó bajando la cabeza.

—Vamos, no se entristezca, querida. Puedo ofrecerle un buen fuego y una cena caliente. Usted sabe que no conduzco, así que el transporte no entra en la oferta, pero llamaremos a la casa para que envíen al jardinero a buscarla después de cenar. Ahora necesita calentarse un poco, descansar y comer.

La bibliotecaria no contestó, pero se dejó conducir dócilmente calle abajo hasta la casa de su amigo. Éste abrió la puerta de su amplio jardín repleto de camelios y condujo a su invitada a través del sendero. El edificio de piedra, como el resto de las casas de San Ireneo, desprendía luminosidad a través de sus ventanas, como si invitase al caminante a hacer un alto y entrar. Después de asearse, cambiar sus botas por unas viejas zapatillas varios números mayores que el suyo y degustar una buena cena acompañada de un vino excelente, la señorita Prim fue invitada a sentarse en un sillón frente a la chimenea y disfrutar de una taza de té.

—Podría decir que estoy en la gloria, Horacio. No sabe lo bien que me siento, me quedaría aquí toda la noche.

Su anfitrión, que saboreaba un vaso de whisky, sonrió complacido.

—Puede usted hacerlo, aunque no creo que fuese del agrado de su jefe. Enviará a buscarla en una hora.

—No, no creo que lo fuese —respondió la bibliotecaria riéndose—. ¿Por qué todos los habitantes de San Ireneo son tan buenos anfitriones? Nunca faltan dulces, pasteles o asados de-

liciosos, un buen fuego y conversación animada en sus reuniones.

—Son los vetustos placeres de la vieja civilización, Prudencia.

—Supongo que sí —suspiró ella mientras dejaba caer las enormes babuchas y acercaba sus pies desnudos al fuego, cuyo crepitar era el único sonido en la habitación.

A través de las ventanas podía verse caer la nieve, que ahogaba los improbables sonidos que pudiesen escucharse en el pueblo a aquella hora. La señorita Prim fijó la vista en el fuego. Empezaba a calibrar el verdadero alcance de lo que había pensado, dicho y escuchado a lo largo del día. Y el resultado no le agradaba.

—Creo que hoy he hecho una verdadera tontería —dijo como si hablase consigo misma.

—¿Se refiere a intentar volver sola a casa? No es para tanto, no ha pasado nada. No vale la pena darle más vueltas.

—Me refiero a haber confesado públicamente que me siento atraída por el hombre para el que trabajo, cuando en este momento no tengo claro que ello sea cierto.

La bibliotecaria creyó que su anfitrión no había oído sus palabras, pero pronto se dio cuenta de que estaba equivocada.

—He sido una estúpida, ¿no es cierto?

Horacio Delás se sirvió otros dos dedos de whisky antes de contestar.

—Yo no diría estúpida, naturalmente, pero sí un poco imprudente.

Su invitada sonrió sin apartar la vista del fuego.

—¡Qué diferentes son ustedes dos! Él no habría tenido piedad conmigo.

—Claro que la hubiese tenido, Prudencia, no sea tan dura con él. Le conozco lo suficiente para saber que nunca le haría daño deliberadamente.

—¿Eso es una advertencia? —preguntó ella con altivez.

—En absoluto, por supuesto que no. Yo no conozco sus sentimientos, querida, no puedo decirle si siente algo más que simpatía e interés por usted. ¿Pero no acaba de decirme que ya no está segura de que sienta esa atracción de la que habla?

La bibliotecaria desvió la mirada y no contestó.

—Ya veo —dijo su amigo—. En ese caso me temo que no le queda otro remedio que averiguar si es usted correspondida.

—O más bien si existe algún impedimento para que lo sea.

—Ahora sí que no la sigo —apuntó él mirándola con curiosidad.

En pocas palabras, la señorita Prim narró las incidencias del cónclave extraordinario.

—¿Cree que puede ser cierto? ¿No le parece que de ser cierto sería el colmo de la intolerancia y del fanatismo? ¿Le parece posible? Usted le conoce bien.

—Le conozco bien, pero no estoy en su piel, amiga mía. Me temo que la única forma de obtener una respuesta al respecto es preguntárselo.

—¿Preguntárselo? Pero eso es imposible, eso sería como confesarle mis sentimientos; es completamente absurdo.

—No tan deprisa, Prudencia. ¿No me ha dicho usted que ése fue el motivo por el que rompió con Herminia?

La bibliotecaria asintió con un gesto de cabeza.

—Pues es de Herminia de quien tiene que hablar, no de usted. Es de la relación que mantuvo con ella de lo que debe

hablar. Creo que ése es el primer tramo del camino y creo que debe iniciarlo cuanto antes. No hará falta que le diga que le deseo toda la suerte del mundo en la tarea.

La señorita Prim calló pensativa durante unos instantes. Después, retiró los pies del fuego, se puso despacio las medias y las botas y miró con seriedad a su anfitrión.

—Tiene usted una mente maravillosamente femenina, Horacio. No, no proteste, por favor, sé que no lo considera un cumplido. Pero el caso es que yo sí lo considero un cumplido; lo considero un gran y absoluto cumplido.

Antes de que su amigo pudiese replicar, la campana de la puerta comunicó a ambos que el jardinero esperaba y la velada había llegado a su fin.

La señorita Prim durmió mal aquella noche. No acertaba a comprender cómo había podido ser tan impulsiva. Lejos de sentirse aliviada por haber confesado por fin que su jefe le importaba más de lo que nunca se había atrevido a reconocer, se sentía agitada. No podía dejar de pensar que una vez expresado con palabras, lo que sentía parecía haber adquirido tintes desproporcionados. Las mujeres de San Ireneo de Arnois, aunque bienintencionadas, habían interpretado sus sentimientos como una declaración de amor, casi como una propuesta de matrimonio. ¿Por qué otra razón una anciana como Lulú Thiberville habría querido instruirla en los fundamentos de la vida marital? La bibliotecaria se agitó angustiada ante la perspectiva de que las damas de San Ireneo comenzasen a trabajar para casarla con el hombre del sillón. ¿Es que nadie las había informado nunca de que no todas las atracciones entre hombre y mujer desembocan en una relación sentimental? ¿Es que a esas alturas no sabían, siquiera, que no todas las relaciones sentimentales tienen como fin el matrimonio? La señorita Prim había ido suavizando su juicio sobre el vínculo conyugal, pero ello no significaba que hiciese de él un absoluto. Además, había que tener en

cuenta otros factores. ¿Y si su jefe se enteraba de la celebración de aquel cónclave femenino en casa de Hortensia? ¿Y si en el fondo se había equivocado y él no sentía el más mínimo interés por ella?

Abrumada por esos temores, saltó de la cama, se puso un abrigo y salió sigilosamente de su habitación. La casa estaba en silencio. Pasó de puntillas por delante de los dormitorios de los niños, cruzó el distribuidor y bajó las escaleras hasta llegar al amplio hall del piso de abajo. La puerta principal estaba abierta, siguiendo la costumbre de San Ireneo, donde las puertas cerradas se consideraban un desaire a los vecinos.

Nada más salir al jardín, una ráfaga de aire helado la dejó sin aliento. Tiritando, calculó que podría permanecer fuera unos cinco minutos. Había utilizado aquel truco desde niña. Cuando no podía conciliar el sueño, se levantaba en mitad de la noche y salía a la calle, donde permanecía hasta que el viento, la lluvia o el calor la hacían echar de menos la tranquilidad de su dormitorio. En ese momento volvía a entrar y dormía plácidamente el resto de la noche.

—Prudencia, tiene usted la rara costumbre de desafiar el frío con calzado ligero. Yo que usted volvería a su habitación y me pondría unas botas de nieve.

La señorita Prim se giró sobresaltada al oír la voz del hombre del sillón.

—¿Le he despertado? —dijo—. Lo siento mucho, he intentado hacer el menor ruido posible.

Él sonrió suavemente, se cruzó el abrigo y se sopló las manos para tratar de calentárselas.

—No me ha despertado, a estas horas siempre estoy despierto.

—¿Como los búhos? —preguntó la bibliotecaria con una sonrisa burlona.

—Más bien como los perros pastores. Eksi tiene pesadillas algunas noches, se despierta llorando entre las dos y las tres de la mañana. Es la oveja más frágil de mi rebaño.

—¿De verdad? No la he oído nunca.

—Llora con mucha delicadeza, hay que estar despierto para oírla.

La señorita Prim asintió pensativa. Después se frotó vigorosamente las manos.

—¿Qué le parece si entramos y tomamos una bebida caliente? Está usted helada, Prudencia.

—Cuando propone usted tomar una bebida caliente, ¿se refiere a un whisky? —preguntó ella con malicia.

—Cuando propongo tomar una bebida caliente, me refiero a un cacao, a un chocolate o a un ponche de leche y ron. Nada que pueda emborracharla.

La bibliotecaria se rió y ambos entraron de nuevo en la casa. El hombre del sillón abrió la puerta de la biblioteca, encendió una pequeña lámpara y se arrodilló delante de la chimenea para encender el fuego.

—¿Va a encender la chimenea? Hace suficiente calor aquí dentro.

—Lo sé, pero no concibo una habitación en invierno con la chimenea apagada. El fuego es mucho más que un medio para calentar una habitación, para mí es el corazón de cualquier hogar.

—No voy a discutirle eso —contestó ella riendo—. No a estas horas y mientras sea usted el que se ofrezca a encenderlo. ¿Quiere que prepare unas tazas de cacao?

—Sería estupendo —murmuró él mientras avivaba la lumbre.

La señorita Prim se dirigió a la vieja cocina de la casa y comenzó a preparar el cacao. Aquélla era su oportunidad para seguir el consejo de Horacio y preguntar a su jefe sobre su pasado sentimental. Mientras removía lentamente la bebida con una cuchara de palo, se hizo consciente de la enorme dificultad de la operación. ¿Cómo iba a preguntarle por su relación con una mujer cuando oficialmente no conocía aquel vínculo? Claro que, reflexionó, realmente tampoco tenía nada de extraordinario que pudiese conocerlo. No en un pequeño pueblo en el que todo el mundo sabía del pasado de los demás.

Cuando regresó a la biblioteca, en la chimenea lucía un vivo y esplendoroso fuego. Dejó la bandeja sobre la mesa de té y se acomodó en una de las butacas, mientras el hombre del sillón hacía lo propio en la otra. Después sirvió las tazas, cogió un bizcocho de mantequilla, se quitó las zapatillas y acercó los pies al fuego.

—No me había contado nunca que Herminia y usted tuvieron en el pasado una relación amorosa — dijo con estudiada ligereza y sin atreverse a levantar la vista de la taza.

Él removió lentamente el cacao y bebió un sorbo antes de contestar.

—Hay muchas cosas en mi vida que no le he contado. No sabía que tuviera que hacerlo, aunque si es importante para usted no tengo inconveniente alguno en comenzar ahora.

La señorita Prim enrojeció, retiró los pies de la chimenea y los colocó en el sillón.

—Por supuesto que no tiene que hacerlo. Pero hemos hablado tantas veces de Herminia que me parece sorprendente que no haya surgido el tema, simplemente.

—Simplemente —repitió él en voz baja.

Ambos permanecieron unos minutos con la mirada fija en el fuego. Desde el fondo de la casa llegó el lejano y familiar sonido de tres campanadas en un reloj.

—Todo el mundo sabe que las mujeres sentimentales son también curiosas y maledicentes —continuó súbitamente la bibliotecaria—. Así que, explíqueme, ¿por qué rompieron su relación?

El hombre del sillón la miró divertido.

—Si hay algo de lo que estoy convencido, Prudencia, es de que no es usted una persona curiosa.

La señorita Prim sonrió mientras se incorporaba para quitarse el abrigo.

—No, no lo soy, pero amo la sociología, ¿recuerda? Me interesa la naturaleza humana.

—A los sociólogos no les interesa la naturaleza humana. Los sociólogos se contentan con estudiar la conducta humana en comunidad, que es algo bastante más reducido y mucho menos interesante.

La bibliotecaria levantó la vista y miró plácidamente a su jefe. Estaba firmemente decidida a no dejarse provocar. Claro que no iba a ser una tarea fácil, nada que tuviese que ver con él podía ser una tarea fácil. Habría sido muy ingenuo pensar lo contrario.

—¿La dejó usted?

—No.

—Eso es muy elegante, pero no es cierto.

—Si sabe que no es cierto, ¿por qué me lo pregunta? No me conoce en absoluto si cree que voy a vanagloriarme de haber roto con una mujer —respondió él con brusquedad.

La señorita Prim se mordió el labio y cambió de postura en su sillón. Aquello iba a ser difícil, muy difícil, extraordinariamente difícil.

—Estoy segura de que no lo hubiese hecho de no existir una razón poderosa. Y conste que también sé que no tengo derecho alguno a preguntárselo.

—En eso tiene usted razón. No tiene derecho alguno a preguntármelo.

En condiciones normales, la bibliotecaria habría terminado allí su interrogatorio. Profundamente avergonzada, se hubiese disculpado y habría corrido escaleras arriba en busca de un refugio seguro para su oprobio. Pero aquéllas no eran en absoluto unas condiciones normales. Aquella noche la señorita Prim se sentía poseída por una fiebre interrogadora que la impulsaba a seguir preguntando más allá de los límites que marcaba la cortesía, más allá de la misma prudencia, más allá incluso del sentido común. Deseaba saber la verdad, necesitaba saberla, no iba a cejar en su empeño hasta lograr conocerla.

—¿Fue por sus ideas? ¿Quizá porque usted es extremadamente religioso y ella no?

Él miró pensativo la taza que su empleada sostenía sobre las rodillas. Después sacudió la cabeza lentamente y sonrió.

—¿Ideas, Prudencia? Entonces ¿cree usted que la fe es una idea? ¿Cree que se trata de una ideología? ¿Algo así como la economía de mercado, el comunismo o la lucha por los derechos de los animales? — Su tono era ahora ligeramente burlón.

—En cierto modo, sí —replicó ella con altivez—. Es un modo de ver el mundo, una visión sobre cómo debe ser la existencia, además de una valiosa ayuda para suavizar las dificultades de la vida.

—¿De verdad piensa usted eso?

—Naturalmente. Y lo pienso, en parte, gracias a usted. ¿Por qué si no una persona tan sensata, inteligente y racional habría decidido intentar convertirse?

Él apoyó la cabeza entre las manos y esbozó una media sonrisa.

—¿Intentar? Es usted un verdadero diamante en bruto, señorita Prim.

—Eso no pretende ser un cumplido, ¿no es cierto? —murmuró ella con tristeza.

En lugar de responder, el hombre del sillón se levantó y se acercó a la chimenea. Cogió el atizador, reavivó el fuego y con la mirada fija en las llamas comenzó a hablar.

—Nadie intenta convertirse, Prudencia. Se lo dije una vez, pero está claro que no lo comprendió. ¿Ha visto alguna vez a un adulto cuando juega a dejarse atrapar por un niño? El niño tiene la impresión de que ha sido él quien ha capturado al adulto, pero todos los que contemplan el juego saben perfectamente lo que ha ocurrido en realidad.

—Console-toi, tu ne me chercherais pas si tu ne m'avais trouvé, ¿no es eso? —murmuró la bibliotecaria— «No me buscarías si no me hubieses encontrado ya».

—Exactamente. Veo que ha leído a Pascal. Nadie comienza esa búsqueda si no se ha encontrado ya con lo que busca. Y nadie encuentra lo que busca, a El que busca, si éste no toma la iniciativa de dejarse encontrar. Créame cuando le digo que se trata de una partida en la que todas las cartas están en una misma mano.

—Habla usted como si creer fuese algo irresistible, pero no es cierto. Se puede decir no. El niño puede decir al adulto: «No quiero jugar, déjame en paz».

El hombre del sillón apuró el fondo de la taza. Después se acomodó en su asiento y miró fijamente a su empleada.

—Por supuesto que se puede decir no. Y desde muchos puntos de vista, la vida es mucho más sencilla cuando se dice no. Lo normal es que incluso el que dice sí, mire hacia atrás y se dé cuenta de que ha dicho muchas veces no a lo largo de su vida.

La bibliotecaria levantó las cejas.

—¿La vida es mucho más sencilla cuando se dice no? La vida es mucho más sencilla y fácil de soportar cuando uno cree que no se acaba en un ataúd bajo tierra. No lo niegue, es puro sentido común.

Él se levantó y volvió a atizar el fuego.

—Como creencia teórica puede ser un comodín durante un tiempo, sin duda alguna. Pero las creencias teóricas no salvan a nadie. La fe no es algo teórico, Prudencia. Una conversión es algo tan teórico como un disparo en la cabeza.

La señorita Prim volvió a morderse el labio. La conversación no discurría por los derroteros que ella había previsto. Todo aquello resultaba muy revelador, pero ella no quería hablar de conversión, no le interesaba en absoluto hablar de religión. Lo único que deseaba saber es por qué ese tiro en la cabeza había acabado con la relación de su jefe con Herminia Treaumont.

—Entonces ¿fue por eso? —inquirió con terquedad—. ¿La dejó usted por eso?

Él la miró en silencio durante unos segundos, como si intentase adivinar qué había tras aquella pregunta.

—¿Le parecería absurdo si fuera así?

—Me parecería que en realidad no la amaba.

—No, en eso se equivoca —respondió con firmeza—. Sí que la amaba, la amaba profundamente. Pero llegó un día o

quizá un momento, no lo sé, en que me di cuenta de que ella estaba dormida, mientras yo me encontraba plena, absoluta y totalmente despierto. Había trepado como un gato trepa a un tejado y veía extenderse ante mí un horizonte hermoso, terrible y misterioso. ¿Si la quería, dice? Claro que la quería. Quizá si la hubiese querido menos, quizá si me hubiese importado menos, no habría necesitado romper.

La señorita Prim, que había comenzado a sentir un dolor familiar en el estómago, se aclaró la voz antes de volver a hablar.

—Yo creía que las personas religiosas estaban más cerca de los demás que el resto de la gente.

—No puedo hablar por el resto, Prudencia. Sé lo que ha supuesto para mí y no pretendo hablar por nadie más. Ha sido mi piedra de toque, el paralelo que ha partido en dos mi vida y que le ha dado un sentido absoluto. Pero la engañaría si le dijese que ha sido fácil. No resulta fácil, y quien le diga lo contrario se engaña. Supuso un desgarro, una catarsis intelectual, una cirugía a corazón abierto. Como un árbol cuando lo arrancan de la tierra y lo plantan en otro lugar, como lo que uno piensa que debe

experimentar una criatura cuando afronta la terrible belleza del nacimiento.

El hombre del sillón hizo una pausa.

—Y hay algo más —continuó—, algo que tiene que ver con la capacidad de mirar más allá del instante, con la necesidad de escudriñar el horizonte, de estudiarlo con el mismo celo con el que un marino estudia una carta de navegación. No se sorprenda, Prudencia, la mía es una historia vieja como el mundo. No he sido el primero y tampoco seré el último. Sé lo que está pensando. ¿Volvería atrás si pudiese? No, claro que no volvería atrás. ¿Puede acaso un hombre despierto querer vivir dormido?

La señorita Prim se cruzó la bata y se miró las manos enrojecidas por el calor. Así que, finalmente, todo era cierto. Qué ingenua había sido al pensar que aquello constituía únicamente una parte de su personalidad; qué poca perspicacia había tenido al no intuir que, fuese lo que fuese lo que había cambiado su forma de ser, se trataba de algo poderoso, algo profundo y perturbador. Herminia tenía razón. Nunca antes había visto esa mirada encendida en sus ojos. Nunca se había percatado de aquella expresión de fuerza, de convicción, de áspera y extraña alegría.

—Entonces no hay esperanza —murmuró con un suspiro—. ¿No es cierto?

Él la miró pensativo antes de contestar.

—¿Esperanza, Prudencia? Claro que hay esperanza. Yo tengo esperanza, mi vida entera es pura esperanza.

La bibliotecaria se levantó y recogió la bandeja con cuidado.

—Es muy tarde. Si no le importa, me voy a dormir. Estoy cansada y yo, al contrario que usted, esta noche carezco de esperanza.

Antes de que el hombre del sillón pudiese contestar, la señorita Prim había cerrado silenciosamente la puerta de la habitación tras de sí.

Prudencia Prim dobló cuidadosamente su kimono verde jade antes de meterlo en la maleta. En realidad, reflexionó con tristeza mientras guardaba un par de zapatos en una funda de algodón, el trabajo ya no la retenía allí. La biblioteca del hombre que la había contratado se encontraba perfectamente clasificada y ordenada. Los libros de historia estaban en los estantes de historia; los de filosofía, en los destinados a filosofía; la literatura y la poesía descansaban en el lugar adecuado; la ciencia y la

matemática ocupaban al milímetro su espacio, y la teología —la gran pasión de aquella casa, la reina absoluta de la biblioteca— lucía imponente, pulcra y perfecta. Mientras observaba de vez en cuando el reflejo de sus ojos enrojecidos en el espejo, recordó su primera conversación, meses atrás, con el hombre que la había contratado.

—¿Sabe qué es esto, señorita Prim?

—No, señor.

—De Trinitate Libri.

—¿San Agustín?

La señorita Prim sonrió con melancolía y siguió guardando parte de su vestuario. No pretendía irse inmediatamente. Pensaba dejar en el armario prendas de ropa para varios días, los necesarios para despedirse y decidir con tranquilidad lo que debía hacer a continuación. No podía seguir allí. No ahora que sabía lo que sentía, no ahora que sabía también que no era ni podría ser correspondida. ¿Pero adónde iría? Y sobre todo, ¿cómo explicaría su marcha? Lentamente se acercó al ventanal de su dormitorio, descorrió las cortinas y echó un vistazo al exterior. La mañana era fría y bajo la luz del sol la nieve brillaba como mármol pulido. Se había despertado tarde. Después de todo, tras la conversación de la noche anterior, no le quedaban demasiadas cosas por hacer, fuera de enfrentarse con su jefe para comunicarle que dejaba la casa.

Pese a la tristeza y la decepción que la embargaban, también se sentía aliviada. Los últimos días habían sido demasiado agitados para una mujer como ella, acostumbrada al orden, el equilibrio y la pulcritud. Había meditado demasiado, se había preocupado demasiado, había revisado una y otra vez las palabras, evaluado los gestos, registrado las sonrisas, analizado las miradas. El romance, reconoció con infinita sabiduría, puede ser una carga extraordinariamente pesada para la psique femenina. Ahora lo que necesitaba era un lugar agradable y lejano

donde descansar, un refugio donde escribir, una Arcadia donde rodearse de belleza y disfrutar del esplendor en la hierba y de las glicinias en flor.

Claro que también le dolía la herida, no quería ni podía negarlo. Hacía mucho tiempo que no experimentaba aquella sensación de angustia en el estómago, aquella dificultad para ordenar sus pensamientos, aquella imposibilidad de mirar al horizonte y vislumbrar algo de luz. Sin embargo, todo eso pasaría. La señorita Prim lo sabía con certeza. Se conocía lo suficiente como para poder calibrar cuáles serían los límites temporales de su tristeza. En primavera, como mucho a principios del verano, el sol volvería a brillar.

—¿Puedo hablar un momento con usted?

La bibliotecaria abrió con cautela la puerta del despacho del hombre del sillón. Inclinado sobre un documento, éste le indicó con un gesto que se acercara a la mesa y se sentara. Ella, obediente, tomó asiento. Durante unos minutos, los necesarios para ensayar mentalmente cómo comunicar la noticia de su marcha, el único sonido que se escuchó en la habitación fue el crepitar del fuego en la chimenea.

—Fíjese en esto, Prudencia —dijo él mientras le tendía la copia en facsímil de dos pequeños fragmentos de papiro.

La señorita Prim suspiró y miró el rostro del hombre del sillón. No había en él huella alguna de no haber dormido. No había rastro de ningún tipo de tensión o nerviosismo. No se atisbaba ningún indicio de que la conversación mantenida la madrugada anterior pudiese haber alterado de alguna forma su estado de ánimo.

—¿Está usted bien? —preguntó él, preocupado al observar la palidez de su empleada—. Parece cansada.

La bibliotecaria aseguró que se encontraba perfectamente y que su palidez se debía única y exclusivamente a la falta de sueño.

—Estuvimos charlando hasta muy tarde ayer, es cierto. Mire esto —dijo señalando con un gesto el manuscrito—. ¿Qué le parece? ¿Había visto alguna vez algo así?

La señorita Prim examinó la copia con atención.

—¿Qué es?

—Un facsímil del P52, mundialmente conocido como papiro Rylands.

—Déjeme que adivine. ¿Un trocito del Libro de la Sabiduría? ¿O quizá del Libro de Daniel?

—Ni uno ni otro, no tiene usted suerte. Son unos versículos del Evangelio de San Juan. Fíjese bien, está escrito en griego koiné. Observe estas líneas.

> ΡΗΣΩ ΤΗ ΑΛΗΘΕΙΑ ΠΑΣ Ο ΩΝ ΕΚ ΤΗΣ ΑΛΗΘΕΙ ΑΣ ΑΚΟΥΕΙ ΜΟΥ ΤΗΣ ΦΩΝΗΣ ΛΕΓΕΙ ΑΥΤΩ Ο ΠΙΛΑΤΟΣ ΤΙ ΕΣΤΙΝ ΑΛΗΘΕΙΑ ΚΑΙ ΤΟΥΤΟ[3]

—Estoy seguro de que incluso una ilustre jacobina como usted ha oído alguna vez esto. ¿Quiere que se lo traduzca?

La bibliotecaria no contestó. Después examinó los dos amarillos y diminutos fragmentos.

—¿Es muy antiguo?

—El más antiguo encontrado hasta ahora. Está fechado alrededor del año 125 d. C. Fue hallado en el desierto de Egipto por Grenfell, un egiptólogo inglés. La opinión mayoritaria lo sitúa unos treinta años después del original que escribió Juan en

---

3 «Todo el que es de la verdad escucha mi voz. Y dice Pilato: ¿qué es la verdad?», Jn, 18, 37-38.

Éfeso. ¿Le parece mucho? Vamos, venga aquí. voy a enseñarle algo.

El hombre del sillón abrió un enorme archivo situado en un extremo de su despacho, del que fue extrayendo lo que la señorita Prim identificó como facsímiles de distintos papiros, pergaminos y códices.

—¿Sabe lo que es esto? —preguntó señalando uno de ellos.

La bibliotecaria negó con la cabeza.

—Es uno de los papiros de Oxirrinco. ¿Ha oído hablar de los papiros de Oxirrinco?

La señorita Prim, sin abandonar la mímica, reafirmó su negativa.

—También se los debemos a Grenfell. Los encontró junto a Arthur Hunt, otro arqueólogo británico, a finales del siglo XIX en un vertedero de basura cerca de Oxirrinco, en Egipto. Desenterraron muchos fragmentos de grandes obras de la Antigüedad; este que tiene ahora en la mano me parece que le va a encantar. Es un extracto de La República de Platón.

—¿De verdad? —preguntó la bibliotecaria con admiración.

—De verdad. ¿Sabe cuántos años separan a Platón de los primeros fragmentos que tenemos de sus obras?

—No tengo ni idea.

—Yo se lo diré: aproximadamente mil doscientos. Los textos que tenemos del pensamiento de Platón y, a través de ellos, del de Sócrates, las obras que todos hemos leído y estudiado, son copias realizadas más de diez siglos después de que se escribieran los originales.

La señorita Prim examinó con atención la copia del papiro, mientras su jefe sacaba del archivo un voluminoso manuscrito.

—¿Y esto? ¿Se le ocurre qué puede ser esto?

La bibliotecaria, que parecía haber olvidado el motivo de su visita, examinó el manuscrito.

—Veamos —dijo con una sonrisa—, esto puedo descifrarlo. Al menos es latín. ¿Tácito?

El hombre del sillón negó con la cabeza.

—Julio César. De Bello Civili, La guerra civil. Este manuscrito es el Laurentianus Ashburnhamensis, el más antiguo que se conserva de esa obra. ¿Sabe de qué época es? No, claro que no lo sabe. Es del siglo X, algo más de mil años después de que César escribiera el original. La copia más antigua que tenemos de Los comentarios a la guerra de las Galias es de unos novecientos cincuenta años después del original.

—¡Qué interesante es todo esto! —murmuró la bibliotecaria.

Su empleador volvió a coger el facsímil del papiro Rylands.

—Interesante se queda corto, Prudencia, es absolutamente fascinante. ¿Comprende ahora lo que es el Rylands? ¿Sabe cuántas copias solo en griego koiné tenemos de lo que escribieron los cuatro evangelistas? Alrededor de cinco mil seiscientas. ¿Sabe cuántas tenemos, por ejemplo, de Los comentarios a la guerra de las Galias? Diez copias, únicamente diez. Y ahora, fíjese —dijo mientras examinaba otro facsímil—, ¿qué tal se lleva con Homero?

La señorita Prim aseguró que si alguna vez tuviera la desgracia de ser condenada a cadena perpetua, se llevaría consigo a su encierro a Homero. Mientras el hombre del sillón continua-

ba hablando con extraordinario entusiasmo de papiros, pergaminos y copias, la bibliotecaria recordó con tristeza el motivo de su visita. Le echaría de menos, eso era evidente; pero no únicamente a él, sino también todo aquello que tenía que ver con él. Las charlas, las lecturas, los debates, los niños, los libros y el propio San Ireneo.

—Ahora que ha terminado con la biblioteca —decía en ese momento su jefe—, tal vez podría ayudarme a clasificar todo este material. Tengo que dar una conferencia en Londres el mes que viene sobre los papiros Bodmer.

—Me temo que eso no va a ser posible —respondió la señorita Prim resistiendo heroicamente la tentación de preguntar qué era un papiro Bodmer.

Él la miró sorprendido.

—¿Por qué?

La bibliotecaria cruzó las piernas con cuidado y tomó aire antes de hablar.

—Porque creo que he terminado mi labor aquí. He venido a decirle que he decidido marcharme. Ya he terminado el trabajo, así que no veo motivo alguno para prolongar mi estancia.

Sin decir una palabra, el hombre del sillón guardó los documentos y los devolvió al archivo del que los había sacado. Después se acercó a la chimenea, liberó una butaca llena de libros e indicó con un gesto a su empleada que se sentase.

—¿Ha ocurrido algo que yo deba saber, Prudencia? —preguntó.

—En absoluto.

—¿Alguien la ha ofendido o disgustado en esta casa?

—Siempre me han tratado maravillosamente.

—¿Tal vez he sido yo? ¿He dicho algo que la haya molestado? ¿Alguna de esas faltas de delicadeza de las que me acusa continuamente?

La señorita Prim bajó la cabeza para ocultar su rostro.

—No tiene nada que ver con usted —murmuró.

—Míreme, por favor —dijo él.

La bibliotecaria levantó la cabeza y al hacerlo se dio cuenta de que debía buscar de inmediato una excusa, de que tenía que idear rápidamente una explicación si no quería que él descubriese o, al menos, intuyese la razón de su marcha.

—Necesito ir a Italia —dijo de pronto.

—¿Necesita ir a Italia? ¿Por qué?

La señorita Prim, temblorosa, jugueteó nerviosamente con su sortija de amatistas.

—Tiene que ver con mi formación. Ninguna educación femenina está completa si no se ha vivido un tiempo en Italia.

—¿Pero todavía necesita acumular más formación? ¿Con qué objeto? —preguntó él, asombrado—. ¿Es que trata usted de batir algún récord?

La bibliotecaria esbozó una sonrisa al ver aquel rostro de absoluto desconcierto.

—Se ve que no escucha usted lo suficiente a su madre —dijo con los ojos brillantes—. Tiene una hermosa teoría sobre la buena influencia que ejerce la vida en Italia en la conversación y las maneras de cualquier miembro del sexo femenino.

—¿Habla usted en serio?

—Completamente en serio.

El hombre del sillón bajó la cabeza y miró al suelo antes de volver a hablar.

—Esa teoría es una soberana estupidez. Lo sabe, ¿verdad?

—Le recuerdo que está usted hablando de su madre —dijo la bibliotecaria con fingido reproche—. Dudo mucho que haya dicho alguna vez en su vida una sola estupidez.

—Pues me temo que en esta ocasión sí lo ha hecho.

—En cualquier caso, voy a irme. Necesito viajar, llevo demasiado tiempo aquí.

—Yo creía que estaba usted a gusto —murmuró él.

Consciente de que no podría dominar mucho tiempo sus emociones, la señorita Prim se puso en pie con resolución.

—No se ponga sentimental —señaló con aparente despreocupación mientras comenzaba a andar hacia la puerta.

—La echaré de menos, Prudencia —dijo el hombre del sillón levantando la cabeza.

—Eso es muy cortés, pero no demasiado cierto, y usted lo sabe.

—¿De verdad cree eso? —preguntó él con voz ronca un segundo antes de que la bibliotecaria abriese la puerta y abandonase la habitación.

La señorita Prim cerró la puerta del despacho y caminó apresuradamente rumbo a su dormitorio. Cruzó el corredor hasta llegar al distribuidor de la primera planta, subió un tramo de escaleras, avanzó a lo largo de un pasillo y finalmente llegó a su habitación. A continuación cerró la puerta con cuidado, se quitó los zapatos, se tumbó en la cama y, después de contemplar unos segundos el artesonado de su cuarto, se echó a llorar con desconsuelo. ¿Por qué lloraba continuamente? Ella no había sido nunca una mujer sentimental. Si era sincera consigo misma, y en aquel momento no le resultaba difícil serlo, lo que sentía por aquel hombre no se podía calificar de amor. Había sido una atracción forjada prácticamente a contracorriente, tal vez

un desafío, incluso puede que un enamoramiento ligero, pero no era amor. ¿Lloraba entonces por despecho? Seguramente así era, suspiró mientras se secaba las lágrimas. Por algún motivo, uno que muy probablemente tenía que ver con su suficiencia y su vanidad, en los últimos días se había convencido de que él correspondía a sus sentimientos. Y bien pudiera ser que sintiera algún tipo de atracción por ella, eso no podía excluirlo, pero con toda seguridad no era nada parecido al amor.

Perdida en esos pensamientos, oyó un suave crujido que provenía de la puerta. Alguien se había detenido en el pasillo, aunque no parecía dispuesto a manifestar su presencia. La bibliotecaria se levantó de la cama y se acercó sigilosamente al umbral. Con el corazón acelerado y sin esperar a que el sonido volviese a repetirse, cogió el pomo con fuerza y abrió enérgicamente la puerta.

—¿Qué haces ahí? —preguntó con sorpresa.

La rubia y desgreñada cabeza de Septimus dio un paso atrás.

—No estaba escuchando —dijo con perfecta convicción.

La expresión de la señorita Prim se dulcificó y con un gesto de cabeza indicó al niño que entrara.

—Se va usted, ¿no es cierto? —dijo éste tras observar la maleta a medio hacer sobre la cama.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Nuestro jardinero. Lo oye todo por la ventana del despacho. ¿Por qué llora? ¿Le ha pegado alguien?

La bibliotecaria, que en aquel momento plegaba con delicadeza una blusa de punto de seda, se sobresaltó.

—¿Pegarme? Por supuesto que no me han pegado. ¿Es que tú solo lloras cuando te pegan?

El niño meditó unos segundos.

—Yo nunca lloro —dijo con firmeza—. Ni siquiera cuando alguien me pega.

—Eso está bien —se oyó decir a sí misma la señorita Prim—. Quiero decir que a veces hay que llorar, pero está bien que no sea por cualquier cosa.

—Tal vez podría llorar en una guerra —reflexionó el pequeño—. En una guerra probablemente podría hacerlo. Seguramente está justificado.

—Completamente justificado —aseveró ella.

—Oiga —dijo Septimus al observar las lágrimas que se deslizaban silenciosamente por el rostro de la bibliotecaria—, me gustaría que no llorara tanto.

—Siento no poder complacerte. Pero al contrario que tú, yo también lloro en tiempos de paz.

El pequeño observó con detenimiento aquel rostro enrojecido y después paseó la vista con interés por los numerosos frascos de cosmética que había sobre la chimenea.

—¿Qué puedo hacer para que no llore?

—Me temo que nada —respondió conmovida la señorita Prim—. Esto no te va a servir ahora que eres pequeño, Septimus, pero cuando te hagas mayor y veas a una mujer llorar, recuerda que lo mejor que puedes hacer es no hacer absolutamente nada.

—Eso es muy fácil.

La bibliotecaria se echó a reír mientras hacía lo posible por enjugarse las lágrimas.

—¿Fácil? Espera a ser mayor. No hay nada más difícil.

—Seguramente ir a la guerra es más difícil y también cazar una ballena con arpones —respondió el pequeño con la atención puesta al otro lado del ventanal.

—Quizá cazar una ballena con arpones lo sea —concedió la bibliotecaria.

—¿Sabe qué? —dijo el niño con la mirada clavada en el suelo—. Creo que vamos a echarla de menos.

—Yo también a vosotros —murmuró ella—. Ven aquí. ¿Me darías un beso?

El pequeño dio un paso atrás de inmediato.

—No —respondió con resolución—, nada de besos. Nunca doy besos. No me gustan los besos.

—Creo que ese problema también se arreglará cuando seas mayor —sonrió la bibliotecaria.

—No apueste por eso —replicó el niño antes de dirigirse a la puerta y salir corriendo.

—Así que se va usted —suspiró la señora Rouan mientras ofrecía asiento a la señorita Prim en la vieja mesa de mármol de la cocina.

La bibliotecaria se sentó y aceptó una taza de consomé de pato que la cocinera le ofreció con amabilidad.

—Así es, señora Rouan, me voy.

En la chimenea lucía un alegre fuego y un enorme puchero cocía sin prisa sobre la vieja cocina de leña. Fuera, el sol parecía haberse escondido y unas oscuras nubes presagiaban otra noche de nieve.

—Vamos a extrañarla —murmuró la mujer—. Y usted sabe que las cosas no han sido fáciles entre nosotras.

—No, no lo han sido —dijo suavemente la bibliotecaria.

—No me gustan los cambios, nunca me han gustado. Y si le digo la verdad —la cocinera echó una furtiva mirada al puchero—, tampoco me gusta ver mujeres nuevas en la casa.

Cada una hace las cosas a su manera y bien sabe Dios que con los años es difícil cambiar.

La señorita Prim sonrió con dulzura.

—Lo entiendo perfectamente, señora Rouan. Y quisiera pedirle disculpas por todas las veces que haya podido ser molesta o poco delicada con usted.

La cocinera sonrió a su vez y alargó una de sus viejas y gruesas manos para dar unas palmaditas en la mano de la señorita Prim.

—Oh, las dos hemos sido bien cabezotas, señorita. Yo no soy una mujer fácil, no lo he sido nunca. Y estoy acostumbrada a que las cosas funcionen a mi manera. La madre del señor, por ejemplo, también con ella tuve mis más y mis menos al principio.

—¿De verdad? —preguntó la bibliotecaria mientras intentaba sin éxito imaginar a la madre de su jefe discutiendo sus puntos de vista con la cocinera.

—Claro que ella es una vieja dama, conoce el servicio. Sabe que la cocinera es el corazón de la casa y que es mejor llevarse bien con ella. Pero no es una mujer fácil, desde luego —y bajando la voz hasta convertirla casi en un susurro, añadió—: ¿sabía usted que es medio alemana?

—Austríaca.

—Es la misma cosa. El primer día que la conocí me pidió que preparase un strudel. Le dije que me parecía muy bien y que no había ningún problema. Siempre he hecho strudel para los niños. Ah, no, pero no era un strudel lo que ella quería, no un strudel normal. Ella quería un topfenstrudel. ¿Sabe usted por casualidad lo que es un topfenstrudel?

La señorita Prim aseguró que nunca había oído mencionar un nombre semejante.

—Eso mismo dije yo. La señora se mostró muy considerada, por supuesto, y me escribió la receta. Pero a una no le gusta que una dama llegue a su cocina el primer día, le pida un topfenstrudel y además le dé una receta, ¿sabe usted lo que quiero decir?

La bibliotecaria asintió comprensiva.

—¿Qué es el topfenstrudel?

— No es más que un strudel relleno de queso —gruñó la cocinera—. Ellos allí llaman a ese queso, topfen. No es difícil de preparar, desde luego que no. Así que tomé la receta y lo hice, naturalmente que lo hice. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—¿Y le gustó?

La señora Rouan se levantó y se acercó a la cocina. Levantó la tapa del puchero, inclinó la vieja cabeza para aspirar el aroma, cogió una cuchara de palo y probó su contenido con gesto de satisfacción.

—De ahí vino el problema —explicó mientras volvía a sentarse a la mesa—. Me pasé toda la mañana en la cocina pendiente del dichoso topfenstrudel, compré el mejor queso que encontré y seguí paso a paso la receta. Y cuando estuvo listo y lo llevamos a la mesa en una preciosa fuente de Meissen adornada con hojas del jardín, ¿sabe lo que me dijo?

La señorita Prim aseguró que no podía ni imaginarlo.

—«Señora Rouan —me dijo—, señora Rouan, no ha traído usted el vanillesofie. ¿Dónde está el vanillesofie, señora Rouan?»

La bibliotecaria escondió una sonrisa en su taza de caldo.

—«No sé qué es eso del vanillesofie; señora —le dije con mucha seriedad—. En toda mi vida de cocinera, y le puedo asegurar que he servido en muchas casas, no había oído hablar jamás de ese vanillesofie».

—¿Qué es el vanillesofie? —preguntó la señorita Prim

—Natillas de vainilla, ni más ni menos que eso. ¿Pero acaso podía yo saberlo? ¿Y acaso podía saber también que el topfenstrudel se servía con natillas de vainilla?

La bibliotecaria se apresuró a asegurar que nadie habría podido adivinar aquel extremo.

—Pero hay que decir que ella es una dama —continuó la cocinera—. Naturalmente, no dio su brazo a torcer inmediatamente. Pero al día siguiente apareció por la cocina y me dijo: «Señora Rouan, el topfenstrudel de ayer estaba delicioso. Pero por lo que he visto los niños están muy acostumbrados a su strudel. Así que, si hace el favor, de ahora en adelante dejaremos el topfenstrudel y el vanillesofie y volveremos a su strudel».

—Y ahí terminó todo —suspiró con una sonrisa la señorita Prim.

La señora Rouan se levantó a apagar el fuego de la cocina.

—Ahora hay que dejarlo reposar dos horas —murmuró—. ¿Qué decía?

—Decía que ahí terminó todo.

La cocinera la miró con extrañeza.

—¿Terminar? Todo lo contrario. Allí no terminó todo, señorita. Allí realmente comenzó todo.

La bibliotecaria asintió pensativa y después dirigió la vista a la ventana. Gruesos copos de nieve habían comenzado a caer sobre el jardín.

—Señora Rouan, ¿recuerda usted el pastel que hice el día de mi cumpleaños?

La mujer sonrió con amabilidad.

—Lo recuerdo. Al señor y a los niños les encantó. Fue usted muy amable enviándonos un pedazo aquí, a la cocina, nos gustó mucho a todos. Es una receta de su familia, ¿no es cierto? Ésas son las mejores.

La señorita Prim volvió a mirar hacia la ventana. Más allá del jardín, del camino y de los campos de labor, llegó el sonido lejano y solemne de las campanas de la abadía.

—Tocan a vísperas —dijo la cocinera.

—Lo sé —murmuró la bibliotecaria sin apartar la mirada del paisaje—. Señora Rouan, ¿le gustaría tener la receta de mi pastel de cumpleaños?

La mujer la miró con asombro.

—Pero señorita, yo creía que esa receta.

—Eso también creía yo —sonrió la señorita Prim—. ¿Le gustaría tenerla?

La cocinera, con los ojos brillantes de emoción, extendió su callosa mano y la puso sobre la de la bibliotecaria.

—Será un honor para mí, señorita, un verdadero honor.

La señorita Prim se ocupó cuidadosamente de cerrar la lista de personas a las que debía visitar antes de irse. Sabía que la noticia de su marcha se extendería rápidamente por el pueblo y no quería que sus amigos se enterasen por medio de alguien que no fuese ella. Mientras caminaba por las calles de San Ireneo rumbo a la casa de Horacio Delás, recordó el día de su llegada. Había cruzado aquellas calles apresuradamente, lamentándose por no encontrar un solo taxi, sin apenas reparar en las solemnes líneas de las recias casas de piedra ni en el encanto de sus alegres y cuidados negocios. Qué poco consciente había sido entonces —precisamente ella, que adoraba la belleza— del batiente corazón que se ocultaba tras sus muros.

Había pasado una semana desde que descubriera su error sobre los sentimientos de su jefe y el dolor que ese hecho suscitó en ella había sido sustituido por una serena y callada tristeza. No se trataba únicamente de desamor —la señorita Prim se rebelaba internamente contra la idea de estar padeciendo los efectos de esa enfermedad del alma—, sino de la perspectiva de tener que abandonar aquel entrañable lugar, a aquellas pintorescas personas, aquel modo de vivir. No deseaba marcharse, se confesó a sí misma mientras caminaba por el pueblo, no deseaba de ningún modo hacerlo. ¿Pero acaso podía hacer otra cosa?

—Todavía recuerdo cuando llegó usted aquí, tan joven e inexperta y sin saber nada de este lugar.

Tras ofrecer asiento a su invitada, Horacio Delás se instaló en el viejo sillón desde el que solía observar el mundo, una observación intelectual, amable y reposada, y miró con curiosidad a la bibliotecaria.

La señorita Prim se aclaró la voz antes de responder.

—Solo han pasado seis meses, Horacio. Confío en seguir siendo prácticamente igual de joven.

Su amigo sonrió mientras le ofrecía una copa de vino y un pedazo de queso que cortó con un enorme cuchillo.

—Pero ahora sabe mucho más de nosotros.

La bibliotecaria asintió mientras se llevaba la copa a los labios.

—Y aun así nos deja —continuó él—. ¿Realmente fue tan dura esa conversación? ¿Tan imposible resulta para usted pasar página y seguir con nosotros?

La señorita Prim le miró con tristeza. Se había hecho esa misma pregunta todos los días desde la noche de su conversación con el hombre del sillón. ¿No podía seguir como estaba?

¿No podía ignorar aquello, fingir que nunca había sucedido, continuar con su trabajo tal y como había hecho hasta ese momento?

—No puedo —dijo.

—¿Tan enamorada está de él?

La bibliotecaria se levantó para enderezar uno de los cuadros que cubrían las paredes del salón de su amigo.

—No lo sé —dijo mientras volvía a sentarse—. Quiero decir que seguramente no es amor, quizá es solo un enamoramiento fugaz. Pero en el fondo no es eso, no es solo eso, al menos.

—¿Y bien?—preguntó él—. ¿Qué más es?

—Me temo que no sabría explicarlo. No es fácil saber a veces lo que uno siente, Horacio. Hay corrientes que se cruzan, corrientes subterráneas, fuerzas contradictorias que se mezclan y se confunden.

—Madejas —murmuró su amigo.

—¿Madejas?

—Sí, madejas. Como las que cuando éramos niños ayudábamos a desenredar a nuestras madres o a nuestras abuelas. Por supuesto que no es fácil saber lo que uno siente, Prudencia, más aún cuando esos sentimientos son intensos, cuando no contradictorios. La naturaleza humana no es sencilla.

La bibliotecaria aceptó otro trozo de queso.

—En cierto modo —confesó—, creo que estoy molesta con él.

—Me parece muy natural —respondió su amigo—. El orgullo es uno de los grandes nudos de la madeja.

—Yo no soy orgullosa —protestó ella, incómoda ante la idea de ser considerada una madeja.

—Naturalmente que no, amiga mía, por supuesto que no. ¿Y qué me dice del amor propio?

La bibliotecaria meditó cuidadosamente la pregunta.

—Es posible —reconoció.

Horacio Delás sonrió para sus adentros y se aplicó a la tarea de quitar la corteza al queso.

—Llamémosle amor propio entonces. Se ha sentido usted rechazada y eso, como es natural, resulta doloroso. Aunque si no me equivoco, no ha llegado usted a ser rechazada, ¿no es cierto?

—Cierto —contestó ella, momentáneamente animada.

—Pero aun así está segura de que él no alberga sentimiento alguno por usted, ¿verdad?

La bibliotecaria reflexionó antes de responder. Fuera, al otro lado de las ventanas, un cielo bajo y gris envolvía el pueblo.

—No creo que pueda asegurar eso —suspiró—. Lo que puedo decir es que creo que aunque esos sentimientos existiesen, él nunca permitiría que pudiesen transformarse en algo más profundo. He descubierto que hay una razón mucho más poderosa de lo que yo podía imaginar para ello. Una razón tan determinante que no se puede decir que tenga que ver con él, sino que prácticamente forma parte de él. ¿Sabe lo que quiero decir? Quizá se sienta atraído por mí, Horacio, o quizá no. Pero incluso si así fuera, él no dejaría que eso fuese más allá, y probablemente tendría razón al hacerlo así, porque quizá no funcionaría.

—Razón y voluntad —murmuró su amigo—. Usted no puede comprenderlo, ¿verdad? Usted es toda sentimiento.

La señorita Prim cambió de postura en su sillón. No quería volver a hablar de razón y sentimientos, no deseaba ser acusada de nuevo de sentimentalismo, no pensaba de ningún

modo iniciar otra larga y tediosa discusión sobre aquella cuestión. Como si hubiese advertido lo que su invitada meditaba, Horacio Delás preguntó:

—¿Se ha planteado alguna vez qué habría ocurrido si las cosas hubiesen salido como esperaba? ¿Si finalmente él se hubiese enamorado de usted?

La bibliotecaria confesó que no se había detenido en aquella idea.

—Seguramente habría usted iniciado una relación que hubiese desembocado en el matrimonio mucho antes de lo que piensa.

La señorita Prim entrecerró los párpados decidida a imaginarse la escena.

—¿Y qué? —preguntó aparentemente satisfecha con lo que había vislumbrado.

—¿Y qué? Mi querida Prudencia, casarse con un hombre como él supone casarse radicalmente.

—¿Qué quiere decir con eso de casarse radicalmente?

—Quiero decir casarse realmente, casarse hasta la muerte. Nada de divorcio, amiga mía, eso quiero decir.

La bibliotecaria bebió distraída otro sorbo de vino. La idea de ser amada por alguien hasta la muerte le había parecido siempre algo conmovedor, pero al mismo tiempo la inquietaba profundamente y, en honor a la verdad, le producía hasta un cierto mareo.

—Bien —dijo con cautela—, nada de divorcio para él. Pero nada impide, si las cosas no salen bien, que yo pueda divorciarme, ¿no es así?

—Cierto —dijo su amigo—, nada lo impide. Pero usted es una persona honesta. ¿Consideraría correcto aceptar un compromiso como ése sabiendo que su nivel de entrega no es seme-

jante ni por asomo al de él? ¿Se sentiría usted bien conociendo esa diferencia? ¿Podría mirarle con limpieza a los ojos sabiendo que si hay un naufragio usted abandonará el barco en un bote salvavidas y él no se permitirá a sí mismo moverse de cubierta?

La señorita Prim, que nunca se había planteado aquella idea, tuvo que confesar que no se sentiría bien.

—Pero hay algo más, Prudencia. ¿Podría usted seguir su vida con la conciencia de que, pese a su divorcio, hay alguien que se considerará toda su vida y hasta el último segundo de su existencia casado con usted?

Atraída y asustada al mismo tiempo por la terrible belleza de aquella imagen, la bibliotecaria aceptó también que había que valorar ese punto de vista.

—En cualquier caso —añadió con nostalgia—, ni siquiera hubiera podido divorciarme. Le conozco lo suficiente como para saber que se habría negado a casarse bajo la ley civil, así que realmente ni siquiera hubiera tenido esa opción. Podría abandonarle, claro, ¿pero habría cambiado eso las cosas? Me hubiera sentido siempre ligada a él, porque sabría que él se habría considerado siempre unido a mí.

Horacio Delás sonrió mientras sacaba del bolsillo superior de su chaqueta un habano.

—¿Le molesta que fume, querida?

En uso de su férrea educación, la señorita Prim aseguró que no le molestaba en absoluto.

—Pero nunca he entendido qué placer puede haber en fumar un puro —dijo sonriendo—. Tiene un aroma demasiado intenso. ¿Por qué no fuma usted en pipa? Es extremadamente elegante y huele mucho mejor.

Su anfitrión encendió el habano, aspiró una bocanada y miró a su invitada a través del humo.

—Porque la pipa exige compromiso, Prudencia, la pipa exige constancia, fidelidad y compromiso. En cierto modo, y para que lo entienda, el habano es al romance lo que la pipa al matrimonio.

La bibliotecaria se echó a reír mientras miraba a su amigo con afecto.

—¿Y ahora qué? —dijo éste de pronto—. ¿Adónde irá?

—A Italia, ya se lo he dicho.

—¿Pero continúa con esa idea? Yo pensaba que había sido una respuesta irreflexiva. ¿No creerá usted eso de que es necesario vivir en Italia para completar la formación?

Algo descompuesta por el intenso olor del habano, pero absolutamente decidida a no dejarlo traslucir, la señorita Prim pareció por un momento perderse en sus pensamientos.

—No, no lo creo —dijo al fin—. No voy en busca de formación, Horacio. Lo que busco es realización, busco perfección y belleza.

—Entiendo. ¿Y cree usted que la hallará en Italia?

La bibliotecaria se levantó del sillón y se acercó a una de las ventanas. El jardín estaba cubierto de un intenso manto blanco, del que solo las ramas de los viejos árboles destacaban como oscuros y duros trazos pintados a carboncillo.

—No lo sé —suspiró—. No crea que no soy consciente de que quizá no exista lo que busco, de que tal vez no lo encuentre nunca. Pero, dicho esto, ¿acaso hay un lugar en el mundo más lleno de belleza que Italia?

Súbitamente consciente de la creciente palidez de su invitada, Horacio Delás apagó su habano y la miró con indisimulado cariño.

—Quiero que sepa que he llegado a apreciarla extraordinariamente, querida, y que la echaré de menos de todo corazón.

Conmovida, la señorita Prim se acercó a su amigo, se sentó en el brazo de su sillón y tomó una de sus manos entre las suyas.

—No habría podido adaptarme a este lugar de no haber sido por usted. No habría podido entender lo poco que he logrado entender sin su ayuda, su caballerosidad y su compañía. Le estoy mucho más agradecida de lo que puedo expresar, Horacio.

—Tonterías —respondió él tratando de ocultar su emoción con un enérgico apretón de manos. Y tras un largo silencio, añadió en voz baja—: ¿Volverá alguna vez?

Ella calló también antes de responder.

—Ojalá lo supiera, Horacio. Ojalá pudiera saberlo.

Hortensia Oeillet estaba componiendo un vistoso ramo de rosas cuando vio llegar a través del escaparate de su establecimiento a la señorita Prim Emocionada, esbozó una sonrisa, escondió rápidamente el bouquet detrás del mostrador y corrió a la trastienda a poner la tetera a hervir. Acababa de sacar un tarta de zanahoria de la despensa, cuando oyó el tintineo de las campanillas sobre la puerta.

—La he visto cruzar la calle a través del escaparate —dijo mientras abrazaba a la bibliotecaria—. Virginia, Emma y Herminia están de camino. voy a poner el cartel en la puerta para que nadie, absolutamente nadie, pueda molestarnos. Así que se va dentro de una semana, no sabe cuánto lo lamento.

La señorita Prim siguió a la dueña de la floristería hasta la trastienda. Un alegre fuego ardía en la chimenea y la pequeña mesa de té, que ésta utilizaba también para llevar la contabilidad del negocio, estaba cubierta de un mantel de damasco azul y repleta de viandas. La bibliotecaria sonrió y aspiró el fragante olor de la infusión.

—¡Ah, cómo voy a echar de menos la vieja civilización irenea! —dijo haciendo un guiño a su anfitriona.

—Solo es una pequeña merienda de despedida —contestó ésta con una sonrisa—. Cada una de nosotras ha contribuido con algo. Emma ha traído su bizcocho de limón y esa tarta de queso cuya receta no da a nadie. Herminia se ha encargado de los sándwiches de foie y manzana y de los canapés de roast beef. Virginia, su té de Krasnodar; y la tarta de zanahoria, las tostadas, la mantequilla y la miel han sido cosa mía. Lástima que no tengamos su fabuloso pastel de cumpleaños.

—Ahora pertenece también a la señora Rouan —dijo la señorita Prim mientras tomaba asiento delante de la chimenea—, es un secreto compartido.

—¿De verdad? La señora Rouan es una buena mujer, aunque muy testaruda —comentó su anfitriona mientras colocaba la tetera sobre la mesa.

—También yo lo soy.

Mientras ambas charlaban, el resto de las invitadas comenzó a llegar a la floristería. Primero lo hizo Emma Giovanacci, apresurada y sin aliento; después, Virginia Pille, que entró envuelta en un cálido abrigo de pelo de camello que hacía que resultase casi imposible reconocerla, y finalmente llegó Herminia Treaumont, delicada y exquisita como una flor de estufa.

—¿Realmente lo ha pensado bien, Prudencia? —dijo la directora del periódico de San Ireneo cuando unos minutos después las cinco mujeres disfrutaban de la comida y departían animadamente al calor del fuego.

Todas miraron con curiosidad a la bibliotecaria, mientras ésta tragaba apresuradamente un canapé de roast beef para poder contestar a la pregunta.

—Tenía usted razón en lo que me dijo, Herminia, como siempre. Después de comprobarlo, no puedo quedarme.

—Habría preferido no tenerla —respondió ésta con gesto de pesar—. Sé que no fui muy delicada la tarde en que se lo conté todo. Lo he pensado mucho desde entonces y creo que debí haberla advertido antes y hacerlo en privado. Quisiera disculparme aquí, delante de todas, y me gustaría que me creyese cuando le digo que en ningún momento tuve intención de herirla.

La señorita Prim sonrió y, acercándose a la mesa, puso suavemente la mano sobre la de su amiga.

—Nunca he pensado que intentase hacer usted algo semejante. Debo confesar, ahora que estamos sincerándonos, que hubiera preferido ser advertida en privado, pero jamás he dudado de su honestidad. Eso sí —dijo con un guiño—, he estado muy celosa de usted.

—¿De verdad? No tenía ningún motivo, se lo aseguro. Él me aprecia mucho, pero no de un modo que pueda inquietarla.

Hortensia Oeillet se levantó de la mesa y llenó de nuevo la tetera. El aroma del té de Krasnodar volvió a inundar la habitación.

—Bueno, ahora ya pasó todo —dijo alegremente Emma Giovanacci—. Y por si alguna no se había dado cuenta, está claro que en San Ireneo de Arnois tenemos a un hombre que rompe fácilmente corazones, aunque lo más interesante de todo es que lo hace sin enterarse.

Todas se echaron a reír mientras llenaban sus tazas.

—Oh, yo estoy convencida de que lo sabe —intervino Virginia Pille—. ¿Cómo podría no saberlo? No quiero decir que lo haga a propósito, es todo un caballero en el sentido que aquí aún damos a esa palabra. Pero ¿es posible no darse cuenta de algo así?

La bibliotecaria pareció meditar la pregunta mientras decidía si comer un trozo de tarta de zanahoria o decantarse por las tostadas de mantequilla y miel.

—Lo único que yo puedo aportar al respecto —dijo tras inclinarse por la tarta— es que ha sido siempre exquisitamente correcto conmigo. No puedo decir que haya jugado nunca de modo consciente con mis sentimientos ni que haya intentado aprovecharse de esa circunstancia.

—Por supuesto, Prudencia, naturalmente que sí. Pero de eso se trata, ¿no cree? —preguntó Hortensia.

—¿A qué se refiere?

—Al atractivo de lo correcto, naturalmente. ¿Hay algo más poderoso?

—¿Eso cree? —dijo la señorita Prim interesada—. Yo tenía la impresión de que funcionaba al revés. Siempre se ha dicho que a las mujeres les atraen los canallas.

Tanto la florista como el resto de las invitadas negaron rotundamente la afirmación de la bibliotecaria con un gesto de cabeza.

—Eso no es cierto, Prudencia, al menos si hablamos de mujeres adultas y dotadas de cierto equilibrio —apuntó Virginia Pille cuando el bizcocho de limón le permitió hablar—. Claro que todas sabemos a qué se refiere usted. Cualquier jovencita experimenta esa oscura atracción de la que habla, pero las cosas cambian cuando se convierte en una mujer.

—No tengo demasiado claro que eso sea exacto, Virginia —respondió ésta—. Diría mucho sobre nuestra inteligencia y nuestra sensatez, pero me temo que la realidad es otra. El mundo está lleno de mujeres adultas enredadas en relaciones espantosas con hombres profundamente deshonestos.

—La madurez a la que yo me refiero no es cronológica, Prudencia, y esas mujeres no son mayoría, en cualquier caso —insistió la librera.

Herminia Treaumont se sirvió otra taza de té antes de acomodarse de nuevo en la silla y disponerse a hablar:

—Supongo que parece obsesivo que volvamos siempre a la misma fuente, pero ¿qué me dice usted del duelo entre Darcy y Wickham? ¿O del enfrentamiento entre Knightley y Frank Churchill? Estoy convencida de que Jane Austen es la piedra de toque en esta materia. No creo que encuentre usted a una sola mujer en el mundo que tras leer Orgullo y prejuicio se decante por Wickham en vez de por Darcy, o que después de sumergirse en Emma, se sienta fascinada por Frank Churchill y desprecie a Knightley. Se lo dije un día, ¿recuerda? Todos los hombres detestan a Darcy porque todos pierden brillo a su lado. Y todas las mujeres lo adoran porque, una vez redimido de su orgullo, es el ideal de lo que debe ser un hombre: firme en su carácter, sincero y honesto.

—Y rico, se olvida usted de eso. Diez mil libras anuales hacen atractivo a cualquiera —apuntó Emma Giovanacci con malicia.

—Todo eso es cierto —dijo la bibliotecaria con los ojos brillantes—. Pero, desgraciadamente, el mundo moderno piensa de otra forma. Muy pocas mujeres leen literatura inglesa del siglo XIX, menos aún en estos tiempos.

Emma Giovanacci suspiró suavemente.

—Nos hemos desviado de la cuestión, señoras. La pregunta era: ¿es nuestro hombre consciente de todo eso, como dice Virginia, o se trata más bien de lo que podríamos denominar un daño colateral de su personalidad?

—Siempre he pensado que se parece mucho a su padre —intervino Hortensia Oeillet—. Claro que él sí era perfectamente consciente del efecto que producía en las mujeres.

La señorita Prim dejó de comer y miró a su anfitriona con expresión interesada.

—¿Conoció usted a su padre?

—Naturalmente —contestó la florista—. Yo soy una de las pocas habitantes de San Ireneo que vivía aquí antes de que se crease la colonia.

—¿Y cómo era?

—Un verdadero canalla, pero hay que decir que era un canalla atractivo y con clase. Atractivo, hasta que una se daba cuenta de que era un canalla.

La bibliotecaria la contempló con curiosidad.

—Cuando dice usted que era un canalla, ¿a qué se refiere exactamente?

—A que tenía por costumbre abandonar a su familia. Siempre había una mujer por medio, aunque nunca duraba mucho. Esos hombres son así, he conocido a muchos, no cambian jamás. Supongo que quería a su esposa, ella era una belleza y aún hoy es una mujer hermosa, pero eso no evitaba que tuviese un escarceo con una mujer diferente cada vez que su esposa se daba la vuelta. Fue muy doloroso para ella, muy doloroso.

—¿Y los niños?

—Sufrieron de otra forma, porque él era un padre muy cariñoso. Sufrieron cuando su madre, harta de aquel tormento, decidió no dejarle regresar jamás.

La señorita Prim se vio a sí misma sentada bajo un camelio en una noche helada junto a una anciana que hablaba con amargura sobre la elección entre dos caminos.

—Así que fue eso —murmuró.

—Es muy difícil juzgar esas situaciones, muchas mujeres habrían hecho exactamente lo mismo que ella, pero los niños adoraban a su padre y sufrieron mucho cuando todo terminó. Ella no cedió nunca, jamás volvió a dejarle entrar en su vida y tampoco le puso fácil ver a los niños. Murió solo y lejos de todos ellos.

Herminia Treaumont se levantó a poner dos troncos de madera en la chimenea.

—Entonces ¿en qué quedamos? —preguntó Virginia Pille tras exhalar un profundo suspiro—. ¿Es nuestro hombre consciente de su atractivo o no tiene ni idea de los estragos que causa?

Todas miraron expectantes a la bibliotecaria, que con una sonrisa procedió a apurar el último sorbo de su tercera taza de té.

—Yo diría que no tiene ni idea —dijo con suavidad—. Y que ése, precisamente, es el encanto que tiene.

La señorita Prim no había previsto lo mucho que iba a costarle despedirse de los niños. Si a su llegada a San Ireneo alguien se lo hubiese advertido, habría sonreído con desdén y seguido su camino. Jamás había sido especialmente proclive a dejarse encandilar por la ternura que inspira la infancia. No se podía decir que no le gustasen los niños, pero sí que formaba parte de ese grupo humano que no descubre su encanto hasta que se convierte en padre o madre. Y que aun cuando ello ocurre, constata con alivio que las únicas criaturas que despiertan su interés y su atención son las propias. La señorita Prim no era una de esas mujeres que se detienen en la calle a acariciar a un bebé, que charlan en la cola de un cine con un niño agarrado de la mano de su madre, que devuelven con alegría un balón de fútbol en medio del bullicio de un grupo de escolares. Por eso

se sorprendió a sí misma cuando advirtió su emoción ante la idea de tener que separarse de las cuatro criaturas con las que había convivido durante los últimos meses en la casa.

—¿Y jamás volveremos a verla? —dijo aquella tarde la pequeña Eksi después de que la bibliotecaria terminara de explicar su marcha.

Sentados en la biblioteca, los cuatro niños rodeaban a la señorita Prim con la seriedad de un consejo de guerra.

Ésta hizo una larga pausa antes de contestar.

—Jamás es un palabra muy exagerada. ¿Quién sabe lo que puede pasar? Quizá volvamos a vernos antes de lo que creéis, quizá vayáis a Italia a estudiar a Bernini o a Giotto y nos encontremos allí.

La expresión de desconfianza de los pequeños la animó a continuar.

—Imaginaos que vais a ver la basílica de San Francisco, por ejemplo. ¿Sabéis dónde está?

—En Asís —respondió Téseris desde la vieja otomana de la biblioteca.

—Eso es —asintió alegremente la bibliotecaria—, está en Asís. Imaginaos que vais a Asís a ver los frescos de Giotto. Entráis en la basílica superior, camináis sobrecogidos por la belleza de esos techos y paredes llenos de escenas de la vida de Il Poverello y cuando estáis más concentrados admirando la pintura, escucháis a vuestras espaldas una voz conocida que dice.

—. ¡Ni se os ocurra tocarlos! —exclamó Deka con una sonrisa traviesa.

La señorita Prim guiñó un ojo al pequeño mientras se disponía a abrir una lata de galletas de manzana. Atrincherado en la butaca del hombre del sillón, esta vez fue su hermano Septimus el que habló:

—No creo que podamos ir a verla a Asís, nosotros ya conocemos Asís. Fuimos allí cuando éramos pequeños.

La bibliotecaria reprimió una sonrisa y comenzó a repartir las galletas.

—Yo creo que jamás volveremos a verla —repitió con pesadumbre la pequeña Eksi desde la alfombra—. Se irá a Italia a vivir aventuras y nunca querrá volver, como hizo la mujer de Robert Browning.

La señorita Prim se rió divertida.

—Yo no estaría tan segura. No creo que mi viaje tenga nada que ver con el de la mujer de Robert Browning, que, por cierto, se llamaba Elizabeth Barrett. Ella estaba enamorada, se fue por amor, ¿recuerdas?

—Y usted también —respondió la pequeña con convicción.

—¿Yo? —exclamó la bibliotecaria asombrada—. ¿Irme por amor? ¡Pero qué idea tan absurda! Yo no me voy por amor. ¿Por qué se te ha ocurrido eso?

—No se me ha ocurrido a mí, se le ha ocurrido a nuestro jardinero —respondió la niña.

—Lo oye todo por la ventana de la biblioteca —confirmó su hermano mayor—. Seguramente nos está oyendo ahora.

La señorita Prim lanzó una furtiva mirada a la ventana para asegurarse de que estaba herméticamente cerrada.

—El jardinero no ha podido oír algo que no es cierto. ¿De verdad creéis que si me fuese a Italia por amor se lo diría a alguien? Además, no se debe curiosear ni contar chismes, no es una buena costumbre. Estoy segura de que ha sido un error, seguramente no se refería a mí.

—Se refería a usted —dijo Deka con la firmeza de una piedra.

La bibliotecaria repartió una segunda ronda de galletas mientras trataba de buscar una fórmula para salir de aquel atolladero.

—¿Y por qué lo sabes? ¿Acaso dijo mi nombre?

Lo niños cruzaron una elocuente mirada.

—Si se lo decimos, ¿se enfadará con él? —preguntó Septimus con cautela.

—Por supuesto que no.

Después de una pausa, en la que pareció calibrar la sinceridad de la respuesta, el niño se decidió a continuar:

—Lo que dijo fue: «Ella va a Italia a buscar marido». Ella es usted, así la llama —explicó.

La señorita Prim respiró hondo, pero no dijo nada. La habitación permaneció inmersa en una solemne calma durante unos minutos. Después, un ruido en la puerta hizo a todos volver la cabeza: los dos enormes perros de la casa entraron en el cuarto, rozaron las rodillas de la bibliotecaria y se echaron sobre la alfombra.

—Ella —murmuró ésta.

Luego levantó la cabeza y se dirigió a los niños.

—¿Me echaréis de menos cuando me vaya?

—Claro que sí, aunque no lo sabremos de verdad hasta que ya no esté —respondió filosóficamente Septimus.

—No nos dio pena que se fuesen los otros —intervino Téseris con suavidad—. Pero ellos no eran como usted.

La señorita Prim fijó la mirada en el fuego. Le escocían los ojos, un escozor acuoso y agradable. La reconfortaba la honestidad de los niños, la sencillez con la que hablaban de lo que les disgustaba y lo que amaban, la falta de doblez que había en sus

juicios, la ausencia de aquellas enormes madejas que enredaban tan a menudo las relaciones de los adultos.

—A él también le gusta usted. Está triste porque se marcha —declaró Eksi mientras acariciaba el largo y abundante pelo de uno de los perros.

La bibliotecaria se sonrojó y volvió a desviar la mirada hacia las llamas.

—Seguramente le gustaba también el bibliotecario anterior. Lo que le gusta es que el trabajo se haga bien, eso es todo.

—El anterior no le gustaba, pegaba a los perros.

—¿De verdad? —preguntó la señorita Prim horrorizada.

Los niños asintieron con la cabeza.

—Me gustaría ir a Italia con usted —dijo de nuevo Eksi—. Podríamos estudiar cosas y usted podría buscar ese marido.

Por un instante, la señorita Prim se contempló a sí misma paseando por Florencia. Se vio entrando en la Academia con paso lento y soñador, se observó mientras admiraba embelesada el David y se imaginó que una figura se situaba a su lado y le decía al oído con voz burlona: «¿Ya está lista para sacar del bolso la regla y el compás?»

—No tengo ninguna intención de buscar un marido, Eksi, de verdad que no —dijo con aspereza, inquieta ante aquella visión.

—Señorita Prim —la voz de Téseris llegó con la textura de un sueño—, yo creo que volveremos a verla.

La bibliotecaria acarició la cabeza de los tres pequeños sentados sobre la alfombra y miró con afecto a la niña reclinada en la otomana.

—¿Realmente lo crees así? —preguntó con una sonrisa.

Ésta respondió con una inclinación de cabeza.

—Entonces estoy segura de que volveremos a vernos. Absolutamente segura.

La nota de Lulú Thiberville fue una sorpresa para la señorita Prim. La noticia de que la anciana quería despedirse de ella le produjo una desasosegante intranquilidad. Era una personalidad imponente, había sido muy consciente de ello la tarde en que la conoció; y la señorita Prim creía que las personalidades imponentes, como las fuerzas de la naturaleza, eran peligrosas e imprevisibles. Mientras cruzaba San Ireneo rumbo a la casa Thiberville, repartió sonrisas y saludos entre comerciantes y vecinos. Todos le correspondieron con afecto. Saludó al carnicero, del que había aprendido cómo cocinar el pavo de Navidad. Sonrió al zapatero, que en los últimos meses había cuidado con esmero de sus zapatos. Intercambió unas palabras con la dueña de la papelería, que reservaba mensualmente para ella un paquete de su artesanal papel de cartas, ahora que había adoptado la costumbre local de intercambiar correspondencia. Entró en la consulta del médico, al que agradeció el jarabe para la tos que había recetado un par de semanas antes a los niños. Y se despidió de las dueñas de la mercería, donde había comenzado a adquirir su ropa interior ahora que sabía que en San Ireneo de Arnois la lencería era de igual o mayor calidad que en la ciudad.

El vestíbulo del viejo caserón donde vivía Lulú Thiberville olía a alpiste y a medicinas, pero también al bizcocho y las tostadas que en la cocina habían preparado para agasajar a la bibliotecaria. Ésta encontró a la anciana recostada en un diván junto a la ventana. A su lado, sobre un velador, un pesado servicio de plata estaba dispuesto para el té. La señorita Prim se acercó y tomó asiento en un pequeño y mullido escabel.

—¡Por el amor de Dios, criatura, siéntese en una silla! —exclamó la dama con su vieja voz cascada —. Acabará usted con la espalda rota.

La bibliotecaria aseguró que se hallaba perfectamente cómoda en el asiento. Jamás doblaba la espalda, había aprendido de niña a no hacerlo.

—Lo he observado, sí. Se sienta usted correctamente, con la espalda recta y en el borde de la silla.

Es un alivio pensar que aún quedan mujeres que saben sentarse. Me pone enferma ver a todas esas criaturas que caminan por la calle con la espalda doblada, el busto hundido y los hombros hacia delante.

Es culpa de las escuelas modernas. Cuénteme, señorita Prim, ¿aprendió usted a sentarse así en una escuela moderna?

La bibliotecaria explicó que no había sido el colegio el responsable de su disciplina postural, sino una vieja tía de su madre que le había enseñado a caminar desde niña con libros sobre la cabeza y a sentarse con la delicada rigidez de una reina egipcia.

—Antes lo enseñaban en los colegios. Claro que entonces los colegios aún eran un lugar donde los niños aprendían cosas. Hoy en día son fábricas de indisciplina, criaderos de monstruos ignorantes y maleducados.

La señorita Prim miró con inquietud a la anciana.

—Yo no diría eso de una forma tan tajante —murmuró.

—Naturalmente que usted no lo diría, soy yo la que lo digo. ¿Conoció usted acaso los viejos colegios?

La bibliotecaria confesó con docilidad que no había conocido los viejos colegios.

—Entonces no puede usted comparar, lo suyo no son más que juicios bienintencionados; y las personas de juicios optimistas, como parece ser su caso, no solo no ayudan a mejorar las cosas, sino que contribuyen a empeorarlas. Transmiten la falsa percepción de que todo va bien, cuando el mundo, no se

engañe, va rematadamente mal. Pero, explíqueme —preguntó mientras hacía un gesto a la cocinera para que dejase dos fuentes sobre una mesa auxiliar junto al velador—, ¿por qué nos deja? ¿Se marcha usted por aquel asunto que comentamos en casa de Hortensia?

La señorita Prim asintió con un movimiento de cabeza. Esperaba no tener que volver a profundizar en el tema. A lo largo de la última semana había tenido la sensación de no haber hecho otra cosa que despedirse de personas que trataban de ahondar una y otra vez en aquella cuestión. Como si adivinase sus sentimientos, la anciana volvió a hablar.

—No se preocupe, no voy a pedirle que me haga un relato. Éste es un pueblo pequeño, supongo que no creerá usted que necesito preguntar directamente las cosas para enterarme de ellas.

La bibliotecaria, que había comenzado a servir el té, se estremeció.

—Tenía la esperanza de que mis intimidades no hubiesen sido divulgadas por el pueblo. Tal vez haya sido una ingenua.

La anciana sonrió con ironía y tomó la taza que su invitada acababa de servirle.

—No es usted ingenua. Simplemente es joven.

—¿Acaso no es lo mismo?

—Solía serlo, debería serlo. Claro que hoy en día cualquiera sabe.

La señorita Prim observó el rostro de la anciana con seriedad.

—¿Qué quiere decir?

—Pues que la juventud debería ser todo lo ingenua que nuestra naturaleza nos permite ser, niña. El joven aún camina en cierta inocencia, todavía mira el mundo con sorpresa e ilu-

sión. Más adelante, con el paso del tiempo, descubre que las cosas no son como imaginaba y va cambiando. Pierde entonces esa luminosidad, pierde esa inocencia, su mirada se enturbia y se oscurece. En un sentido es muy triste, pero en otro resulta inevitable, porque son precisamente esos dolores los que le llevan a la madurez.

La bibliotecaria cogió una tostada con mantequilla.

—¿Y cree usted que eso ha cambiado?

—Naturalmente que ha cambiado. Hay que ser un lunático o un gran necio para no darse cuenta de que ha cambiado. Los jóvenes de hoy en día extienden la niñez más allá de lo que corresponde cronológicamente, son inmaduros e irresponsables a una edad en la que ya no deberían serlo. Pero al mismo tiempo pierden muy pronto la candidez, pierden la inocencia y la frescura. Le sonará extraño lo que voy a decir, pero envejecen pronto.

—¿Envejecer? Qué idea tan extraordinaria.

La anciana bebió un sorbo de su taza de té y con un gesto indicó a su invitada que le sirviera un pedazo de bizcocho.

—El escepticismo siempre se ha considerado una enfermedad de la madurez, Prudencia, pero poco a poco ha dejado de serlo. Todos esos niños han crecido ignorando los grandes ideales, aquellos que forjaron a las viejas generaciones a través de los siglos y las hicieron fuertes. Se les ha enseñado a mirarlos con desdén o a sustituirlos por un algo empalagoso y sentimental que muy pronto les indigesta y desilusiona. Y con ello matan lo más valioso (yo diría que lo único verdaderamente valioso) que posee la juventud respecto a la madurez. Es terrible tener que hablar así, no crea que no me doy cuenta.

La señorita Prim se preguntó cómo una mujer de noventa y cinco años que pasaba gran parte de su tiempo echada sobre un viejo diván podía hacer juicios tan tajantes sobre el sistema

escolar y los defectos de la juventud. Antes de que pudiera volver a hablar, la dama se echó hacia delante y sonrió con astucia.

—Cree usted que soy demasiado vieja para conocer el mundo moderno y sus problemas.

—Por supuesto que no —mintió la bibliotecaria.

—No sea embustera, niña. Tiene usted parte de razón, pero debe tener en cuenta una cosa. Por aquí pasa una multitud de personas diferentes, les gusta visitar el pueblo, vienen a la colonia como a un museo. Y yo soy una mujer observadora, querida, a mi edad poco más se puede hacer si no observar.

La señorita Prim hizo un gesto de protesta que la anciana se limitó a ignorar.

—Sin embargo, tampoco eso es suficiente; una no debe fiarse únicamente de su propia experiencia. La experiencia de una sola vida humana es un campo de estudio estrecho, incluso si se trata de una vida larga como la mía. Es fácil engañarse, Dios sabe lo fácil que es.

Lulú Thiberville hizo una pausa como si le faltara el aire y luego continuó hablando.

—Porque, en el fondo, siempre es lo mismo, ¿sabe? Siempre se trata de lo mismo. Son viejos errores gigantescos que emergen una y otra vez de las profundidades, como astutos monstruos al acecho. Si una pudiera sentarse junto a la ventana y ver transcurrir la historia humana, ¿sabe usted lo que vería?

La señorita Prim, ligeramente intranquila, aseguró que no lo sabía.

—Yo se lo diré. Vería una inmensa cadena de errores repetidos a través de los siglos, eso es lo que vería. Los contemplaría adornados con distintos ropajes, ocultos tras diversas caretas, camuflados bajo una multitud de disfraces, siempre los mismos. No, no es fácil darse cuenta, por supuesto que no lo es.

Hay que estar muy despierto y tener los ojos bien abiertos para detectar esas viejas y malignas amenazas que regresan una y otra vez. ¿Cree usted que desvarío? No, querida. Usted no puede verlo, la mayoría de las personas ya no son capaces de verlo. Pero está oscureciendo y yo siento caer la noche. Esos pobres niños, ¿qué cree que están recibiendo en las escuelas?

La bibliotecaria parpadeó al tiempo que hacía un esfuerzo por tratar de desentrañar el discurso de la anciana.

—Supongo que conocimientos.

Lulú Thiberville se enderezó con una agilidad inesperada.

—Se equivoca. Lo que reciben es sofismo, pestilente y podrido sofismo. Los sofistas han tomado las escuelas y trabajan por su causa.

—¿No es usted algo pesimista? —preguntó con exquisito cuidado la señorita Prim mientras miraba disimuladamente el reloj.

La anciana la contempló en silencio.

—¿Pesimista? En absoluto, querida mía. ¿Pero qué ha de hacer un centinela sino dar aviso de lo que observa? No hay centinelas pesimistas u optimistas, Prudencia. Hay centinelas despiertos y centinelas dormidos.

La bibliotecaria suspiró y miró hacia la ventana. No entendía del todo el alcance de las meditaciones de la anciana Thiberville. Aquella mujer requería algo más que una tarde de atención si una quería aventurarse en su personalidad. Era demasiado densa para un té con tostadas, era oscura y misteriosa como una taza de chocolate caliente.

—Así que su siguiente destino es Italia. —La anciana cambió bruscamente de tema y llenó de nuevo la taza de su invitada—. ¿A qué parte de Italia viaja?

La señorita Prim confesó que todavía no tenía respuesta. Por supuesto que sabía cuál sería su primer destino: había decidido comenzar por Florencia, ¿por dónde si no? Pasaría parte del invierno en Florencia, haría de la ciudad su cuartel de operaciones y a partir de ahí diseñaría un plan para adentrarse en el país, para conocer sus recovecos, para recorrer sus palazzi, sus villas y sus iglesias, para leer perezosamente bajo su cielo y su sol, para empaparse de la belleza que tanto ansiaba. Creía saber también cuál sería el final: Roma. Pero ¿y entre medias? La señorita Prim no lo sabía. Y pese a no saberlo, o quizá precisamente por no saberlo, se sentía extraordinariamente feliz.

Lulú Thiberville escuchó pacientemente todas aquellas explicaciones. Solo después de haberlo hecho, cerró los ojos, se recostó un poco más en el diván y a continuación dijo:

—Debe usted ir a Norcia.

La bibliotecaria cruzó las piernas y miró de nuevo con resignación hacia la ventana. Desde que había anunciado su intención de irse a Italia todo San Ireneo de Arnois se había dedicado a decirle adónde debía ir y qué no podía dejar de ver.

—Norcia —repitió.

—La cuna de Benito —añadió la anciana con el aire de quien menciona a un antiguo amigo.

Y a continuación dijo:

—Allí viven unos monjes con los que simpatizo.

La señorita Prim guardó un contenido silencio. La idea de que Lulú Thiberville se dispusiese a hacerle un encargo que la obligase a trasladarse a un lugar al que no había pensado ir le produjo una intensa sensación de incomodidad. Siempre había pensado que era una desconsideración utilizar la edad como excusa para obligar a los demás a hacer cosas. Al fin y al cabo, ella contaba con sus propios planes, contaba con deberes y obligaciones. No tenía ninguna intención de ir a visitar a unos

monjes con los que Lulú Thiberville había decidido simpatizar, desde luego que no la tenía.

—No se precipite —dijo entonces la anciana con aquel aire de abeja reina que la bibliotecaria había admirado tanto en su primer encuentro—. No pretendo enviarla a hacer un recado al corazón de Italia. ¿Podría usted ser tan amable y traerme ese libro verde que está en la estantería? ¿Y después ese otro rojo que está sobre el piano?

La señorita Prim fue en busca de los volúmenes, que resultaron ser dos enormes álbumes de fotografías. Su anfitriona los cogió con sus delgadas manos y comenzó a pasar sus páginas. Después de cinco minutos que parecieron quince, la anciana encontró lo que buscaba.

—Aquí está —dijo.

Y señaló a su invitada un grupo de fotografías que ésta examinó con atención.

—Parece un hermoso lugar —murmuró— y también un hermoso monasterio.

—San Benedetto —asintió con suave acento italiano la anciana.

—¿San Benedetto?

—Eso es. ¿No suena como música?

—La verdad es que sí —respondió la bibliotecaria mientras examinaba las fotografías—. Pero esos monjes. qué extraño, pensé que serían todos muy viejos.

—Sabe usted poco de la vida —murmuró Lulú Thiberville con regocijo—. La tradición no tiene edad, niña, es la modernidad lo que envejece. Antes de que se me olvide: debe usted bajar a la cripta.

—¿Por qué? —preguntó la señorita Prim, a quien la perspectiva de descender a cualquier tipo de cripta no entusiasmaba en absoluto.

La anciana la contempló con la severidad de una maestra ante un niño que se empeña en no comprender y del que se empieza a sospechar que quizá no vale la pena enseñar.

—Mire esto —dijo tras pasar varias páginas del álbum—. ¿No cree que es hermoso?

La bibliotecaria dirigió la mirada hacia las fotografías y asintió. Norcia poseía una sobria plaza coronada por una estatua de San Benito. En uno de los extremos se erigía una basílica del mismo nombre con una blanca fachada en la que destacaba un rosetón. «Siglo XIII, probablemente», archivó la metódica mente de la señorita Prim. En otra de las imágenes se veía una inmensa y desierta pradera entre montañas en la que miles de amapolas, girasoles, violetas y otras flores silvestres producían el efecto de un maravilloso tapiz natural.

—Qué maravilla —exclamó admirada—. Parece un altiplano.

—Una comparación muy apropiada, puesto que es un altiplano —respondió su anfitriona—. Hay un exquisito hotel en el pueblo donde puede alojarse, el Palazzo Seneca, lo regenta una familia encantadora. Es perfecto para usted. Lo mejor que se puede hacer allí es descansar, observar la vida y mezclarse con las gentes del lugar. No sabe lo inspirador que resulta cruzar el pueblo rumbo al mercado, saludar a los lugareños, observar a los monjes cultivar la tierra y cantar gregoriano entre los muros de la cripta. Están restaurando un segundo monasterio. Tal vez necesiten ayuda.

—Norcia —repitió en voz baja la señorita Prim—. ¿Quién sabe?

Lulú Thiberville la escudriñó con renovada atención.

—Creo que le vendrá muy bien, Prudencia. Aplacará esa dureza modernista.

La bibliotecaria se rió mientras removía los dos terrones de azúcar moreno con los que solía tomar el té.

—¿Dureza modernista? ¿Qué quiere decir con eso?

La anciana se incorporó para observar mejor a su invitada.

—Míreme, niña, y dígame qué ve. ¿Tal vez a una dulce ancianita?

La señorita Prim, sonriente, negó con la cabeza.

—Yo no diría tanto.

—Y haría bien. Soy una mujer dura. ¿Y sabe por qué? Soy dura porque soy vieja. Ahora mírese a usted, ¿qué es lo que ve?

La sonrisa se borró lentamente del rostro de la bibliotecaria.

—No lo sé, es difícil juzgarse a sí mismo.

—Yo se lo diré: una mujer joven y dura.

—No sé en qué se basa para asegurar eso —respondió con aspereza la señorita Prim, que jamás se había considerado a sí misma una mujer dura.

—No se ofenda, niña, quizá me he explicado mal. No he querido decir que usted, concretamente, sea dura. Lo que quiero decir es que las mujeres modernas como usted lo son en mayor o menor medida.

La bibliotecaria abrió y cerró nerviosamente la cremallera de su bolso antes de replicar. A tenor de aquella última explicación, tal vez no se pudiera decir que hubiese sido insultada personalmente, pero sí que lo había sido genéricamente; y ya fuese de un modo personal o genérico, su sentido del honor la obligaba a protestar. Lulú Thiberville la escuchó en silencio con una ligera sonrisa en la boca y después volvió a hablar.

—Así que se pregunta usted en qué me baso para realizar una afirmación semejante, ¿no es cierto?

La señorita Prim manifestó que ciertamente ésa era su pregunta.

—Me baso en el ansia, hija mía. Simple y llanamente en el ansia.

—¿En el ansia? ¿Ansia de qué?

La anciana hizo una pausa casi imperceptible antes de continuar y, cuando volvió a hablar, su voz sonó como si no fuese a callar jamás.

—El ansia que muestran todas ustedes por demostrar su valía, por dejar claro que saben esto y aquello, por asegurar que pueden conseguirlo todo. El ansia por triunfar y el ansia, todavía mayor, por no fracasar; el ansia por no ser consideradas menos, sino incluso más, por el mero hecho de ser exactamente lo que cada una cree ser o, más bien, lo que se les ha hecho creer que son. El ansia inexplicable de que el mundo les reconozca como un mérito el simple hecho de ser mujeres. Ah, pero se enfada usted conmigo, ¿no es cierto?

La bibliotecaria, con los labios apretados y los nudillos casi blancos, no contestó.

—Naturalmente que se enfada. Y sin embargo, no hay más que escucharla hablar del hombre para el que trabaja para darse cuenta de que algo de lo que digo es cierto. ¿Por qué parece usted tan enfadada? ¿Por qué lo compara y lo registra todo como si la vida se midiera con escuadra y cartabón? ¿Por qué tiene tanto miedo a perder su lugar, tanto temor a quedarse atrás? ¿Por qué, querida, se defiende usted tanto?

La señorita Prim miró a la anciana sin saber qué decir. Trató de serenarse interiormente mientras reflexionaba sobre la mejor forma de responder a lo que acababa de escuchar. Y

mientras lo hacía, la voz de Lulú Thiberville volvió a sonar, áspera y cansada.

—Dice usted que quiere encontrar la belleza, pero no será así como lo consiga, amiga mía. No lo conseguirá mientras cuide de sí misma como si todo girara en torno a usted. ¿Es que no lo comprende? Es exactamente al revés, justamente al revés. No debe usted ser cuidada, debe usted ser herida. Lo que trato de explicarle, niña, es que mientras no permita que esa belleza que busca la hiera, mientras no permita que la quiebre y la derribe, no conseguirá usted encontrarla.

La bibliotecaria se puso en pie al tiempo que se sacudía con brusquedad dos o tres migas de bizcocho de su falda de tweed. Miró fríamente a la anciana echada en el diván, que inclinó su vieja cabeza a modo de silenciosa despedida, y a continuación salió del salón y de la vida de Lulú Thiberville con la firme intención de no regresar jamás.

Durante los últimos días de su estancia en San Ireneo de Arnois la señorita Prim trató de evitar en lo posible al hombre del sillón. No sabía si era su imaginación, pero durante aquellas últimas jornadas de maletas, paquetes y despedidas tenía la sensación de que él la esquivaba con idéntico celo. El tiempo se había vuelto especialmente frío, como ocurría siempre a finales de febrero, y los campos helados daban a la casa y al jardín el aspecto de un paisaje pictórico inerte. La mañana de su marcha, la bibliotecaria se encontraba en su cuarto echando un último vistazo a sus maletas. Todo estaba allí. Los escasos libros que había traído consigo, sus ropas y zapatos, algún objeto personal y el sinfín de regalos recibidos en las últimas horas de amigos y vecinos de todos los rincones del pueblo. La señorita Prim contempló su abultado equipaje con una sonrisa triste. Tras abrir y cerrar los cajones de la cómoda y las mesas de noche para comprobar si se había dejado algo, se irguió y miró con nostalgia

hacia la ventana. Justo en ese momento, oyó un ruido sordo que la sobresaltó; una bola de nieve acababa de ser lanzada contra el cristal. Sorprendida, abrió la puerta de la terraza y se asomó al jardín; el viento cortaba la piel y se colaba por entre la ropa. Fuera, abrigado hasta los ojos, se hallaba el hombre del sillón.

—¿Baja? —gritó él.

—¿Que si bajo? Estamos a varios grados bajo cero, no es un día muy agradable para pasear por el jardín.

El hombre del sillón sonrió o eso dedujo la bibliotecaria al ver entrecerrarse sus ojos, única parte visible de su rostro.

—Yo creo que es un día perfecto, entre otras cosas porque para este jardín y para usted no va a haber ningún otro día mejor. No tendré el placer de contemplar a ambos juntos después de hoy.

—Eso es cierto —murmuró la señorita Prim.

—¿Qué ha dicho? —volvió a gritar él.

—He dicho que eso es cierto —repitió ella en voz alta—. Pero el jardinero vendrá a recogerme en media hora, no tengo demasiado tiempo para hablar.

El hombre del sillón se acercó a la casa hasta situarse debajo de la ventana de su empleada.

—Vamos, Prudencia, ¿realmente va a decirme que no tiene tiempo para despedirse de mí?

Con los codos apoyados en la barandilla del balcón, ella pareció meditar un momento la pregunta.

—Tiene usted razón. Deje que me ponga un abrigo y ahora mismo bajo.

Mientras apuraba las escaleras, la bibliotecaria se dio cuenta del nerviosismo que la embargaba. Aunque le disgustase admitirlo, todavía no había conseguido acallarlo. Pese a

aquellas noches de reflexión, pese a las charlas, los consejos y las confidencias, pese a las lágrimas derramadas, los reproches y la pedagogía sobre lo absurdo que había sido aquel enamoramiento repentino, no había logrado acallarlo. No había conseguido aplacar aquella agitación, aquel accidente violento que había arrastrado hasta el fondo del océano su exquisito, bello y bien cultivado equilibrio.

—Debería hacer más ejercicio, está muy congestionada.

—¡Oh! —dijo ella, preguntándose por enésima vez por qué aquel hombre parecía incapaz de apreciar la diferencia entre ser sincero y decir inconveniencias.

Hacía frío en el jardín, un frío intenso y desolador, cuando ambos comenzaron a andar hacia la parte sur, donde un viejo cenador de madera albergaba herramientas de jardinería, viejos tiestos vacíos, trastos inútiles de todas las formas y tamaños, una mesa pintada de blanco y cuatro alambicadas sillas de jardín que llevaban más años en la casa de lo que nadie podía recordar.

—¿Por qué no arregla este cenador? —preguntó la señorita Prim al tomar asiento en una de ellas.

—Porque me gusta así.

—¿Por qué? —En algún lugar de su interior la bibliotecaria escuchó un rumor de sables.

Él la miró en silencio, como si calibrase si aquélla era un pregunta inocente o más bien una provocación.

—¿Por qué. qué?

—¿Por qué le gustan solo las cosas viejas?

—Eso no es exactamente cierto. Hay cosas nuevas que me gustan.

—¿De verdad? —preguntó ella—. Dígame una.

Su anfitrión exhibió aquella sonrisa que la señorita Prim había aprendido ya a interpretar.

—Usted, por ejemplo.

Ella suspiró con fingido desaliento.

—No sé si tomarme eso como un cumplido. Celebro que no me considere usted vieja, pero no tengo tan claro que me halague ser considerada una cosa.

El hombre del sillón se echó a reír y, al hacerlo, la bibliotecaria sintió que las lágrimas se agolpaban en sus ojos. Bajó la cabeza y cuando la levantó, su mirada se encontró con la de él.

—Lo siento —dijo—. Me entristece la idea de irme.

—¿De verdad?

La señorita Prim le miró con una mezcla de reproche y sorpresa.

—Por supuesto que sí —insistió con la mirada brillante de emoción.

—Me alegro de saberlo —replicó él—, porque yo también siento que se vaya. Ha sido usted una contrincante magnífica, además de una gran compañera. Echaré de menos nuestras discusiones.

La bibliotecaria bajó los ojos y sonrió con malicia.

—No sea embustero. Sabe perfectamente que no soy una oponente para usted. Siempre me ha ganado en las discusiones, siempre ha retorcido mis argumentos y siempre ha tenido la virtud de sacarme de mis casillas.

—¿La virtud? —preguntó él con una sonrisa burlona.

—La virtud —dijo ella mirándole fijamente—. Cuando llegué aquí me costaba aceptar un punto de vista diferente del mío. Me temo que en eso me parezco a usted.

—Pues yo, en cambio, debo reconocer que, a fuerza de ataques, me ha ayudado usted a entender ciertas cosas.

Cerrando los ojos a la tentación de responder que ella jamás había atacado a nadie, la señorita Prim se enderezó suavemente en la silla y se inclinó sobre la mesa como si se dispusiese a escuchar algo muy interesante.

—¿Como qué? —preguntó.

—Como todo lo que usted llama delicadeza, supongo.

—Eso es una verdadera sorpresa —dijo ella con satisfacción—. Tenía la impresión de que usted despreciaba la delicadeza.

—No es cierto.

—Pensaba que la consideraba, ¿cómo decirlo?, una cualidad blanda.

—La considero un atributo femenino. —La bibliotecaria hizo una mueca—. Pero ello no quiere decir que no crea que puede, e incluso que debe, estar presente en el carácter de un hombre.

—Pero no lo está en el suyo.

—No, no lo está en el mío. Por eso ha sido muy enriquecedor para mí conocerla.

Ambos permanecieron en silencio unos minutos, mientras contemplaban caer la nieve a través de los ventanales del viejo cenador. Después, la señorita Prim volvió a hablar.

—Quisiera darle las gracias.

—¿Por qué?

—Por nada y por todo. Tengo la sensación de que debo hacerlo, de que seguramente en algún momento me daré cuenta de que debí haberlo hecho, y no quiero que cuando ello ocurra, sienta que he dejado pasar esa oportunidad. ¿Me comprende?

—En absoluto —dijo él con tranquilidad.

La bibliotecaria le contempló desalentada y se preguntó cómo era posible que en un mismo ser humano pudiesen coexistir una inteligencia tan brillante con aquella exasperante, férrea y roma insensibilidad. Desde su punto de vista, lo que acababa de expresar resultaba perfectamente comprensible. Media humanidad, si no toda ella, había sentido en algún momento el impulso, la intuición, el convencimiento de que debía agradecer algo a alguien. Pero muchos habían dejado que ese agradecimiento muriese en sus labios; y la señorita Prim no deseaba ser uno de ellos.

—Es usted una persona extraña. Carece absolutamente de empatía —dijo.

—Y sin embargo, usted me aprecia —replicó él.

—La vanidad es otro de sus grandes defectos —continuó ella sin inmutarse—. Yo diría que le respeto, con eso está suficientemente expresado.

El hombre del sillón la contempló con una sonrisa.

—Pero aun así somos amigos —dijo mirándola a los ojos.

—Lo somos —respondió ella con suavidad. Y luego, en uno de aquellos arranques emotivos que la sacudían de vez en cuando y le hacían decir cosas de forma abrupta y casi sin respirar, añadió—: ¿Realmente cree usted que el amor entre dos personas diferentes es imposible?

Él se levantó y entornó la puerta del viejo cobertizo para evitar que el viento hiciese entrar la nieve.

—Yo nunca he dicho eso —respondió lentamente mientras se sentaba—. No, no creo que sea imposible. Yo diría que es muy común.

—Pero usted —balbuceó la señorita Prim preguntándose qué clase de extraña imprudencia se había apoderado de ella para consentir en decir algo semejante—, usted y Herminia.

—¿Rompimos por ser muy diferentes? —El hombre del sillón sacudió la cabeza a ambos lados—. No lo ha entendido, Prudencia. No ha entendido usted en absoluto lo que traté de explicarle el otro día sobre ese asunto.

—Tal vez no se explicó bien —replicó ella fríamente, molesta ante la idea de ser clasificada como una persona que no entiende nada en absoluto—. Tal vez fue demasiado críptico.

—Bien, pues voy a hacerlo fácil entonces.

La señorita Prim se preguntó si en defensa de su propia dignidad no debería protestar ante aquella condescendencia pedagógica, pero como solía ocurrirle en las conversaciones con su jefe, la curiosidad venció abrumadoramente a la propia dignidad.

—Le escucho.

—Imagínese por un momento que usted y yo, dos personas muy diferentes, decidiéramos ir juntos a San Petersburgo. ¿Me sigue?

—Perfectamente.

—Convendrá conmigo en que probablemente discutiríamos durante todo el camino.

—Muy probablemente.

—Yo querría alojarme en monasterios y departir con viejos staretz, mientras que usted insistiría en reservar hoteles bien acondicionados y absolutamente limpios. Yo querría callejear por pequeños pueblos y aldeas insignificantes antes de llegar a nuestro destino; usted seguramente llevaría el recorrido muy planificado y le resultaría molesto detenerse en lugares sin apenas interés histórico o artístico. Pero pese a todas esas dificul-

tades, antes o después, usted y yo llegaríamos juntos a San Petersburgo.

—¿Y bien? —dijo la bibliotecaria con los codos apoyados en la mesa.

—Déjeme continuar, estoy tratando de no ser críptico. Ahora imagínese que usted y yo decidimos emprender otro viaje. Pero esta vez usted quiere ir a San Petersburgo y yo deseo ir a Tahití. ¿Qué cree que ocurriría?

La señorita Prim esbozó una sonrisa triste.

—Que tarde o temprano nuestros caminos se separarían —dijo.

—Veo que ahora lo ha entendido.

—A menos —murmuró la bibliotecaria tras una larga pausa—, a menos que yo le convenciese a usted de ir a San Petersburgo y no a Tahití.

Él se quitó los guantes y la miró intrigado.

—Pero eso es parte del problema, Prudencia. Yo no quiero que nadie me convenza de ir a San Petersburgo y, si tuviese la más mínima duda de que alguien pudiese conseguirlo, me cuidaría mucho de arriesgarme.

—Pero es que también —la señorita Prim hizo un esfuerzo por encontrar las palabras—, también podría usted convencerme a mí de ir a Tahití.

El hombre del sillón calló durante un instante que a la bibliotecaria le pareció eterno.

—Yo iría al fin del mundo con tal de convencerla a usted de ir a Tahití —dijo con una extraña intensidad en la voz—. Haría todo lo que estuviese en mi mano, absolutamente todo, por convencerla. Pero creo que nuestro viaje sería un fracaso, un terrible fracaso, si usted no tuviese claro que quiere conocer Tahití antes de empezar.

—Usted nunca ha querido convencerme de ir a Tahití —dijo ella en voz baja.

—¿Cómo lo sabe?

—¿Cómo sé qué?

—¿Cómo sabe que no he querido?

—Porque nunca me ha forzado a nada ni me ha presionado respecto a nada. No ha hecho usted nada por convencerme. Probablemente por eso somos amigos; siempre ha respetado mis opiniones.

El hombre del sillón se recostó en la vieja silla de hierro del cenador.

—Es cierto, no la he forzado a nada y tampoco la he presionado respecto a nada. Pero si no lo he hecho, es porque he pensado que habría sido contraproducente hacerlo, no por ninguna otra razón. No me atribuya méritos, ya que eso es un mérito para usted, que no tengo.

—Sea por la razón que sea —replicó la bibliotecaria—, no ha intentado usted ir al fin del mundo para convencerme de ir a Tahití.

—¿Usted cree? —preguntó él con una sonrisa—. Quizá algún día se dé cuenta de que se puede ir al fin del mundo sin salir de una habitación, Prudencia.

—Ahora vuelve usted a ser críptico —replicó ella y, tras hacer una pausa, dijo con aire malicioso—: Dígame una cosa, si yo hubiese querido ir a Tahití, si nunca hubiese pensado en ir a San Petersburgo, ¿se habría atrevido a pedirme que hiciésemos ese viaje juntos?

El hombre del sillón bajó la cabeza y esbozó una sonrisa.

—¿Y usted? —preguntó en voz baja mirándola a los ojos—. ¿Habría venido usted?

La bibliotecaria abrió la boca para contestar, pero antes de que pudiese hacerlo, un rostro maduro y hosco se asomó por la puerta.

—Es hora, señorita.

La señorita Prim, con el rostro encendido, se levantó al mismo tiempo que su jefe. Éste le tendió la mano y le dijo:

—En San Petersburgo hace mucho frío, Prudencia. Lo sé porque ya he estado allí. Pero tal vez algún día. —vaciló.

La bibliotecaria se dirigió despacio y en silencio hacia la puerta. Antes de cruzarla, se dio la vuelta y contempló por última vez al hombre del sillón, de pie, bajo la puerta del viejo cenador.

—No lo creo —murmuró.

La señorita Prim no se volvió para contemplar por última vez la casa y el jardín. De acuerdo con sus deseos, expresados con la firmeza de una orden militar, ni los niños, ni la cocinera, ni las muchachas del pueblo, ni siquiera el hombre del sillón acudieron a despedirla a la puerta. A la señorita Prim no le gustaban las despedidas. Pese a todas aquellas injustas acusaciones de sentimentalismo, era muy consciente de que no le gustaban las escenas emotivas, no sabía manejarlas, no acertaba nunca con el tono preciso para abordarlas. A él no le ocurría aquello, meditó mientras se arrebujaba en el asiento trasero del coche y miraba a hurtadillas el serio rostro del jardinero. Él sabía siempre, o casi siempre, cómo comportarse. Era capaz de mantener la mirada, la sonrisa o la seriedad justa en cada instante. La señorita Prim creía que ello tenía que ver con sus modales. No aquellos modales que pueden adquirirse leyendo reportajes en revistas y semanarios, tampoco los modales que suelen encontrarse en los libros sobre protocolo y etiqueta, ni siquiera los modales de que hacen gala las personas que presumen de tener buenos modales. Nada de ello tenía que ver con aquello que él poseía. Tal vez porque lo que él tenía y ella apreciaba no

consistía en algo que se pudiese leer, estudiar o imitar. No se enseñaba y tampoco se aprendía, simplemente se respiraba. Parecía tan natural, tan sencillo, tan íntimamente unido al que lo exhibía que solo después de algún tiempo, solo tras unas semanas o incluso unos meses, uno caía en la cuenta de lo sereno y armonioso de aquel comportamiento. Ni los semanarios, ni los libros de protocolo, ni los cursos por correspondencia podían competir con esa clase de modales. Era un código perfeccionado por siglos de práctica, respirado desde la cuna, inspirado en los olvidados albores del amor cortés y la caballería.

Mientras meditaba sobre aquello, el coche conducido por el jardinero dobló un recodo de la carretera y dejó ver la enorme y sólida estructura de la abadía de San Ireneo. La bibliotecaria contempló sus viejos muros de piedra, admiró la belleza regular de sus líneas y a continuación consultó su reloj. Le sobraba tiempo para llegar a la estación. Había salido con casi dos horas de antelación, cuando el trayecto hasta allí en automóvil no consumía más de media. La señorita Prim era una firme defensora no ya de la puntualidad, sino y, sobre todo, de la previsión. En honor a la previsión había decidido ir a la estación con dos horas de antelación y para gloria de la previsión, en aquel momento, en aquel justo instante, sin saber por qué y sin saber siquiera cómo, acababa de experimentar un intenso deseo de conocer al viejo monje que habitaba aquellos muros. Aquel anciano que durante el largo y frío invierno en San Ireneo de Arnois había cuidadosamente decidido evitar.

—¿Podríamos detenernos un momento en el monasterio? —preguntó al jardinero.

—Naturalmente, señorita. ¿Acaso quiere usted comprar algo de miel?

—No —respondió mirando al hombre a través del espejo retrovisor—. En realidad, me gustaría hablar un momento con el pater.

—¿Con el pater? —preguntó éste con extrañeza—. ¿Está usted segura?

—Muy segura —dijo ella elevando su barbilla con firmeza—. ¿Podría usted ayudarme?

—No faltaba más —aseguró el jardinero mientras tomaba el desvío que bordeaba los campos de labor y llevaba directamente hasta la puerta de la abadía.

Tras unas gestiones con el monje encargado de la portería, la señorita Prim cruzó la puerta del monasterio y fue conducida a la hospedería, donde le pidieron que esperase unos minutos. Allí contempló las desnudas paredes de la estancia hasta que un joven monje con un delantal de trabajo sobre el hábito la saludó con una sonrisa y la invitó a seguirle hasta la huerta.

—Está tomando el fresco —dijo como única explicación y sin reparar en lo incongruente de sus palabras en una mañana en la que el termómetro marcaba varios grados bajo cero.

Tras atravesar un largo corredor, cruzar un austero y silencioso claustro y adentrarse en la pequeña huerta, la bibliotecaria fue conducida hasta un rincón en el que un hombre muy anciano se hallaba sentado.

—La señorita Prim ha venido a verle —dijo el joven religioso antes de indicar con un gesto a la bibliotecaria que se acercase.

El anciano se incorporó, despidió con una suave sonrisa al monje e invitó a la visitante a sentarse a su lado.

—Siéntese, por favor —murmuró—, la estaba esperando.

—¿Esperarme? —preguntó ella con la inquietud de quien sospecha que está siendo confundido con otra persona—. No sé si sabe usted quién soy, padre, me llamo Prudencia Prim y he estado trabajando varios meses como bibliotecaria en.

—Sé perfectamente quién es usted —la interrumpió suavemente el monje— y la esperaba. Ha tardado mucho.

La señorita Prim contempló el arrugado rostro del anciano y su frágil y delgado cuerpo y se preguntó si aquel hombre estaría en sus cabales.

—Ellos me han hablado mucho sobre usted —dijo mirándola con unos ojos en los que ésta creyó adivinar una sombra de regocijo.

—¿Ellos? ¿Se refiere usted al hombre para el que trabajo?

—Me refiero a toda la gente que la conoce y que la aprecia.

La bibliotecaria enrojeció de satisfacción. Jamás se le hubiese ocurrido que alguien pudiera haber ido a visitar a aquel monje nonagenario para hablarle sobre ella. No había pensado nunca que su presencia pudiese atravesar aquellos férreos muros y penetrar en la silenciosa y profunda rutina del anciano benedictino. Antes de que pudiese volver a hablar, el monje dijo:

—Se marcha usted a Italia.

La señorita Prim contestó que, en efecto, así era.

—¿Por qué?

—¿Por qué?

—Eso es.

La bibliotecaria frunció ligeramente el ceño. Se resistía a explicar todas las razones y vicisitudes que habían motivado su marcha. Todo aquello formaba parte de su vida privada y ella no tenía motivo alguno para hacer participar a aquel anciano de su vida privada. Por otra parte, ¿cómo explicar por qué se iba? Aún más, reflexionó de pronto, ¿sabía realmente por qué se iba?

—Supongo que no lo sé del todo. Si pregunta a la gente que me conoce recibirá muchas respuestas. Unos le dirán que

me voy porque he sufrido un desengaño sentimental, otros le explicarán que me voy porque necesito desprenderme de cierta dureza moderna y aun habrá algún grupo que asegurará que voy en busca del matrimonio.

El monje sonrió de pronto, y su sonrisa, franca y serena, hizo relajarse de inmediato a su invitada.

—Y usted —volvió a insistir con suavidad—, ¿por qué cree que se va?

—No lo sé —respondió ella con sencillez.

—Las personas que abandonan un lugar sin motivo o bien huyen de algo o buscan algo. ¿En cuál de esos dos grupos cree estar usted?

La bibliotecaria meditó largamente la respuesta. Cuando volvió a hablar, observó que el anciano tenía los ojos cerrados.

—Me parece que en ambos —dijo en voz baja ante el temor de que se hubiese quedado dormido—, tal vez eso sea lo que deba averiguar.

El monje abrió los ojos lentamente y contempló la huerta cubierta de nieve.

—Permítame que le pregunte algo —dijo, como si no hubiese oído las últimas palabras de su visitante—: ¿cómo cierra usted las puertas? ¿Las deja entreabiertas, las empuja suavemente o tal vez las cierra de golpe?

La señorita Prim abrió los ojos sorprendida, pero inmediatamente recuperó la compostura. Ahora estaba segura, aquel anciano había perdido la cabeza.

—Creo que las dejo entreabiertas o las empujo suavemente. Nunca doy portazos, eso desde luego.

—A los cartujos, durante su noviciado, se les enseña a cerrar las puertas volviéndose para activar cuidadosamente su

mecanismo, sin empujarlas ni dejar que se cierren solas. ¿Sabe por qué se les exige eso?

La señorita Prim respondió que no acertaba a imaginárselo.

—Para que aprendan a no apresurarse, para que aprendan a realizar una cosa detrás de la otra, para entrenarlos en la mesura, en la paciencia, en el silencio y la observancia de cada gesto. —El anciano hizo una pausa—. Se preguntará usted por qué le cuento esto. Se lo cuento porque ése es el espíritu con el que hay que emprender un viaje, cualquier viaje. Si lo realiza apresuradamente, sin reposo ni pausa alguna, volverá sin encontrar lo que busca.

—El problema —respondió la bibliotecaria después de meditar aquellas palabras— es que yo no sé qué estoy buscando.

El monje la miró con ojos compasivos.

—Entonces quizá el viaje le permita averiguarlo.

La señorita Prim suspiró. Había temido que el viejo monje tratase de adivinar los agujeros negros de su vida, había temido que la taladrase con la mirada y adivinase hasta el más oscuro de sus secretos. Pero aquel hombre no era nada más que un viejecito amable y cansado, no el terrible visionario con un pie en cada mundo que ella había temido encontrar.

—Me habían dicho que era usted capaz de leer en las conciencias. Me advirtieron que me diría cosas que me sorprenderían y me turbarían —dijo de pronto.

El anciano se estremeció bajo el viejo hábito y después habló con una extraña dulzura.

—Hace muchos años, cuando yo era solo un joven, tuve un maestro. Él me enseñó que el sacerdote, todo sacerdote, debe ser siempre un caballero.

La bibliotecaria parpadeó sin comprender.

—Ha venido usted aquí con el temor de que yo le dijese algo que la asombrase, la turbase o la agitase. ¿Qué clase de cortesía sería la mía si hubiese obrado así la primera vez que viene a verme y sin haberme pedido apenas consejo? No tenga miedo de mí, señorita Prim. Estaré aquí para usted. Estaré aquí esperando a que encuentre lo que busca y a que regrese dispuesta a contármelo. Y puede estar segura de que estaré con usted, sin salir de mi vieja celda, incluso mientras lo busca.

—Se puede ir al fin de mundo sin salir de una habitación —murmuró la bibliotecaria.

—Me han dicho que valora usted la delicadeza y que añora la belleza —continuó el anciano—. Busque entonces la belleza, señorita Prim Búsquela en el silencio, búsquela en la calma, búsquela en medio de la noche y búsquela también en la aurora. Deténgase a cerrar las puertas mientras la busca, y no se sorprenda si descubre que ella no vive en los museos ni se esconde en los palacios. No se sorprenda si descubre finalmente que la belleza no es un qué, sino un quién.

La bibliotecaria miró el rostro del anciano benedictino y se preguntó qué habría podido enseñarle si hubiese aceptado ir a verle antes, tal y como le había sugerido su amigo Horacio. Después, el frío intenso la hizo mirar el reloj. Se hacía tarde y el tren esperaba.

—Me temo que debo irme —dijo—. Le agradezco sus palabras, pero se hace tarde y tengo que llegar a tiempo a la estación.

—Váyase —dijo el anciano—, no debe llegar tarde. No es forma de comenzar un viaje tan importante como el que va usted a emprender.

La señorita Prim se puso de pie y se despidió con calurosa cortesía. Luego echó a andar hacia el edificio de la abadía, pero

antes de terminar de cruzar la huerta volvió sobre sus pasos y preguntó al anciano, que seguía sentado en el banco:

—Pater, quisiera preguntarle algo. Durante estos meses he escuchado decir muchas cosas sobre el amor y el matrimonio. Me han dado muchos consejos, me han expuesto una multitud de teorías. Dígame, ¿cuál es, a su juicio, el secreto de un matrimonio feliz?

El monje abrió los ojos como si aquélla fuese la primera vez que escuchaba una pregunta semejante. Sonriendo, se levantó con dificultad y se acercó despacio a la bibliotecaria.

—Como comprenderá fácilmente, yo no puedo saber mucho de eso. En realidad, ningún hombre dedicado a Dios desde su primera juventud, como es mi caso, puede hacerlo. Seguramente las personas que le han dado esos consejos saben lo que es el matrimonio y pueden decir de él muchas más cosas de las que yo pueda decir. Y sin embargo.

—¿Sin embargo? —preguntó la señorita Prim, dolorosamente consciente de la velocidad del minutero de su reloj.

—Sin embargo, creo poder decirle lo que constituye el corazón sobrenatural del matrimonio, aquello sin lo que éste no puede llegar a ser más que un castillo de naipes colocados con mejor o menor fortuna.

—¿Y es? —insistió la bibliotecaria, impulsada por el febril deseo no ya de dejar puertas entreabiertas, sino de cerrarlas a portazos.

—Y es, querida niña, que el matrimonio no es cosa de dos, sino de tres.

Atónita ante aquella respuesta, la señorita Prim abrió la boca para replicar, pero el recuerdo del reloj se lo impidió. Estrechó la mano al viejo monje, dio media vuelta y abandonó apresuradamente la abadía de San Ireneo rumbo a la estación de tren.

Norcia

Prudencia Prim apuró los escalones de salida de la cripta de la basílica de San Benedetto y, tras retirar el cordón carmesí que separaba la entrada del resto del edificio, salió al exterior. El frescor de la mañana le dio en el rostro mientras bajaba los escalones y se adentraba en la plaza principal de Norcia. Los puestos del mercadillo todavía estaban cerrados o empezaban poco a poco a desperezarse, a la espera de ofrecer a los primeros viandantes pequeños recuerdos de artesanía local. En las tiendas de norcineria, abarrotadas de toda clase de embutidos, prosciutti, mortadelas, salchichones y otros productos como lentejas, pastas de todas las formas y colores, arroces y las más deliciosas trufas, los comerciantes levantaban rejas, descorrían cerrojos, abrían puertas y adornaban el exterior de sus negocios con cestas y atractivas muestras de sus géneros. El Consistorio, con la bandera de Italia ondeando al viento, y, frente a éste, el recio edificio que albergaba el Museo Eclesiástico de Castelluccio, eran lugares deliciosamente familiares para ella. Y sin embargo, solo llevaba dieciséis semanas viviendo allí.

Era una mañana de viernes, y la señorita Prim, como tenía por costumbre, dobló la esquina de la basílica, bajó la calle y se dirigió a la pequeña terraza del bar Venecia a desayunar. Animada por la perspectiva de disfrutar de un refrigerio abundante, se sentó a una mesa, cogió la carta y acarició con la mirada las ofertas deprosciutto y cabeza de jabalí. Cuando el camarero salió a tomar nota de su pedido con la sonrisa afable con que la recibía todas las mañanas, la bibliotecaria suspiró satisfecha.

—Buongiorno, signorina.

—Buongiorno, Giovanni.

—Cappuccino?

—Cappuccino —asintió—. Y algo de ese prosciutto excelente que siempre tiene.

El hombre la contempló con gesto de duda.

—Prosciutto? No lo creo, debe de estar usted equivocada.

La señorita Prim le miró con sorpresa. Abrió la boca dispuesta a replicar, pero en lugar de eso esbozó una sonrisa azorada.

—Por supuesto que no, Giovanni, qué despistada soy.

—¿Unas tostadas con queso fresco y mermelada?

—Eso estará bien.

La bibliotecaria se acomodó en su silla y entrecerró ligeramente los ojos. Había llegado a principios de mayo, justo a tiempo para disfrutar del esplendor de la primavera. Aquella primavera que cada año inundaba de flores el Piano Grande de los Montes Sibilinos, una enorme llanura encerrada entre montañas que se extendía como un lago silencioso a escasos kilómetros de Norcia. Aconsejada por la propietaria de su hotel, la bibliotecaria había subido una mañana el altiplano y contemplado la grandiosa belleza de aquella inacabable alfombra tejida por millares de amapolas, pequeñas margaritas, tréboles y violetas, dientes de león, ranúnculos de color amarillo, rosa y rojo, gentianellas azuladas, campanillas y muchas otras especies silvestres. Aquella mañana la señorita Prim pisó la alfombra y también se sentó en ella, paseó maravillada entre las flores, se arrodilló e incluso, quién lo hubiera dicho, hasta se recostó. Desde allí divisó con ojos deslumbrados la diminuta y aislada aldea de Castelluccio, que a modo de un reino perdido en una tierra encantada, emergía de aquel esplendor como una isla emerge del mar.

Y, sin embargo, no fue esa explosión de naturaleza el imán que logró retenerla allí. No fueron las viejas montañas de los Sibilinos, el rojo intenso de las amapolas ni los esbeltos ci-

preses plantados en campos de trigo. Tampoco las serenas miradas de los monjes ni la austera luminosidad de sus cantos. Fue mucho más que todo aquello y un poco de todo ello lo que la hizo detenerse en aquel lugar.

Había cruzado Italia de norte a sur y de este a oeste. Se había empapado de la grandeza de las ciudades y del esplendor de los paisajes. Había claudicado ante las deslumbrantes rivieras de Liguria y de Amalfi; había paseado por las orillas lombardas; se había rendido a la armonía de Florencia, a la belleza de Venecia, al espíritu de Roma. Había sido atrapada por el bullicio de Nápoles y perdido la noción del tiempo en las costas de Cinque Terre; había disfrutado de la luminosidad de Bari y deambulado bajo la sobriedad de Milán. Durante dos largos meses recorrió callejuelas, puertos, palacios, campos y jardines; vagó por pueblos de Toscana y paseó por tierras de Piamonte. Pero solo en Umbría, solo en aquel rincón de Umbría, decidió detenerse por fin a deshacer sus maletas.

—Qué cosa tan pequeña y tan grande es la felicidad —murmuró mientras devoraba las tostadas de queso fresco y mermelada y sorbía despacio el capuchino.

Tenía que planificar el día. Había pensado dedicar la mañana a responder el correo —la señorita Prim era una de las escasas huéspedes del hotel, si no la única, que todavía enviaba y recibía correo postal— y la tarde a visitar Spoleto. Qué agradable perspectiva la de poder pasar las horas sentada en una terraza, observando a la gente, leyendo a ratos algo de poesía —desde que había llegado a Italia, solo se veía capaz de leer poesía— y aspirando la suave calidez de aquel aire estival. Comenzó la segunda tostada y llamó con un gesto al camarero, que desde el umbral de la cafetería veía avanzar la mañana con sonrisa benévola.

—Cappuccino, signora?

—Cappuccino, Giovanni.

—El cartero dejó ayer aquí correspondencia certificada para usted —dijo a los pocos minutos Giovanni mientras dejaba sobre la mesa el fragante café, otra tostada y una bandeja con tres sobres.

—Gracias.

—Prego.

La señorita Prim abrió el primer sobre, lo leyó y lo dejó sobre la mesa. Bebió un sorbo de capuchino, abrió el segundo sobre, lo leyó y lo dejó sobre la mesa. Cogió la tostada, se la llevó a la boca, abrió el tercer sobre, lo leyó y dejó la tostada sobre la mesa. Durante unos minutos no hizo otra cosa que leer el pliego que estaba dentro del sobre. A continuación, desplegó una página de periódico que venía adjunta a la carta, la estiró sobre la mesa y la examinó con atención. Era una página de anuncios por palabras de La Gaceta de San Ireneo. Al final de la tercera columna había un texto rodeado por un círculo rojo.

Se busca maestra heterodoxa para escuela muy poco ortodoxa. Capaz de impartir el trivium

—gramática griega y latina, retórica y dialéctica— a niños con edades de entre seis y once años. Mejor sin experiencia laboral. Abstenerse tituladas superiores y posgraduadas

Cuando su mirada se posó sobre las dos últimas frases, el corazón de la señorita Prim se aceleró. Después, respiró lentamente y sus latidos se acompasaron. Así que, finalmente, allí estaba: había llegado el instante. Durante aquellos meses de viaje había mantenido correspondencia regular con algunos de sus amigos en San Ireneo. Ninguno de ellos lo había mencionado, ni ella ni ellos lo habían mencionado. Pero de algún modo todos esperaban que el instante llegase. Tantas cartas enviadas y recibidas, tantas anécdotas que recordar, tantos pequeños acontecimientos encerrados en pliegos de papel que iban y venían

desde el norte hasta el sur y mantenían a la bibliotecaria unida al lugar del que tanto le había costado separarse y con el que tanto temía volver a encontrarse.

Todo había cambiado tanto a lo largo de aquellos meses. A veces se sorprendía recordando con qué indignación había dejado San Ireneo en aquel frío febrero. Con qué enojo había salido de casa de Lulú Thiberville, la querida Lulú Thiberville, con la que había intercambiado tantas cartas durante el último mes. Cómo no escribir a Lulú tras la séptima vez que bajó a la cripta. Cómo no escribir después de haber caminado, haberse arrodillado e incluso, quién lo hubiese dicho, haberse recostado en la alfombra de mil colores que escondían los Montes Sibilinos. Cómo no explicarle que allí había aprendido a mirar, a otear el horizonte, a cerrar los ojos y viajar al pasado, a identificar monstruos y a esquivar icebergs, a entender y apreciar la ardua labor del centinela.

También se carteaba a menudo con su querido y admirado Horacio. Cómo no hablarle a Horacio del día en que por primera vez había logrado contemplar a Giotto sin tratar de diseccionar a Giotto. Cómo no explicarle que en algunos pueblos de la región los niños todavía juegan al fútbol en el atrio de las iglesias, exactamente igual a como jugaban todos los niños en todos los pueblos de Europa antes de que Europa olvidase los juegos y los atrios. Cómo no hablar a Horacio del silencio de las tardes de Spoleto, de la belleza de las callejuelas de Gubbio, de la tranquilidad de los jardines que rodean el convento de San Damián. Echaba de menos a su amigo, extrañaba aquella amabilidad recia y caballerosa, la añoraba. Pero sabía que no era lo único ni al único al que añoraba.

—Cappuccino, signora?

—No, muchas gracias, Giovanni. La cuenta, per favore.

La señorita Prim pagó su desayuno, recogió los tres sobres y dejó la terraza de la cafetería Venecia exactamente igual

que cualquier otro día. Cruzó la plaza principal de Norcia y se detuvo a hablar con el carabiniere, al que preguntó por su esposa y por su madre exactamente igual que cualquier otro día. Se detuvo un momento en la tienda del monasterio de San Benedetto, compró unos cuantos objetos, los pagó y se marchó con una sonrisa en el rostro exactamente igual que cualquier otro día. Luego se acercó a su hotel, estratégicamente situado a un paso de la plaza, entró en la recepción y esperó con paciencia a que la responsable atendiese a una pareja de enamorados japoneses que preguntaban con gestos y risas cómo llegar a Asís. La señorita Prim los miró y también sonrió.

Tutti li miei penser parlan d'amore[4]

Desde que había emprendido su viaje no cesaba de recordar poemas. La poesía inundaba su mente con el mismo vigor con el que las flores silvestres fertilizaban el Piano Grande. No brotaba de ella; la señorita Prim había sentido siempre el suficiente respeto por la poesía como para no consentir que ésta brotase de ella. Pero desde que una mañana al asomarse al mar en Santa Margherita Ligure había murmurado con asombro y desconcierto: «E temo e spero; ed ardo e son un ghiaccio»[5], se sentía invadida por poemas olvidados, poemas estudiados, poemas aprendidos, diseccionados y analizados. Si en Santa Margherita Ligure fue Petrarca, en Nápoles fue Boccaccio. Si en Florencia fue Virgilio, en Venecia llegó el turno de Juvenal. Y lo curioso es que en ninguna de aquellas invasiones líricas la señorita Prim sentía deseo alguno de estudiar, diseccionar o analizar. La poesía parecía haberse adueñado de ella y haberlo hecho sin rastro de estudio, disección o análisis. No era ella la que disfrutaba de los versos; eran los versos los que se recreaban en ella. Caían sobre su mente —¿o era sobre su alma?

---

4 Todos mis pensamientos hablan de amor». Dante Alighieri, Vida nueva.

5 «Y temo y espero; y ardo y soy hielo». Francesco Petrarca, Cancionero.

—justo al amanecer, cuando se levantaba a contemplar la salida del sol. La sobrecogían a mediodía, mientras observaba a los benedictinos cultivar la tierra y dejar puntualmente las azadas para rezar el Ángelus. La mecían en los atardeceres, cuando se sentaba en los cafés y leía hasta que la falta de luz y el fresco de la tarde la sacaban de su ensimismamiento.

En aquel febril arrebato poético, la señorita Prim había intentado recurrir a sus autores preferidos. Pero lo único que ahora llegaba a sus labios eran versos sueltos de Ronsard o tercetos de Dante o stanzas de Spenser. Al principio se había sentido contrariada por la imposibilidad de recitar exactamente lo que quería recitar, pero muy pronto constató que aquella vieja métrica ejercía un poder balsámico sobre su alma. ¿Quién podía mantenerse tenso o preocupado si de vez en cuando escuchaba en su mente los ecos de la reina Gloriana y sus caballeros? ¿Cómo era posible no dejar de sonreír si a cada paso que una daba una voz le apuntaba que el año, el mes, el día, la estación, el sitio, incluso el instante están bendecidos? Era imposible luchar contra aquello y ella no deseaba en absoluto luchar contra aquello. Las imágenes poéticas que siempre la habían conmovido por su terrible y desesperada humanidad no se fijaban ya en su mente, no se adueñaban de ella, sino que huían y se perdían en la luminosidad del día. Y entonces volvía la belleza y regresaba la armonía; y la señorita Prim se rendía. Y con su rendición, Dante, Virgilio y Petrarca también volvían.

—Deben ustedes tomar esa carretera —explicaba en ese momento la recepcionista por enésima vez a la pareja nipona. Súbitamente consciente de que otra huésped del hotel continuaba esperando, hizo un gesto de disculpa con las manos.

La señorita Prim suspiró con benevolencia, se sentó en una silla y volvió a sonreír.

Había aprendido a cerrar las puertas. Había aprendido a abrirlas suavemente y a cerrarlas con cuidadosa exactitud.

Y cuando una aprende a cerrar las puertas, reflexionó mientras contemplaba a la pareja de enamorados, de alguna forma aprende a abrir y cerrar correctamente todo lo demás. El tiempo parecía estirarse indefinidamente cuando una hacía las cosas correctamente. Se congelaba, se detenía, se paraba bruscamente como un reloj que se queda sin cuerda. Y entonces las cosas pequeñas, las cosas necesarias, incluso las rutinarias, especialmente aquellas que se hacen con las manos —qué misterioso resulta que el hombre pueda hacer cosas hermosas con las manos— se convertían en sencillas obras de arte al final del día.

Había abandonado el esfuerzo por alcanzar por sí misma la virtud perfecta. Había descubierto qué agotador puede ser ese esfuerzo, qué inhumano y erróneo resultaba vivir esclavizada por aquel esfuerzo. Ahora que conocía su abrumadora imperfección, ahora que era consciente de su fragilidad y de su contingencia, ya no llevaba sobre los hombros el pesado lastre del martillo y el cincel. No es que se hubiese rendido a la imperfección ni que se hubiese acostumbrado a ella, pero ya no soportaba la carga en soledad, ya no arrastraba el yugo con sus fuerzas, ya no se sorprendía al descubrirse a sí misma en un mal paso. Sabía también que todo aquello no duraría, que tras esa dulzura llegarían los pozos, las grutas, los túneles y los desfiladeros. Pero por el momento, solo recibía regalos y, de momento, se limitaba a aprender a aceptarlos.

—No, signori, no es ese desvío. Me parece que voy a darles este mapa, lo explica mejor.

La semana anterior había recibido una llamada de Augusto Oliver, su antiguo jefe. La necesitaba con urgencia, la echaba de menos, quería que volviese a trabajar con él. Naturalmente, dejaría de ser administrativa, una mujer como ella no debería haber trabajado nunca en el departamento de administración, tenía demasiado talento y demasiada capacidad para seguir prestando sus servicios en tareas de administración. La señorita Prim se había reído en silencio. Durante cuarenta largos segun-

dos no había podido decir una palabra porque no había hecho otra cosa que reírse en silencio. Y luego había dicho no y había colgado.

No deseaba volver a trabajar allí. No soportaba la idea de volver a sumergirse en aquel lugar estrecho y oscuro, de encerrarse en aquella celda monótona y gris en la que había pasado buena parte de su vida. No quería volver a escuchar conversaciones mezquinas, no deseaba formar parte de ellas, no quería siquiera dar lugar a ellas. Y desde luego, no tenía intención alguna de volver a jugar a aquel sórdido juego de ofertas y evasivas con su jefe.

También estaba lo del aire. La señorita Prim ahora necesitaba aire. Necesitaba sentirlo en la cara al caminar, necesitaba olerlo y respirarlo. A veces se descubría pensando en cuánto tiempo había vivido sin necesidad de aire. En las mañanas de invierno en la ciudad, salía de casa abrigada hasta las cejas, caminaba rápidamente hasta el metro, bajaba las escaleras entre decenas de personas y se metía a empujones en el vagón. Al salir del metro, volvía a subir las escaleras entre una multitud, corría hasta llegar al portal de su oficina y allí pasaba el largo día. Y entretanto, ¿dónde estaba el aire? ¿En qué momento de su vida había olvidado la existencia del aire? Caminar sin tener que correr, un placer tan sencillo como pasear sin prisa, deambular, vagabundear, incluso curiosear. ¿Cuándo algo tan sencillo y tan humilde se había convertido en un lujo?

No, no deseaba volver, no quería volver.

—Eso es, signori, que tengan un buen día.

La pareja japonesa se despidió de la recepcionista con una sonrisa. Ésta miró a la huésped que esperaba y le indicó con otro gesto de disculpa que estaba a su disposición. Pero la huésped no se movió.

—¿Puedo ayudarla, signora?

La señorita Prim, con la mirada perdida en el piano que presidía la entrada del hotel, no contestó.

—Signora? —insistió la recepcionista—. ¿Puedo ayudarla?

—Ha ocurrido un imprevisto —dijo al fin mientras se acercaba lentamente a la recepción— y me temo que tengo que marcharme en una hora. Siento mucho las molestias que pueda suponer para el hotel. ¿Cree que podría prepararme inmediatamente la cuenta, por favor?

—Por supuesto que sí —respondió la empleada con expresión de consternación—. Espero que no se trate de una mala noticia.

—¿Una mala noticia? Oh, no, desde luego que no —sonrió la bibliotecaria, que en aquel momento ocupaba su mente en galerías de espejos.

La recepcionista le devolvió la sonrisa con simpatía.

—De hecho —continuó con los ojos brillantes la señorita Prim mientras visualizaba una puerta cerrada con infinita paciencia—, es más bien una buena noticia, una extraordinaria noticia. Yo diría —y suspiró sin dejar de sonreír— que es una extraña y maravillosa noticia.

—L'amor che move il sole e l'altre stelle[6] —murmuró media hora después la recepcionista al contemplar a aquella delicada y hermosa mujer cruzar el umbral del hotel y dirigirse hacia el taxi que esperaba en la puerta, con la barbilla elevada y una suave sonrisa en los labios.

---

6 «El amor que mueve el sol y las otras estrellas». Dante Alighieri, Divina Comedia.

NATALIA SANMARTIN FENOLLERA, periodista y escritora española, es especialista en información económica y es jefa de Opinión en el diario 5 Días. En 2013 publicó su primera novela, El despertar de la señorita Prim.